

YEHUDA KOREN Y EILAT NEGEV

—*— EN NUESTROS —*—
CORAZONES
éramos gigantes

LA IMPOSIBLE HISTORIA REAL DE SIETE ENANOS
QUE SOBREVIVIERON A LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN



Este gran relato de la familia Ovitz compuesta por 7 enanos de 10 miembros, cuenta cómo fueron testigos de lo mejor y a su vez lo peor de la humanidad y de la terrible ironía del destino: ser enanos fue lo que hizo que sobrevivieran al holocausto. Antes de la segunda guerra eran simplemente una familia exitosa de artistas intérpretes populares en Europa Central, hasta que los Nazis los deportaron a Auschwitz en 1944.

Gracias a su enanismo se convirtieron en objetos de estudio del Dr. Mengele y, aunque estuvieron expuestos a los más atroces experimentos, a su vez esto les permitió salvar sus vidas. Como Dice Perla en su relato: «Me salvó el diablo y que Dios se haga cargo de él». La maravillosa historia de los enanos de Auschwitz, mejor conocidos como La troupe de Lilliput está contada en una narración literaria perfectamente equilibrada con datos históricos y una entrevista a la menor de las enanas, Perla, quien murió en 2001 no sin antes dejar este brillante testimonio que mezcla las emociones a la perfección y el lector puede sentir que está sentado a su lado escuchando esta increíble historia de éxito y supervivencia de estos enanos.

Yehuda Koren - Eilat Negev

En nuestros corazones éramos gigantes

La imposible historia real de siete enanos que sobrevivieron a los campos de
concentración



Título original: *Giants: The Dwarfs of Auschwitz*

Yehuda Koren, Eilat Negev, 2012

Traducción: Álvaro Robledo Cadavid, 2017

Imagen de cubierta: Cortesía de la familia Ovitz

Fila de atrás, de izquierda a derecha: Sarah, Azriel, his wife Leah, daughter Batia,

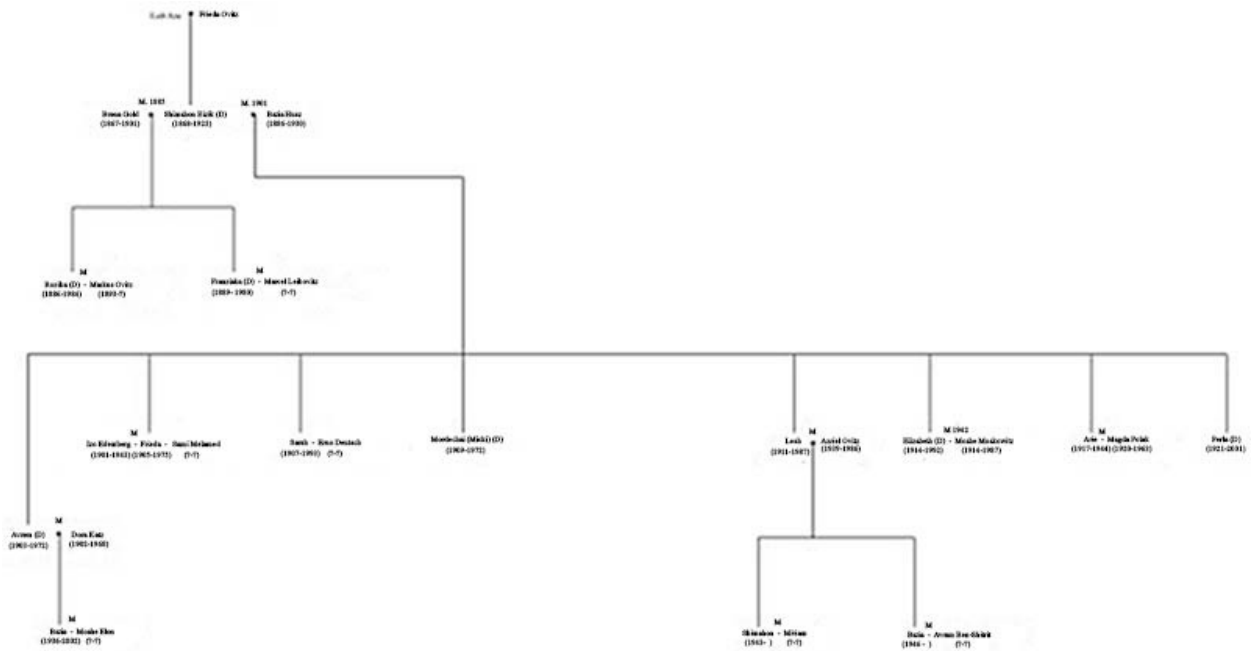
Moshse Moskowitz (esposo de Elizabeth), mujer desconocida, Batia (hija de Avram), su madre Dora.

Fila de adelante, de izquierda a derecha: Micki, Franziska, Perla, Elizabeth, Rozika, Frieda, Avram, Shimshon.

Revisión: 1.0

30/10/2019

El árbol familiar de la familia Ovitz



Prólogo

Una larga pausa sigue al sonido del timbre. Ninguna luz se refleja bajo la puerta. No hay movimiento. Ningún sonido apagado incomoda la tarde tranquila.

Dos agujeros, uno encima del otro, atrapan la vista. El más bajo está a unos ochenta centímetros del suelo. Hasta hace no mucho, Perla Ovitz se habría arrastrado para dar un vistazo y habría intentado adivinar, por la apariencia de los pantalones o del vestido, si quien estaba afuera era un amigo o un enemigo. Ahora, confinada en su habitación, está muy débil como para hacer el viaje. Su vigorosa voz sale de un altoparlante en el corredor; exige una identificación. Solo tras hacerlo suena otro timbre y puedes empujar la pesada puerta marrón. Parpadeas en el corredor oscuro. No sabes cómo seguir por temor a resbalarte o a golpearte contra algún mueble, o peor, pisar a tu anfitriona. Mide menos de un metro de altura y podrías aplastarla sin querer.

Su voz es tu brújula, la que te guía adelante. Vas a tientas en dirección de una pequeña silueta que se encuentra en la entrada de una habitación tenuemente iluminada. Espera en el umbral engalanada con un largo y majestuoso vestido carmesí. Permite que el invitado pase de puntillas a su lado. Caminas con mucho cuidado. Solo en ese momento entra ella.

Es su habitación. Las patas de la cama doble han sido serradas y aunque está casi a ras del suelo, al lado hay un banquito que le permite subir al mundo de los sueños. Más allá de una mesita de jardín infantil con sus sillas veo una palangana del tamaño de un niño. Desde el ángulo en el que estás no hay mucha diferencia de altura si la ves de pie o sentada al borde de la cama. Tu primer impulso es agacharte para no disminuirla con tu presencia. Señala hacia el sofá de tamaño normal que está al lado de su cama. Tienes el cuidado de mantener tus pies sobre el suelo: cruzar tus piernas la golpearía directamente en la cara.

El pelo negro como la noche de esa dama sin edad ni tiempo, parecida a una muñeca, está peinado hacia atrás con cuidado y sujeto con un lazo de terciopelo al estilo de las antiguas estrellas de Hollywood. Siempre está arreglada teatralmente: mejillas con rubor, uñas con esmalte de color rojo intenso. La decoran un par de pendientes, un collar y anillos. «Mientras respires debes tener tu mejor pinta. No quiero que la gente sienta lástima de mí», es su lema recurrente.

Encanta con su sonrisa luminosa y su hablar burbujeante es coloreado con aforismos inesperados: «Un perro apaleado teme hasta a la gente más gentil», es una de las maneras con las que explica su cautela. Pasa la mayor parte de su tiempo sentada en su sillita o acostada, vestida, sobre la cama hecha, ya que por estos días no puede estar de pie más de uno o dos minutos sin

ayuda.

Está sola gran parte del día y necesita que todo sea de fácil acceso, un paquete de galletas de chocolate y una caja plástica con manzanas tajadas descansan sobre la cama en caso de que le dé hambre. Un termo con agua está siempre a su alcance.

No puede moverse sin ese bastón que le sirve como prolongación de su mano para empujar, jalar o presionar. Banquitos regados por todas partes le permiten tomar breves descansos mientras da vueltas por el apartamento. Todos los interruptores han sido puestos a su altura. La cocina tiene una estufa que llega hasta mi rodilla y un mecanismo especial le permite abrir la nevera con un empujón de su bastón. Toda la comida está almacenada en la estantería más baja.

Floreros tan altos como ella guardan arreglos de flores de seda y de plástico con sus colores favoritos: violetas profundos y rosados suaves. En la amplia entrada a la sala hay una pesada cortina roja anudada a ambos lados con gruesos cordeles, como si una función fuera a comenzar. Han transcurrido cuarenta y cinco años desde que Perla Ovitz hizo su última venia, pero el escenario todavía la acompaña. En alguna época, cuando su familia todavía existía, ella amaba las luces: se bañaba incluso con ellas fuera del escenario, en casa. Ahora, atrapada sola en este apartamento inmenso, busca la economía y la seguridad de las lámparas tenues y de las medias sombras.

Sin embargo, los recuerdos de Perla permanecen vívidos en su gloria y en su horror. La suya es la verdadera historia de siete enanos, que en vez de tener a una Blancanieves benévola tuvieron a una bestia. Si bien se puede leer como un cuento de hadas, también visita algunos de los rincones más oscuros del infierno que cualquier ser humano haya experimentado a lo largo de los tiempos.

UNO

Transilvania, 1866

La historia comienza con gigantes.

Se cuenta que hace mucho tiempo, en la montañosa Transilvania del norte, el valle Dolhai estaba poblado con tribus de gigantes. Durante siglos y siglos, tras la creación, vivieron y prosperaron y poblaron la tierra. Y luego llegó el diluvio y todos huyeron hacia las llanas cimas de las montañas. Allí perecieron uno tras otro y cuando las aguas retrocedieron los únicos sobrevivientes salieron a la luz: un gigante y su hija, Roza Rozalina. Sus ojos eran negros como la noche, su pelo rojo como el fuego y tan largo como la tristeza de los sauces. Vagaba apesadumbrada por el valle.

«Padre», suspiró, «me marchito en esta soledad. ¿Alguna vez encontraré un compañero?». Se dirigió hasta el río Iza y, ensoñadora, paseó a lo largo de la ribera. De repente advirtió unas criaturas diminutas que se movían entre las hojas de hierba. Roza Rozalina no cabía en su asombro: jamás había visto seres tan parecidos a ella y, sin embargo, tan pequeños. Tomó un puñado y los acunó sobre su delantal. Estas criaturitas móviles, parecidas a juguetes, la rescatarían de su aburrimiento, pensó. Las examinó de cerca: una en particular atrapó su atención. Era tan bello como la luna y parecía estar menos atemorizado que los demás. Las mejillas de Roza se ruborizaron cuando sintió los palpitos del amor.

Cuando le mostró su pesca, su padre se alarmó: «Por Dios, mi niña, ¡nuestro tiempo ha terminado! Estas criaturitas heredarán la tierra. ¡Regrésalas de inmediato a su sitio!». Pero Roza Rozalina era incapaz de obedecer. Lavada en lágrimas le rogó al Todopoderoso que uniera su destino con el del pequeño, guapo y valiente hombrecito. Y el Todopoderoso la encogió un poco y a él lo estiró otro tanto, hasta que parecieron gemelos en tamaño. Con el tiempo sus descendientes poblaron la tierra. Bautizaron el lugar Rozavlea en honor de su madre gigante y ancestral.

En esa adormilada aldea rumana la antigua leyenda ha pasado de generación en generación. Cada agosto, los cerca de siete mil campesinos que viven allí celebran el festival de Roza Rozalina, y los niños interpretan la historia. En esa misma aldea, tan orgullosa de su legendaria matriarca gigante, un verdadero enano nació en 1866.

Era el tercer embarazo de Frieda Ovitiz tras haber dado a luz a un niño y una niña saludables.

Estaba muy ansiosa, pues el bebé había dejado de moverse en su interior. En esa remota parte del mundo solo podía aferrarse a la oración o a algún amuleto, o a la esperanza de un milagro. Como era una mujer judía ortodoxa buscó el consejo de su rabino.

«Tu niño vivirá», le aseguró, mientras miraba con seguridad la panza de la mujer que estaba detrás de la mesa que los separaba, «pero no crecerá mucho». Con el corazón roto, Frieda y su marido Leib decidieron conjurar el destino llamando a su hijo recién nacido Shimshon Eizik, tras Sansón, el gigante bíblico. Los primeros años transcurrieron sin complicaciones aparentes, por lo que los padres comenzaron a pensar que se habían salvado. Pero cuando el niño cumplió siete años, incluso ellos tuvieron que aceptar que hacía mucho tiempo había dejado de crecer. Ahondaron en sus recuerdos y le preguntaron a sus mayores. Tan lejos como pudieron recordar, en toda la historia de su familia, no había habido nadie que no hubiera sido alto. El pequeño Shimshon Eizik fue llevado de un doctor a otro, de un curandero y de un sabio a otro. Le prescribieron medicamentos, amuletos, conjuros y pociones sin éxito alguno: no le sumaron ni un milímetro a su estatura. Frieda dio a luz a otros dos niños: sintió alivio cuando pasaron la fatídica edad y continuaron creciendo normalmente.

Al igual que el resto de Transilvania, Rozavlea era parte del imperio austro-húngaro. Los campesinos de esa área rural eran pobres hasta la miseria y las limitadas oportunidades que había, ciertamente, estaban fuera del alcance de un joven con menos de un metro de altura como Shimshon Eizik. Jamás podría esperar levantar un hacha o derribar un árbol o empujar un arado, y cada animal de la granja era para él un monstruo inmenso y amenazador. Cuando Frieda y Leib Ovitz cayeron en la cuenta de que su hijo nunca iba a ser capaz de sostenerse mediante el trabajo físico, invirtieron entonces en su educación. Provisto con varios tutores, fue un estudiante sobresaliente en todas las áreas y así pavimentó su camino de la vida con brillo y afabilidad.

De adolescente quiso llegar a un acuerdo con su destino. Los sabios de la Halachá, la antigua ley de los judíos, eran conscientes de que las malformaciones humanas podían provocar burlas y desprecio. Así fue que Shimshon Eizik encontró consuelo en el imperativo halacháico que dice que si uno ve a un negro, a un indio o a un albino, a un gigante, a un hombre con la cara torcida o a un enano, uno debe decir: «Bendito sea Dios, quien altera al hombre». De esta manera la respuesta negativa a la deformidad era transformada en admiración hacia Dios y sus diversos poderes de creación. La manera tradicional en la que se recitaba la oración era durante el primer encuentro con la persona deforme, como una manera de sobreponerse a la repulsión inicial y así tratar al «alterado» como un igual.

Pero cuando Shimshon Eizik se adentró más en los textos sagrados se consternó al saber que definían a los enanos como lisiados, lo que lo descalificaba para realizar ciertas acciones que solo a los hombres con cuerpos normales se les permite hacer. Incluso si había nacido dentro del linaje de los sacerdotes sagrados, a un enano le era imposible siquiera servir en el templo. Fue en ese momento que un desamparado Shimshon Eizik se dio cuenta de que a pesar de la aparente tolerancia hacia las anomalías, el judaísmo tendía a exaltar a quienes habían sido bendecidos con un cuerpo perfecto.

Más aún, el folclore judío retrataba a menudo al enanismo como un castigo por alguna mala acción o un pecado. En ocasiones también representaba el menor de dos males. En una antigua historia una pareja sin hijos frecuenta el cementerio para pedirle a Dios por descendencia. Un día, en medio de sus peticiones y llantos, un ángel desciende de los cielos. «Dios ha escuchado sus

oraciones y les ha concedido un deseo», les dice el ángel, «pero deben escoger: pueden tener un hijo que no crecerá más que un guisante o una hija alta y saludable que los dejará a la edad de trece para convertirse al cristianismo». La pareja no duda: «Que sea tan pequeño como un guisante».

Y, sin embargo, los enanos pueden servir como símbolos de distinción y mérito, como es el caso del rabino Gadiel, quien fue inmortalizado por el autor S. Y. Agnon. Una especie de *Agnus Dei* judío, Gadiel el Enano se sacrifica heroicamente para salvar a su comunidad del libelo de sangre, la acusación de que su congregación había asesinado a un niño cristiano para conseguir sangre para cocer el pan ázimo de la Pascua. Aún así, antes de la llegada de la genética moderna, el Talmud del siglo III advierte con severidad que «los gigantes no deben casarse entre ellos, pues procrearán mástiles, y los enanos no deben unirse, pues producirán pulgares».

Diminuto en estatura —no era más alto que un niño de cinco— pero a la vez un vivaz y seguro muchacho de diecinueve años, Shimshon Eizik Ovitz buscaba una novia de tamaño normal. Inmerso en una sociedad religiosa que valoraba la educación, la excelencia de Shimshon en los estudios rabínicos y su piedad compensaban la deficiencia física. Le podía ofrecer a su esposa el prospecto de una mejor vida, junto con el respeto que gozaba dentro de la comunidad por ser una persona educada. A pesar de esto la selección de esposas era magra, pues solo doscientos judíos vivían en Rozvlea y no más de unos pocos miles en las aldeas aledañas, representando no más del veinte por ciento de la población. Tras mucho buscar, la casamentera local sugirió a Brana Fruchter, una muchacha de dieciocho años de la aldea vecina de Moisei. Como era habitual con los matrimonios concertados, Brana no tuvo mucho que opinar en el asunto.

Por una u otra razón, Shimshon Eizik decidió dejar sus estudios. Para ese entonces no solo había logrado sobreponerse a cualquier sentimiento de vergüenza o de incomodidad hacia ese cuerpo que creaba una conmoción dondequiera que fuese, sino que también había aprendido a manipular la curiosidad pública y a transformar las burlas en adoración. Su audiencia se olvidaba con rapidez de su tamaño y forma, y quedaba cautiva ante su ingenio y carisma.

Las comunidades judías mantenían una forma de vida antigua y tradicional que se resistían a lo moderno y a las modas liberales. No existía ningún trabajo oficial que la comunidad le pudiera ofrecer, ni siquiera como profesor, pues se convertiría en objeto de burla de la clase. Aprovechaba su elocuencia y la atracción generada por esa apariencia que le permitía deslizarse con facilidad dentro del papel de *badchan* o de juerguista, una figura colorida y prácticamente indispensable en las bodas y los festivales o en las ocasiones que le dan a esta dura vida sus momentos más felices. De hecho, la vida se detenía cuando la comunidad celebraba matrimonios, que a menudo eran tan generosos como carnavales, y que creaban la rara oportunidad para que la gente se relajara de una manera aceptable.

Durante las fiestas nupciales, el *badchan* entretenía a los asistentes con sus bufonadas, sus acertijos y anécdotas. Solo una persona culta, con un conocimiento profundo de los protocolos de las bodas y una habilidad para la organización, podía orquestar una empresa tan compleja que involucraba a cientos de invitados. Por lo general, la creación de una nueva familia era un evento que buscaba ser perfecto: opulenta comida servida en las vajillas más finas, degustada mientras se portan las ropas más encantadoras y se escucha la mejor orquesta. A pesar de ser una comunidad conservadora y supersticiosa, temerosa del «mal de ojo» que podía acabar con la salud que se

esperaba de la descendencia, la deformidad de Shimshon Eizik no desalentaba a los clientes potenciales de contratarlo: sus habilidades lo habían vuelto famoso por toda la región, y más allá.

Meses antes de la boda los padres lo contrataban durante esa semana. Negociaban su tarifa, cubrían sus gastos de viaje y arreglaban su estadía. En las semanas anteriores al matrimonio, Ovitz se preparaba para la ocasión recogiendo información sobre los novios, sus padres y los dignatarios de la comunidad. Escribía canciones y trovas basadas en historias familiares, en hechos varios y en anécdotas, en chismes y rumores, todo a la búsqueda de una buena carcajada. En la celebración misma Ovitz aparecía en el patio decorado vestido elegantemente con un traje negro y un sombrero, portando un bastoncito. Antes de que llegaran los invitados, su asistente, quien siempre viajaba con él, lo subía a una silla que estaba sobre una mesa y que le servía de podio. Desde allí, como un maestro de ceremonias, hacía que su audiencia derramara lágrimas en un momento y estallara a carcajadas en otro. Con sus canciones incitaba a la novia y a su séquito femenino a que lloraran, pues sus versos ofrecían un antídoto catártico para los miedos y las aprehensiones entorno a un futuro incierto:

*Llora tus ojos, oh, novia llena de gracia,
Tus lágrimas de diamante iluminan tu encanto.
Este es el momento para gemir en voz alta,
Pues pronto serás una esposa.*

De esta manera Ovitz expresaba su simpatía por la joven novia y el novio, cada uno a punto de dejar una infancia segura y sencilla para irse a vivir con una persona prácticamente desconocida. En su sermón les recordaba sus respectivos roles conyugales y sus responsabilidades. Pero la tensión se rompía de inmediato tras los votos y la declaración del marido y la mujer. Entonces Ovitz puso su cara divertida y trabajó duro para crear un ambiente jovial, animando a los huéspedes a bailar hasta que cayeran rendidos. Cada tanto anunció a un invitado especial a quien le ofrecería unos versos ingeniosos y alabaría el regalo que este había traído. Como era el bufón, a Ovitz le quedaba bien lanzar pequeñas ironías a los hipócritas y a los tacaños de la comunidad.

Shimshon Eizik Ovitz era un bufón honesto. Divertía a su audiencia con juegos de palabras y cancioncillas extraídas de las frases familiares del pensamiento talmúdico. Medía el ánimo de los invitados al matrimonio y le decía a la orquesta qué tonadas debía interpretar. Bañaba a las abuelas de las novias con frases ingeniosas mientras estas giraban danzando los bailes tradicionales. Después era el turno de los hombres y el jolgorio no paraba hasta las tempranas horas de la mañana. Cuando tenía la oportunidad, tomaba momentos de descanso y se hundía en una silla, pues sus pequeños pies y piernas cortas le proveían un soporte muy frágil.

* * *

La sociedad judía de Europa del este de finales del siglo XIX, con su rigurosidad moral,

permitía el entretenimiento solo durante ciertos días feriados y festivos: el teatro era prohibido por indecente. Los *badchans* errantes fueron, en esencia, los actores pioneros del mundo judío, los fundadores del teatro yidis. Gozaban de una gran popularidad, pues suministraban una necesidad humana básica: la liberación. Años después, cuando la ortodoxia judía perdió su control, los hijos de Ovitz siguieron sus pasos y establecieron su propia compañía de vodevil que llevaría el entretenimiento que se ofrecía primero en las ceremonias religiosas a las tablas de las salas de teatro, todo en beneficio de la diversión pura.

El 2 de noviembre de 1886, Shimshon Eizik Ovitz estaba perdido en sus oraciones cuando escuchó el primer llanto desde la habitación principal. Peszele Fogel, la partera, salió y anunció que era una niña. La llamaron Rozika. Cuando comenzó a caminar se bamboleaba de un lado a otro como un pato. Shimshon Eizik Ovitz reconoció muy bien las temidas señales. El 27 de enero de 1889 nació Franziska, y ella también demostró ser una enana como su padre y su hermana. Si Shimshon y Brana cargaban con el temor de que la marca de la herencia golpearía a su prole una y otra vez, tenían que suprimirlo y obedecer la orden bíblica de procrear. Pronto siguieron una hija, Mancie, y un hijo, Judah, pero ambos murieron durante el primer año y se llevaron el secreto de su futuro crecimiento a la tumba.

Como entretenedor, Ovitz impresionaba de tal manera a las audiencias con su sabiduría talmúdica, que antes y después de la boda la gente se le acercaba con diversos dilemas religiosos y personales. Muchas de las comunidades judías de la región eran tan pequeñas que no podían darse el lujo de tener un rabino y el académico Ovitz llenaba ese vacío. Él se amoldaba dentro del papel rabínico y se vestía y actuaba como un sabio. En los cuentos de hadas los enanos tienen barbas largas, pero en la vida real la mayoría se rehúsa a tenerlas, pues los hace ver aún más pequeños. Pero Ovitz se cuidaba la barba para parecer respetable.

Con el tiempo dejó de ser el bufón de las bodas para adoptar un nuevo papel como el estimado y errante rabino del condado de Maramureş. Se asentaba en una aldea pequeña durante una o dos semanas, dirigía las oraciones y predicaba. Por su parte, la comunidad le ofrecía la estadía y le amoblaba un consultorio. Con frecuencia tenía que lidiar con preguntas concernientes con las leyes alimenticias (kósher) y, en particular, con la separación de la carne y la leche: ¿debía el ama de casa agonizar por el dictamen de si tenía que botar una cubeta de valiosa leche al sospechar que un gramo de carne había caído dentro por accidente?

Si bien tradicionalmente los gigantes son tenidos por estúpidos, solo cuerpo sin cerebro, los enanos, sin importar las opiniones encontradas de la Biblia y los rabinos, eran considerados por el pueblo como grandes sabios con poderes mágicos como compensación divina por lo que se les había privado en pulgadas. Shimshon Eizik Ovitz se beneficiaba de esta creencia popular. Muy rápido se hizo famoso por sus poderes espirituales y la gente llegaba en manadas dondequiera que él fuese.

Rodeado por personas que creían en los milagros, el carismático Ovitz le añadía amuletos, encantos y hechizos a su repertorio. Impondría sus manos sobre la cabeza de un niño enfermo y recitaría una oración. Para una mujer infértil inscribiría una bendición con letras en hebreo antiguo sobre un parche que ella llevaría a todas partes. A menudo ofrecía los servicios de un psicólogo laico pues escuchaba los lamentos de las esposas con problemas maritales y les aconsejaba cómo recuperar la paz en el hogar y a los maridos callejeros.

A Ovitz le pagaban muy bien por sus opiniones y consejos, en especial ciertos hombres de

negocios que lo consultaban con regularidad antes de firmar nuevos tratos. Él mismo tenía una buena cabeza para los negocios e invertía sus ganancias en propiedades y tierra. Los documentos oficiales del condado de Maramureş atestiguan la popularidad de Shimshon Eizik Ovitz, de su prosperidad y movilidad social: primero fue registrado como «cantor de sinagoga»; en años siguientes como «mago»; y finalmente ganó el nivel de «propietario».

* * *

A pesar de ser un gran curandero fue impotente cuando su esposa Brana cayó enferma y murió de tuberculosis en el invierno de 1901, a la edad de treinta y tres años. Ya que pasaba la mayor parte de su tiempo viajando para ganarse la vida, no podía hacerse cargo de sus dos hijas adolescentes, ni tampoco las podía dejar a su suerte. Y para evitar pensamientos inapropiados, la comunidad esperaba que esta reconocida autoridad religiosa encontrara una nueva esposa.

Ni bien habían transcurrido los tradicionales treinta días de duelo cuando las casamenteras ya comenzaron a tocar a su puerta. Ovitz se rehusó a considerar viudas y divorciadas, pues cargaban con el peso de sus propios hijos. Pero sí encontró de su completo agrado a Batia Bertha Husz, una muchacha de una aldea distante, solo dos años mayor que su hija Rozika.

¿Qué persuadió a dos amorosos padres de entregar a su bella y saludable hija de dieciocho años a un viudo lisiado, que no solo le doblaba la edad, sino que tenía dos hijas enanas? La reputación de Shimshon Eizik Ovitz de curandero próspero y superhombre espiritual debe haber trabajado a su favor. Para atajar el chisme anticipado acerca de la preferencia de Ovitz por una joven virgen, se le dijo a todo el mundo que la novia era una vieja solterona de veinticuatro. En cualquier caso, Shimshon esperaba que con este nuevo capítulo en su vida, su suerte hereditaria tal vez pudiera dar un giro. No fue así. El 26 de septiembre de 1903 nació Avram, un enano. En junio de 1905 nació una niña a quien llamaron Frieda en honor de la madre de Shimshon. También resultó ser una enana.

Cuando la tercera niña nació en agosto de 1907, los Ovitz tenían razones para pensar que el hechizo había sido finalmente conjurado, pues Sarah fue la primera en crecer saludable y alta. Pero en julio de 1909 llegó Micki, otro enano. Dos años después el péndulo volvió a ir en otra dirección con Leah, de tamaño normal, y con la octava niña, Elizabeth, que llegó en abril de 1914, otra vez tuvieron una enana. Tres años después llegó Arie, de tamaño normal, y la más joven de todos nació el 10 de enero de 1921.

Salió ahogándose, sofocada, con el cordón umbilical amarrado alrededor del cuello. La partera desesperada la apartó de su madre exhausta y la puso en silencio a un lado, esperando que muriese. En un principio Batia Ovitz no entendió nada. Pidió ver a su bebé y cuando la partera la ignoró empezó a alarmarse. «Déjala descansar en paz», le aconsejó la partera, insinuando la condición crítica de la bebé. «¡Esta niña tiene que vivir! ¡Tráemela!», ordenó Batia, mientras se forzaba a sentarse. La partera obedeció. Batia abrazó a su bebé y se dio cuenta de que su quijada estaba sellada. Le inclinó la cabeza hacia atrás e insertó su dedo índice en la boquita diminuta, casi desgarrándola. La bebé respondió con una tos intensa.

Más adelante, a Piroška Ovitz, su nombre en yidis «Perla», reflejaba su tamaño y belleza, le

gustaba culpar a su madre por su gran boca. Durante la infancia de Perla era difícil decir si se uniría o no a los otros tres hermanos que crecían normalmente. Cada síntoma fue analizado por varios frentes y las señales parecían indicar que escaparía de la fortuna de los otros seis enanos. Pero no fue así. Los rasgos genéticos de Shimshon Eizik una vez más comprobaron su dominancia, como ya lo habían hecho en siete de sus diez hijos: la familia enana registrada más grande del mundo.

Ovitz construyó una casa nueva para su gran tribu. Le alquiló el viejo cobertizo del patio trasero al nuevo médico de la aldea, de tal manera que siempre tuvieran un doctor a mano. Si bien su casa estaba al lado de la sinagoga, Ovitz y sus siete hijos enanos encontraban difícil cruzar el camino enlodado durante los largos y fríos inviernos para atender la oración diaria. Cuando lo lograban era inevitable que armaran un gran alboroto, pues tenían que subirlos sobre pequeños taburetes en las bancas para poder ver al cantor de la sinagoga y al arca sagrada.

Para facilitarles las cosas a todos, Ovitz transformó una de las habitaciones en un cuarto de oración diaria. Al ser uno de los filántropos de la comunidad, con el tiempo donó parte de sus tierras y de su dinero para ayudar en la renovación de la sinagoga, a la que atendía sobre todo durante las festividades especiales. Continuó viajando y dejaba a Batia en casa al cuidado de los diez niños. Ya que ella trataba a las dos hijas del primer matrimonio de su esposo como si fueran suyas, Perla creció sin saber que Rozika y Franziska habían tenido otra madre: «Como eran miniaturas no me di cuenta de que casi tenían la edad de mi madre. Le ayudaron mucho a criarnos».

En septiembre de 1923, Shimshon Eizik Ovitz atendió a una boda en una aldea distante. Apenas terminó la comida su temperatura corporal se elevó mucho y comenzó a sudar y a vomitar. Su asistente y cochero, Simon Slomowitz, lo llevó de prisa a casa. Ovitz se retorció del dolor. El pescado que había comido era venenoso. Murió tras una semana de agonía, a las cuatro de la tarde del domingo 16 de septiembre. Tenía cincuenta y siete años.

En el cementerio abandonado solo unas pocas tumbas han sobrevivido de la extinta comunidad judía de Rozavlea. Es un milagro que una de ellas marque la tumba de Shimshon Eizik Ovitz. La desvanecida inscripción en hebreo dice:

AQUÍ YACE UN HOMBRE HONESTO, VIRTUOSO Y
CULTIVADO, UN BENEFACTOR CARITATIVO DE
LOS POBRES. SUS HAZAÑAS FUERON TODAS
HECHAS PARA HONRAR A DIOS.

DOS

Rozavlea, 1923

La casamentera pudo encontrarle esposa a un viudo con diez hijos. Pero Batia Ovitz, con treinta y nueve años y recién enviudada no tenía esperanza alguna de encontrar un hombre que quisiera cargar con el peso de proveer por ella y sus hijos, cinco de los cuales eran menores de catorce y siete de ellos enanos.

La familia luchó por reacomodarse. Avram acababa de cumplir veinte y decidió meterse en los zapatos de su padre, ya había acompañado a Shimshon Eizik en sus viajes como aprendiz y lo había observado interpretar los roles de rabino y de *badchan*. Con el mismo molde que su padre, en ocasiones se trepaba a la mesa y se le unía para animar al público. El acto en doblete de los enanos tenía un éxito enorme.

Entonces como nuevo proveedor y cabeza de familia, Avram Ovitz se esmeró por mantener los contactos de su padre en las aldeas regadas por toda la región, con la ayuda del siempre leal Simon Slomowitz, quien había sido su cochero y asistente en los viajes. Con el tiempo comenzó a ganar confianza, compuso sus propias líneas ingeniosas y desarrolló un estilo propio de interpretación.

Perla tenía dieciocho meses cuando su padre murió y no recordaba nada de él. De niña al único hombre al que llamaba «Papa» era a su hermano Avram. Nadie en casa la corrigió, quizás por lástima: sus hermanos quisieron posponer la amarga verdad de su orfandad de padre durante tanto tiempo como les fuera posible. Avram se hizo cargo de su educación, probándola en los estudios. Cuando quería dulces recurría a Avram por dinero. Cuando cumplió seis años era casi de su estatura, pero esto no le pareció extraño.

Un día, mientras Perla le ayudaba con sus tareas a una amiga que vivía cruzando la calle, comenzó a jactarse de la generosidad de su padre. La madre de la niña escuchó los alardes de Perla y se sintió en el deber de corregirla.

«Realmente no puedes llamarlo padre, ¡él es tu hermano!», le dijo a Perla.

«Él *también* es mi padre, me da todas mis cosas. ¡Todo el mundo tiene un padre y yo también!», respondió Perla. Pero la vecina no quería dejarlo. «¡De hecho tú no tienes padre! ¡Está muerto!».

Perla se fue corriendo a casa. Llorando le contó a sus hermanas lo que la vecina le había

dicho. «¡Está mintiéndolo!», sollozó. «¡Vengan a decirle que se equivoca!»». Mientras sus hermanas la abrazaban e intentaban consolarla creció en ella la idea de que tal vez la vecina sí estuviera diciendo la verdad. Entonces, por primera vez, sus hermanas le contaron la historia de su verdadero padre, Shimshon Eizik. En los años venideros Perla tuvo que morderse la lengua cada vez que la palabra «papa» se le resbalaba cuando se dirigía a su hermano Avram.

La tribu Ovitz zumbaba con una alegría parecida a la de las abejas. Cada miembro interpretaba un papel específico dentro del hogar y la madre Batia era la directora. Las adolescentes de estatura promedio, Sarah y Leah, se hacían cargo de las tareas físicas diarias como la limpieza y la cocina, o cargaban los canastos con la ropa para lavarla y estregarla en el río Iza sobre un tablón de madera. Durante años también hicieron los arreglos de costura, hasta que Elizabeth y Perla fueron lo suficientemente grandes y hábiles como para confeccionarles la ropa a todas sus hermanas. Los enanos se rehusaban a usar ropa de niño: «Se ven ridículas en nosotros. La gente tiende a ver a los enanos como niños y nosotros queremos vernos respetables». La brecha de edad entre la hermana mayor y la menor era de treinta y cinco años, pero ya que tenían casi la misma estatura y tamaño podían ponerse la misma ropa. Con sus vestidos rosa o azules a menudo las confundían con mellizas o trillizas. Las cinco enanas también se peinaban las unas a las otras y se pintaban las uñas con esmaltes brillantes. Nunca se ponían tacones pues eran muy inestables para caminar y no representaban ninguna diferencia real en sus estaturas. «De todas formas nuestros zapatos tienen que ser hechos a la medida, tienen unas suelas inusualmente anchas».

El interior de su casa de madera, pintada de blanco, recordaba a una casa de muñecas. Estaba decorada con muchos lazos y tapices, tenía lavabos bajos, camas con las patas serradas y estaba amoblada con sillas pequeñas y muchos taburetes. Los cuatro miembros de tamaño promedio tenían que ajustarse al resto, aunque también había muebles que se acomodaban a ellos y a los huéspedes ocasionales. Los enanos tenían que ser muy precavidos cuando utilizaban la letrina que quedaba en el patio, un simple hueco cavado en el suelo. Una grada de madera, construida solo para ellos, estrechaba el agujero para evitar que se cayeran.

Los Ovitz tenían todo lo que necesitaban en su pequeño paraíso. El jardín del frente estaba lleno de flores y el patio trasero era una huerta con manzanas, ciruelas, duraznos, peras, uvas y avellanas. Criaban pollos y gansos, y mantenían a unas cuantas vacas en el cobertizo. Tenían que contratar ayuda para recoger la fruta, ordeñar las vacas y sacar el agua del gran pozo de piedra ubicado enfrente de la casa, pero eran capaces de hornear su propio pan, ahumar sus propios gansos, batir su propia mantequilla y hacer mermelada.

La casa de los Ovitz quedaba en la calle principal de Rozavlea. Los parientes de Shimshon Eizik Ovitz, sus tres hermanos y hermana, vivían cerca con sus familias. Los dos hermanos menores, Israel Meir y Lazar, también tenían inclinaciones artísticas y el tío Lazar, junto con su esposa y diez hijos, formaron un grupo de música *klezmer* que tocaba en bodas. Influenciados por las bandas gitanas locales, los ahora famosos *klezmers*, la palabra hebrea en yidis para decir «músicos», habían estado tocando tonadas populares, canciones para bailar y melodías jasídicas por toda Europa a lo largo de los siglos. Eran populares no solo dentro de las comunidades judías, sino también entre los dignatarios no judíos de los pueblos y la burguesía, quienes preferían a los *klezmers* judíos por encima de su contraparte gitana, pues la música gitana era considerada vulgar.

«El corazón es como un violín: afinas sus cuerdas, charlas con ellas y producen tonadas

melancólicas», dice un proverbio yidis. El violinista —en un cuadro famoso Chagall lo representa deslizándose con su violín sobre los techos de la aldea— era el líder de la banda de *klezmer*. El siguiente en importancia era el clarinetista, cuya música podía hacer aguar los ojos y mover los pies al mismo tiempo, mientras que el bajista creaba los fundamentos rítmicos y armónicos. Ya que el propósito primordial de la banda era llenar la pista con bailarines, el ritmo de la percusión era firme y estable. En vez de un piano, las bandas más grandes tenían un acordeón y también un címbalo.

Como todos los *klezmers*, Lazar Ovitz y sus hijos eran músicos naturales sin ninguna educación formal en música y no podían leer notas. Espontáneos, diestros improvisadores, dominaban sus instrumentos mediante el instinto y la emoción, y tocaban en éxtasis. Había alrededor de cinco mil *klezmers* en Europa central durante esa época. La competencia era tan intensa que en ocasiones una banda le pagaba a los padres para tocar en una boda, con la esperanza de tener alguna ganancia con las propinas que recibirían por interpretar las melodías favoritas. A pesar de las ganancias exangües, los *klezmers* se aferraban a su profesión pues esta también representaba su pasión, así tuviera que ser financiada mediante otros trabajos; por ejemplo, Lazar Ovitz y sus hijos eran negociantes de caballos. Tanto el *badchan* como el *klezmer* se ganaban la vida en bodas y disfrutaban de distintos grados de estima, pero la sociedad judía valoraba más las palabras que las melodías. El *badchan* adquiría un mayor respeto por su facilidad verbal y su conocimiento que el *klezmer* de clase baja, cuya *joie de vivre* estaba alineada con la inconstancia.

Los músicos de la mayoría de bandas de *klezmers* no se unían por algún azar del destino, sino que continuaban con una tradición familiar, con el talento y las melodías que habían heredado de sus padres y de otros familiares. De esta manera fue que Rozika y Franziska comenzaron a tocar el violín: recibieron la música y su dominio de su tío y vecino Lazar. Sin embargo, para las familias piadosas era inconcebible oír que las mujeres viajaran solas, por lo que las dos hermanas violinistas acompañaban a su hermano Avram en sus idas a las bodas. Los tres enanos Ovitz se convirtieron prontamente en una atracción mayor, las chicas emocionaban a las audiencias con sus violines pequeñísimos y se ganaban los aplausos cuando cantaban con sus voces agudas. Así comenzó un patrón familiar: cada niño aprendía a tocar un instrumento y a los dieciséis se unía a la compañía musical de los Ovitz.

* * *

Estar rodeada por seis hermanos y hermanas de su misma altura le hizo más fácil a Perla lidiar con su enanismo.

Como todos los niños yo esperaba sumar algunos centímetros cada año y crecer como una flor. Pero cuando veía a los demás me daba cuenta de que nunca sería alta. Me salvó de sentirme inferior y me ayudó a aceptarme como era. En mis sueños mis brazos y piernas no crecen, y nunca he fantaseado con un hada buena que venga a

doblar mi estatura. Ser un enano no es un castigo. La diferencia de altura no disminuye mis placeres. Nuestra vida vale tanto la pena como la de cualquier otro.

El 1 de diciembre de 1918 —dos años antes del nacimiento de Perla— Rumania anexionó a Transilvania desde Hungría como parte de los tratados de paz de la Gran Guerra. El mayor cambio se sintió en la escuela, pues el idioma oficial pasó a ser el rumano y la cultura húngara fue públicamente erradicada. Al igual que la mayoría de los judíos transilvanos, los Ovitz se enorgullecían de sus conexiones culturales e históricas con Hungría, y las mantuvieron en casa. Perla aprendió el idioma y las viejas canciones escuchando a sus hermanas. Tenía un oído musical y una buena voz para cantar: «Desde la infancia imitaba a mis hermanas y cantaba de la mañana a la noche, dándole a todo el mundo dolor de cabeza. Nuestro doctor inquilino a menudo me sobornaba con chocolates para mantenerme callada».

Era una niña despierta y comenzó a leer incluso antes de empezar a ir a la escuela primaria local, que quedaba a unas pocas casas de la suya. A pesar de que podía recorrer sin problemas la corta distancia entre su casa y la escuela, a menudo se encontraba en los brazos de profesores y compañeros de clase, quienes no querían tanto aliviarla del esfuerzo sino divertirse con la alegría de saltar por ahí con una muñeca viviente. Nadie se preocupaba de pedirle permiso y ella no protestaba, temerosa de perder su compañía. Le gustaba en particular jugar a las escondidas con su vecino Arie Tessler. Cada vez que la atrapaba, y de manera espontánea, le daba vueltas por todo el cuarto en señal de victoria. «Siempre pensé que tenía mi edad y solo hasta hace muy poco supe, para mi sorpresa, que ella era seis años mayor que yo. Su constitución diminuta me engañaba», recuerda Arie.

En las obras de teatro de la escuela a menudo hacía el papel de bebé en la cuna, un rol que parecía no importarle. Sin duda, no extrañó la humillación diaria en el tablero con los ejercicios de aritmética, pues no alcanzaba a la pizarra. También estaba exenta de hacer gimnasia y evitaba el patio de la escuela durante los recreos, por temor a ser golpeada por los niños de tamaño promedio. En cambio, utilizaba este tiempo para hacer sus tareas, y así se volvió popular entre sus compañeros porque gustosa los dejaba copiarse de sus cuadernos. «Todos me necesitaban para sus estudios, luego nunca se burlaron de mí y me trataron con respeto». A cambio, por su ayuda la escoltaban a casa, le llevaban los libros y la protegían de los perros que le parecían inmensos y amenazantes. Un perro, sin importar cuán amigable, podía arrollarla solo con rozarla o al intentar lamerle la cara.

Un día entre clases Perla estaba parada sola dentro del salón vacío mirando un gran mapa de Rumania. En su mano sostenía el puntero del profesor que era más grande que ella. No se percató de que un supervisor había entrado, hasta que gritó: «¿Qué estás haciendo aquí, niñita?». Por unos instantes permaneció estupefacta, pero pronto recuperó la compostura. «Estoy estudiando. Me sé el mapa de memoria y puedo señalar cualquier lugar que quiera, incluso de espaldas a la pared», se jactó. El supervisor la retó a que encontrara Cluj, y miró incrédulo mientras ella se giraba y, como una maga, levantaba el puntero y señalaba el lugar exacto. Sorprendido le empezó a preguntar más pueblos y luego montañas. Cada vez la punta del señalador caía en el lugar preciso. Este acto la hizo famosa en la escuela y lo repitió una y mil veces. Ni siquiera una vez reveló un ápice de pánico escénico.

Momentos de gran felicidad para la familia fueron aquellos en los que, una tras otra, las tres mujeres enanas se casaron. La primera fue Rozika, la mayor, para ese entonces ya una vieja doncella de cuarenta, quien, el 2 de mayo de 1927, se casó con su primo de veintiocho años, Marcus Ovitz. La brecha de doce años en sus edades no era evidente pues, como la mayoría de los enanos, ella parecía más joven de lo que decía su edad. La siguiente en casarse fue Franziska, quien se unió con Marcel Leibovitz, y la siguió Frieda, quien intercambió votos con Ignaz (Izo) Edenburg, un electricista de la aldea cercana de Sighet. Los chismosos de la aldea, quienes no podían sobreponerse al hecho de que los tres esposos fueran hombres sanos y de estatura normal, concluyeron que debieron sentirse atraídos por la fortuna familiar.

Dado que las tres recién desposadas se rehusaron a dejar su parentela, los maridos no tuvieron más remedio que mudarse allí. Cada pareja tenía una habitación propia y se esperaba que los nuevos esposos se ganaran su lugar ayudando a la familia enana con las tareas cotidianas. Este arreglo aplicaría a todas las futuras uniones también. Algunos esposos se ajustarían. Otros lo encontrarían muy complicado y se divorciarían. «Mis tíos y tías, los siete enanos, estaban tan apegados entre sí, que parecían una criatura mitológica con un cuerpo y siete cabezas», comenta el sobrino de Perla, Shimshon Ovitz, quien fue bautizado así en honor de su abuelo.

El verano parte temprano en Transilvania y a menudo septiembre es un mes caprichoso. La luz del sol es engañosa y el aire helado detrás de sus rayos puede ser peligroso. En un día de esos septiembrés, en 1927, una vecina de Batia Ovitz le rogó para que fueran juntas a nadar en el río, pues era la última oportunidad que tenían para hacerlo antes de la llegada del invierno. Era un viernes y, si bien Batia ya había casi terminado con los preparativos para la comida del Sabbath, no se sintió inclinada a compartir la aventura. Pero su amiga insistió hasta que Batia cedió. Las dos mujeres tomaron rumbo a Iza: las orillas serenas, el agua brillante y tentadora. Batia Ovitz estaba cerca de estar feliz por haberse sobrepuesto a sus recelos mientras braveaba las aguas gris-verdosas del río. Apenas se percató del frío en el leve viento de septiembre. Y entonces, de repente, sintió una puñalada en el pecho y soltó un grito. Apoyada sobre su asustada amiga, luchó por llegar a casa. Llamaron al doctor; le diagnosticó tuberculosis.

Durante casi tres años Batia Ovitz permaneció en cama. Cada día, cuando Perla regresaba de la escuela, correría a ver a su madre y, para hacerla feliz, le recitaba sus lecciones. «Pero no se me permitía acostarme con ella ni abrazarla, como era mi costumbre. Deja descansar a mamá, siempre me decían, y me enviaban a mi habitación». Una vez que la puerta se cerraba, su madre tosía sangre.

El 8 de febrero de 1930, un sábado en la tarde, la casa Ovitz estaba llena de personas con caras largas.

Le pregunté a mis hermanas por qué todas estaban vestidas de negro y qué hacían todos esos extraños en la casa. Me dijeron que habían venido a llevarse a mamá al doctor. No entendía por qué necesitaban de tanta gente para acompañarla. Mis hermanas no respondieron. Pensé que lloraban por su enfermedad.

Perla, de nueve años, no fue llevada al funeral de su madre. Durante semanas toda la familia evadió sus preguntas. Se rehusó a comer durante la inexplicable ausencia de su madre y pronto

perdió peso. Sus hermanas tuvieron que dominarla como a un ganso entre sus rodillas y forzarle la comida cuello abajo. Un día que estaba espiando, Perla escuchó cuchicheos ansiosos provenientes del cuarto contiguo: «Si sigue con su huelga de hambre pronto se reunirá con madre». Perla no podía contener su alegría. Empujó la puerta e imploró: «Por favor déjenme estar con mamá». Volvieron los cuchicheos y su hermana Sarah se acercó a ella: «Prométeme que no vas a llorar». Perla asintió. «Mamá se ha ido», dijo Sarah.

«Entonces vamos a encontrarla», las urgió Perla.

La triste verdad solo empezó a hacerse evidente cuando comprendió que sus hermanas no podían parar de llorar.

TRES

Rozavlea, 1930

Se llamaba Hershel Weisel, pero era conocido en la región como *Hershel der Langer* (Hershel el Alto), pues era un gigante. Dentro de zapatos como canoas se erguían sus dos metros con cinco centímetros, su barba salvaje, sus dientes salidos y su voz como de trueno: podría haber sido temido como un monstruo. En cambio, era el motivo de burlas. Incapaz de encontrar un trabajo por cuenta de su tamaño, no le había quedado otra opción más que mendigar. Para ganarse algún dinero viajaba a las aldeas con su esposa de tamaño normal, y Largo y Corta, como los llamaban, saltaban por ahí como osos danzarines, para el aplauso y el ridículo de todos.

Batia Ovitz había temido que un enano solitario fuera dos veces más inútil que un gigante como ese: la única fortaleza de sus hijos, creía ella, residía en el número. En su lecho de muerte les dio un consejo que los guiaría por la vida, un consejo que de hecho con el tiempo los salvaría: «En las buenas y en las malas, nunca se separen. Permanezcan juntos, cuídense entre ustedes y vivan los unos por los otros». Los invitó a que cultivaran habilidades comunes, de tal manera que pudieran ganarse la vida juntos sin necesidad de confiar en la bondad de los extraños; a encontrar una profesión en la que no estuvieran aislados ni excluidos, sino por el contrario una con la que fueran bienvenidos, una profesión en la que florecieran.

Las tablas parecieron ser la elección adecuada; ¿no serían aplaudidos, cortejados y honrados allí? Tres de los enanos ya habían participado del negocio del espectáculo de las bodas y podían continuar probando su suerte con una banda de *klezmers*. Pero esa opción dejaba fuera a los cuatro restantes, luego fue rechazada. Por otro lado, establecer su propia banda para bodas también presentaba problemas: algunas bandas de *klezmer* contaban con una mujer o quizás dos, pero un grupo con cinco mujeres y dos músicos hombres habría sido quizás demasiado para ser aceptada por los juerguistas más conservadores. Y en cualquier caso los eventuales clientes podrían sentirse reacios a contratar a una banda de lisiados para el gran día de sus hijos. Más aún, los pequeños y débiles pulmones de los Ovitz no les permitían tocar cualquier instrumento de viento; un elemento esencial en las bodas. También tenían que admitir que tocar música bailable y energética durante horas sin fin sobre sus pies torcidos representaba una carga intolerable. Por último, el estatus socioeconómico de los *klezmers* era realmente bajo y los Ovitz sospechaban que los enanos serían doblemente discriminados.

Ya que se desviaban de la norma, los enanos siempre habían tenido problemas para ganarse la vida. Y, sin embargo, históricamente les ha ido muchísimo mejor que a dolientes de otras deformidades mayores. Por supuesto que el público siempre ha estado interesado en la multiplicidad de la creación y en las rarezas de la naturaleza: un hombre elefante despierta aversión y lástima; un gigante evoca asombro; una niña con tres piernas sugiere aprehensión. Pero los enanos hacen que la gente sonría. A diferencia de los «raros» —que a lo largo de la historia han sido marcados como *mirabilia monstrorum*, o «maravillas monstruosas»— los enanos son *mirabilia hominum*, «maravillas humanas», quizás porque cada adulto fue en algún momento un niño y encuentra fácil identificarse con los apuros de una persona pequeña en un mundo dominado por gente alta y objetos grandes. Y también la estatura diminuta de los enanos puede ser vista como tierna y despertar un instinto maternal. De hecho los enanos han sido a menudo tratados como niños, cargados como bebés y se les ha hablado en tonos condescendientes. Tal vez en la desproporción inquietante entre la cabeza de tamaño normal de los enanos y sus extremidades cortas se percibe el símbolo de la niñez eterna.

* * *

Los enanos tuvieron su época dorada en el antiguo Egipto. Allí eran honrados y venerados como dioses. De hecho, uno de ellos era un dios, a quien los egipcios llamaban Bes. Su reino era el de los partos y también cuidaba de los inadaptados que habían sido olvidados por los otros dioses.

El faraón Pepi I (2332-2283 a. C.) disfrutaba de la compañía de Danga, un bufón enano, quien le ayudaba a afilar su percepción acerca de la relatividad del tamaño y la supremacía. «Yo soy el Danga de los dioses», observaba el faraón Pepi, «pues deben encontrarme tan ridículo como yo encuentro a mi Danga». También Augusto César estaba profundamente apegado a su enano Lucius, tanto que a su muerte, Augusto hizo que esculpieran una estatua del enano a la que le incrustaron piedras preciosas en los ojos. Los enanos de la corte jugaban su desventaja en beneficio propio: sobrevivían haciendo reír a los demás, a menudo mediante bromas y trastadas, con frecuencia con un ingenio asombroso. Solo ellos podían hablarle crítica y francamente al faraón, al rey o al zar, sin temer que les separaran las cabezas de los cuerpos. Solo Bahalul, el enano del califa Harun al-Rashid, pudo insultar a su amo de una manera tan desagradable, con bromas pesadas e incursiones verbales, todo mientras pretendía ser un idiota.

Ningún palacio está completo sin enanos. Los que había en la corte vienesa fueron descritos por la escritora *Lady Mary Wortley Montagu* (1689-1762) como «demonios embadurnados con diamantes». Las familias reales intercambiaban enanos de regalo: el rey Carlos IX, por ejemplo, recibió gustoso cuatro del rey de Polonia, Segismundo II Augusto, y tres de Maximiliano II de Alemania. Es de anotar que treinta y cuatro enanos sirvieron en Roma como camareros y como objetos curiosos en un banquete organizado por el cardenal Vitelli en 1566. El duque de Buckingham le regaló a Enriqueta María para su matrimonio con Carlos I a Jeffrey Hudson de cuarenta y cinco centímetros. Hudson fue llevado a la mesa escondido en una tarta fría «de la que saltó a la señal acordada, para gran divertimento de la Reina y de sus invitados». Con aún mayor

fanfarria, Valakoff, el enano favorito de Pedro el Grande, fue casado con la enana de la princesa Prescovie Theodorovna en 1710. El zar ruso invitó a setenta y dos enanos a la fiesta especial, y luego dejó que los recién casados pasaran su noche de bodas en su propia habitación real. En un nivel más práctico, la entrañable cualidad de una inteligencia adulta escondida dentro de un cuerpo infantil hacía de los enanos buenos compañeros para los pequeños príncipes, mientras que las enanas acompañaban a las princesas. En las regias pinturas de la corte se encuentran a menudo enanos parados al lado de perros o de monos, subrayando su similar papel de mascotas reales. Durante el primer tercio del siglo XX, la tradición de los enanos cortesanos no había todavía caducado: en una ocasión, cuando Perla Ovitz actuó en Bucarest, ella y su familia fueron invitados al palacio del rey Carlos II de Rumania:

Dimos una actuación especial para el rey sobre su trono, rodeado por su séquito. Todos aplaudieron febrilmente y nosotros le hicimos una venia al piso. El rey nos pidió que nos acercáramos y nos reunimos alrededor de él. Nos acarició, como si estuviera decidiendo si éramos gente real o muñecos mecánicos.

De todas maneras, para finales del siglo XIX, la moda de los enanos de la corte se estaba desvaneciendo. La vida al servicio de la nobleza había dejado su marca en los nombres teatrales de los enanos, los cuales incluían a la princesa Marta, la princesa Isabel y la princesa Paulina. Con menos de sesenta centímetros de estatura, la princesa Paulina es la mujer más pequeña registrada en el *Libro de los récords Guinness*. Por su parte, los enanos se honraban con rangos militares, tal es el caso del gran entretenedor estadounidense, el general Mite, al igual que su famoso colega y estrella del circo Ringling Bros. y Barnum & Bailey, el general Tom Thumb, quien entretuvo a la reina Victoria en el palacio de Buckingham.

A diferencia de los gigantes y de otra gente con deformidades físicas, los enanos actores no solo tomaban prestados los títulos de la nobleza, sino también sus estilos de vestir: vestidos gallardos y elegantes, sombreros espectaculares, abundancia de joyas falsas. Su apariencia regia y modales imperiales eran tan convincentes que en ocasiones confundían al público, en especial porque ciertos reyes y generales eran asombrosamente bajos: Atila el huno, Carlos III, Vladislao I de Polonia. El mismo Napoleón no era ningún gigante. Como la realeza tendía a casarse dentro de la misma familia, tenía una tasa mayor a la normal con respecto a las deformidades físicas; un fenómeno que habla por sí solo en los cuadros de Velásquez.

Víctor Manuel III, rey de Italia, estaba tan avergonzado con su estatura de un metro con siete centímetros, que nunca fue visto sin sus tacones. Para compensar su herencia se casó con la princesa gigante Elena de Montenegro, quien le llevaba casi un metro de diferencia. En todos los sitios a los que Perla y los otros enanos viajaban la gente les preguntaba si eran familiares de Víctor Manuel: «Víctor Manuel era el enano más famoso de la época y nosotros éramos una compañía muy famosa, luego todo el mundo pensaba que debíamos tener alguna conexión familiar».

Por supuesto que las vidas de los enanos no eran un lecho de rosas. A menudo eran abusados y maltratados, como en los salones de las aristocráticas damas romanas, quienes les ordenaban

que corrieran por ahí desnudos. También aparecían desnudos en los festivales romanos, donde eran lanzados a la arena, ya fuera a pelearse entre ellos o como presa para las bestias salvajes. Queensland en Australia ha creado su propia manifestación moderna de esa crueldad, con un juego sádico llamado «bolos con enanos», en el que bolas de bolos humanas son levantadas con un brazo y lanzadas contra los pines. Esta práctica aún no ha sido prohibida y en enero de 2012, en Windsor, Canadá, más de mil personas se reunieron para una competencia de lanzamiento de enanos.

A finales del siglo XIX el concepto darwiniano de la evolución encendió la llama de una excitación no solo entre los científicos, sino también entre el público en general, por lo que mirar fijamente *fenómenos* o anomalías evolutivas era considerado como «una experiencia educativa». Desde 1840 hasta 1940, en las tiendas de recintos feriales a todo lo largo y ancho de Europa, florecieron los espectáculos de *fenómenos*. El público asistía en hordas para ver a la gente desfigurada y malforme hacer tareas mundanas que les representaban un reto: una mujer sin brazos preparando el té, un hombre sin piernas montando bicicleta, o un enano tocando un instrumento musical.

Siendo conscientes de representar un objeto de curiosidad pública, los enanos sintieron que podían ganarse la vida aprovechándose de esta realidad. Desde el comienzo fueron parte de los espectáculos de fenómenos, junto con los tragafuegos, las mujeres barbudas y los hombres sin piernas. Los enanos con algún talento artístico cantaban y bailaban; otros entretenían haciendo malabares o llevando a cabo impresionantes hazañas físicas que podían sobrepasar las capacidades de un hombre de estatura normal. Aquellos que sufrían de severas anormalidades y distorsiones, con cuerpos inservibles, eran con frecuencia expuestos en tiendas cerradas o en jaulas, con el único propósito de generar repulsión.

Cuando un enano quería ser apreciado por su talento real y sus verdaderas habilidades artísticas como intérprete (en oposición a su enanismo), por lo general comprobaba que esto era imposible. Frank Delfino, quien inició una carrera en el mundo del espectáculo en el Midget Village en la Feria Mundial de 1933 en Chicago, esperaba ser reconocido como un virtuoso del violín. Insistió en que no se hiciera ninguna mención acerca de su deformidad en la publicidad de sus conciertos, pero no tuvo ningún éxito; sus empresarios lo etiquetaron como «el violinista más pequeño del mundo». Si bien aparecería en películas como *El planeta de los simios* y *La increíble mujer menguante*, fue mejor conocido por su papel en los comerciales para las hamburguesas McDonalds, en los que actuó hasta la edad de ochenta.

Para los enanos ha sido una tradición trabajar en los circos como payasos y acróbatas, con frecuencia cabalgando ponis o elefantes. Prácticamente todos los circos acostumbraban emplear una compañía de enanos; todavía hoy en Rusia existen circos donde todos los integrantes son enanos. El enano judío de circo más famoso fue Zoltan Hirsch, la mitad del dúo de Gérard y Zoli. Había nacido en Hungría en 1885 y fue la única persona pequeña de su familia; una condición causada por el raquitismo. Un circo ambulante que se había asentado en su pueblo atrapó su imaginación y pasó sus días entre los actores. Encontraba muchísimo más atractivo portar un sombrero de copa, vestir un esmoquin, una corbata de seda inmensa y zapatos negros brillantes, que convertirse en herrero; su profesión destinada. Durante una carrera que lo llevó de Rusia a Inglaterra y de Sudáfrica a Latinoamérica, disfrutó del estatus de celebridad dondequiera que fuese. También apareció en películas y publicó una autobiografía, titulada muy

apropiadamente *La gran vida de un hombre pequeño*.

Los enanos no solo encontraban sus escenarios en tiendas de campaña o en ferias. A finales del siglo XIX Berlín estaba hechizada con Fatmah y Smaum, dos hermanos enanos de Ceilán. Aparecían a diario entre las dos y las diez en la casa de té de Ceilán Hagenbeck. Cuando Fatmah murió a los dieciséis años, su hermano se pasó a los deportes y actuó en el Wintergarten de Berlín y en el Zirkus Busch de Frankfurt. En 1904 Samuel W. Gumpertz fundó una ciudad de enanos en la «Tierra de sueños» de Coney Island. Reunió trecientos enanos provenientes de varias ferias y circos de todo el mundo y les ofreció un salario estable y alojamiento en su «Lilliputia», bautizada en honor de Lilliput, la tierra de la gente pequeña de los *Viajes de Gulliver* de Jonathan Swift. Lilliputia fue construida como una réplica de la ciudad de Núremberg del siglo XV; cada edificio fue erigido a una escala proporcional con la altura de los habitantes de metro y medio (y más pequeños). Tenían su parlamento propio, su teatro, tiendas, cafés, restaurantes, correo, barbería, al igual que caballos diminutos y pollos. Un reflejo del buen ojo de Gumpertz para los detalles era que el hombre de la lavandería era un enano chino. Tenían una playa propia con una torre de salvavidas en miniatura. El cuerpo de bomberos de la ciudad respondía cada hora a falsas alarmas, con enanos bomberos que corrían por las calles estrechas con sus mangueras. Los visitantes podían caminar por la ciudad en miniatura y cual voyeristas, mirar a los enanos llevar a cabo sus rutinas diarias. Cuando el parque cerraba por la noche, los enanos eran libres de hacer lo que les placiera.

La idea de Gumpertz tuvo un éxito inmediato. En 1913 Leo Singer estableció su propia versión, Lilliputstadt, en el Prater, el famoso parque de diversiones de Viena. Aldeas similares de enanos fueron construidas enseguida en Berlín, París, Budapest, Chicago y San Francisco. El Märchenstadt Lilliput de Carl Schaefer se fue de gira por varias ciudades alemanas. El formato revivió décadas después, y en julio de 2009, un parque de diversiones, El Imperio de la gente pequeña, fue abierto cerca de Kunming, China, dándole albergue a más de cien enanos provenientes de todo el país. Cuando estalló la Gran Guerra, Singer partió con cincuenta de sus enanos en un *tour* mundial que recorrió Asia, Australia y Suramérica, antes de llegar a los Estados Unidos. Los enanos actuaron de costa a costa y fueron los invitados del presidente Harding en la Casa Blanca. Unas pocas décadas después, en 1939, Singer le proveería a Hollywood los 124 enanos que utilizarían en la filmación de *El mago de Oz*.

Puesto que se habían convertido en un valor económico, los actores enanos eran relativamente bien tratados por los empresarios. Se sentían afortunados de tener un trabajo seguro y bien pagado y de estar viviendo entre sus pares, quienes los apoyaban en sus muchos momentos de frustración. Se estima que solo en Europa durante los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial, al menos mil quinientos enanos se ganaban la vida en el negocio del espectáculo. Setenta y un empresarios diferentes los representaban. Leo Singer empleaba veintidós agentes que rastreaban las más remotas aldeas europeas en busca de enanos, quienes incluso en ocasiones compraban a los padres a un pequeño de diez u once años.

* * *

Por alguna razón los agentes de Singer nunca llegaron a Rozavlea, pero si hubieran tocado a la puerta de los Ovitz se habrían llevado un portazo en las narices.

El circo no era para nosotros, pues no teníamos ni la fuerza física ni la inclinación. Aborrecíamos la idea de ser animales en un zoológico, de tener gente que nos rodeara durante horas, señalándonos y diciendo: «Mira, está limpiando las ventanas». Nunca quisimos ganarnos la vida exhibiendo nuestra deformidad. Siempre quisimos ser tomados en serio como actores profesionales.

Los Ovitz llevaban sus vidas comunmente; cada paso que daban era discutido y cada decisión que tomaban era debatida en un concejo familiar. Tras muchas discusiones determinaron que la única carrera aceptable para ellos se encontraba en el mejoramiento de la idea *klesmer*, pero no tomada como una simple banda de enanos músicos. En ese entonces ya existían en Europa bandas de solo enanos, pero tenían invariablemente un único *show* dentro de un espectáculo de vodevil. Los Ovitz querían un espectáculo completo.

Con la experiencia que había ganado escribiendo chistes como entretenedor, Avram Ovitz comenzó a escribir los guiones para su hermano y hermanas. En vez de música para bailar crearon juntos un programa con canciones de amor y éxitos locales. «Sobre el escenario todo era romance porque sabíamos que eso era lo que la gente anhelaba en la vida real». Y la audiencia se ablandaba cuando Perla, balanceándose, cantaba:

*Nadie te ama
tanto como te amo yo.
Nadie te abraza
de la manera que yo lo hago.
Las flores florecen solo por ti
y es porque yo te amo.*

Siempre prefería las baladas de amor trágico y, sesenta años después, su voz todavía carga la emoción con la que cantaba

*Desde que te fuiste y me dejaste,
He esperado en vano
Aunque nunca regresarás.*

Para que no todo fueran rosas o espinas, los Ovitz confeccionaron un programa de dos horas que se acomodaba a todos los gustos y estados de ánimo. Entre canciones, que interpretaban en cinco idiomas, mantenían a su audiencia llorando de la risa con bromas y chistes y escenas cómicas. De la rama jasídica de la familia habían heredado el lema «Sirve al Señor con alegría» y

la idea de que la música, las canciones y el baile eran formas superiores de la oración y expresiones de la más profunda fe. Para el jasidismo, el judaísmo jasídico, vivir con alegría era una virtud y rendirse a la melancolía era una condena. Para encender los espíritus y elevarlos a un estado de éxtasis dichoso, los jasídicos movían sus torsos y aplaudían con gran fervor durante la oración. Con un entusiasmo similar, los Ovitz estaban en paz con Dios, la comunidad y con ellos mismos cuando ganaban dinero haciendo reír.

Sin embargo, al ser judíos ortodoxos, tenían que medir si era adecuado cantar éxitos seculares como «Dejé mi corazón en Hawái». Encontraban su justificación en la cábala para interpretar melodías populares que estaban en boga: el *nizozoth*, o la chispa divina, dice la cábala, cayó desde las Esferas de lo Divino y se extendió por todo el universo; incluso dentro de la música no judía. A través del canto estas chispas son creadas para ser elevadas y purificadas.

Los Ovitz se pusieron a la tarea de comprar instrumentos y escogieron en su mayoría los de tamaño para niños. Las dos hermanas mayores, Rozika y Franziska, ya tenían sus violines de un cuarto y para la dramática Frieda, de pelo del color de los cuervos, un fabricante de la región construyó un címbalo con las patas reducidas. Micki tocaba tanto el chelo de tamaño medio como un pequeño acordeón, mientras que la enérgica Elizabeth tocaba la batería, el único instrumento de tamaño regular que tenían en la banda. Perla tenía una guitarra diminuta de cuatro cuerdas, rosa, que parecía un juguete. De todas maneras ella no se uniría de inmediato a la familia en los *tours*, pues solo tenía diez años; primero tenía que terminar cuatro años más de escuela. De los siete solo Avram, cantante, actor y maestro de ceremonias, actuaba sin instrumento musical.

Los trajes eran de suma importancia. Maestras de las máquinas de coser, las hermanas cosían juntas vestuarios glamorosos: vestidos de noche sedosos y con plumas, en colores brillantes y alegres, todos idénticos en corte y diseño, con lazos y moños que los acentuaban, y con lentejuelas, pequeñas perlas y estrellas que los hacían brillar bajo las luces. Los hombres portaban chaquetas blancas y corbatines. El pelo representaba un problema, pues en el judaísmo ortodoxo es considerado como un elemento seductor. Todas las mujeres judías casadas de Rozavlea se afeitaban por completo las cabezas y las cubrían con chales para demostrar su modestia. Desde la infancia las chicas Ovitz habían sido testigo de las visitas mensuales de una mujer tosca y huesuda con quien su madre se encerraba en la habitación. Con timidez, Batia levantaba parte del chal para revelar el pelo recién nacido que la mujer rapaba de inmediato. Tras volver a cubrir la parte recién afeitada con el chal, su madre descubría otra porción para que fuera visitada por la cuchilla de la mujer.

Pero tal costumbre no se acomodaba a las cinco hijas actrices de Batia. Necesitaban de sus espléndidos y frondosos cabellos para realzar su presencia en el escenario. De la misma manera, durante las interpretaciones, Avram y Micki se liberaban de la prescripción judía de que los hombres deben cubrir sus cabezas todo el tiempo con un sombrero o una gorra. Por fortuna, el tamaño diminuto de los enanos los ponía en un lugar que iba más allá del estricto código de vestir y de aspecto de los ortodoxos judíos, al igual que su profesión. Ya que su sustento dependía de los vestidos y la apariencia, la comunidad judía aceptaba esta aberrante inmodestia.

«La *troupe* de Lilliput» parecía ser una elección obvia como nombre y como marca. Al ser un negocio familiar decidieron no contratar ningún representante profesional. Avram, desde hacía tiempo el jefe de la familia, se responsabilizó de la publicidad y de los contratos. Mientras que los hermanos enanos eran las estrellas de los escenarios, los miembros de estatura promedio de la

familia trabajaban tras bambalinas. Sarah asumió los deberes de «dama de los guardarropas»: preparaba los trajes para cada escena y ayudada a sus hermanas enanas a desvestirse y a cambiarse de ropa cuando se apuraban entre escenas. Izo Edenburg, el marido de Frieda, trabajaba como utilero y arreglaba el transporte. Leah se quedaba en la granja familiar en Rozavlea, donde se ocupaba de los animales y las cosechas, y mantenía lista la casa para cuando la compañía regresaba de sus largos y extenuantes viajes. Con su buen sentido para los negocios, también se encargaba de la contabilidad y de llevar los libros del negocio familiar.

El único hermano que no participó en el negocio familiar fue Arie. Tenía una buena voz para cantar, pero decidió seguir su propia vida. Era un hombre alto y atractivo, con talento para las labores manuales, que se convirtió en un sastre de primera y se mudó al pueblo de Satu Mare. Dejar la familia terminaría siendo su perdición.

CUATRO

En el camino, 1931-1940

Los domingos por la mañana Simon Slomowitz detenía su carreta y su caballo en la puerta de los Ovitz. Entonces, él e Izo Edenburg apilaban en la carroza el címbalo, la batería y el chelo, todos ellos guardados en sus carcasas, y los ataban con cuidado con una soga. Luego le sumaban a esta carga una gran caja con elementos de utilería, dos maletas cargadas con los trajes pulcramente doblados y otra caja llena con la comida para el viaje: muslos ahumados de ganso, frutas y vegetales de su jardín, una jarra con cidra hecha con sus propias manzanas, tartas y redondas hogazas de pan. Tras subir la carga, los siete integrantes de *La troupe* de Lilliput salían de la casa de un piso y se reunían alrededor del carromato. Uno a uno esperarían a ser alzados y subidos por los fuertes brazos de Slomowitz y de Edenburg. Vestidos con pesados abrigos, los enanos se acurrucaban en las bancas y las mujeres ponían a cubierto del viento húmedo y polvoriento sus elaborados peinados con bufandas coloridas.

A falta de buses y de caminos pavimentados, Slomowitz prestaba el único servicio de transporte entre la aldea de Rozavlea y Sighet, que quedaba a unos treinta y cinco kilómetros de distancia. Ya que muy pocos aldeanos tenían negocios en el pueblo, Slomowitz se encontraba a menudo subempleada, por lo que le era posible trabajar de manera regular con los Ovitz como factótum. Cuando la compañía comenzaba sus viajes se convertía también en el cochero leal y confiable. Ya de joven Slomowitz había pasado mucho tiempo con los Ovitz, pues había sido el asistente de su padre, el rabino Shimshon Eizik. «Lo hacían sentir necesitado e importante y se quedaba siempre mucho más de su horario de trabajo. Más que sentir lástima por su indefensión, disfrutaba de su alegría, de la música y de la atmósfera culta», recuerda su hijo Mordechai Slomowitz. No está demás decir que, durante años, Simon había estado —y estaba— enamorado de la bella y coqueta Frieda, a pesar de estar casada con Izo y de que él mismo tenía una esposa, Haia, y siete hijos. A Haia Slomowitz le dolían las ausencias de su marido durante días que parecían no tener fin, pero se abstenía de atizar el fuego pues el sustento de su familia dependía por completo de los Ovitz.

Las primeras actuaciones de *La troupe* de Lilliput fueron locales, en el condado de Maramureş. Carteles hechos a mano anunciaban su llegada a las aisladas aldeas y el dinero cambiaba de dueño en la puerta justo antes de que empezara la función. No había muchos

artistas que se tomaran el trabajo de ir hasta esa región miserable y olvidada de Dios, por lo que las estrellas de Rozavlea saciaban la sed de diversión de los aldeanos. El éxito de la compañía fue instantáneo, aunque se dieron cuenta muy pronto de que no podrían ganarse bien la vida actuando para una población de 175.000, muchos de ellos campesinos demasiado pobres como para pagar por una entrada.

No eran muchos los aldeanos que se aventuraban más allá de los confines del valle de Iza, pero *La troupe* de Lilliput pensaba en grande; al igual que tiempo atrás lo hubiera hecho su padre. Las historias de los viajes lejanos de Shimshon Eizik, de la fama que le trajeron y de la fortuna que ganó, se habían vuelto el material de leyendas para sus hijos. En esas leyendas encontraron un modelo: como un pequeño ejército se alistaron a conquistar uno a uno los distritos circundantes con su entretenimiento. Empezaron con apariciones en los salones desastados de las aldeas y de allí pasaron a los teatros de los pueblos y a los cines. Recogieron un éxito tras otro. La confianza de la compañía aumentó al igual que su reputación y el apetito por alcanzar más. Con las noticias que volaban rápidas sobre sus espectaculares actuaciones, pronto se encontraron interpretando sus obras por toda Rumania, Hungría y Checoslovaquia.

Viajaban sobre todo en tren. No había estación de ferrocarriles en Rozavlea, por lo que tenían que soportar primero el tortuoso recorrido de tres horas y media en carroza hasta Sighet. Podrían haberse mudado sin ningún problema a Sighet, pero preferían la seguridad y la intimidad de su aldea pastoril. Cada *tour* de conciertos duraba varias semanas. La compañía se quedaba en cada pueblo durante algunos días y allí tenían dos o tres presentaciones por jornada, por lo general con salas llenas que los bañaban en aplausos, y de allí se trasladaban a la siguiente parada. La vida en el camino es difícil para cualquier actor, pero para ellos era ferozmente agotadora. Fuera de la seguridad de su hogar, donde cada detalle estaba confeccionado para su tamaño, luchaban en los territorios extraños contra los innumerables, sorprendentes y continuos obstáculos que se cruzaban a su paso.

No podían dar un paso sin la ayuda de un séquito: tenían que ser alzados como bebés desde la plataforma hasta el vagón del tren y luego puestos en sus asientos; en los restaurantes necesitaban que los ayudaran a treparse en los asientos; las salas donde actuaban y los hoteles los confrontaban con escaleras sin fin. Y más aún, tenían que llevar con ellos en sus viajes sus pequeños taburetes de madera, para poder subirse a las camas de los hoteles y alcanzar los lavamanos o simplemente para descansar un momento.

El horario de los *tours* de la compañía era coordinado con los organizadores de los festivales locales, los días de mercado y las ferias anuales; su programa era ajustado a la audiencia, al país y al evento. Hablaban a la perfección varios idiomas —húngaro, rumano, alemán y yidis— y podían cantar en unos cuantos más. Interpretaban con igual facilidad en una plataforma a cielo abierto como en el proscenio de una sala iluminada por lámparas de cristal. La única excepción eran las bodas; no eran una desgracia, pero no eran para artistas profesionales. «Un artista debe mantener sus estándares, en el momento en que los baja ya no hay marcha atrás», era uno de sus mantras. Pero cuando los invitaban como huéspedes a las bodas familiares, era evidente que en muchas ocasiones les pidieran que entretuvieran a los invitados, a lo que aceptaban con reticencia considerable.

A los judíos ortodoxos no se les permitía disfrutar del negocio del espectáculo en ninguna de sus formas. Y a pesar de esto, cuando Isaac Perinow —un historiador israelita de la judería

rumana— cumplió siete años, no pudo resistirse a sus encantos. Todo el mundo en Târgu Mures hablaba con gran excitación acerca de los Lilliputs: «¡Ya llegan los enanos, ya llegan los enanos!», excepto el padre de Isaac. Era un hombre muy religioso y el líder de la congregación de su pueblo, por lo que no permitiría que su hijo, aunque Isaac se atreviera a pedir permiso, atendiera a ese circo. Desesperado por ver a los maravillosos enanos, Isaac se coló en el teatro al aire libre. Un hombre de la audiencia lo puso sobre sus rodillas, de tal manera que el pequeño Isaac pudiera ver. Su padre nunca se enteró de este secreto.

En otra función, Arie Tessler, el compañero de juegos de la infancia de Perla, quedó muy sorprendido de ver a la niñita a quien solía aventar en broma por toda la habitación, entonces parada como una reina sobre el escenario, cantando admirablemente en compañía de su familia. Recuerda:

Le quitaban el piso a todo el mundo con sus chistes y canciones. He guardado conmigo una escena en particular. Yo estaba parado con el director del correo, una de las personas más educadas y respetadas de nuestro pueblo, quien fue muy entusiasta a todo lo largo del espectáculo. De repente este hombre gritó el nombre de una canción rusa, una que tenía que ver con los dolores del corazón, y cuando Perla la cantó, lloró como un bebé hasta el final.

Cada canción llevaba al público a romperse las palmas de tanto aplaudir y a Avram, el maestro de ceremonias, le tocaba rogar silencio para poder continuar. Al final de la función eran aclamados con flores y con frecuencia les arrojaban dinero al escenario. En una ocasión, cuando Perla, radiante, se giró para hacer la venia al público, algo afilado y pesado la golpeó en el pecho. Casi la tumba, pero por fortuna no le pegó en la cara. Cuando recuperó el aliento recogió el objeto del suelo: era un billete atado a una moneda pesada para que pudiera volar a través de la sala y alcanzar el escenario. De ahí en adelante Avram advirtió a las audiencias que tuvieran cuidado cuando expresaran su entusiasmo y los invitó a que pusieran sus regalos en un delantal que había junto al escenario; que no los lanzaran para no poner en peligro a los Lilliputs. Al final de la noche la compañía recogía los arreglos de flores, las monedas, los billetes, los chocolates e incluso botellitas de perfume. «Éramos muy amigables con nuestro público. Un actor debe ser cálido, no debe ser engreído, si bien no todo el mundo puede contener su arrogancia». Como regalo promocional tenían impresas tarjetas con un retrato de los siete enanos y un autógrafo que decía: «Souvenir de *La troupe* de Lilliput». Décadas después estas tarjetas, cuidadosamente preservadas en álbumes de fotos por los fans devotos, saldrían a la luz desde el olvido.

En cada pueblo en el que actuaban, *La troupe* de Lilliput era invitada a las casas de los judíos prestantes, al igual que sus pares de las generaciones pasadas habían sido invitados a los castillos de los reyes y nobles. Las mesas a reventar con delicadezas kósher abrumaban a los enanos, pues su crianza frugal y la ortodoxia los había acostumbrado a no participar de banquetes suntuosos ni de la vida bohemia. Se abstendían de salir con sus admiradores y de beber en las tabernas, al igual que de cenar en restaurantes lujosos tras los espectáculos. Cuando se oscurecían las luces del escenario regresaban rápidamente a su hotel, donde los siete enanos y su séquito de tres se

apretujaban en tres habitaciones sencillas. Tampoco se entregaban a sesiones extravagantes de compras, ni siquiera cuando visitaban ciudades grandes. En cualquier caso no iban a encontrar ropas o zapatos de su tamaño en las estanterías. Sin embargo, las hermanas Ovitz sentían una pasión profunda por los cosméticos, y también amaban visitar tiendas de telas, donde compraban metros y metros de seda y satín para sus vestidos.

* * *

La *troupe* de Lilliput se embarcó en su carrera en los primeros años de la década de 1930; la sincronización fue buena. Para ese entonces el enanismo había alcanzado la cima de su popularidad y una familia de solo enanos con una banda que interpretaba instrumentos musicales diminutos era una novedad irresistible y de gran valor comercial. También era importante que, para la década de los treinta, los enanos se habían convertido en objetos curiosos, no solo en los escenarios, sino también para los respetables círculos académicos, en los que se hacía muy borrosa la frontera entre el *show* de fenómenos y el mundo de las conferencias. El asunto del enanismo ganó popularidad entre los médicos, tanto por su interés clínico, como por su atractivo pintoresco.

Los doctores que trabajaban hombro a hombro con los empresarios de los *shows* de fenómenos rompieron todos los tabús profesionales al emitir certificados médicos que describían en detalle las aberraciones de sus pacientes. Estos certificados, leídos en voz alta durante los espectáculos, eran ofrecidos como prueba de autenticidad, para aumentar el valor comercial de estas miserables muestras humanas. Los enanos eran también cazados por los médicos en las ferias y en los parques de diversiones para llevarlos a las escuelas de medicina y allí estudiarlos. Muchos enanos simplemente se alquilaban para esos estudios médicos, que en su mayoría involucraban mediciones sin fin de cada centímetro de sus cuerpos. El tamaño de la cabeza representaba un punto de interés particular entre los defensores de la pseudociencia de la frenología. Los descubrimientos de tales investigaciones eran a menudo presentados en salones llenos con los integrantes de sociedades médicas y antropológicas a todo lo largo y ancho de Europa, en ocasiones con el cochinillo de Indias sobre el escenario.

No solo los enanos vivos intrigaban a los doctores: sus esqueletos también, y estos eran puestos a disposición del público en muestras permanentes dentro de los museos. Durante sus representaciones, el legendario Owen Farrel —un enano tan fuerte que podía alzar a cuatro hombres adultos, dos en cada brazo— se acostaba sobre el piso y permitía que una carreta le pasara por el pecho. Vendió su cuerpo por adelantado a un cirujano por una pensión semanal que sería desembolsada hasta el día de su muerte. Hasta el día de hoy su pequeño esqueleto está expuesto en el museo Hunterian de Glasgow. El caso de Caroline Crachami es particularmente terrible. Al parecer había nacido en Sicilia, pero se había criado en Dublín. Pesó 450 gramos al nacer y su salud era frágil. Desde muy temprana edad sufrió de una tos persistente y un tal doctor Gilligan persuadió a sus padres de que lo dejaran llevarla a Londres con la excusa de un clima mejor. Entonces exhibió a la niña de cincuenta y un centímetros no solo en Londres, sino también en Liverpool, Birmingham y Oxford, en todas partes, anunciándola como «la persona más pequeña de la Tierra». Esta «hada siciliana» tenía una «voz sobrenatural» que encantaba a la

realeza y a la aristocracia. Y por unos chelines extra los caballeros podían hacer fila para tocarla y acariciarla. En 1824, tras una de estas veladas en las que le tocó atender a más de doscientos clientes, Caroline colapsó. No tenía nueve años en el momento de su muerte. Su acongojado padre se apuró a ir a la clínica del doctor en Londres para regresar a su hija a Irlanda y así darle un entierro familiar. Llegó una semana tarde. Gilligan ya había vendido el cuerpo de la niña a la Real Academia de Cirujanos para su esqueletización. Por los 500 chelines que le pagaron por el cuerpo echó en los diminutos zapatos de cinco centímetros un par de medias de Caroline, un minúsculo anillo de rubí y su dedal.

Caroline Crachami es la pieza número 227 del museo Hunterian de Londres. En el cuarto adyacente está expuesto el esqueleto de Charles Byrne, también irlandés. Un gigante, de más de siete pies de altura, Byrne dejó su tierra empobrecida para aparecer en las salas de exposiciones de la afluente Londres. Allí, en 1783, conoció al cirujano John Hunter, que convenció a la nueva sensación de la ciudad de 22 años de que los gigantes tienen vidas cortas de todos modos. Ya que su cuerpo tenía valor científico, debía firmar documentos que permitieran al médico diseccionarlo después de la muerte. Después de firmar el contrato, Byrne tuvo dudas; atormentado por la idea de que su carne fuera hervida para separarla de sus huesos, pagó a un enterrador para que, tras su muerte, hundiera su cadáver en el Támesis con pesos de plomo. Murió poco después por beber en exceso. La prensa informó de su muerte y de la lucha de los anatomistas para obtener el cuerpo. John Hunter hizo la oferta más alta, se rumora que fue más de quinientas libras. Apresuradamente, cortó el cuerpo en trozos y lo hirvió hasta los huesos, ensamblándolo de nuevo para su presentación. Esta técnica de esqueletización y la búsqueda general de esqueletos se repetirían con frecuencia en los laboratorios patológicos de los médicos nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Arie Tessler rememoraba —vio a los Ovitz actuar en varias ocasiones—, aunque la estatura enana de *La troupe* de Lilliput era su principal atracción, «Aún así, la gente no se disfraza, gasta dinero en un boleto y se sienta por un par de horas solo porque los artistas son enanos. Si hubieran sido músicos malos, todos los hubieran abucheado en el escenario después de cinco minutos. Su larga carrera habla por sí misma». De hecho, mientras la familia Ovitz acumulaba fama y fortuna, no se ralentizaban. Debido a que no podían predecir cuánto tiempo duraría la buena salud y el éxito, trabajaron incansablemente y llevaron a cabo sus finanzas con cautela. Invirtieron mucho en oro y joyería, que se cuidaron de guardar. Fascinaban a los vecinos con sus historias de maravillas lejanas y había un aura de magia sobre ellos. Aunque solo actuaron en países adyacentes, los rozavleanos, hasta el día de hoy, se jactan de que los renombrados *tours* de los Ovitzes los llevaron «por todo el mundo».

Los Ovitz apreciaron con rapidez el potencial de una invención nueva; la radio. Izo Edenburg usó su experiencia como electricista para instalar una antena en el techo y así pudieron escuchar estaciones distantes y mantenerse al día con los últimos avances de la música popular, y expandir su repertorio. Ya que los enanos no podían leer notas, tenían que aprender de oído la música. Se reunían entorno del grande y marrón Telefunken, primero murmurando, luego sumando sus voces y finalmente acompañando a la radio con sus instrumentos musicales.

A mediados de la década del treinta toda la aldea se sorprendió con la llegada de algo nunca

antes visto: un automóvil grande y oscuro se detuvo enfrente de la casa de los Ovitz. Edenburg se veía muy gallardo al volante del modelo italiano, que era tan espacioso como para acomodar a toda la compañía junto con sus trajes, utilería e instrumentos musicales. Tener un auto en ese entonces era el equivalente a tener un *jet* privado hoy en día. Los rozavleanos se amontonaron alrededor de la nueva adquisición y se pelearon el derecho a lavar y encerar el auto. Un exrozavleano, Benjamin Samuelson, recuerda que «solo tener la posibilidad de estar cerca del auto era tan raro que era casi un privilegio». En ese entonces tenía siete años y siempre se preguntaba cómo lograban apretujarse todos dentro. Un día estaba sentado con sus amigos en la orilla del río Iza

cuando tuvimos un golpe de suerte. Nos dejaron lavar el auto. Esta fue una experiencia increíble, un honor que no esperábamos pero que aprovechamos por completo. Nos estaban pidiendo, incluso nos impulsaban, a que tocáramos el auto. Esta epifanía, este estado de gracia, nos duró unos cuantos años. Cada vez que regresaban a casa llevaban el auto al río, donde mis amigos y yo estábamos preparados para lavarlo.

El automóvil causó tal impresión sobre los aldeanos que, incluso ahora, más de seis décadas después, solo la mención del nombre Ovitz provoca una sonrisa inmediata en los viejos campesinos, que viene acompañada de un comentario: «Ah, ellos tuvieron el primer auto de toda la región. Hasta ese entonces nunca habíamos tenido una carroza sin caballos». Pueden describirlo hasta el último detalle y todavía se preguntan cómo, de todas las personas, fueron los más débiles entre los débiles quienes llegaron a ser los dueños de esa maravilla, mientras que ellos, en toda su vida, nunca pudieron permitirse uno.

CINCO

Hungría, 1940

Lya Graf había ido lejos persiguiendo el éxito. Llena de esperanza, la exquisita enana de veinte años se había embarcado con rumbo a Nueva York donde fue contratada de inmediato por el circo Ringling Bros y Barnum & Bailey.

El hombre que hacía la publicidad del circo se devanó los sesos buscando un truco para atraer la atención del público con respecto de la nueva adquisición. Llevó a Lya a Washington y el 1 de junio de 1933 subieron de puntillas por las escaleras del edificio del Senado. Se dirigían al salón de la Banca del Senado y del Comité Monetario, donde J. P. Morgan, el guía financiero de Estados Unidos de ese entonces, se disponía a testificar.

Viendo a su presa, el publicista empujó de repente a Lya sobre el regazo de Morgan. Chasqueó sus dedos y el fotógrafo de la presa, con quien estaba asociado, tomó una foto. Cuando el *flash* enceguecedor se disolvió, todo el salón se quedó en silencio. Morgan, de sesenta y seis años, era famoso tanto por su falta de humor como por su aversión al contacto físico. Esa mañana se encontraba particularmente de mal humor por cuenta de la inquisitiva audiencia del Senado. Y, sin embargo, tras un momento de confusión y para la considerable sorpresa de todos los presentes, su cara se iluminó con una gran sonrisa. Al día siguiente, todos los principales periódicos de Estados Unidos publicaron la fotografía de la encantadora enana rubia de pelo ondulado con el poderoso y calvo magnate. La revista *American Heritage* comentaría:

Morgan, y todo Wall Street, tomaron provecho de ese encuentro fortuito. Desde ese día hasta el de su muerte, una década después, nunca volvió a ser ese demonio avaro, cuya codicia y crueldad habían ayudado a llevar a la nación al borde de la ruina, sino que se transformó en un benigno viejo chocho.

La tímida y sensible Lya Graf ganó poco de ese «encuentro fortuito», pues la exposición y la atención que esa foto le trajeron, resultaron ser mucho para ella. Incapaz de aceptar la idea de convertirse en una celebridad fenómeno, una enana expuesta más que una artista reconocida, decidió regresar a su nativa Alemania dos años después. En 1937 fue arrestada por la Gestapo.

No solo su enanismo la catalogaba como «inútil para la sociedad», sino que también era medio judía. En 1941 fue transportada a Auschwitz, donde pronto murió.

Los Ovitz no estaban al tanto de que la tierra temblaba bajo los pies de los judíos a todo lo largo y ancho de Europa. No eran conscientes de la subida al poder de Hitler, ni de las leyes de Núremberg, ni de la Kristallnacht o de los campos de concentración. Ni siquiera el estallido de una guerra mundial, ni la subsiguiente cancelación de sus actuaciones en la Checoslovaquia ocupada por los nazis los despertaron a esta perturbadora nueva realidad. Al igual que muchos judíos de Transilvania simplemente no se sentían conectados en lo personal con los eventos que se desplegaban en la distante Alemania: continuaban haciendo lo que tenían que hacer para ganarse la vida. Actuaban. Después de todo sus admiradores los esperaban y no podían defraudarlos.

Pero no pasó mucho tiempo para que esta realidad de las cosas los alcanzara. Durante los veintidós años de gobierno rumano sobre Transilvania, Hungría nunca había abandonado la esperanza de recuperar su antigua provincia. El momento justo llegó en junio de 1940, cuando los soviéticos le dieron un ultimátum a Rumania exigiendo la devolución de Besarabia. Por su parte Hungría pidió la restitución de Transilvania. Dado que Hitler estaba planeando en secreto la invasión de Rusia con su «Operación Barbarroja», para la que necesitaba como aliados a Hungría y a Rumania, no pensaba tomar el riesgo de permitir una confrontación militar entre los dos países. El 30 de agosto de 1940, el ministro de relaciones exteriores de Alemania, Joachim von Ribbentrop, y su contraparte italiana, el conde Galeazzo Ciano, dictaminaron sus términos de arbitraje: Hungría recibiría la parte norte de Transilvania que tenía una población de 2.5 millones de habitantes.

Los meses anteriores a este acuerdo habían visto el colapso de la ley y el orden en Rumania, y con ello el renacer de una nueva ola de antisemitismo. El gobierno rumano siempre había sido antipático con los judíos, luego los Ovitz, como el resto de judíos de la región, le dieron la bienvenida a lo que percibían como el regreso de la era dorada del gobierno austrohúngaro. Sin embargo, lo que no se dieron cuenta fue que el actual régimen húngaro era por completo antisemita.

El 13 de septiembre de 1940 se completó el cambio de gobierno, y al cabo de unos pocos días, las flores de la esperanza probaron en verdad ser afiladas espinas. Pronto Hungría implementó medidas antijudías. Todos los periódicos judíos fueron cerrados, junto con los clubes sociales y deportivos. Los judíos fueron expulsados de las escuelas secundarias y de las universidades. Los servidores públicos, doctores, abogados, profesores y profesionales de cuello blanco perdieron sus trabajos. Los negocios judíos fueron confiscados; solo a unos pocos afortunados se les permitió entregar las llaves a socios no judíos y de esta manera mantener un sustento parcial.

Las actuaciones de los artistas judíos fueron restringidas a las audiencias judías. Pero la mayoría, empobrecidos en lo financiero y emocionalmente devastados, no tenían el deseo ni el dinero para cantar y bailar. Con sus carreras en crisis, los Ovitz viajaron a Budapest, entonces la capital, a sabiendas de que la audiencia que tenían enfrente representaba la misión que no podían echar a perder; conseguir las nuevas tarjetas de identidad requeridas por el gobierno húngaro. Entraron intempestivamente en las oficinas del gobierno con todas sus plumas, radiantes con su encanto natural y la teatral autoconfianza que habían adquirido a través de sus años como celebridades. Los siete enanos, contagiosamente alegres, deslumbraron de tal manera a los

oficiales con sus presencias de cuento de hadas, sus fotos publicitarias y su charla burbujeante, que nunca les hicieron la única pregunta esencial. La palabra «judío» no apareció en sus recién expedidas tarjetas de identidad oficiales.

Así fue que los enanos pudieron regresar al camino, pero no, seguramente, como si el mundo no estuviera en guerra: durante casi cuatro años vivieron con un disfraz racial, constantemente bajo el riesgo de ser arrestados por romper las leyes húngaras que prohibían a los judíos actuar frente a audiencias no judías. Dejaron de hablar yidis en público; paraban las orejas para escuchar chismes. Rumores, secretos, murmullos, aprehensiones insinuadas, eran suficientes para que cancelaran un compromiso en cualquier pueblo o ciudad. Si los habían contratado para una noche de viernes o para una matiné de sábado —el Sabbath judío— alguno de la compañía se hacía el enfermo y llamaban a un doctor al hotel, quien llenaba la excusa que certificaba la enfermedad. Una larga nota de disculpa sería puesta en las puertas de los salones donde deberían actuar ante la desilusionada audiencia, a la que se le prometía una actuación extra el domingo.

Todavía se podían sentir relativamente seguros en la aldea. Su hogar seguía siendo un lugar popular para la celebración de los festivales judíos, y los aldeanos que no habían sido invitados se pegaban envidiosos a las ventanas. En los calurosos días del verano y si no estaban de gira, las mujeres Ovitz, como siempre, sacaban sus taburetes de madera a la sombra de los árboles frutales del jardín, y en las frescas horas de la tarde se trasladaban a la acera, donde podían ser vistas y ver a los vecinos. Todos se detenían a saludar a las hermanas y a compartir chismes.

De acuerdo con una de sus vecinas, Rosa Stauber, durante esta época

la gente de la aldea se vestía con trajes rústicos, chaquetas de piel de oveja, botas improvisadas, y los niños corrían descalzos por el barro. Y allí estaban ellas a la última moda, ropas de la gran ciudad, vestidos floridos y delicados, zapatos negros de charol. Eran las únicas mujeres en la aldea con las uñas arregladas, pintalabios rojo, mejillas empolvadas y pestañas pintadas de negro. Eran una atracción, un espectáculo gratuito. Eran tan bellas y artísticas y olían tan bien que parecían muñecas elegantes.

Los niños de la aldea perseguían a los hombres Ovitz para medirse con rapidez contra sus espaldas y luego gritarle a sus amigos: «¡Soy más alto! ¡Soy más alto!», una práctica que Avram y Micki toleraban como un juego inocente. Los sábados, tras el servicio religioso, se paseaban por la pacífica calle principal de Rozavlea, una imagen que recuerdan todos los que sobrevivieron a los horrores que vendrían: una procesión de siete enanos que daban un paseo seguidos por los miembros más altos de la familia. Las siete celebridades intercambiaban sonrisas benévolas y saludaban con un gesto a los aldeanos. Si detectaban algún tipo de burla, los Ovitz intentaban no demostrarlo.

De acuerdo con las estadísticas mundiales de este período, la tasa de matrimonios entre la población general fue de aproximadamente el 75 por ciento; sin embargo, las campanas nupciales solo sonaron para el 30 por ciento de la población con crecimiento restringido. A los Ovitz les fue mejor: cinco de los siete enanos se casaron, todos ellos con parejas de estatura promedio, quienes se mudaron a la casa y se volvieron parte de la familia de los Lilliputs. Perla Ovitz tenía una manada de pretendientes y se sentía tranquila de que algún día se casaría.

Pero nunca salí de cacería. No necesitaba hacerlo, todos me perseguían. Los hombres se sentían atraídos hacia nosotras porque teníamos caras lindas y buenos modales. El hecho de que yo fuera pequeña no les molestaba. Algunos hombres prefieren a las muñecas. La estatura y el tamaño del cuerpo no tienen nada que ver con la salud o la fertilidad: algunos anillos tienen piedras inmensas que no valen nada, otros tienen diminutas piedras preciosas. Al igual que los diamantes pueden ser pequeños, también nosotros lo éramos.

Se reunía con algunos de sus pretendientes tras los espectáculos. Ellos compraban boletos para funciones sucesivas y jamás le quitaban los ojos de encima. En ocasiones se atrevían a dar el paso siguiente al acucillarse frente a la entrada de artistas. Perla se sentía muy joven como para comprometerse sentimentalmente y no estaba lista para dejar a su familia o para abandonar los escenarios, por lo que siempre los rechazaba. Su hermano Micki, un soltero en sus treinta, nunca se reconcilió con la realidad de estar solo, aunque por lo general es más difícil para las mujeres aceptar compañeros en miniatura. Una y otra vez, Micki o los miembros de su familia intentarían persuadir a alguna muchacha de que se casara con él. Todas lo rechazaban con una diplomacia que escondía una profunda ofensa.

Por supuesto que los enanos pueden tener hijos, las estadísticas muestran que la posibilidad de pasar el enanismo a la siguiente generación es del 50 por ciento. Una pareja de enanos estadounidense, Robert y Judith Skinner, con un poco menos de setenta centímetros cada uno, lograron tener catorce niños de tamaño normal. Sin embargo, ninguna de las hermanas Ovitz tuvo hijos. Sus doctores les recomendaron que no los tuvieran, pues sus pelvis eran muy estrechas como para tener partos seguros. Avram Ovitz, quien se casó con la alta y voluptuosa Dora Katz, fue el único de los enanos que tuvo una hija, Batia, quien nació en 1936. Se desarrolló normalmente.

En el verano de 1941 las autoridades húngaras rodearon a más de treinta y cinco mil judíos que vivían en Transilvania desde 1919 y que no podían comprobar sus orígenes húngaros. Fueron deportados a las partes húngaras ocupadas de Galitzia, donde fueron llevados bajo la creencia de que serían reubicados en granjas desiertas. El 27 y 28 de agosto veintitrés mil de ellos fueron masacrados. Un hombre de Sighet sobrevivió: una bala lo alcanzó, cayó en la recién cavada fosa común y fue cubierto con cuerpos. Logró arrastrarse por entre los cadáveres y sorteando grandes peligros regresó a Sighet. Describe temblando, las atrocidades de las que fue testigo en contra de los líderes judíos. Pocos le creyeron: la mayoría lo consideró demente. Y, sin embargo, su sorprendente testimonio pasó de boca a oreja; incluso aquellos que le respondieron con una preocupación real en vez de un escepticismo instintivo sintieron alivio de ser verdaderos húngaros y de haber vivido en la región durante generaciones. El gobierno no les impondría tales horrores a ellos.

La masacre de Kamianets-Podilskyi fue el primer exterminio a gran escala del que emergería el proyecto nazi de genocidio conocido como la Solución Final. El 20 de enero de 1942 sería discutida la implementación sistemática de este programa en todos los países bajo el dominio alemán en la famosa conferencia Wannsee en Berlín. Poco después comenzó el pastoreo de los

millones de judíos en vagones de tren para ganado que los llevarían a los campos de la muerte o a su ejecución en los mataderos. El gobierno húngaro, sin embargo, estaba retrasando la deportación de sus judíos.

La rutina de *La troupe* de Lilliput siguió sin interrupciones y continuaron entreteniendo a sus audiencias por toda Hungría. En casa disfrutaban de momentos felices: Moshe Moskowitz, el administrador de un teatro judío en Cluj, se convirtió en un visitante frecuente. Había visto actuar a los Lilliputs en numerosas ocasiones y se sabía de memoria su repertorio. Estaba tan entusiasmado que sugirió que se fusionaran con su propio grupo. Los Ovitz rechazaron la proposición, pues les preocupaba perder su independencia y temían que sus ingresos se vieran reducidos a la mitad. Pero Moskowitz, quien había llegado con la intención de anexionarlos, se topó con una realidad muy distinta: se enamoró perdidamente de Elizabeth y, como resultado, se convirtió en el nuevo representante de los Lilliput.

En sus memorias, Elizabeth Ovitz narra que ella era una adolescente romántica de diecisiete años cuando el alto y maduro Moskowitz se le declaró. Pero su recién descubierto certificado de nacimiento muestra que en verdad ella ya tenía veintiocho años para esa época, la misma edad que su futuro marido. Su tamaño diminuto y su apariencia infantil hicieron posible que ella se quitara once años sin levantar sospechas. Se casaron el 6 de noviembre de 1942. A lo largo de su carrera, la dedicada y laboriosa compañía de Lilliput, rara vez declinó una oferta de trabajo. En algunas ocasiones, para dirimir varias ofertas en conflicto, se dividían y hacían actuaciones en dúos, tríos o en solitario. Así fue que Elizabeth, durante su primer fin de semana como mujer casada, se dirigió a honrar uno de esos compromisos en solitario a un baile de médicos en Sighet. Su esposo se quedó en casa y ella fue acompañada por su hermana Leah. Era casi de mañana cuando regresaron y lo encontró despierto y furioso. Pero los recién casados no tuvieron tiempo para entregarse a su primera pelea de pareja, pues una semana después fueron forzados a separarse.

Desde 1941 todos los hombres judíos entre las edades de dieciocho y cuarenta y ocho fueron reclutados en las unidades de trabajo del ejército húngaro y llevados al frente ucraniano. Desactivaban minas, pavimentaban caminos, construían puentes, levantaban fortificaciones y cavaban en minas de cobre. Bajo condiciones deliberadamente difíciles, muchos hombres murieron de agotamiento, inanición y tortura. La meta del reclutamiento general no solo era ganar mano de obra, sino debilitar a las comunidades y reventarlas hasta casi la inanición al llevarse lejos a quienes ganaban el pan. Con los hombres judíos sanos lejos era contenida la posibilidad de resistencia ante las brutales medidas futuras.

En muy poco tiempo la familia Ovitz perdió cuatro hombres al reclutamiento: el hermano Arie, quien dejó atrás a su joven y embarazada esposa Magda; Azriel, quien se acababa de casar con Leah y no podría ver el nacimiento de su primer hijo; Izo, arrancado de su amada Frieda; y Moshe, separado de Elizabeth, su esposa de solo diez días. Los enanos Ovitz tenían dos preocupaciones nuevas: el destino de sus seres queridos y el manejo de su vida diaria sin esa ayuda esencial. No podían usar más su indispensable automóvil, pues Izo Edenburg era el único que podía conducirlo.

Los judíos transilvanos habían perdido el control sobre sus vidas diarias y sufrían de una parálisis colectiva producida por la ansiedad. Si bien cientos de refugiados polacos-judíos, testigos de primera mano de los asesinatos y masacres nazis, habían huido de la región con estas historias

terroríficas, muy pocos de los vecinos de los Ovitz salieron corriendo a las profundidades de Rumania. En cualquier caso, y dada su inhabilidad física, esta era una opción que los Ovitz ni siquiera podían contemplar.

Para comienzos de 1944 más de cuatro millones de judíos habían sido asesinados; cientos de miles más estaban encerrados en los guetos y en los campos de concentración. A pesar de sus nuevas dificultades, los Ovitz se las arreglaron para mantener sus carreras. Es de anotar que continuaron aceptando incluso giras extensas que los llevaron a cientos de kilómetros de distancia de su aldea. Al igual que muchos, imaginaban que la guerra terminaría pronto; que las llamas se apagarían antes de quemarlos.

En la noche del domingo del 19 de marzo de 1944 regresaron a sus habitaciones del hotel en Szolnok, Hungría, tras una función en la que los aplaudieron hasta la saciedad en el Teatro Nacional. Acababan de iniciar una nueva gira de conciertos y tenían enfrente de ellos tres semanas más de actuaciones antes de regresar a Rozavlea para la Pascua. Estaban exhaustos y todos con excepción de Micki se quedaron dormidos. Despierto en su cama escuchaba los suaves sonidos de la noche, cuando de repente fueron interrumpidos por una música a todo volumen que sonaba por entre las paredes del hotel. En un principio lo atrajo el ritmo persistente, ese compás pesado, y no pudo evitar tamborilear su tempo sobre la sábana con los dedos. Pero cuando pareció que nunca iba a parar, empezó a irritarse. Golpear las paredes no era su estilo, por lo que gruñón se vistió de mala gana y bajó al vestíbulo para quejarse.

SEIS

Maramureș, Pascua de 1944

Los mismos sonidos continuaban derramándose victoriosos sobre el poco iluminado vestíbulo. Micky Ovitz estaba perplejo. «No hay noticias en la radio, pero los rumores dicen que el ejército alemán nos invadió», explicó el recepcionista. Micki se dio cuenta de que el juego había terminado. Trepó de regreso por las escaleras y golpeó en las puertas de sus hermanas. Se tomaron un tiempo para abrir. Las noticias de Micki pararon en seco sus refunfuños por la temprana hora. Algunos de los huéspedes del hotel ya habían bajado a desayunar en el comedor cuando los siete Lilliputs, su hermana Sarah y su mano derecha se reunieron en el vestíbulo con sus equipajes. Lucharon duro por esconder su pánico mientras Avram Ovitz pagaba la cuenta y se disculpaba por su salida apurada. Les habló de una nueva enfermedad que alguien había contraído en casa, mientras le deslizaba unos billetes doblados al cajero.

Dos taxis los llevaron a la estación de trenes donde una multitud de pasajeros igualmente ansiosos bloqueaba los pasillos con montañas de maletas. Hordas de gendarmes y soldados armados marchaban arriba y abajo mientras los conductores ayudaban a los Lilliputs a ubicarse en una esquina. En el pasado, Avram, el líder de la compañía y de la familia, siempre había ido a la casilla a comprar los tiquetes. Pero se dieron cuenta de que los tiempos habían cambiado de repente. Esta vez no iba a ser una compra normal: el vendedor de los tiquetes bien podía arbitrariamente decidir sus destinos. Decidieron que la coqueta y asertiva Elizabeth obtendría los mejores resultados. Su alta hermana Sarah le abrió el camino.

«¡Papeles!», gruñó el hombre detrás de la ventanilla con barras.

Elizabeth se salió de la fila, mientras Sarah corría a recoger las tarjetas de identidad de los demás miembros del grupo. El cajero estaba demasiado ocupado como para darse cuenta de que no había ninguna cara en la ventanilla, solo una pequeña mano con dedos cortos y blandos, coronada por brillantes uñas carmesí, que puso la pila de documentos sobre el mostrador.

Con algo de sospecha hojeó las páginas y luego murmuró que solo un tren iba en esa dirección y que la demanda de tiquetes ya excedía la disponibilidad, incluso para los pasajeros elegibles. Elizabeth supuso que los «pasajeros elegibles» eran no-judíos y tuvo que recordar que las tarjetas de los Ovitz no indicaban sus orígenes judíos. Se elevó sobre las puntas de los pies. «Nuestros maridos están en la línea del frente, luchando por la madre patria», le dijo al vendedor.

Buscando a la esposa de un héroe, el vendedor tuvo que inclinarse hacia delante e incluso ahí solo vio una cabeza cubierta por brillante pelo negro. «¿Y tiene suficiente dinero para comprar nueve tiquetes?», le preguntó con ese tono reservado para los niños. Elizabeth se tragó su orgullo y le entregó la pila de billetes que había sacado de la billetera de Avram.

Su sonrisa de alivio fue señal suficiente para que los Lilliputs alzaran sus equipajes y se prepararan para moverse. Mientras se dirigían hacia la plataforma del tren evitaron chocarse contra gendarmes de caras largas e inexpresivas. Para su horror, una patrulla los avistó y comenzó a acercarse. Los Lilliputs se congelaron; los gendarmes los rodearon. Les tardó un minuto darse cuenta de que los soldados no iban tras sus papeles, sino que querían reírse un rato. Pronto los Lilliputs se despertaron y comenzaron a contar acerca de la función de la noche anterior en la que la gente se había parado a aplaudirlos. Avram salió con un chiste jugoso y les extendió a los gendarmes una invitación abierta: «En cualquier lugar que vean nuestros afiches, díganle al cajero que son nuestros invitados, los dejará entrar gratis». De nuevo habían triunfado sobre su audiencia y los gendarmes, como escoltas de personas muy importantes, despejaron el camino hasta la plataforma de los Lilliputs, los alzaron y los subieron al tren y los llevaron hasta su vagón. Durante el viaje temblaron en cada estación, cuidadosos de no decir ninguna palabra que pudiera descubrirlos. Doce horas después llegaron a casa.

Para ese momento el frente ruso se había endurecido y Hitler había dejado de confiar en sus aliados húngaros, quienes buscaban una forma de zafarse del abrazo nazi. La invasión de Hungría —llamada «Operación Margerethe I»— terminó con los cuatro años y medio de relativa seguridad que habían tenido los judíos húngaros. Hasta ese entonces el gobierno húngaro había rechazado la orden de Alemania que les exigía que todos los judíos debían ser deportados a los campos de la muerte. Tras la invasión, el nuevo gobierno fascista estaba ansioso de hacer que Hungría estuviera *Judenrein*: libre de judíos.

Por primera vez en sus vidas los Ovitz se sintieron sobrepasados por las circunstancias. Cancelaron todas sus funciones programadas y no se aventuraron a actuar ni siquiera en la vecindad de Rozavlea. Se encerraron ansiosos dentro de su hogar y esperaron a que la niebla de la persecución se disipara. Decretos antijudíos eran expedidos a diario. Por orden nacional cada judío, desde la edad de seis años, tenía que llevar la estrella de David amarilla. Elizabeth y Perla hicieron uso de sus habilidades como costureras para cortar docenas de estrellas amarillas y coserlas meticulosamente a chaquetas y abrigos. Perla acunaría su dolor mucho tiempo después: «Nos sentíamos como tableros para dardos ambulantes, disponibles para ser acuchillados o para que nos dispararan en el corazón». A los judíos no se les permitía dejar sus pueblos y aldeas. Todas sus riquezas —oro, plata, joyas, tapetes, pieles— tenían que ser entregadas a las autoridades locales. Los judíos pudientes eran llamados a la estación de policía, donde cada joya era interrogada, torturada y sacada a golpes. Los cristianos eran amenazados con castigos muy severos si ayudaban a esconder objetos de valor a sus vecinos judíos.

Y a pesar de esto muchos judíos intentaron encontrar escondites para sus pertenencias. Algunos de los amigos de los Ovitz reptaron en medio de la noche hasta el aislado cementerio que se encontraba en la lejana orilla izquierda del río y allí cavaron un pozo dentro de la tierra dura para esconder sus objetos valiosos. Para las Ovitz —con todos sus maridos en los campos de trabajo— esta no era una opción. Por fortuna, y aunque eran reconocidos por ser ricos, de alguna manera escaparon a los escrutinios de la policía. Seguros de que en los inevitables registros a las

casas sus pisos de madera serían destrozados, las paredes despedazadas y la tapicería desgarrada, buscaron en el patio otras alternativas, pero ninguna parecía ser lo suficientemente segura. Entonces sus ojos cayeron sobre el auto familiar que había estado ocioso durante dos años. Con cuidado envolvieron su oro y sus joyas en telas antes de embutirlas en un tarro de hojalata. En la oscuridad de la noche, entonces su tamaño una ventaja, Avram y Micki se arrastraron debajo del auto, cavaron un hueco en el suelo y escondieron allí el tarro.

Escuadrones especiales de la policía húngara y empleados locales llamaron a la puerta de todos los hogares judíos para registrar los nombres y las edades de todos los inquilinos y para obtener una descripción detallada de la casa con una lista de sus contenidos e instalaciones. Era una época de emergencia y dado que los oficiales dejaban copias al carbón de sus documentos con los residentes, los Ovitz encontraron razonable asumir que la inspección estaba siendo hecha para su beneficio. De hecho, estos documentos le suministraban a las autoridades los medios perfectos para perseguir a cualquiera que estuviera intentando esconderse o escapar. También probaron ser muy útiles en la eficiente incautación de las propiedades de los judíos y en su repartición entre los vecinos.

Para fomentar el aislamiento del mundo exterior, a los judíos se les ordenaba que entregaran sus radios. Los Ovitz se atrevieron a conservar su gran Telefunken marrón con paneles de madera: lo escuchaban furtivamente y rezaban para que llegaran noticias de la derrota alemana. Ya que nadie más en la aldea tenía un equipo, ellos eran los primeros en enterarse. Se sentían afortunados, pues aunque finalmente su radio fue confiscada, no fueron castigados por la ofensa. La tarde del viernes 7 de abril de 1944, los Ovitz se sentaron para la Pascua de Seder. Recitaron la Haggadah más emotivos que nunca. Profundamente conmovidos por la narración de la esclavitud de los hebreos en Egipto, rezaron a Dios para que repitiera el milagroso éxodo de sus ancestros, cuando abrió las aguas del mar Rojo para darles un camino hacia la libertad y luego las volvió a cerrar para ahogar a los enemigos que les perseguían.

Intentaron encontrar también consuelo en la posibilidad de que Maramureş, una remota provincia de Hungría, lejana del gobierno central de Budapest, pudiera salvarse. No sabían que tan solo un par de horas antes el ministro del Interior había firmado un decreto en el que se ordenaba que todos los judíos húngaros fueran confinados en guetos. La implementación comenzó en Maramureş, pues era el condado más cercano del frente ruso. Celebraron los siete días de la Pascua en una dicha ignorante. Entonces, el sábado 15 de abril, antes de que tuvieran la oportunidad de guardar los platos y los cubiertos especiales para las festividades del Seder del próximo año, escucharon el escalofriante anuncio en las calles. «Se nos ordenaba empacar nuestras maletas e ir a la sinagoga», recuerda la prima Regina Ovitz.

Estábamos en estado de *shock*; no podíamos decidir por dónde empezar. Pensábamos que ya que el ejército rojo se estaba acercando nos iba a llevar lejos de la frontera para una estadía temporal en un lugar seguro en alguna parte de Hungría. Los pesimistas entre nosotros concluyeron que nos iban a enviar a los campos de concentración. Nadie pensó que iba a morir.

Los judíos de Rozavlea enrollaron sus ollas y sartenes en sábanas, pues no podían estar seguros de las condiciones kosher que encontrarían en su nuevo lugar de residencia. Eligieron sus mejores ropas, reunieron los suministros necesarios y envolvieron la comida que había quedado de la Pascua. Confiados en que podrían continuar con sus profesiones, los hombres empacaron sus herramientas: un punzón, un hacha, un martillo, un serrucho. Los Ovitz, razonando que en el nuevo lugar la gente celebraría la llegada de los placeres del entretenimiento y que encontrarían en este la unidad y el recuerdo de los días idos, empacaron los instrumentos que podían cargar con mayor facilidad: los violines de Rozika y Franziska, la guitarra de Perla, el tamborcito de Elizabeth. Dejaron guardados el aparatoso chelo, el címbalo y el gran tambor. Eligieron sus trajes favoritos y los estuches con maquillaje. Tras regar a la carrera las plantas del jardín y de lanzarle comida a sus pollos y vacas, le pidieron a su vecino de vieja data que le echara un ojo a la casa. En todas las puertas de entrada de las casas judías piadosas se encuentra clavado en el poste derecho un pequeño pergamino sagrado dentro de una cobertura de metal, conocido como el *mezuzah*, puesto a un nivel más alto que la cabeza, de tal manera que pueda ser tocado para recibir sus bendiciones cada vez que uno entra o sale de la casa. Por regla general los Ovitz habían reubicado todo para que quedara a su escala, pero habían dejado sin cambiar el *mezuzah*, pues no querían degradarlo. Entonces, al borde de un largo viaje, se detuvieron en el ritual. Uno por uno elevaron sus manos derechas hacia el *mezuzah* y besaron sus dedos en oración. Cuando iban a echarle llave a la puerta, el gendarme que supervisaba la salida les estiró la mano. «No se molesten», dijo. «Yo me quedaré con las llaves».

La sinagoga a duras penas podía contener los 650 judíos de la aldea con sus equipajes. Los Ovitz intentaron guardarse a seguro en una esquina elevando una cerca con sus maletas y así evitar que los aplastaran. Las puertas de la sinagoga habían sido selladas y la milicia húngara rodeaba el edificio de tal manera que nadie pudiera escapar. Con el paso de las horas el calor y los olores se volvieron sofocantes. Rozika y Franziska, las dos hermanas mayores de los Ovitz, se desmayaron, y el médico de la aldea fue mandado a llamar. «Está demasiado apretujado para los enanos aquí dentro; puede poner sus vidas en peligro», le dijo al oficial a cargo. La pluma de gallo negra se agitaba en su casco mientras el oficial consultaba con su superior y regresaba con una respuesta afirmativa. Los Ovitz recogieron sus pertenencias. Ya que su casa quedaba junto a la sinagoga no tuvieron que caminar mucho.

Esa noche escucharon una explosión en la puerta. Con gran aprensión fueron a ver qué pasaba y descubrieron que un ruidoso grupo de gendarmes borrachos estaba parado enfrente con sus armas, bayonetas y botellas. Los asustados enanos se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Los hombres con sus uniformes se derrumbaron sobre el sofá de terciopelo rojo: «¡Vamos a divertirnos!», exigieron. Desconcertada, *La troupe* de Lilliput tomó sus instrumentos, se arreglaron en una esquina y titubeantes comenzaron a tocar y a cantar. Los gendarmes borrachos se unieron, aplaudiendo extáticamente, y le ordenaron a los enanos que interpretaran sus canciones favoritas una y otra vez. Cada tanto uno de los gendarmes se ponía de pie y, tropezando pesadamente, alzaba a una de las enanas, la separaba de su instrumento, e intentaba bailar con ella.

No hacía mucho habían pertenecido al público que pagaba; ahora nos tenían gratis. Querían

que bebiéramos con ellos, pero les explicamos que entonces estaríamos muy enfermos para tocar. Estaban lejos de casa, anhelaban una mujer, por lo que una y otra vez nos pedían canciones de amor. Yo no estaba de ánimo para el romance, lo único que quería era llorar, pero no teníamos escapatoria. Cuando se marcharon al amanecer estábamos destrozados, humillados. No podíamos dejar de cavilar: ¿qué pensará nuestra miserable comunidad que se sofoca en la sinagoga de al lado acerca de los alegres sonidos que salen de nuestra casa?

Cada noche de la semana siguiente esta escena se repitió. Los Lilliputs se sentían vulnerables sin la barrera de los arcos del proscenio, sin las luces del escenario, ni las cortinas. Pero eran conscientes de que una y otra vez su deformidad jugaba a su favor. Una semana después fue emitida una nueva orden: tenían que marchar los doce kilómetros que separaban la aldea de Dragomirești, para ser encerrados en el gueto junto con los judíos de otras trece aldeas.

Los militares solo permitían ir en carretas y no caminando a los niños pequeños, los ancianos y los inválidos. Un aldeano que había trabajado en la granja de los Ovitz les ofreció su carroza a los Lilliputs. Cuando llegaron a Dragomirești fueron arreados hasta una sección cerrada del pueblo, atestada con 3.500 judíos. Los más afortunados eran acuartelados con otros veinte habitantes del gueto y apeñuscados en un apartamento. Los menos afortunados compartían cobertizos, graneros y establos, o simplemente dormían al aire libre. Los Ovitz lograron apretujarse en un apartamento de un amigo de la familia. El toque de queda era levantado durante solo una hora al día para comprar lo básico. Este tiempo era muy reducido para los enanos, por lo que Leah, Sarah y su cuñada Dora les servían de piernas, y se apuraban con frenesí cada día para suplir las necesidades de supervivencia de todos.

En un esfuerzo para evitar cualquier resistencia, la milicia húngara —guiada por los oficiales alemanes— segregaba a los líderes de las comunidades y los retenía en cuarteles separados. Para quebrar el espíritu general, la milicia expedía decretos degradantes. Uno de los más humillantes fue la afeitada de las barbas de los hombres y el corte de los rizos que caen por sus orejas, los cuales habían sido cuidados desde la pubertad y representaban un aspecto integral de su apariencia. Los hombres Ovitz se ahorraron esta desgracia, pues por motivos profesionales nunca habían tenido barba.

La mayoría de los aldeanos no judíos de Maramureș le dieron la espalda a sus conocidos judíos, quienes a menudo los habían empleado como trabajadores en sus granjas. De hecho, algunos celebraron esta situación de los desposeídos y comenzaron de inmediato a saquear sus propiedades. Una pequeña minoría, armada con altruismo y empatía, se tomó el tiempo y el trabajo de visitar a sus antiguos empleadores o vecinos, y en ocasiones les llevaban comida. De acuerdo con Haim Pearl,

a veces viajaban durante horas cargados con vegetales, frutas, huevos, aceite y harina de las desiertas granjas judías. Mi tío tenía setenta y seis años y era un terrateniente rico; sus campesinos seguían viniendo al gueto a consultarle sobre las siembras y el cultivo de la tierra para la estación siguiente. Cuando veían a su otrora digno jefe entonces pálido, exhausto y sin barba, acurrucado con un fardo en el suelo como un mendigo, rompían en llanto y nos llevaban a las lágrimas con ellos.

De todas formas cada día más que pasaban los habitantes del gueto los hacía convencerse de que sobrevivirían para ver la mañana siguiente, en parte porque la milicia húngara también alimentaba la diseminación de informaciones falsas.

En la tarde del domingo 14 de mayo, a todos los hombres entre las edades de once y sesenta, se les ordenó reunirse en el patio de la escuela, que había sido transformado en un establo para caballos y estaba lleno de excrementos. Solo había un puñado de oficiales alemanes y la operación fue ejecutada por completo por los gendarmes húngaros. Docenas de ellos, de pie sobre el puente, los guiaban hacia el recinto, y creaban una pared de garrotes con los que golpeaban a sus cautivos, quienes aterrorizados, eran forzados a cruzar. Algunos intentaban escapar y caían al agua, a lo que los aldeanos respondían con estallidos de risa y hurras. Cuando amaneció, los milicianos arrearon a las mujeres y a los niños hasta el patio de la escuela.

Perla Ovitz recuerda que los enanos estaban vestidos con tres capas de ropa, una encima de la otra, querían llevarse con ellos tanto como pudieran sin ser demasiado pesados para moverse. Un reportero y un fotógrafo llegaron a cubrir el éxodo local y, como siempre, los enanos se robaron el espectáculo. Para lograr una foto graciosa, el creativo fotógrafo puso a un soldado al lado de ellos, para mostrar la diferencia de alturas. Las fotos que aparecieron en el periódico del día siguiente mostraban a los Ovitz arrastrándose ayudados por unos bastones y preparándose para subir a una carroza. Aunque era un día caluroso de mayo, los enanos salían envueltos en abrigo y bufandas, como si fuera la mitad del invierno. Parecen calmados, Rozika y Franziska incluso esbozan una sonrisa cuando son atrapadas por los periodistas. Sin prestarle ninguna atención a la tragedia que llevan a cuestas, el obtuso editor del periódico tituló la historia: «Enanos judíos en el gueto». El encabezado dice: «La familia llega al recinto con su equipaje. El soldado a su lado parece un gigante, pero en verdad es de estatura media».

Como lo indican las fotos, los enanos Ovitz fueron subidos a una carreta, al igual que Dora, Leah y sus hijos. Un gendarme le ordenó a Sarah que desmontara y caminara. Fue tragada de inmediato por la multitud. Frenéticas y sin poder detener las lágrimas, sus hermanas distinguieron a uno de los oficiales que había pasado varias noches en su casa. Usaron como pretexto su inutilidad para rogarle que devolvieran a su hermana de tamaño normal a la carroza, pues sin su ayuda no eran nada. Gracias a su abrigo verde del color de la hierba la pudieron divisar desde la lejanía y Sarah fue regresada justo a tiempo, antes de que se perdiera del todo entre la multitud. La columnata humana serpenteaba por la colina en dirección de la estación de trenes de Vişeu de Jos. Propulsada hacia delante por los golpes de los gendarmes, no se les permitió tener un segundo de descanso durante la marcha de más de veinticuatro kilómetros. El ascenso era empinado y el sol achicharrante. Los aldeanos corrían al lado del convoy condenado a su suerte, y esperaban el momento en el que pudieran adelantarlo y atrapar una sábana caída, o una tetera que rodara, o un saco de papas.

Habían caminado durante nueve horas y ya atardecía cuando llegaron a la estación. Contemplaron las siluetas de una fila interminable de vagones de carga con las puertas abiertas y a la espera de tragárselos. Los soldados, entonces frenéticos, utilizaron las cachas de sus rifles y azuzaron con bayonetas a los exhaustos judíos para obligarlos a montarse a los vagones. El aire se sentía pesado con el miedo. Las madres gritaban y los niños lloraban mientras las familias eran separadas en medio de la conmoción.

Arrastrados por el caos, atrapados por el pánico y la miseria, docenas de amigos y parientes de

los Ovitz, incluyendo al tío Lazar, el *klezmer*, y sus hijos y nietos, intentaron encontrarse desesperadamente. La carreta que llevaba a los Ovitz se detuvo a cierta distancia del tren y el cochero los ayudó a descender. Fueron dejados a su suerte. El enjambre pronto los arrastró hasta el tren de carga. Elevaron sus ojos. El piso del vagón era más alto que sus cabezas: no había manera de que pudieran trepar. Aferrándose a sus pertenencias intentaron escudarse mientras la gente los pisaba, se resbalaba o los saltaba para subir al tren. Fue Simon Slomowitz, su ayudante, quien se dio cuenta de su angustia. Se abrió paso por entre la multitud al tiempo que lo seguían su mujer y sus hijos. Uno a uno alzó a los enanos y los subió al vagón antes de atender a su propia familia. Todos se acurrucaron en una esquina. Un oficial alemán los contó a todos y escribió con tiza el total sobre las puertas, que luego fueron cerradas de golpe. El interior de los vagones quedó en la oscuridad absoluta. El tren, con cerca de cuarenta vagones, se arrastró fuera de la estación.

Los vagones estaban hechos para transportar ganado, luego, eran muy oscuros y no había luz. La sencilla escotilla que había en el techo no dejaba casi entrar el aire; que de todas formas no era suficiente para las ochenta personas aterrorizadas que estaban embutidas allí junto con sus equipajes, cajas y bultos. El espacio era tan reducido que tenían que estar de pie durante horas y solo podían sentarse por turnos. Sin embargo, los Lilliputs fueron los únicos adultos a quienes se les permitió acurrucarse juntos en una pequeña isla en el suelo para así no agotar sus piernas. Apretujados por todos los costados por la gente que se elevaba por encima de ellos y que les robaba el insuficiente aire proveniente de la escotilla, se desmayaron en varias ocasiones a lo largo del viaje.

Ya que nadie tenía ninguna idea de la duración del viaje, cada familia racionó la escasa comida que había traído. En el asfixiante vagón, el adolescente Mordechai Slomowitz, junto con sus cinco hermanos menores, empezaron a llorar pidiendo agua. «Papá le agregó algo de vinagre a la botella para evitar que bebiéramos mucho y malgastáramos el precioso líquido», recuerda. Algunas personas gritaban, otras oraban, había otras muy aturdidas como para reaccionar. El insoportable hedor de la orina y de los excrementos llenaba el vagón. Un simple balde en la esquina servía de baño para todos. Era muy ancho como para que los Ovitz se pudieran sentar, por lo que la compasión apuró a alguien a que compartiera la bacinilla de su hijo.

Cuando dejaron la estación pensaron que se dirigían al este. Pero el tren se detuvo tanto y con tanta frecuencia reversaba o alteraba su curso tras esperar durante horas en una plataforma aledaña, que pronto perdieron el sentido del tiempo y de la orientación. Cada día se detenían en un campo baldío, sin señales en el camino ni lugareños a quienes preguntar por su ubicación, donde se les permitía respirar, estirarse y hacer del cuerpo, pero siempre con un cañón en la frente.

Antes de que se les permitiera apearse del tren se les advertía que si uno solo de ellos se escapaba le dispararían a todo el vagón. Los Ovitz no se atrevían a bajar del tren. Viajaron durante tres días con sus noches, hambrientos y deshidratados, sudando y asfixiados. Finalmente el tren se detuvo.

La puerta se abrió con estrépito. El viento frío de la noche acarició sus rostros y revivió sus almas. Por un momento.

SIETE

Auschwitz-Birkenau, mayo de 1944

Una segunda bocanada de aliento los ahogó con un hedor enfermizo, una mezcla de olor a quemado y humo. Antes de que pudieran definir los horribles hedores quedaron sordos por los chillidos, los gritos, el estruendo y los ladridos de los perros. Rayos de luz provenientes de poderosos proyectores los hicieron parpadear mientras permanecían paralizados a las puertas del vagón. La rampa debajo de ellos pululaba con perros bravos y soldados con cascos. Hombres con extraños vestidos a rayas saltaban al vagón y comenzaban a empujar a todo el mundo. «¡Dejen sus equipajes dentro, ya los recogerán después!», era la orden que les daban en yidis. Simon Slomowitz fue el primer en saltar abajo, para con gentileza tomar en sus brazos a cada uno de los enanos y ayudarlos a descender. Sus capas de ropa los hacían abultados y difíciles de sostener.

Un soldado que pasaba junto a la rampa gritaba: «*Zwillinge heraus! Zwillinge heraustreten!*», lo que sonaba bastante raro: «¡Afuera los mellizos!». Otros soldados gritaban: «¡Hombres a la izquierda, mujeres y niños a la derecha!», al tiempo que separaban a la multitud en dos. «Cinco en cada fila», era la siguiente orden. Simon Slomowitz y Mordechai, de diecinueve años, vieron sin poder hacer nada cómo mamá Haia y los cinco niños más pequeños eran llevados aparte; la marea humana separaba sin remedio a las familias. Todo pasaba con demasiada rapidez para que los Ovitz comprendieran. Puestos a un lado, se aferraron con desesperación los unos a los otros en un anillo cerrado: los siete enanos, las dos hermanas altas, Dora la cuñada y sus dos hijos. Esta extraña e inmóvil espiral de doce atrajo la atención de los hombres de la SS. De nuevo los Lilliputs se habían transformado en un magneto.

Girándose para ver dónde se encontraban su esposo e hijo, Haia Slomowitz vio que los Ovitz estaban cubiertos por cascos de soldados. Durante unos breves segundos Haia permaneció completamente estática. A pesar del rencor que albergaba por los Lilliputs —y muy contrario a su propia naturaleza— reunió a sus hijos tras ella y en una de esas decisiones fatales e inexplicables, se abrió camino a través de la multitud hasta llegar donde estaban los Ovitz.

Era extraño que en ese lugar infernal los Lilliputs estuvieran calmados y guardaran la compostura, sin duda debido a que los soldados no los estaban atacando de la manera que lo hacían con los demás. «¿Y quiénes son ustedes?», ladró un oficial. «Somos una sola familia, de la misma aldea», dijo la señora Slomowitz con firmeza, aunque no tuviera ningún parentesco y su

única conexión fuera a través de su marido, quien era su cochero y factótum.

Los Lilliput guardaron silencio. No tenían idea de dónde estaban ni a qué lugar los llevaría el destino, pero si la señora Slomowitz quería unir el suyo con el de ellos, pues que así fuera. El oficial dejó que la señora Slomowitz se uniera al círculo de los Lilliput. Envalentonada se jugó de nuevo su suerte. «Mi marido y mi hijo están por allá, con los hombres. ¿Pueden ellos también venir con nosotros?». Para su sorpresa el oficial estuvo de acuerdo. Fue enviado un soldado a recoger a Simon y a Mordechai. Entonces eran veinte.

Al no estar enfrentados con la masa humana, los Lilliput recuperaron pronto su confianza; tanto que empezaron a comportarse como estrellas asediadas por fanáticos ardientes. Micki Ovitz se sintió tan tranquilo que sacó del bolsillo interno de su abrigo un paquete con tarjetas autografiadas, que empezó a entregarle a los oficiales de la SS. Otros dos vecinos de Rozavlea, Gitel Leah Fischman y su hija, se detuvieron a mirar la escena surrealista. «¡No me digan que ustedes también son parientes!», dijo divertido el oficial. Antes de que las Fischman pudieran responder, Micki Ovitz salió al rescate. Señalando a la exquisita Bassie de veinte años anunció: «No todavía, pero pronto lo será. ¡Ella es mi prometida!». El oficial no le hizo mucho caso. «No importa. ¡Háganse a un lado y no se muevan hasta que llegue el *Hauptsturmführer*, el doctor Mengele!». Le dio instrucciones a unos soldados para que guardaran el grupo de ahora veintidós detenidos: «¡Nadie tiene permitido llevárselos hasta que el doctor Mengele solucione las cosas!». Otro soldado se subió a su bicicleta y comenzó a pedalear. Ya era más de la medianoche de la mañana del viernes 19 de mayo de 1944.

Estaban parados en el borde de la rampa, mientras miraban las espaldas de sus tíos y tías, de sus primos y amigos, de todos los vecinos de Rozavlea, que desaparecían en su marcha hacia un edificio con dos chimeneas que despedía humo y llamas sin cesar. «¿Qué es todo ese fuego?», preguntó Perla Ovitz. Un hombre con una chaqueta a rayas la miró con desagrado: «¿Acaso no sabe dónde está? Esta no es una panadería. Esto es Auschwitz, *Kever Yisroel*, la Tumba de Israel, ¡y pronto usted también terminará en sus hornos!». Hablaba sin malicia, pero con furiosa desesperación. Reducido a la mera sombra de un hombre, era un judío polaco que había estado en el infierno durante demasiado tiempo y se indignaba con la ignorancia de los recién llegados acerca de lo que sus hermanos habían tenido que soportar durante los últimos años.

De repente cada llamarada pareció convertirse en un ser humano que volaba y se disolvía en el aire. Nos quedamos fríos, sin sensaciones, y comenzamos a cavilar quién sería ese desconocido al que esperábamos. Si esto era un cementerio, ¿qué hacía aquí un doctor?

* * *

Josef Mengele era reconocido en Günzburg —su tierra natal en Baviera— por su talento

musical y para el teatro. En su adolescencia escribió una obra basada en cuentos para hadas; el éxito que alcanzó le dio ganancias que fueron donadas a los orfanatos locales. En el bachillerato era considerado más ambicioso que brillante. Al ser el hijo mayor de un acomodado industrial e ingeniero se esperaba que se hiciera cargo de la próspera fábrica familiar de equipos para agricultura. De acuerdo con su amigo del colegio, Julius Diesbach, Mengele no solo quería tener éxito sino «destacar por encima de la multitud». En una ocasión le dijo a Julius que algún día encontraría su nombre en las enciclopedias. Al parecer durante toda su vida Mengele se arrodilló instintivamente ante las figuras de autoridad; un carismático profesor de ciencias cambió su interés por las artes a las ciencias naturales.

En 1930 Mengele se matriculó como estudiante de Antropología y de Medicina en la Universidad de Múnich. La vida del practicante de medicina le parecía muy mundana, por lo que empezó a adentrarse en los campos más amplios y novedosos de la herencia y la eugenesia. El asesor médico de Mengele era el profesor Theodor Mollison, a quien le gustaba ufanarse acerca de su capacidad para distinguir a un judío con solo ver su fotografía. En 1935 Mengele recibió un doctorado en antropología por una tesis en la que intentaba demostrar que se podía diferenciar a los grupos étnicos basados en la forma de su quijada. Un año después el Mengele, de veinticinco años, obtuvo su licencia para practicar la medicina.

La entusiasta carta de recomendación de Mollison le representó a Mengele una muy alta y codiciada posición como asistente de investigaciones en el Instituto para la Biología Hereditaria y la Pureza Racial de la Universidad de Frankfurt. En palabras de los biógrafos de Mengele, Gerald Posner y John Ware, «Mengele estaba entonces en el epicentro del pensamiento filosófico y científico nazi, el cual sostenía que era posible seleccionar, diseñar, construir, refinar y finalmente purificar la raza». Se convirtió en el estudiante favorito del profesor Freiherr Otmar von Verschuer, un reconocido genetista y un ferviente admirador de Hitler. Mengele le ayudó a escribir a su mentor opiniones expertas sobre asuntos de paternidad legal. (En un caso que fue a la corte en el que se acusaba a un joven de violar las leyes de Núremberg por haber tenido un amorío con una alemana, Mengele argumentó que el hombre era un judío y, por tanto, culpable. A pesar de esto la corte decidió creer en el testimonio de los vecinos, quienes aseguraban que el padre natural del hombre era alemán. Molesto con la decisión, Von Verschuer se quejó ante el Ministerio de Justicia y dijo que la corte prefería el chismorreo doméstico a la investigación científica seria).

Mengele sentía una fascinación particular por la genética de las anomalías dominantes. Un hombre bendecido con la apariencia, empezó su búsqueda mediante la observación y el escrutinio metódico de su cara en el espejo. Sus problemas dentales estructurales se alineaban con la escritura académica acerca de paladares y quijadas. Tener un hoyuelo en la barbilla y un disco plano y redondo en el cartílago de la oreja, ambas realidades por las que sentía vergüenza, lo llevaron a escribir un ensayo sobre la «Transmisión hereditaria de la Fistulae Auris» —una condición que se caracteriza por la apertura anormal del cartílago de la oreja— y su coincidencia con los hoyuelos de la barbilla.

En 1937 Mengele se inscribió en el partido nazi y un año después en la SS. También se le otorgó un segundo doctorado por su trabajo «Estudios genealógicos en los casos del labio leporino y el paladar hendido», en el que decía que estas irregularidades dentales eran hereditarias y tendían a aparecer junto con otras anomalías heredadas, como la idiotez o el

enanismo. Robert Lifton ve este trabajo como una prefiguración de la investigación genética de Mengele en Auschwitz.

Este trabajo, junto con otros estudios similares sobre el labio leporino, fue listado en la edición de 1938 del prestigioso *Index Medicus*. Von Verschuer se unió a Mengele en su investigación con mellizos. La carrera académica de Mengele estaba en plena floración hasta que fue interrumpida en junio de 1940 cuando fue reclutado y llevado al ejército donde aplicó para pertenecer a las Waffen-SS.

Sus dos años de servicio, la mayor parte del tiempo en el frente ruso, le merecieron cuatro condecoraciones que incluían la Cruz de Hierro de primera y segunda clase, y una herida que lo sacó para siempre del campo de batalla. Reubicado en la oficina de la *Reichsarzt SS und Polizei* del Comando central de Berlín para la Raza y la Población, que era la responsable de los experimentos médicos en los campos de concentración, Mengele pudo reanudar su íntima relación con su mentor: Von Verschuer se acababa de mudar a Berlín para tomar su nueva plaza como director del Instituto Kaiser Wilhelm de Antropología, Herencia Humana y Eugenesia.

La investigación monumental sobre mellizos del profesor Von Verschuer había sufrido grandes contratiempos por cuenta de la guerra: no tenía objetos ni casos de estudio nuevos. Por lo tanto, sugirió que Mengele aplicara para una posición en Auschwitz, donde tendrían acceso continuo a un ilimitado suministro de especímenes humanos. El 30 de mayo de 1943 Mengele, entonces con treinta y dos años, llegó a Birkenau, ubicado a cerca de tres kilómetros de Auschwitz. Birkenau había empezado sus operaciones en febrero de 1942; Auschwitz ya no daba abasto para lidiar con la masa de gente racialmente indeseable.

Designado como el jefe médico del campamento familiar gitano, Mengele era responsable de la higiene y, en rotación con otros médicos, de la selección de cuáles de los nuevos llegados a la rampa de Birkenau debían ser enviados a una muerte inmediata y cuáles a los campos de trabajo. Su entusiasmo, ambición, carisma y crueldad lo ponían en otro nivel que el de los otros médicos de los campos de exterminio. Su primera tarea tras llegar a Birkenau fue aplastar una epidemia de tifus que había contaminado a un tercio de las internas del campo de mujeres. Cuando dos de los guardias de la SS contrajeron la enfermedad, el comandante del campo tomó medidas extremas. En su libro *Prisoners of Fear*, Ella Lingens-Reiner, una antigua médica interna vienesa que trabajó con Mengele, narra el método de descontaminación utilizado por el médico: consistió en enviar una barraca completa de 498 mujeres —la mayoría judías de Grecia— a las cámaras de gas. Luego, la barraca vacía fue desinfectada. El siguiente paso consistió en que las mujeres de la barraca adyacente fueran desinfectadas y luego transferidas a la primera barraca saneada. Este proceso de «barracas musicales» continuó hasta que todas las mujeres fueron desinfectadas.

Por pedido y al servicio del profesor Von Verschuer recogía mellizos, pero también hacía uso de sus largos y diligentes turnos en la rampa para seleccionar mutaciones humanas inusuales y sorprendentes. Como un empresario endemoniado que escogiera el repertorio para el más espectacular *show* de fenómenos, arrancaba de las masas a los jorobados, los tontos, los hermafroditas, los gigantes, los enanos, los hombres obscenamente obesos, las mujeres grotescamente corpulentas y cualquiera que sufriera de algún desorden en el crecimiento. Sara Noremberg-Przytyk, una interna en la enfermería de Birkenau, recuerda que

Mengele amaba señalar y escoger a aquellos que no habían sido creados a imagen y semejanza de Dios. En una ocasión trajo a nuestro sector una mujer que tenía dos narices; en otra a una muchacha de unos diez años que tenía lana de oveja en la cabeza en vez de pelo; en otra más trajo una mujer que tenía orejas de burro.

* * *

Contrario a la mayoría de los testimonios de los sobrevivientes de Auschwitz-Birkenau, en los que se decía que Mengele hacía personalmente las selecciones, es clarísimo que no pudo haber estado siempre en la rampa, día y noche, semana tras semana. La noche en la que llegaron los Lilliputs a Birkenau, Mengele estaba profundamente dormido en su habitación del cercano cuartel general de la SS. Todos los soldados que estaban de servicio en la rampa sabían muy bien de su pasión, de su mentalidad de coleccionista. Para ganarse los favores del cazador de fenómenos, siempre estaban al acecho de nuevos especímenes que pudieran enriquecer su «circo humano». Si bien un solo enano no era razón suficiente para despertar en medio de la noche a Mengele, siete de ellos, junto con sus hermanas de tamaño promedio, parecían ser una buena causa para interrumpir su sueño.

Su mentor, el profesor Von Verschuer, siempre había hecho énfasis en que la herencia podía ser mejor estudiada dentro de grupos familiares completos. Así que cuando Mengele escuchó que una gran familia de enanos acababa de llegar, no perdió ni un solo instante. Se apuró a ver la nueva adquisición. Los Ovitz se amontonaron alrededor de él y no perdieron la oportunidad de sorprenderlo. Respondieron alegremente sus preguntas, en coro. Le contaron acerca del rabino Shimshon Eizik y sus dos altas esposas, Brana y Batia; le hablaron acerca del nacimiento de sus diez hijos, siete de ellos enanos, y sobre sus matrimonios, sus parientes, prometidos y primos. Mengele estaba realmente sorprendido: «Ahora tengo trabajo para veinte años», dijo con dicha.

Incapaz de ocultar sus sentimientos, Perla golpeó sin querer su mejilla y murmuró: «Oh, Dios mío».

Mengele se volteó a mirarla: «¿Sí? ¿Algo anda mal?», preguntó. Con los ojos de su familia atravesándola como balas no se atrevió a pronunciar otra palabra. «Él era cortés y curioso, pero como solo estaba interesado en el enanismo y en nuestro árbol familiar, pensé para mí misma que yo no iba a sobrevivirlo, no en este lugar y claramente no por veinte años». Ansioso por no perder su precioso descubrimiento en ese molino de la muerte llamado Auschwitz, Mengele se giró y le susurró unas órdenes al oficial a cargo, para luego desaparecer e ir a buscar acomodaciones adecuadas para el grupo.

Él era un coleccionista quisquilloso. Tras una breve inspección había con frecuencia rechazado como «de ningún interés» a especímenes de mellizos y enanos, y sin un segundo más de duda los había arrojado a sus muertes. Si los Ovitz hubieran llegado separados a Birkenau, divididos en varios transportes, la mayoría de ellos —y sin duda los de tamaño normal Leah, Sarah y los niños— habrían sido asesinados. Su importancia yacía en el número y en su anomalía

como familia completa. La admonición de Batia Ovitz acerca de que sus hijos debían permanecer juntos probó una vez más ser de una inmensa sabiduría.

Todos cayeron pesadamente en el suelo pero, aunque exhaustos, se sentían muy asustados como para permitirse un sueñecito. La rampa estaba entonces vacía. Grupos de hombres con chaquetas rayadas arrojaban en camiones las montañas de equipajes sin dueño. Solo habían transcurrido tres horas desde su llegada y toda la confusión ruidosa, toda la angustia y la histeria habían dejado espacio a un silencio pesado y sordo. Casi todos los que habían llegado con los Lilliputs estaban entonces muertos y sus cuerpos habían sido arrastrados de las cámaras de gas para alimentar los crematorios. Del transporte de 3.500 personas de Dragomirești tal vez menos de cuatrocientos sobrevivieron a esa noche. Esas afortunadas fueron seleccionadas para trabajos forzados y atravesaron varios niveles de admisión: les afeitaron todo el pelo del cuerpo, les obligaron a tomar una ducha brutalmente helada, y con rapidez tuvieron que ponerse el rayado uniforme de la prisión, para continuar con una marcha acelerada hacia las barracas. Era casi el amanecer cuando su tren salió del campo y dejó los railes libres para el siguiente tren que se aproximaba.

Un camión negro del ejército se detuvo al lado del silencioso grupo de los Ovitz. Simon Slomowitz y su hijo ayudaron a todo el mundo a subirse al camión. Todos se sentaron sobre el suelo de metal por lo que no podían ver adónde se dirigían. El camión se detuvo. Se bajaron con sus huesos craqueando y un oficial los acompañó hasta el edificio. Un olor acre los asaltó. Ganchos con números colgaban de las paredes y había bancas de madera para sentarse. Eran los únicos allí dentro, los veintidós de ellos. «¡Quítense la ropa!», les gritó el oficial. Todos miraron a los siete Lilliputs buscando guía en medio de un ansioso silencio. «Somos judíos ortodoxos y no podemos desnudarnos al tiempo, hombres y mujeres, hermanos frente a hermanas», rogó Avram Ovitz. El oficial se veía impaciente. Por su tono de voz supieron que era mejor no cuestionarlo. Desviando la mirada se quitaron capa tras capa de ropa. Judah Slomowitz tenía once años en ese momento: «Nunca había visto a una mujer desnuda hasta ese entonces y me sorprendían e intrigaban todas las que me rodeaban: mi madre, mis hermanas, las damas enanas. Me excitó hasta la vergüenza. No pude contenerme y estallé en risa».

Una puerta pesada se abrió y una bochornosa ola de calor les golpeó la cara. Apenas habían cruzado el umbral y tanteado el interior cuando la puerta se cerró de un portazo tras ellos.

Estaba oscuro cuando nos detuvimos en lo que parecía ser un gran cuarto de lavado, a la espera de que algo ocurriera. Miramos al techo para ver por qué no caía el agua. De repente comenzamos a oler gas. Respiramos pesadamente y algunos se desmayaron sobre el suelo. Con nuestro último aliento comenzamos a gritar. Los minutos pasaron, o quizás fueron solo segundos, cuando escuchamos una voz enfurecida que gritaba desde afuera: «¿Dónde está mi familia de enanos?». La puerta se abrió y vimos de pie al doctor Mengele. Ordenó que nos sacaran e hizo que nos echaran agua fría para reanimarnos.

Este evento grabó de manera indeleble la inminencia de la muerte en sus memorias: los habían comenzado a gasear, y todos habrían muerto si Mengele no hubiera aparecido de

repente.

Sin embargo, la verificación llevada a cabo con especialistas y con relevantes documentos de evidencia sugieren que no hubo ningún gaseo programado para el grupo de los Ovitz ese día. Las cámaras de gas estaban diseñadas para matar entre quinientos y dos mil personas de un tirón, dependiendo del tamaño del salón. El Ziklon B solo era efectivo a una temperatura ambiente de 27° Celsius, la cual era alcanzada mediante el apiñamiento de masas de gente. Las cámaras de gas simplemente no eran puestas en funcionamiento para veintidós personas; a los grupos pequeños se les disparaba. Más aún, de acuerdo con las rígidas medidas de seguridad del campamento, el personal de la SS tenía que portar máscaras de gas cuando operaba con el Zyklon B. Si bien las víctimas morían dentro de quince minutos, los hombres de la SS esperaban por rutina media hora antes de encender los potentes ventiladores que dispersaban el gas desde adentro de las cámaras. Solo en ese momento se abrían las puertas. Los mismos operadores jamás entraban; por el contrario, los presos judíos del *Sonderkommando* eran enviados a recoger y arrastrar los cuerpos para su cremación.

En suma, si el grupo de los Ovitz hubiera sido consignado a una cámara de gas, una vez el proceso de exterminio hubiese comenzado, no podría haber sido detenido, pues para ese momento no habría sido posible abrir las puertas. Lo que parece más probable es que los Lilliputs fueron llevados al sauna del campamento para ser desinfectados y que allí el agua que se vierte sobre las piedras incandescentes produjo mucho humo y vapores, al igual que una temperatura tan intensa que abrió heridas y ocasionó desmayos. El sauna debió tener un efecto particularmente traumático en los niños pequeños y en los frágiles enanos, un efecto que con facilidad pudo producir la impresión de estar siendo gaseados.

En cualquier caso, los veintidós miembros del grupo Ovitz regresaron a los vestuarios donde se acostaron sobre las bancas hasta que recobraron los sentidos. Fueron exentos de la segunda fase del sauna en la que habrían sido forzados a entrar en otra sala en la que los ducharían con agua helada, para luego pasar a secarse con una toallita que debía servir para diez personas. También se salvaron de la inspección invasiva de todos los orificios del cuerpo en busca de oro y joyas. Contrario al procedimiento estándar se les regresó su ropa tras haber sido desinfectados. Fue una movida práctica por parte de Mengele, un curtido científico de laboratorio, quien se preocupaba por sus objetos humanos de la misma manera que lo hacía con sus ratas: siempre de acuerdo con sus necesidades particulares. Y Mengele se dio cuenta de que necesitaban su propia ropa especialmente cosida. Vestirlos con ropas apiladas en almacenes tras haberlas arrancado de algunos de los cientos de miles de niños que fueron asesinados en Auschwitz-Birkenau simplemente no habría funcionado: si bien eran liliputienses en tamaño, los Ovitz tenían los cuerpos de personas adultas, con pechos y curvas y amplios traseros. Finalmente cesó la larga noche y un camión los llevó al *Familienlager*, el «campo familiar». Estaba situado cerca de la puerta principal de Auschwitz-Birkenau y había sido inaugurado en septiembre de 1943 para los judíos checos que eran transportados desde el campo de concentración de Theresienstadt en su tierra natal. Su propósito era similar al de Theresienstadt: las familias checas eran guardadas como evidencia para refutar los reportes acerca de las exterminaciones en masa de Auschwitz-Birkenau en caso de una inspección por parte de la Cruz Roja.

Los residentes del «campo familiar» no eran segregados por género, a diferencia de los más de cien mil presos que había en Auschwitz-Birkenau. Allí la regla fundamental era la separación

de los sexos, tan estrictamente cumplida que incluso un par de mellizos de tres años con sexos distintos, mantenidos con vida con propósitos experimentales, eran separados y guardados en campos diferentes de acuerdo con sus géneros. Si bien el «campo familiar» no caía bajo la supervisión médica de Mengele, se las arregló para encontrarles allí un cuarto a los enanos, a quienes, para su profundo alivio, se les permitió permanecer juntos. Las atenciones de Mengele, sin embargo, no les evitaron a los enanos el tatuaje institucional de Auschwitz-Birkenau. Aunque doloroso, el tatuaje era bienvenido entre los presos, pues indicaba que habían escapado de ser ejecutados, al menos por un rato. La administración de Auschwitz-Birkenau, el único campo de concentración que tatuaba a sus prisioneros, guardaba listas de inventario extremadamente meticulosas, y cada día registraba el más mínimo cambio en el número de presos. Entre los internos la muerte causada por tortura, enfermedad, exposición y por lo general las severas condiciones, podía totalizar varios cientos en un solo día, y la única forma de identificar el cuerpo y así tacharlo de la lista, era mediante el número tatuado en su antebrazo izquierdo.

En el mismo día fatídico los hombres fueron tatuados. El primero en alargar su brazo fue Simon Slomowitz; con tinta azul la aguja grabó sobre su piel el número A-1438. Fue seguido por sus hijos Mordechai, Joseph y Judah. Luego le tocó el turno a los Ovitz: primero, a Avram de cuarenta años; luego, a Micki de treinta y cinco años. El bracito de Shimshon de catorce meses, el bebé de la hermana Leah, fue casi cubierto por completo por el número A-1444. Fueron registrados los nombres y los números, y una copia de esa lista fue enviada a la oficina central del campo de Auschwitz-Birkenau: el inventario número 148855 anota que siete enanos de Hungría, entre ellos un par de hermanos mellizos, fueron admitidos en el campo tras la selección y se les dieron los números del A-1438 a A-1444. El error burocrático en el que los enanos fueron clasificados como mellizos fue quizás provocado por su relación con Mengele, quien los había seleccionado para sus experimentos, que en su mayoría involucraban mellizos.

Tres días después, las mujeres y las niñas del grupo fueron tatuadas, si bien no en un orden particular. Perla, la enana más joven, se puso de primera en la fila y recibió el número A-5087. Luego siguió su hermana mayor, Rozika, seguida por Frieda, Franziska, Elizabeth, Sarah y Leah. La esposa de Avram, Dora, abrazó a su hija Batia, de ocho años, mientras la niña aguantaba el dolor que venía con el A-5094. Su madre extendió luego su propio brazo, seguida por Gitel Leah Fischman y su hija Bassie. Fanny Slomowitz, de diecisiete años, se convirtió en el número A-5098. Su madre Haia y sus dos hermanas, Helene y Serene, fueron las últimas en ser tatuadas. «Algunas nos desmayamos durante el suplicio y nuestros brazos quedaron tan hinchados que nos dolieron durante el resto de la semana».

Ese mismo día, el lunes 22 de mayo de 1944, un tren de Satu Mare se detuvo en la rampa. Entre los pasajeros se encontraba Magda, la esposa de veinticuatro años de Arie Ovitz, junto con sus padres y su bebecita de cuatro meses. Cuando fueron expedidos los decretos antijudíos en marzo de 1944, los Lilliputs habían telegrafiado a Magda y le habían rogado que se reuniera con el resto de la familia en Rozavlea, pues Arie había sido llevado a un campo de trabajos del ejército húngaro. Los Ovitz tampoco habían visto a la bebé, llamada Batia en honor de su madre. Magda les había enviado un cable de vuelta en el que les decía que no podía dejar a sus padres. Los Ovitz los habían invitado a todos, pero los padres de Magda no querían dejar su hogar. Entonces, solos en la rampa y sin los Lilliputs, los cuatro no tenían oportunidad alguna. «Desde eso no ha pasado un solo día sin que me ataque el pensamiento tormentoso de que si hubiéramos

venido todos juntos a Birkenau, tal vez ellos habrían sobrevivido».

OCHO

Auschwitz-Birkenau, junio de 1944

Junio vio la cúspide de la carnicería.

Desde abril de 1944 el cuartel general del campo se había estado preparando con fervor para la llegada de la judería húngara. Los hornos crematorios habían sido renovados por completo y las chimeneas reforzadas con aros de hierro. Una plataforma improvisada le permitía a los trenes desembarcar más cerca de las cámaras de gas. El transporte de los Ovitiz a mediados de mayo estuvo entre los primeros en llegar. De allí en adelante, y varias veces al día, un nuevo tren cargado con cuarenta vagones, cada uno a reventar con ochenta personas, llegaba y desocupaba su cargamento humano.

Los treinta y seis hornos ubicados en los cuatro crematorios no podían quemarlos a todos, por lo que muchos cuerpos tenían que ser incinerados en pozos abiertos. De acuerdo con los registros oficiales del museo estatal de Auschwitz, cerca de cuatrocientos mil judíos húngaros fueron asesinados en el transcurso de sesenta días. Sus pertenencias —ropa, zapatos, utensilios de cocina, artículos de baño, anteojos y juguetes— eran apiladas en montañas enormes afuera de los bloques de almacenamiento, a la espera de ser enviados a Alemania para aliviar las necesidades de la población. De cada diez personas que descendían a la rampa, nueve eran enviadas de inmediato a las cámaras de gas. Los SS ya no se tomaban el trabajo de registrar sus nombres ni de tatuar sus brazos.

Los Ovitiz sentían que estaban teniendo un tratamiento especial, pero no sabían muy bien por qué. La escasez de mano de obra en las industrias en Alemania y los altos costos de la guerra habían retrasado el programa para el exterminio total de los judíos. La mayoría de los recién llegados al campo —el 10 por ciento se salvaba de las cámaras de gas— servían como esclavos en las filiales de muy reconocidas fábricas alemanas que habían sido construidas cerca de Auschwitz. Otros trabajaban en las canteras o labraban los campos cercanos o ayudaban en el mantenimiento del campo: limpiaban las aguas residuales o empujaban los carretas cargadas con cuerpos. Por supuesto que el trabajo no representaba una liberación, sino el breve y tortuoso intervalo anterior a una muerte segura. En cualquier caso, era obvio que a los enanos no los mantenían vivos para trabajar. Quizás esperaban que entretuvieran a los trabajadores exhaustos o que les levantaran la moral. Solo podían especular y divagar mientras esperaban, ociosos, en la

barraca.

Todos los presos estaban acuartelados en barracas que en un principio habían sido diseñadas como establos para el ejército alemán. Cada establo debía proteger unos cincuenta y dos caballos, pero habían sido modificados para albergar más de quinientos prisioneros bajo condiciones inhumanas. A cada preso se le asignaba una litera —o un listón de madera— con menos de cuarenta centímetros de ancho, que estaban ubicadas en tres niveles, una encima de la otra. Solo una línea de estrechas escotillas permitía la entrada de los escasos rayos de luz. El techo siempre goteaba y el piso —o más bien, ese húmedo y enlodado suelo— estaba atestado de ratas.

Las dos habitaciones pequeñas que flanqueaban la entrada a cada barraca habían sido diseñadas para el uso exclusivo del «anciano del bloque», un prisionero veterano encargado de hacer cumplir las rutinas diarias. Preocupado porque sus enanos pudieran terminar siendo pisoteados por la masa de los internos de tamaño normal, Mengele destinó una de estas habitaciones para los Ovitz y su séquito. Mientras que los presos de Birkenau dormían de a dos o tres en colchones infectados con piojos y rellenos con serrín, al tiempo que compartían una sábana andrajosa, los Lilliputs disfrutaban de mantas de lana individuales, sábanas, e incluso de almohadas. «Los enanos dormían en la litera baja e incluso esta era muy alta para que pudieran montarse», recuerda Joseph Slomowitz, quien tenía trece años en ese entonces. «Teníamos que ayudarles a subir y bajar. Nuestros padres y los Ovitz altos dormían en la litera de en medio y nosotros, los niños, nos trepábamos a la de arriba».

En Birkenau cada mañana comenzaba con una pesadilla: el *Appell*, una llamada a lista. Forzaba a todos los internos a salir corriendo a las cuatro de la madrugada y a permanecer en posición de firmes durante horas interminables en filas de a diez, mientras que eran contados una y otra vez. Sin moverse, vestidos con sus harapos, permanecían de pie expuestos al calor, al frío, la lluvia o la nieve: su tortura no sabía de estaciones. Al finalizar el día, tras once horas de trabajos forzados, tenían que pasar de nuevo por el mismo proceso, y en ocasiones a la medianoche o cada vez que a la SS se le viniera en gana. Quienes colapsaban eran enviados de inmediato a las cámaras de gas. Era obvio que ninguno de los siete enanos habría sobrevivido a un solo *Appell*, por lo que Mengele no solo los eximió de este tormento sino que extendió ese privilegio a toda la «familia». Todos eran contados en su habitación para ayudarles a mantener sus condiciones mentales y físicas. Mengele tenía planes para ellos.

Los ligerísimos uniformes a rayas de los prisioneros no ofrecían protección alguna contra el duro clima de Birkenau, y siempre estaban sucios, rasgados y plagados con piojos. Los inadecuados y mal ajustados zuecos de madera les producían abscesos dolorosos. Pero a los integrantes del grupo de Lilliput se les había permitido seguir utilizando su propia ropa. Perla se podía envolver y mantener el calor con el abrigo marrón de piel de oveja que había traído de Rozavlea. Sobre él había cosido la identificación requerida: un triángulo rojo coronado por una raya amarilla. Los enanos cuidaban meticulosamente sus ropas y las lavaban con frecuencia pues sabían que sería muy difícil remplazarlas. Elizabeth le prestaba particular atención a unos zapatos de gamuza que reparaba continuamente: los cosía a mano cada vez que las costuras se desgastaban. Cuando quedaron andrajosos e inservibles más allá de toda esperanza, la llevaron a *Kanada* —los depósitos de Auschwitz, nombrados así tras una tierra de ensueño, riqueza y comodidad— donde le permitieron elegir un par de zapatos para niña que se le acomodaran. Los enanos también disfrutaron de otro privilegio, no porque un atisbo de altruismo se dejara

entrever por parte de Mengele, sino porque su investigación requería de ello: no se les obligó a cortarse el pelo.

Tampoco fueron sujetos a castigos corporales. Latigar a los presos hasta romperles la piel y que sangraran a chorros, o colgarlos de las manos, eran prácticas comunes en Auschwitz. De igual manera la selección arbitraria de los prisioneros que iban a las cámaras de gas y los fusilamientos aleatorios eran parte de la rutina diaria. En un mundo de cabezas rapadas y andrajosos uniformes rayados, el pelo y las ropas de los Lilliput simbolizaban un escudo de protección, pues cada soldado de la SS reconocía de inmediato a los enanos como las mascotas de Mengele que no debían ser dañadas. Para lo que no tenían protección especial era contra la comida del campo de la muerte: en la mañana, un barril con un líquido oscuro, frío, diluido y sin endulzar, sustituto del café, era traído a la barraca. En ocasiones era una mezcla de agua y hierbas que se suponía debía pasar por té. La comida fluctuaba entre una sopa aguada preparada con papas y unas cuantas hojas de repollo, o raíces, con las que normalmente alimentan al ganado, que habían sido hervidas en una enorme tina de agua. Las cantidades eran mínimas y Perla encontraba el sabor nauseabundo, rancio por el olor de vegetales podridos y sustancias aún más sospechosas; algún tipo de veneno, temía. «Una vez, cuando nos sirvieron la sopa, vi gusanos que se arrastraban por la taza». También había fragmentos de vidrio, botones, cosas que parecían dientes y deditos de niños. Para la cena les daban un trozo de pan viejo y agua. El agua contaminada causaba diarrea severa por lo que incluso durante el verano los enanos se negaban a tomarla, razón por la cual estaban siempre sedientos.

Las barracas no tenían instalaciones sanitarias. En cambio, los cerca de diez mil presos del «campo familiar» tenían que arreglárselas con los 270 grifos y las 174 letrinas de la barraca de higiene. Se les permitía utilizar estas instalaciones dos veces al día, pero el tiempo era tan reducido que siempre estaban peleándose los turnos. En las raras ocasiones en las que se les permitía bañarse, los prisioneros tenían que desvestirse en la barraca y correr desnudos a las duchas heladas, lloviera o nevara. Muchos internos se enfermaban de neumonía, que era tan eficiente —si no más que una bala o el gas— en su exterminio. Los enanos, sin embargo, se beneficiaron de la consabida obsesión de Mengele con la higiene.

Tenía manicure, siempre estaba inmaculadamente limpio y sus manos las cubrían guantes blancos de algodón. Exigía que nos bañáramos todos los días. Sabía que nos aplastarían o nos congelaríamos en las letrinas, por lo que ordenó que una colorida cortina fuera colgada en una esquina de nuestra habitación. Había un depósito lleno con bacinillas que los padres habían traído para sus bebés durante el largo viaje en tren. Los bebés habían sido todos asesinados, y el doctor Mengele nos proporcionó una de esas bacinillas al igual que un cuenco de aluminio para que nos laváramos. Simon Slomowitz traía un balde con agua de los lavaderos y nos bañábamos con la ayuda de Sarah y Leah. Algunas veces utilizamos el imbebible té como champú. Era importante que estuviéramos bien aseadas para evitar que los piojos atacaran nuestro cuerpo y nuestro pelo. El doctor Mengele nos ordenaba alejarnos de la gente para que no nos contamináramos. La obediencia fue la primera lección que aprendimos en el campo. Uno tenía que saber cómo comportarse en ese lugar: no ser un niño malcriado y no

desear algo que no se pudiera conseguir.

Todos los días las Lilliputs se arreglaban, se limpiaban y se peinaban entre ellas durante horas, preparándose para cuando Mengele las llamara a su gabinete. Se vestían con sus mejores galas, se espolvoreaban las caras y se enrojecían las mejillas. El maquillaje siempre había sido un elemento esencial para ellas por lo que tuvieron el presentimiento de que debían esconder un poco en sus bolsillos antes de abordar el tren a Auschwitz. Podían dibujar una línea negra a lo largo de sus párpados y también podían pintarse los labios de rojo.

* * *

La primera vez que llamaron a los Lilliputs al *revier* —la clínica— y los doctores con batas blancas los examinaron, pensaron que era un procedimiento rutinario de admisión. Pero cuando los exámenes se siguieron repitiendo día tras día se dieron cuenta de que habían sido seleccionados por alguna razón médica. Josef Mengele fue uno entre docenas de doctores que llevaron a cabo experimentos criminales con los presos de Auschwitz-Birkenau. Mientras que las leyes alemanas protegían a los animales de laboratorio, no había limitaciones de ningún tipo para lo que se podía hacer con los conejillos de Indias humanos en los campos de la muerte. El doctor Hans Münch tenía su laboratorio dentro del infame bloque 10 de Auschwitz, parte del Instituto de Higiene de las Waffen-SS, en el que tenía rienda suelta con los prisioneros:

Las condiciones de trabajo eran ideales. Los laboratorios estaban excelentemente equipados y la crema y nata de la Academia estaba presente; gente con reputaciones internacionales. Podía llevar a cabo experimentos con seres humanos que solo era posible practicar en conejos.

Mengele no tenía remordimiento alguno por los experimentos realizados a los judíos. Argüía que todos estaban condenados a morir y que él no les causaba mayor daño con sus investigaciones: decía que sería un desperdicio para la ciencia si no se les aprovechaba. Estaba orgulloso de su trabajo. Le dijo a su hijo Rolf que sus experimentos habían salvado a miles de personas de una muerte segura. Algunos de los experimentos eran ordenados por el ejército: los presos debían ser inyectados con sustancias venenosas para descubrir los métodos y los medios que los soldados estaban utilizando para ser descalificados de participar en el frente oriental. Las compañías farmacéuticas alemanas y los especialistas médicos tomaron ventaja de la fuente ilimitada que representaban los sujetos de las investigaciones, en quienes podían probar cualquier sustancia o procedimiento nuevo que capturara su interés eugenésico, tales como métodos eficientes y baratos para implementar esterilizaciones masivas o para eliminar a los incapacitados mentales, genéticos o raciales. Así fue que miles de prisioneros jóvenes sufrieron radiaciones, repetidas inyecciones con agentes químicos, operaciones sin anestesia, castraciones. Aquellos que

no murieron en el nombre de la ciencia alemana con frecuencia terminaron con horribles mermas y mutilaciones.

Las subvenciones que recibía el Instituto Kaiser Wilhelm del profesor Von Verschuer por parte de la principal fundación alemana para la investigación, la *Deutsche Forschungsgemeinschaft*, financiaban las investigaciones de Mengele en Auschwitz, en un principio sobre proteínas específicas y luego sobre los colores de los ojos. Tales fondos equiparon el laboratorio de Mengele con la tecnología médica más sofisticada y de avanzada. Actuando bajo las instrucciones y la supervisión de Von Verschuer, Mengele enviaba al Instituto Kaiser Wilhelm muestras de sangre, de miembros y globos oculares de diferentes colores. Mandó a asesinar familias enteras de gitanos solo por sus ojos.

De acuerdo con el profesor Benno Müller-Hill del Instituto de Genética de la Universidad de Colonia, «La meta del proyecto de investigación de Mengele y de Von Verschuer era descifrar las diferencias genéticas entre los judíos, los gitanos y otras razas y su resistencia ante varias enfermedades infecciosas, para así reunir todo el material que les fuera posible entorno a los mellizos y las familias afectadas genéticamente». El doctor Jan Cespiva, un antiguo recluso de Auschwitz, testificó contra Mengele en Frankfurt en 1963, ante el fiscal general. Su declaración decía:

Pude ver con mis propios ojos cómo infectaba mellizos con tifus en el cuarto para enfermos del campamento gitano, para así observar si reaccionaban de la misma manera o no. Al poco tiempo de ser infectados eran enviados a las cámaras de gas.

Mengele le confió al profesor Berthold Epstein, un distinguido pediatra judío prisionero en el campo, que su única meta en la guerra era permanecer con vida y utilizar su trabajo en Birkenau como un trampolín hacia la Academia. Para evitar ser enviado de nuevo al frente buscó una póliza de seguros bajo la forma de un tratado científico que confirmara su valor profesional y la indispensabilidad de sus investigaciones en Auschwitz-Birkenau. «Somos enemigos, usted no saldrá de aquí», le dijo cortantemente Mengele a Epstein. «Si usted hace su trabajo científico para mí y yo lo publico con mi nombre, prolongará su vida». Como resultado Epstein investigó extensamente un tipo de gangrena letal de la cara y la boca, realizando pruebas en niños y adolescentes gitanos.

El ambicioso Mengele ya no estaba a gusto con su posición en Birkenau como asistente del profesor Von Verschuer. Quería un nicho de investigación propio. En la primavera de 1944, mientras Birkenau se preparaba para el flujo masivo de judíos que pronto llegarían de Hungría, pensó que encontraría su oportunidad. Antes, durante su primer año en el campo, había experimentado principalmente con unas pocas docenas de casos, la mayoría de ellos grupos de mellizos que había descubierto entre los campos separados de gitanos y judíos checos de Birkenau. Pero ahora, con la llegada inminente de cientos de miles de judíos, estaban a punto de abrirse ventanas de investigación con un alcance y una variedad ilimitados para él.

De acuerdo con el estudio llevado a cabo por Danuta Czech para el museo estatal de Auschwitz, la categoría de «Mellizos seleccionados y admitidos en el campo», fue por primera vez

registrada en los documentos el 17 de mayo de 1944; tan solo dos días antes de la llegada de *La troupe* de Lilliput. Es importante señalar que el término «mellizo» que aparecía en los registros no significaba simplemente un nacimiento múltiple, más bien hacía referencia a cualquier niño o adulto que fuera seleccionado por Mengele para sus experimentos. En su primer día de cacería encontró treinta y nueve especímenes humanos prometedores. En dos semanas se había enriquecido con 192 sujetos nuevos, y para finales de julio ya había alcanzado los 300: 177 mujeres y 123 hombres, en su mayoría mellizos, con edades que fluctuaban entre la infancia y la senectud. El 19 de mayo, día en que descubrió *La troupe* de Lilliput, «estaba fuera de sí de lo contento», recuerda Olga Lengyel, una de las médicas judías a quienes forzaba que lo asistieran.

* * *

Ochenta y cinco años antes, un monje austriaco llamado Gregor Mendel experimentaba con los guisantes que cultivaba en el invernadero de la abadía agustina de santo Tomás en Brünn (ahora Brno, República Checa). En 1865, Mendel, a quien también le interesaban varias deformidades humanas, publicó un artículo en una oscura revista científica en la que resumía todos sus experimentos. Como es bien sabido, él fue el primero en indicar la existencia de genes y el principio de la herencia genética, pero sus descubrimientos fueron ignorados durante más de tres décadas. Sin embargo, en el periodo que siguió a 1900 (unos buenos quince años después de la muerte de Mendel) reemergería su investigación botánica, transformada en el monstruo de la eugenesia. Mezclada con la ideología social darwinista y su versión de la «supervivencia del más apto», la obsesión con los genes culminaría tanto en las selecciones de Mengele para las cámaras de gas como en la experimentación en bloques; todo esto a solo unos doscientos kilómetros de la solitaria habitación de Mendel.

Los científicos eugenésicos trabajan dentro de una tradición particularmente utilitaria, y reclaman que la herencia es la responsable de la mayoría de padecimientos físicos y sociales. Distinguen entre «buenos» y «malos» genes, y se obsesionan con desarraigar los malos, a través de la esterilización. Para la década de 1920, veinticinco de los estados de Estados Unidos habían legalizado la esterilización de los enfermos criminales, de los enfermos mentales, de los discapacitados y de otros considerados inferiores en el plano de lo genético. Todo sea dicho, estas leyes estadounidenses fueron aplicadas en un grado relativamente modesto. La Alemania nazi modeló su propio programa obligatorio de esterilización siguiendo los precedentes estadounidenses y escandinavos, a la vez que fue pionera en la entusiasta implementación de dicho programa. En junio de 1933, la ley para la Protección de la salud hereditaria estableció los criterios para la esterilización obligatoria. Entre quienes serían esterilizados se encontraban: los retrasados mentales, los maniacodepresivos, los esquizofrénicos, los epilépticos, los ciegos y sordos hereditarios, y los alcohólicos, entre otras personas que sufrían de graves malformaciones físicas o con crecimiento detenido. Una vez que esta ley fue implementada, cerca de cuatrocientos mil ciudadanos alemanes cayeron víctimas de ella.

Todos los médicos, enfermeras y parteras tenían que reportar a cualquier paciente y a cada recién nacido que mostrara deformaciones en la cabeza o en la columna. Y se volvió más

agresiva: una política de Estado expedida en 1938 autorizó el asesinato de niños que sufrieran de severos problemas físicos o mentales; en octubre de 1939 esta política de eutanasia se extendió a los adultos. El programa para adultos, conocido como «T4», mató a cerca de cien mil personas. También catalogó a cerca de otros veinte mil alemanes como sujetos poseedores de malformaciones corporales tan graves que ameritaban la eutanasia, pero no existen estadísticas que indiquen cuántos fueron en realidad asesinados. Las personas deformes con hogares y familias estaban relativamente seguras; las que ingresaban en instituciones estaban a merced de sus médicos y cuidadores. Por ejemplo, el doctor Hans Grebe, colega de Mengele en el Instituto Kaiser Wilhelm, le dijo al profesor Benno Müller-Hill que su investigación sobre el enanismo de 1942-43 se había vuelto imposible y que tenía que abandonarla, pues muchos de sus pacientes en instituciones gubernamentales habían desaparecido.

Así fue que toda la diversidad de la creación y esas maravillas de la naturaleza que habían atraído multitudes de padres y de niños a las ferias dominicales, a las ciudades liliputienses, al Prater de Viena, al zoológico de Berlín y a otros muchos lugares, se habían convertido en parias. Quienes en algún momento recibieron lluvias de flores y fueron acosados por autógrafos, esos entretenedores y actores, fueron entonces declarados una carga social, con vidas indignas de ser vividas, errores genéticos que el Estado debía borrar de manera sistemática.

* * *

Mengele tenía al menos tres clínicas en Birkenau: en el campamento de los hombres, en el de las mujeres y en el de los gitanos. Varios laboratorios le proveían sus servicios. Antes de escapar del campo en enero de 1945, empacó a la carrera en un baúl todos los datos, documentos y especímenes que pudo, producto de sus investigaciones. Al resto le prendió fuego. Es una pequeña victoria de la historia que en un sitio tan dedicado a la destrucción, el libro de registros de la clínica de rayos X y los reportes de laboratorio sobre pruebas de sangre, saliva, orina y heces, fueran encontrados intactos tras la liberación de Auschwitz. De estas pruebas, setenta y cinco pertenecían al grupo de Lilliput.

Los registros de laboratorio más antiguos que sobrevivieron de los Lilliputs datan del 28 de junio de 1944. Un día muy ocupado, al parecer, pues los veintidós integrantes del grupo fueron llevados a la clínica de Mengele, en el bloque 32 del campamento de los gitanos. A Joseph Slomowitz le pareció una clínica ordinaria: el personal con batas blancas, los estetoscopios que colgaban de los cuellos de los doctores, archivos que contenían datos personales y los resultados de exámenes realizados a los pacientes. La familia Slomowitz, toda de estatura promedio, no tenía ninguna conexión de sangre con los Ovitz, pero habían engañado a Mengele al hacerle creer que eran parientes. Así que siempre fueron llevados junto con los Ovitz a las clínicas y en las historias médicas son catalogados como enanos. Que todos fueran tan altos desconcertaba a Mengele. Temerosos de que descubriera la verdad y enviara a la familia a las cámaras de gas, los Slomowitz hicieron que dirigiera su atención a la más joven de ellos, Serene. Tenía siete años pero le dijeron a Mengele que tenía trece y que hacía rato había dejado de crecer. Ya que no tenían documentos de identidad no había manera de verificar la información y sobre la premisa

de que Serene era en verdad una enana extrajo médula de las columnas de toda la familia, intentando entender por qué todos menos ella habían crecido tanto. El dolor que soportaron fue terrible.

En cada visita a la clínica esperaban en una banca del corredor mientras eran llamados uno por uno. Incluso los más niños tenían que enfrentarse en solitario a la jeringa del doctor. Los exámenes duraban horas y nadie podía regresar a la barraca hasta que el último hubiera terminado. Perla se dio cuenta de que Mengele lo tenía todo resuelto. Al final de cada día él preparaba el horario del siguiente; luego, cada noche, el anciano del bloque iba a su habitación y les leía una lista con los números de aquellos del grupo que serían llamados para los exámenes del día siguiente. Si iban a ser en la barraca más cercana podían caminar hasta allá, en caso contrario una ambulancia los recogería.

Cada tantos días los doctores nos sacaban sangre. La noche anterior teníamos que ayunar. Era una gran jeringa y la cantidad que extraían era enorme. Debilitadas por el hambre a menudo nos desmayábamos. Eso no detenía a Mengele. Nos hacía acostar y cuando recuperábamos el sentido continuaba chupándonos la sangre. Las enfermeras y los doctores también eran prisioneros, pero no intentaban hacérselo más fácil. Nos chuzaban sin piedad y sin cuidado y la sangre chorreaba. A menudo sentíamos náuseas y vomitábamos mucho. Cuando regresábamos a nuestra barraca nos aplastábamos sobre la litera de madera, pero antes de que tuviéramos tiempo para recuperarnos, nos llamaban para comenzar un nuevo ciclo.

En la década de 1940 la medicina estaba obsesionada con la sangre y sus constituyentes. La creencia general decía que el plasma retenía todos los rastros de enfermedades y que contenía todas las características genéticas. Los científicos alemanes la consideraban como la clave para diferenciar las razas superiores de las inferiores. Esta premisa da cuenta de la ordalía particular de Shimshon Ovitz. Al haber nacido prematuro, Shimshon de un año, era a las claras más pequeño de lo normal. Sus dos padres eran de estatura promedio, pero su madre había tenido un padre enano y sus siete hermanos eran enanos; por lo que Mengele sentía más que entusiasmo por conocer el destino genético de Shimshon. El bebé lo intrigaba más que cualquier otro miembro del grupo y no tuvo con él ninguna misericordia. Debido a que las venas de sus brazos eran muy débiles como para extraerles sangre, Mengele hizo que se la sacaran de los dedos y de atrás de las orejas. Las marcas de las agujas dejaban su suave piel pintada con morados. Extraerle la suficiente sangre como para llenar un tubo de ensayo parecía tomar una eternidad. El bebé se desmayaba con frecuencia, por lo que su tía Perla le regalaba el precioso terrón de azúcar que recibía para reanimarla tras la extracción de su sangre. Sus tías le contaron que una vez el tubo de ensayo se cayó al piso y al reventarse, chorreó con sangre todo el laboratorio. El personal quedó aterrorizado, pues sabían que el doctor Mengele estaba impaciente por recibir los resultados y que la extracción de otro tubo con sangre sería imposible. La única manera que hallaron de encubrir el incidente fue extraer sangre de su madre, Leah, y presentarla como si fuera de Shimshon. Si bien ella ya había dado su cuota del día, Leah aceptó que pusieran de nuevo la banda de caucho alrededor de su brazo; se desmayó mientras la sangre fluía.

La extracción frecuente de sangre podía ser fatal en víctimas exhaustas, hambrientas y debilitadas. Hani Schick llegó del pueblo vecino de Sighet, diez días después que los Ovitz. Venía con su marido y tres hijos: Otto, de cinco años, y los mellizos Joseph y Hedi, quienes acababan de cumplir un año. Su esposo fue seleccionado para morir y Hani habría sufrido el mismo destino si no hubiera sido por Mengele, quien vio a los dos niños aferrados a sus brazos. Los mellizos y Hani fueron examinados y pesados. A los bebés les extrajeron grandes cantidades de sangre bajo la supervisión de Mengele. El 4 de julio un doctor le sacó 200 ml de sangre a cada uno y al día siguiente Joseph murió en los brazos de su madre. El cuerpo del preso de un año, número A-12087, fue dejado afuera de la barraca y se sumó a la carreta con los muertos y llevado en la mañana al crematorio. Once días después, el preso número A-7044, se unió a su hermano mellizo. Durante ocho meses Hani Schick se las ingenió para esconder a su hijo Otto en la barraca de las mujeres enfermas. Dos semanas después de la liberación, el niño murió de una infección hepática.

La ginecóloga judía, la doctora Gisella Perl, también de Sighet, fue forzada a trabajar con el equipo de Mengele. En su libro *I was a Doctor in Auschwitz*, recuerda que

los sanos, los talentosos, los bellos, eran exterminados sin piedad, pero todo lo anormal era una fuente constante de diversión y de regocijo para nuestros carceleros, pues solo al compararse con estos fenómenos se podían sentir superiores. Había días, sin embargo, en que los enanos servían para otros propósitos distintos al del entretenimiento. A menudo, demasiado a menudo, les extraían grandes cantidades de sangre de sus venas, para jugar con ella en los laboratorios reservados para los «científicos» alemanes. Con el paso de las semanas los pobres enanos cada vez se ponían más pálidos y débiles, aunque el doctor Mengele les pagaba generosamente por la sangre que les sacaba, dándoles doble ración de pan en tales ocasiones. La ración habitual de pan, la misma que nosotras recibíamos, era insuficiente, incluso para los enanos. Nunca olvidaré a la dama enana que un día me dijo que esa doble ración de pan la alegraba tanto que incluso la hacía olvidar el proceso cruel, doloroso y enfermizo con el que se la ganaba.

Al ser un oficial de la SS que disfrutaba de tres comidas con, digamos, una espesa sopa de tomates, medio pollo frito y una bola de helado de vainilla, Mengele era inconsciente por completo de las privaciones y del hambre que sus especímenes enanos sufrían a diario. Cada vez que los veía les decía: «¡Seguro que tuvieron más que suficiente para rellenarse!». Hambrientos como estaban nunca se atrevieron a quejarse. La mayoría de los prisioneros de Auschwitz mostraban graves síntomas de raquitismo, por lo que Mengele sí intentó mejorar la dieta de sus pacientes. Y, sin embargo, algo de sopa de leche, un trozo de pan blanco, una cucharadita de mermelada de remolacha, una tajada de queso y un poco de salchicha —indulgencias que otros presos ni siquiera soñaban tener— era bien poco lo que podían mejorar para el grupo de los Ovitz. Estaban constante y severamente fatigados por la pérdida de sangre.

Nos daba gachas de avena y comida para bebés, pero ya habíamos pasado hacía mucho tiempo esa edad y el hambre nos enloquecía. Los niños estaban siempre llorando por comida. Uno de los chicos Slomowitz me dijo: «Tú eres pequeña, no necesitas comer mucho, dame tu porción, yo tengo que crecer». Nos amenazaba con frecuencia y decía que iba a contarle al doctor Mengele el secreto de que nosotros en verdad no éramos de la misma familia si no le dábamos nuestra comida. Un día mi paciencia se colmó y lo agarré de la mano, lo saqué de la barraca y le señalé la chimenea humeante al final del campo. «¡Ve y le dices al doctor Mengele, allá es donde te va a enviar de inmediato, a ti y a tu familia!». Entonces finalmente se quedó callado.

Los análisis de los reportes de laboratorio que sobrevivieron muestran que Mengele dividió al grupo de los Lilliputs en subsecciones. En fechas diferentes reunía a los hombres y no a las mujeres, a los enanos y no a los de estatura normal, o solo a las madres con sus hijos.

Hacía comparaciones inagotables. Sacaba sangre de nuestras hermanas mayores enanas, quienes habían nacido de otra madre, y la comparaba con la nuestra para ver si en verdad proveníamos del mismo padre. Comparaba nuestra sangre con la de nuestras hermanas altas para ver de qué manera era diferente; no podía dejar de preguntarse cómo esa cantidad tan elevada de enanos podía haber salido de dos madres altas y un mismo padre enano.

No había historias médicas especiales impresas para estos experimentos, por lo que Mengele tenía que utilizar las historias médicas estándar que expedían para los soldados los «Laboratorios higiénico-bacteriológicos de la Waffen-SS». El apartado de «Rango dentro de la SS y número», lo llenaba con el nombre del prisionero y su número en Birkenau; para el apartado de «Dirección de la oficina de transferencia», indicaba el subcampo y la barraca en la que estaba detenido el grupo de los Lilliputs. Firmaba personalmente cada forma de laboratorio con su firma extravagante, seguida por su rango completo. Las formas indican que las muestras de sangre de los Lilliput eran enviadas al laboratorio del Instituto de higiene de la SS en el bloque 10 de Auschwitz. Lejos de registrar cualquier esfuerzo por romper el código genético del enanismo, las formas que se salvaron reflejan, por el contrario, los procedimientos rutinarios del cuidado de la salud de la década de 1940: el laboratorio probaba la sangre para revisar las reacciones de «Takata-Ara» y «Rest-NaCl», al igual que de vitamina C, para así rastrear problemas en los riñones, la función hepática y el tifus.

«Revisando los exámenes médicos existentes que les practicaron a los enanos, parecería que Mengele, si bien actuaba de acuerdo con las prácticas de su tiempo, no tenía ninguna idea de qué era lo que estaba buscando. Por esto los repetidos tests y las grandes cantidades de sangre que les sacó», observa el profesor Raphael Falk del departamento de Genética de la Universidad Hebrea. Exámenes más sofisticados tendrían que haber sido realizados en el Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín. Elizabeth Ovitz recuerda que en una ocasión vio en la clínica de Mengele una caja con grandes y nuevas jeringas que acababan de llegar de Berlín; la inscripción en la superficie de la

caja decía: «Para los internos enanos judíos húngaros y protegidos». Su recuerdo es confirmado por el mismo profesor Von Verschuer, quien le reportó al *Deutsche Forschungsgemeinschaft* que «las muestras de sangre son enviadas a mi laboratorio para su análisis» por «mi asistente de postdoctorado, MD Ph.D Dr. Mengele». Cada vez que una forma de laboratorio regresaba con la estampilla «Condición de sangre homolizada no separable», tenían que tomar nuevas muestras. Las formas médicas muestran que debido a las fallas en el laboratorio, Elizabeth Ovitz tuvo que dar tres veces sangre para un test de Wassermann en un periodo de diez días. Es difícil entender por qué Mengele insistía tanto en buscar sífilis en los niños: en Judah de once años, en Helene de nueve, en Batia de ocho e incluso en el bebé Shimshon. Todos, al igual que los adultos, probaron ser negativos.

NUEVE

Auschwitz-Birkenau, julio de 1944

Desde la primera imagen, la historia de *Blancanieves y los siete enanitos* encantó a Dina Gottliebová. Este primer largometraje animado se convirtió en un éxito de taquilla durante el mismo momento histórico en el que las leyes antisemitas impedían que los judíos fueran a espacios públicos en la Praga ocupada por los alemanes. La estudiante de arte, rubia, frágil y de ojos azules, se sabía literalmente de memoria la película de Disney. La había visto una media docena de veces y cada vez que lo hacía arriesgaba su vida, pues se quitaba su estrella amarilla para colarse dentro del cine. En septiembre de 1943 Dina y su madre, Johanna, fueron enviadas a Auschwitz-Birkenau, donde fueron ubicadas en el «campo familiar» checoslovaco. En un esfuerzo por ocultar los horrores del lugar de los ojos de los niños, los judíos checos organizaron una barraca para jugar y estudiar. Dina se ofreció a decorar las paredes de esta extraña isla de la cordura: «Pinté una pradera con algunos árboles y estaba a punto de incluir unas vacas o unas ovejas cuando me di cuenta de que todos los niños se habían unido detrás de mí. Me di la vuelta y les pregunté qué querían, a lo que contestaron a coro: “¡Blancanieves y los siete enanitos!”». Dina pintó a una grácil Blancanieves que bailaba con Tontín, rodeada por enanos que aplaudían y uno que tocaba el acordeón. Su gran y colorido fresco inspiró a los niños a escribir y representar su propia versión del cuento. Le pusieron: «Blancanieves en Auschwitz».

El fresco dentro del bloque 31 llamó la atención de un médico de la SS, quien lo reportó a Mengele. Segura de que la iban a matar, ya fuera con una bala o con gas, Dina Gottliebová entró en pánico cuando la llamaron a la oficina de Mengele. Como ella lo recuerda, Mengele estaba inclinado detrás de un trípode y miraba detrás de una cámara a un grupo de gitanos parados enfrente de él. Le dijo que se acercara y que diera un vistazo, no estaba satisfecho con la calidad del color de las fotografías que había tomado anteriormente. Le preguntó si ella sería capaz de registrar en pintura un tono de color más preciso. A lo que ella respondió que lo intentaría.

Le consiguieron pinturas y pinceles, y las puertas del campamento gitano se le abrieron para que consiguiera modelos. Mientras deambulaba por ahí observaba escenas de la vida diaria que parecían casi normales: niños que se perseguían entre sí jugando a las escondidas, viejas que charlaban, un joven que tocaba la guitarra. Sin embargo, fue la triste belleza de una joven gitana francesa la que cautivó el ojo artístico de Dina. Encontró una intérprete y aprendió que el

nombre de la joven era Céline, que tenía veinte años, su misma edad, y que acababa de perder a su hija de dos meses por falta de leche. «Dile que el doctor Mengele me pidió que hiciera unos retratos. Y quiero pintarla. ¿Podrá venir mañana a su oficina?».

Cada mañana a las siete, cuando Dina llegaba, su modelo ya la estaba esperando.

Yo trabajaba muy lentamente, a la espera de ganar algo de tiempo para que Céline se volviera a parar. La pinté como a una Madonna velada por una tela azul, con la cara adolorida. Mi lugar de trabajo era contiguo a la oficina de Mengele, y en ocasiones él se acercaba a inspeccionar los progresos. Una vez le quitó a Céline su trapo azul. Una conducta extraña, pues Mengele prefería evitar el contacto con los prisioneros. Exigió que le diera un mayor énfasis a las orejas de la gitana, como parte de su investigación racial.

Céline sufría de una diarrea severa y no podía digerir el pan negro, seco y ordinario del campo. Cada día Dina le pasaba en secreto a Céline un trozo de pan blanco que le birlaba a Mengele. Las dos jóvenes se volvieron amigas y encontraron maneras para saltarse las barreras lingüísticas. Tenían momentos de risa y Céline le enseñó a Dina una canción francesa. Tras dos semanas, Mengele declaró que la pintura estaba terminada. Dina nunca volvió a ver a Céline.

No contento con la aparente preferencia de Gottliebová por las gitanas guapas, Mengele mismo escogió el siguiente grupo de modelos para Dina: una selección de viejos de ambos sexos. Tenía la impresión de que el doctor solo quería adquirir documentación visual que le sirviera de apoyo para su teoría racial, pues la serie de Dina de once retratos de gitanos estaba planeada para ilustrar el libro que Mengele esperaba escribir. Cuando terminó el último retrato, Mengele se sentó enfrente de ella, cruzó las manos sobre sus piernas y le pidió que lo pintara.

Tomé un lápiz y lo miré a los ojos, eran los ojos de un hombre muerto. El chirriar del carboncillo sobre el papel era el único sonido en la habitación. Rompió el silencio y burlonamente me preguntó si me había dado cuenta de algo especial acerca de él, algo que solo su esposa sabía. Dudé antes de señalar la marca en su oreja izquierda. Era un disco plano y redondo sobre su cartílago. Mengele sonrió con aprobación.

En la habitación contigua a la de Dina una prisionera polaca tomaba las huellas dactilares y de las manos de todos los internos seleccionados por Mengele para sus experimentos. Mengele le daba instrucciones a Dina para que esbozara sus cráneos, orejas, narices, bocas, manos y pies. Por poco se desmayaba cuando le ordenaban pintar un corazón que había sido seccionado en dos y guardado en un frasco con formaldehído: el dueño del corazón había muerto de un tiro intentando escapar.

Entonces un día vi una columna de enanos que se acercaban al trote, como salidos de una película. Siete: no podía creer mis ojos. Era como si todos mis enanos de los

dibujos animados —Tontín, Gruñón, Mocosó, Mudito y todos los demás— hubieran descendido del mural en la barraca de los niños y cobraran vida. Pero yo no era Blancanieves y ellos eran reales. No pude evitar sonreír en respuesta a los enanos y a su mágico número siete. Había algo optimista y esperanzador acerca de esos seres frágiles que se las arreglaban para sobrevivir allí adentro.

El sábado 1 de julio, Perla, Avram y Micki Ovitz fueron llevados a la clínica de radiología en el campamento principal de Auschwitz. Perla estaba muy preocupada: ¿por qué los habían llamado de nuevo tras haberles tomado siete rayos-X tres días antes, junto con sus hermanas Rozika, Franziska y Elizabeth? ¿Habrían los rayos-X mostrado algo sospechoso? Escuchó a su cuerpo e intentó discernir si sentía dolores inusuales o algún tipo de incomodidad nueva. Y, si en efecto estaba enferma, ¿le harían algún tratamiento o dispondrían de ella?

Mengele siempre insistía en llevar a cabo procedimientos médicos muy rigurosos. Hambrientos como estaban, los enanos tenían que ayunar antes de la mayoría de sus exámenes de sangre, y antes de los rayos-X abdominales les suministraban laxantes para purgar sus marchitos intestinos. Toda la noche se la pasaban corriendo hasta la esquina donde estaba la bacinilla de la habitación. El libro de registros clínicos muestra que el 1 de julio, al final de un día muy agitado, a los Ovitz se les programó una extensa sesión de rayos-X que duraría horas. Mientras permanecían desnudos y sentados en la negra silla giratoria, la máquina gigantesca era ajustada a sus tamaños en numerosas ocasiones. Mientras que al resto de los presos listados en el registro solo les tomaron unos rayos-X —un brazo, las costillas, una pierna, un hombro—, los Ovitz fueron sujetos a diez diferentes tomas cada uno. Comenzando por la cabeza y de allí pasando al pecho, la pelvis, las manos y los pies, todos sus cuerpos fueron radiografiados. Unos pocos días después Mengele dejó los negativos de los rayos-X sobre el escritorio de Dina Gottliebová y le dio también papel calco. Ella pegó los negativos a la ventana para tener más luz y siguió los contornos con su lápiz. De inmediato se fijó en los dedos minúsculos. En un principio pensó que eran de un niño, pero Mengele le señaló una estructura ósea diferente: los dedos tenían un hueso extra que solo podía ser detectado mediante los rayos-X. Este hueso, explicó Mengele, sobresale a los dieciocho meses en individuos que nacen con enanismo y de esta manera le permite a los médicos hacer un diagnóstico temprano de la condición. Mientras tanto, Perla no oyó nada de Mengele y se convenció de que sus nuevos exámenes no mostraban ninguna condición maligna.

El bloque 28 del campamento principal de Auschwitz estaba equipado con los instrumentos más sofisticados de la época: un laboratorio fotográfico y un estudio. La mayoría de las fotos que allí se revelaban eran de prisioneros políticos, pero Mengele se aprovechó del laboratorio y del estudio para recopilar un registro fotográfico de sus objetos de estudio. Uno de los fotógrafos era el prisionero polaco Wilhelm Brosse. Había comenzado a trabajar para Mengele a finales de 1943; en un principio fotografiaba gitanos con caras gangrenosas; los mellizos, trillizos e incluso los cuatrillizos llegaron después. Y entonces, un día, en el verano de 1944, el camión de Birkenau trajo a los enanos. Tuvieron que desnudarse, y Brosse tomó las fotos de rigor: una frontal, una de lado, una de espaldas. Además, por instrucción de Mengele, le tomó acercamientos a las manos y a los pies de los enanos, por su interés particular, pues sus troncos eran casi de tamaño normal.

Las enanas se sintieron avergonzadas de estar paradas desnudas enfrente de Brosse, y también era vergonzoso para él. Le habían ordenado no conversar con las mujeres pequeñas de caras hermosas, Y, sin embargo, intentó hacerlas sentir tranquilas al moverlas con gentileza, hablarles con suavidad, y al disculparse diciéndoles que no tenía otra opción. Tiempo después los SS llevaron al taller de Brosse a un hombre extraordinariamente obeso y a un ucraniano con un pene gigante. Después de tomarles las fotos los fusilaron a la salida del estudio.

Las investigaciones de Mengele se apoyaban, sobre todo, en los exámenes de sangre, los rayos-X y las medidas antropométricas. No tenía el tiempo ni la inclinación para hacer todas estas pruebas personalmente, y de todas maneras no lo necesitaba. No con la abundancia de expertos profesionales que había entre los cientos de miles que cruzaban las puertas de Auschwitz-Birkenau: la condesa doctora Martina Puzyna, era una de ellos. Miembro de la Resistencia polaca, fue capturada y encarcelada en marzo de 1943, y luego enviada a Auschwitz cinco meses después. A diferencia de muchos de los médicos presos que se enlistaban como ayudantes para los doctores de la SS, a Puzyna, de cuarenta y dos años, le asignaron trabajos forzados. Pronto contrajo tifus y fue hospitalizada. Durante las rondas de Mengele en el hospital —revisaba a los pacientes con malos pronósticos— una breve pausa en una cama podía significar la muerte. Le dio una rápida ojeada a la críticamente enferma Puzyna y estaba a punto de seguir su camino cuando un médico que lo acompañaba le comentó que ella era una antropóloga de la Universidad de Lvov. Mengele se giró con rapidez y le preguntó sobre su entrenamiento. Con voz débil y desmayada le mencionó que había sido asistente del famoso profesor Czekanowski. Mengele, impresionado por sus antecedentes científicos y aristocráticos, le ordenó a Puzyna que se presentara en su oficina.

Demasiado débil como para caminar sola tuvo que ser llevada a la oficina de Mengele por dos prisioneras. Mengele la saludó preguntándole qué había estado haciendo desde su llegada a Auschwitz; cuando le respondió que había estado cargando rocas pesadas, él estalló de la risa. Discutían de Antropología, de su interés en los estudios comparados sobre mellizos, en las técnicas de medición apropiadas. Mengele ordenó que le dieran comida adicional e hizo que la marcaran como una prisionera-médico. «Estaba interesado en ver restaurada mi capacidad de trabajo tan pronto como fuera posible. Comparada con mi situación anterior, esto parecía el cielo en la tierra».

A la doctora Puzyna le asignaron un lugar especial de trabajo, equipado con todos los instrumentos necesarios —calibradores suizos, prolongadores, brújulas, reglas de cálculo y carretes para diapositivas— y dos asistentes: una antigua estudiante de antropología que le ayudaba con las mediciones y una jovencita que tomaba las notas de sus descubrimientos. Mientras que los especímenes de Mengele permanecían desnudos y sentados durante horas en el cuarto sin calefacción, la doctora Puzyna medía con meticulosidad la longitud, el ancho y la forma de los ojos y de la nariz, al igual que de las varias distancias que existían desde el extremo del ojo hasta la nariz, la oreja, el otro ojo y la mandíbula. «¡Gire a la izquierda! ¡Derecha! ¡Agáchese! ¡Estírese! ¡No respire!». A los presos se les bombardeaba con órdenes. Tediosa y reiteradamente medía dedo tras dedo, articulación tras articulación, y cada dígito era registrado con cuidado en un lugar adecuado dentro del cuadro. Cuando los Owitz llegaron para ser medidos le parecieron particularmente alegres. Mengele nunca le indicó el propósito de las medidas de los Lilliputs, aunque la impresión que le dio era que su interés en la herencia lo había

impulsado a investigar con más detenimiento este tema a través de las patologías. De acuerdo con Perla Ovitz, las medidas en sí mismas no dolían, pero el proceso era agotador e irritante, por no decir degradante. «Era como si mi cuerpo estuviera siendo desarmado en sus componentes más pequeños, y no tenía la menor idea de por qué seguían midiéndonos los mismos miembros una y otra vez. Habíamos dejado de crecer hacia siglos y con certeza no nos habíamos alargado ni encogido en una semana». En su época de estudiante de doctorado, Mengele había publicado un artículo en el que criticaba a los científicos que se perdían en los detalles; había argumentado que «no es útil tomar tantas medidas como sea posible: uno debe restringirse a las más significativas». Y, sin embargo, con tiempo ilimitado, material humano y todas las posibilidades para investigar a su disposición en Auschwitz, Mengele olvidó su propia regla de oro y se desató sobre los pacientes con su equipo en una búsqueda implacable por los detalles.

Integrante veterana de la resistencia polaca, Martina Puzyna no abandonó sus actividades encubiertas en Birkenau. Recogió documentos incriminatorios concernientes con los crímenes médicos de Mengele —una muestra de sus propias medidas, un examen psiquiátrico de unos mellizos, la radiografía de los pulmones de una prisionera— y los sacó de contrabando del campo en octubre de 1944. Y a pesar de esto permaneció sin saber cómo juzgar el trabajo de Mengele e insistió mucho después de la guerra en que sus resultados eran «de inmenso valor para la ciencia de la Antropología. Reconocí en su momento este hecho e intenté poner a seguro estos resultados. Hice copias y las escondí en contenedores y las enterré cerca de la barraca que me servía de oficina». Cuando finalizó la guerra se apresuró a regresar a su barraca para recuperar los documentos, pero fue incapaz de localizar el lugar preciso en el que los había escondido: desaparecieron para siempre. Sobrevivieron otros documentos que había contrabandeado antes, incluyendo las medidas antropométricas de 296 niñas y mujeres judías de Hungría, 111 de ellas mellizas, escritas en hojas de papel descolorido, en parte dañadas por el tiempo y los elementos. Largas columnas garabateadas con una escritura densa están llenas con los números de los prisioneros, sus edades y las veinticuatro medidas diferentes de la doctora Puzyna para cada persona. Pero incluso si los documentos enterrados hubieran sido encontrados intactos, Puzyna no habría sabido muy bien qué hacer con ellos, por la monstruosidad de las actividades médico-antropológicas de Auschwitz, que pronto se hicieron evidentes tras la guerra y que hicieron notorio el nombre de Mengele. El doctor Miklos Nyiszli, un patólogo judío que fue forzado a trabajar al lado de Mengele, fue testigo del horror diario en el que los presos eran «expuestos a todo los tipos de análisis médicos que pueden llevarse a cabo en humanos. Exámenes de sangre, punciones pulmonares, intercambios de sangre entre hermanos mellizos, otras numerosas exámenes, todas fatigantes y deprimentes».

Kalman Braun acababa de cumplir trece años cuando llegó a Auschwitz con su hermana melliza, Judith, y su madre, de quien fueron separados de inmediato para nunca volver a verla. Al entrar a su barraca designada, Kalman se sintió perdido por completo. Estaba parado en la entrada, congelado, cuando de repente un chico con gafas se le acercó y le dijo «Ven, niño, ven, puedes quedarte conmigo». Tras mirarlas dos o tres veces, Kalman se dio cuenta de que las manos que lo habían saludado, al igual que esa cara sonriente, estaban arrugadas. No era un niño. «¿De dónde eres?», le preguntó el hombre. Y mientras intercambiaban los nombres de los pueblos y las personas que conocían, se sorprendieron al descubrir una muy cercana relación familiar. Resultó ser que el hombre amable, pequeño y con gafas era Ludovit Feld, de cuarenta años, un

prominente pintor de Košice, Checoslovaquia. El hermano mayor de Feld estaba casado con la tía materna de Braun. «¿Cómo es que nunca había oído hablar de ti?», le preguntó Kalman. «Porque me convertí», respondió Feld. Su familia lo había rechazado primero por cuenta de su deformidad; una vez que se convirtió, lo aislaron por completo. Tampoco la conversión lo salvó de su suerte. Cuando llegaron los nazis fue enviado a Auschwitz con sus padres, sus tres hermanas y sus hijos. Todos los quince miembros de tamaño promedio de la familia fueron exterminados: solo Ludovit, de metro con doce, quedaba con vida.

«Un judío no puede quitarse sus raíces, de la misma manera que un enano no puede alterar su estatura», dice Kalman Bar-On, antes Braun.

Desde ese día compartí la misma banca y la misma sábana con mi pariente cristiano. Dormíamos abrazados en cucharita. Él era una fuente de consejos, sabiduría y seguridad. Gracias a él tuve a alguien en el mundo. En retorno le ofrecí la experiencia de ser un padre para el niño que nunca tuvo. En cuestiones de supervivencia diaria, Ludovit era el niño y yo el adulto, pues le daba terror morir aplastado mientras hacía fila para comer. Con el calor de mi cuerpo lo mantenía abrigado de noche.

Feld soportó el mismo ciclo de exámenes médicos que el de la familia Ovitz. Si bien compartían la misma invalidez y destino, los Ovitz sentían animosidad por Feld debido a su conversión y se rehusaron a cruzar palabra con él cuando les tocaba sentarse juntos en la clínica. Una vez que la doctora Puzyna terminó con su ronda inicial de medidas antropométricas, Feld fue examinado por un equipo de especialistas: un médico interno, un neurólogo, un psiquiatra, un oftalmólogo, un dermatólogo, un cirujano, un urólogo y un otorrinolaringólogo; todos ellos prisioneros de diferentes nacionalidades. Mengele revisaba los resultados de los exámenes que no realizaba. De acuerdo con Feld, Mengele se comportaba con propiedad y amabilidad durante las visitas: incluso le ofrecía cigarrillos a los enanos.

El equipo de especialistas prisioneros evaluaba la anatomía de los enanos y comparaba sus características físicas y psicológicas con la de los humanos de tamaño normal, a la búsqueda de irregularidades que pudieran explicar las fallas en el crecimiento. Feld y los otros enanos proporcionaban muestras de orina, heces y saliva, que eran analizadas en los laboratorios biológicos, patológicos, bacteriológicos, químicos y serológicos del Instituto de higiene de Auschwitz. Los laboratorios habían sido abastecidos con los últimos equipos de punta y eran financiados por las instituciones académicas alemanas. En cuanto a la relación entre nutrición y naturaleza, Mengele tenía una posición clara: buscaba señales hereditarias por doquier: en el pelo, la piel y los dientes; en las hormonas de la sangre; en los pigmentos y en los vasos sanguíneos de la retina de los ojos. De acuerdo con Perla Ovitz los doctores vertían primero agua hirviendo y luego helada en los oídos de los enanos, un experimento que no solo era terriblemente doloroso sino que por poco les hacía perder la cordura. Los médicos ponían ojos de vidrio al lado de los de los enanos para identificar los colores. Les echaban gotas en los ojos que los cegaban durante horas. «Nos extraían los dientes sanos, nos arrancaban el pelo y las pestañas, todo para ver si había alguna diferencia entre nosotros los pequeños y la gente alta». Las hermanas enanas casadas eran atadas a una mesa en la que les hacían un escrutinio ginecológico

tal que las dejaba pálidas como la muerte y tan alteradas que se rehusaban a decirle a Perla por lo que acababan de pasar. Temían que le hicieran lo mismo a ella, pero los médicos decían que esperarían porque todavía era muy joven.

Todas las víctimas médicas de Auschwitz tenían sus propios registros que crecían, con diagramas, cuadros, fotos, radiografías y resultados de exámenes. Debido a que Mengele no tenía acceso a sus historias médicas en Rozavlea, y ya que los enanos no habían traído documentos con ellos, los abrumaba constantemente con preguntas acerca de sus orígenes y de su historia familiar. Tenían que repetir una y otra vez el relato de su padre y sus dos esposas, nombrar a cada tía, tío y primo, además de especificar sus antiguas ocupaciones y lugares de residencia. Mengele llenaba sus cuadernos con listas de nombres porque cada hogar tenía entre diez y doce miembros. Los presionaba para que recordaran si había más enanos en sus extensas familias, sin importar cuántas veces le respondieran que no.

De acuerdo con cierta tradición, los enanos han sido considerados idiotas, por lo que los psiquiatras de Mengele utilizaban numerosos cuestionarios para probar la inteligencia de los Ovitz. Viajeros experimentados encerrados en cuerpos liliputienses, tenían maravillado a Mengele con su ingenio e incrédulo con su conocimiento y visión. En algún punto expresó su intención de exhibirlos en un prestigioso instituto de investigaciones en Berlín. Los ocho miembros de la familia Slomowitz también padecieron los mismos exámenes meticulosos que sufrieron los doce Ovitz. Solo las Fischman, madre e hija, fueron dispensadas, pues Bassie había sido falsamente presentada como la prometida de Micki Ovitz. Mengele tenía otros planes para la bella veinteañera.

Mengele estaba insatisfecho con las representaciones visuales de sus especímenes en los rayos-X, con las ilustraciones de Dina Gottliebová y las fotografías de Wilhelm Brosse, por lo que también le ordenó a Ludovit Feld que dibujara a sus enanos y mellizos. Uno de los últimos fue Peter Grünfeld, de cuatro años, separado de su madre y de su hermana melliza, quienes fueron ubicadas en el campamento de mujeres. «*Lajos Baci* (tío Lajos) —así era cómo llamábamos a Ludovit Feld— me ponía junto a la ventana para capturar una luz mejor», recuerda Grünfeld.

Se sentaba en una banquita con un gran cuaderno de dibujo y, sin prisas, me dibujaba al carboncillo. Yo perdía mi paciencia con mucha facilidad y empezaba a ponerme inquieto. Feld me reprendía: «Deja quieto tu trasero, no puedo trabajar contigo moviéndote». Casi sesenta años después todavía resuenan como un eco sus palabras dentro de mí.

Feld tenía que entregarle todos sus cuadros a Mengele pues cualquier forma de expresión creativa por parte de los presos —escritura, pintura— estaba prohibida y era castigable con la muerte. Sin embargo, Feld arrancó pequeños pedazos de papel de la asignación que le daba Mengele, y en ellos bosquejó escenas de la vida dentro del campamento que luego escondió debajo del colchón. Bajo las instrucciones de Mengele, Feld también dibujó el retrato del doctor: «Amaba tanto ser retratado que me forzaba constantemente a hacerlo».

El 23 de junio de 1944 una delegación de la Cruz Roja internacional visitó el gueto de Theresienstadt, Checoslovaquia, para investigar los informes acerca de que los judíos estaban siendo transportados allí para ser exterminados. La delegación estaba programada para seguir hasta Polonia y así inspeccionar el «campo familiar» checo de Birkenau. Los delegados de la Cruz Roja quedaron muy impresionados con el hábitat de vitrina judío que les habían mostrado en Theresienstadt, en particular porque les mostraron postales escritas por antiguos residentes del campo en las que decían que todo el mundo estaba vivo y bien en Auschwitz-Birkenau. Lo que no sabían los delegados era que esas postales habían sido escritas a la brava unas pocas horas antes de que sus autores fueran gaseados en las cámaras. Las postales tenían fecha de dos semanas después de sus muertes. La Cruz Roja internacional decidió que al verse todo tan satisfactorio, era un gasto innecesario de tiempo y energía viajar a Polonia. Los alemanes no tuvieron que temer otra inspección en Auschwitz-Birkenau. El camuflaje se volvió innecesario y el exterminio de los diez mil prisioneros del «campo familiar» podía comenzar.

Iba a ser la segunda selección de Dina Gottliebová, programada para el 2 de julio de 1944. Los siete enanos del cuento la habían salvado de su primera elección. El 8 de marzo ella y su madre estuvieron entre las veintisiete personas seleccionadas para vivir: otras 3.800 fueron enviadas a las cámaras de gas.

Los padres de Dina se habían divorciado cuando ella era una bebé y su padre se había vuelto a casar. Durante años Dina y su padre no habían tenido contacto. Y luego, un día dentro del «campo familiar», lo vio con su nueva esposa y sus dos hijos. Se hizo muy amiga de su medio hermano, Peter, quien tenía once. Siempre estaba con hambre y ella le daba pan de contrabando cada vez que podía. Pero no pudo salvarlo a él ni a nadie de la familia cuando ese espantoso julio llegó.

Todos tuvimos que marchar semidesnudos antes los ojos inquisitivos del doctor Mengele y su equipo. Los conocía bien por mi trabajo y había trabado una amistad con uno de ellos, el doctor Koenig, asistente de Mengele. Para mi alivio, cuando me tocó el turno, me miraba directo a los ojos y no a mi cuerpo desnudo.

Gottliebová y su madre, entre el puñado que seleccionaron para continuar con vida, fueron trasladadas al campamento de mujeres. Otras tres mil personas jóvenes y relativamente saludables, entre mujeres y hombres, fueron elegidas para realizar trabajos forzados en Alemania. El resto, esos siete mil checos judíos, se enfrentaron a la extinción. Quizás más que el resto de prisioneros, ellas estaban al tanto del propósito real del campo, pues habían vivido durante meses justo debajo de las chimeneas del crematorio y habían sido testigos oculares de los cientos de miles de recién llegados que eran tragados al instante por las cámaras de gas. El 10 de julio se impuso un toque de queda sobre el «campo familiar». Tres mil checos judíos fueron sacados a la fuerza para ser asesinados. El día siguiente era el turno de los cuatro mil que quedaban.

Con el «campo familiar» en proceso de liquidación, Mengele no podía mantener allí durante más tiempo a sus enanos, pues corrían el riesgo de ser gaseados por error junto con los demás. Les tenía que buscar nuevas habitaciones. Por primera vez en sus vidas los Ovitz fueron forzados a separarse. Las mujeres y las jóvenes, junto con el pequeño Shimshon, fueron llevadas a la

enfermería del campamento de mujeres, mientras que sus hermanos Avram y Micki, al igual que Simon Slomowitz y sus tres hijos fueron enviados a la enfermería de hombres. Sus barracas quedaban muy lejos como para que el sustento mutuo fuera posible durante más tiempo. Todos temían la incierta duración de su separación y la clara posibilidad de que nunca más se volvieran a ver.

DIEZ

Auschwitz-Birkenau, agosto de 1944

Era tan solo el mediodía, pero Regina Ovitz se sentía tan débil que creyó que se iba a quedar dormida. Recogió un pedazo de ladrillo roto y lo puso debajo de su cabeza. Comenzó a cabecear de inmediato sobre la improvisada almohada, indiferente a la tosca tierra y a los chillidos de los guardias.

A lo lejos, como voces dentro de un sueño, escuchaba gritos febriles: «¡Mira, liliputienses! ¡Liliputienses!». La alegría de esas voces se evaporaba en su interior mientras su ensueño continuaba. De repente un aguacero la golpeó.

Por instinto se acurrucó para protegerse de las pesadas gotas. Solo cuando estaba calada hasta los huesos logró ponerse en pie. Temblorosa y adormilada miró nebulosamente hacia las barracas, la tierra húmeda, el ladrillo roto. El grito de «¡Liliputienses! ¡Liliputienses!» todavía rebotaba en el interior de su cabeza; la impulsó a rodear la barraca y a entrar en una zona prohibida. Entonces los vio: cinco figuras pequeñas por el camino que ella cruzaba.

Regina, de veinticuatro años, era pariente de los enanos. Su abuelo, Israel Meir Ovitz, era el hermano de Shimshon Eizik, el padre de los Lilliputs. Las dos familias venían de la misma aldea y habían llegado en el mismo tren, pero en diferentes vagones de ganado. Los cuarenta miembros de la familia de Regina habían sido asesinados, mientras que a ella le habían asignado trabajos forzados recogiendo el grano de los campos aledaños al campamento. Estar agachada durante horas sin fin había terminado por lesionarle la espalda. Con su cabeza rapada y sus brazos y piernas desnudos se había insolado bajo el calor achicharrante. Ampollas y abscesos le cubrían los miembros y a duras penas podía caminar. Torcida por el dolor había dejado de ir a trabajar. Se habría quedado echada todo el día en su litera si no hubiera sido por la anciana del bloque.

«Si te encuentran en la barraca te llevarán a la clínica», le advirtió a Regina, por lástima y preocupación. «Es un paso muy corto de ahí a las cámaras de gas. ¡Sal! ¡Encuentra un sitio dónde esconderte y quédate allí!».

Regina le respondió con un apático encogimiento de hombros y no se movió. La anciana del bloque la ayudó a pararse y la empujó afuera. Le dijo a Regina que esperase hasta que los otros volvieran de trabajar y que solo ahí regresara a la barraca. En esas estaba cuando se escondió

detrás de la barraca y se quedó dormida.

Cuando la lluvia la despertó y vio a los enanos, Regina los reconoció de inmediato. Para los demás prisioneros el grupo de enanos era solo una escena curiosa, pero para ella representaba una increíble reunión familiar. Había viajado a Auschwitz con su abuelo, madre, tías, tíos y sobrinas, a quienes perdió de sopetón apenas llegaron. Y de repente allí vio a sus cinco primas: Rozika, Franziska, Elizabeth, Frieda y Perla.

Estaban vestidas muy elegantes, como si fueran de paseo un Sabbath en Rozavlea. No me podía acercar a ellas, por lo que hice todo lo posible para atraer su atención: saltar de un lado para otro, agitar mis brazos adoloridos y llamarlas por sus nombres de una manera frenética. Temía que al estar acompañadas por un hombre de la SS no se atrevieran a responder.

El grupo redujo la velocidad y finalmente se detuvo. Giraron sus cabezas y Regina observó las caras sorprendidas. «¿Quién eres?», le preguntó con sospecha Elizabeth Ovitz. «Soy Bella, Bellush, de Rozavlea», suplicó Regina, llamándose por su sobrenombre en yidis. Como si fueran una, las cinco mujeres cubrieron sus caras con espanto. Sin su pelo, el cuerpo arropado por un vestido mojado y andrajoso, los miembros cubiertos por heridas que las inútiles venditas de papel jamás podrían cubrir, su prima les pareció irreconocible. El hombre de la SS se acercó a Regina y con la cacha de su arma la golpeó en la cabeza por haber interrumpido la marcha. La excitación de su descubrimiento hizo que no sintiera de inmediato el dolor, pero el golpe había sido tan fuerte como para tumbarla. Se tambaleó y luego, mientras saltaba para escapar, el soldado gritó: «¡Deténgase o disparo!». Había cargado su arma; Regina se petrificó. Podía ver a las cinco liliputienses que le decían algo al soldado. No podía oír sus palabras, pero el hombre bajó el arma. Luego, todos se retiraron y continuaron su camino.

Regina fue tambaleando a encontrarse con la anciana del bloque y le rogó que la ayudara a encontrar el lugar al que habían llevado a las liliputienses pues, aunque sonara increíble, había encontrado a su familia. La anciana del bloque estuvo de acuerdo e hizo uso de la aparente libertad de movimiento que tenían los ancianos de los bloques para este fin. Regresó por Regina media hora después.

Las hermanas Ovitz estaban a punto de entrar al lavadero cuando se les acercaron las dos mujeres. Las primeras palabras que le dijeron a Regina fueron: «¿dónde está tu madre?», y todas es-tallaron en llanto cuando ella respondió: «Saben muy bien dónde está».

Cuando se reunieron con Mengele dos días después, Elizabeth le contó que habían descubierto a una prima de ellas en el campo de trabajo. «¿Cuántos parientes más van a encontrar aquí?», le dijo Mengele burlándose. «Solo ella», le aseguró con rapidez Elizabeth. Mengele quería ampliar su campo de investigación por lo que fue fácilmente persuadido y Elizabeth fue enviada junto con la anciana del bloque a recoger a la prima enferma. Durante los siguientes sesenta años, cada vez que cae un chubasco repentino, Regina ha temblado de gratitud por esa lluvia estival en Polonia. «Si no hubiera sido por la lluvia no me habría despertado a ver a los liliputienses, y con mis ampollas abiertas no habría durado más de una semana».

Entonces ahora serían veintitrés. Las dieciséis mujeres y el pequeño Shimshon tenían una

habitación propia en el campamento de mujeres. Los seis hombres eran guardados junto con los mellizos y los desadaptados de Mengele, y compartían tres literas de madera en el bloque 14; el de experimentación en la enfermería de hombres. Avram y Micki Ovitz necesitaban ayuda para todo, por lo que Simon Slomowitz los vestía y los desvestía, los bañaba y les ayudaba a limpiarse en los aseos. Cuando no tenían transporte y tenían que caminar el largo trecho hasta la clínica, su hijo Mordechai lo ayudaba a cargarlos.

Efraim Reichenberg tenía dieciséis años cuando lo confundieron con un mellizo y lo encarcelaron con su hermano en el bloque experimental. Recuerda a Avram y a Micki:

Junto con el asombro de encontrar enanos en el mundo real y no en un cuento de hadas, venía la sorpresa de verlos con tesoros ocultos bajo la forma de mantones para la oración y filacterias. No sé cómo lograron guardarlos, pero eran los únicos en todo el bloque y los envidiábamos por ello. Tener la posibilidad de meditar orando y de llorarle a Dios, habiendo guardado esos elementos tan significativos de nuestra identidad, nos servía de bálsamo para el alma en ese infierno que fue Auschwitz.

Las autoridades del campo prohibían estrictamente las prácticas religiosas y quien fuera atrapado realizando cualquier tipo de ritual judío era golpeado con severidad por subversivo. Por esto, cada vez que Micki o Avram se paraban a orar, el otro enano hacía guardia afuera para así avisar a su hermano. Por su parte, las enanas se ponían cada semana en peligros semejantes cuando arrancaban hilos de sus sábanas que entorchaban para fabricar una mecha con la que, unida a un poco de cera, construían una vela para el Sabbath.

La enfermería de los hombres bordeaba el inmenso depósito llamado *Kanada*, que estaba a reventar con las pertenencias sustraídas de las masas que habían sido enviadas a las cámaras de gas. Los prisioneros que trabajaban allí traficaban ilegalmente para obtener suministros de alimentos preciosos para la supervivencia. Los hombres Ovitz encontraron entre ellos mensajeros que se encargaban de contrabandearles a sus hermanas cualquier resto de comida que lograban reunir y llevárselos al campamento de mujeres. Como era de esperarse, todo el mundo aprovechaba cualquier oportunidad de obtener un bocado extra de comida; la cocina tenía una atracción magnética y arrastrarse enfrente del personal tenía sus recompensas. Pero para los enanos, quienes solo alcanzaban a las rodillas de los trabajadores de la cocina, las ollas hirvientes y los afilados cuchillos solo representaban una amenaza. En una ocasión la supervisora alemana de la cocina le hizo señas a Elizabeth Ovitz para que la siguiera a su cubículo personal. Caminaron despacio, en silencio. Cuando la puerta se cerró detrás de ellas, la mujer se dejó caer sobre la cama. Temerosa, Elizabeth se quedó de pie, a la espera, ya que solo podía aventurar lo que le esperaba. «Cántame algo triste», le dijo la alemana. Elizabeth respiró con alivio mientras su mente deambulaba por el repertorio a la busca de una de las canciones que siempre habían llevado a las lágrimas a sus audiencias.

«Oh, rosa amarilla, si solo pudieras hablar, sabrías que la vida no merece ser vivida», cantó dubitativa Elizabeth, pero cuando la melancólica canción comenzó a fluir y las lágrimas bañaron las mejillas de su única oyente, su voz recuperó su vieja confianza. Limpiándose los ojos, la

supervisora le pidió que la repitiera. «Donde estés, no me olvides. Cuando me dejaste te llevaste mi alma contigo», continuó Elizabeth, exprimiéndole a cada palabra el máximo drama. Al final, ambas quedaron muy conmovidas por estas canciones desgarradoras y llenas de abandono: tuvieron el cuidado de secarse los rostros antes de regresar a la cocina. Elizabeth fue premiada en secreto con un botín casi increíble: una papa, un trozo de pan, una cebolla y un diente de ajo. Ella repetiría sus conciertos privados y su agradecida audiencia de uno, sollozando en su cama, siempre le pagaría generosamente; tanto que Elizabeth también podía alimentar con ello a sus hermanos.

La prima Regina Ovitz fue enrolada en el mismo ciclo de análisis médicos y sujeta a los mismos exámenes dolorosos que sus primos Lilliput. Y, sin embargo, la mejoría en su situación pronto la revivió. Sus abscesos se curaron y le creció el pelo. Perla le enseñó cómo coser con una aguja improvisada e hilo, y cuando Regina hacía algún remiendo para la anciana del bloque, esta la premiaba con un terrón de azúcar.

Uno de los técnicos de los rayos-X era un preso checo. Me ordenaba que me quitara la ropa y medía mi busto, cintura, muslos y el interior de mis piernas, cada una de mis extremidades. Cuando terminaba me preguntaba si tenía hambre. Le confesé que sí y entonces él me dio un sándwich como no lo había visto en años, con pan blanco, un trozo de queso, pimentón, tomate, y sabor celestial. Antes de marcharme me metía cuatro cigarrillos en el bolsillo. En mi aldea era inconcebible que una chica judía fumara, por lo que, tras regresar a mi barraca, los cambié por un poco de grasa de cerdo. Pero dado que sobre las bases de mi religión yo tampoco podía ingerir eso, intentaba cambiarla por algo más. Lo único que logré conseguir fue una cebollita. Todo el mundo me dijo que me habían estafado.

* * *

Para agosto la exterminación en masa de los judíos húngaros había terminado. Las autoridades del campo pusieron sus ojos ahora sobre los gitanos. El régimen nazi vaciló en sus políticas entorno a ellos: ¿debían ser exterminados como una raza inferior o debían ser encerrados y esterilizados como elementos antisociales? Los datos fueron lanzados el 16 de mayo de 1944. La SS rodeó el campamento gitano de Birkenau en un intento por llevar a los seis mil presos a las cámaras de gas. Pero los soldados encontraron una feroz resistencia: hombres y mujeres armados con cuchillos, tubos de hierro y cualquier objeto metálico, romo o afilado, que pudieron encontrar; y fueron forzados a retirarse. A los administradores del campo les tocó cambiar de plan. Las gitanas sanas fueron enviadas a campos de trabajos forzados y los gitanos alemanes fueron enviados a trabajar para la Wehrmacht como detectores vivos de minas.

Karl Stojka, un gitano de catorce años, fue transferido a Buchenwald, pero no lo encontraron apto para el trabajo por lo que fue enviado de regreso a Auschwitz, y a una muerte segura. El

hermano de Stojka y su tío apelaron ante la SS: les mintieron al decir que no era un niño flacuchento sino un enano adulto robusto, capaz de realizar cualquier labor. En tiempos normales los enanos eran tratados, en la mayoría de los casos, como marginados a quienes se les negaban los empleos; en esos tiempos extremos, sin embargo, la deformidad parecía ser un línea de trabajo. Entonces Karl Stojka, un muchacho de tamaño normal, aprovechó el estereotipo de los enanos y su fuerza extraordinaria. Le permitieron quedarse en Buchenwald, sobrevivió a la guerra y se convirtió en pintor.

La exterminación del campamento gitano fue programada para el 2 de agosto. Tras el *Appell* de la tarde, un arresto general fue ordenado para todo Birkenau. Todos los prisioneros se ovillaron en sus literas y oyeron el rugir de los camiones. Podían escuchar el salvaje ladrido de los perros mientras intentaban adivinar hacia qué parte del campo se dirigía la SS y a quién le tocaría el siguiente turno. Mengele se había opuesto a la aniquilación de los gitanos desde el comienzo y había intentado persuadir a sus superiores al respecto; no por simpatía por esos arios *Mischling* (mestizos) o, como algunos han especulado, por cuenta de su propia apariencia no-aria y oscura. Más bien, simplemente le costaba perder un grupo de sus especímenes. Los gitanos le habían servido como caldo de cultivo estable para sus pruebas de sangre, les había sacado los ojos y extraído sus esqueletos, y los había envuelto con mucho cuidado en grandes sacos de papel grueso, para luego ser enviados al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, con un aviso que decía: «¡Urgente! ¡Material de guerra!». Siempre había encontrado la manera de cambiar a sus gitanos de una selección a otra y de esta manera los había podido preservar para el beneficio de sus investigaciones. La aniquilación de los gitanos ignoraba por completo sus necesidades y, una vez en marcha, a Mengele no le era permitido mantener a sus sujetos vivos en otra parte del campo. Por primera vez en su carrera dentro de Auschwitz se enfrentó a los límites de su influencia, y los sujetos de su investigación encararon la pérdida de privilegios y de protección.

A lo largo de sus años como médico en jefe del campamento de los gitanos, Mengele había desarrollado relaciones cordiales con sus internos. Había mostrado un cierto afecto por los niños mellizos y con frecuencia les sonreía cuando lo llamaban «tío Mengele». Pero cuando recibió la orden final de liquidar a los 2.897 gitanos que aún quedaban, en su mayoría mujeres y niños, la cumplió obediente y diligentemente. Abrazó la cacería de sus antiguos favoritos con entusiasmo, haciendo uso de la confianza ciega que le tenían, tentaba a los niños y niñas a que salieran de sus escondites con los mismos dulces que les había ofrecido tras los dolorosos experimentos. Ignoraba las súplicas frenéticas mientras los guiaba a sus muertes.

Dina Gottliebová escuchó los gritos y los chillidos de mujeres y niños gitanos que atravesaban la noche, y clamó por la suerte que les esperaba a todos sus modelos de pintura. Cuando el campamento gitano estuvo prácticamente vacío descubrieron escondidos a otros dos niños. Mengele les ofreció un paseo en auto, como había sido en ocasiones su costumbre. Solo que en esta ocasión el viaje terminó en las cámaras de gas.

Y, sin embargo, en el lugar del gas y de la muerte, Mengele no perdía oportunidad para avanzar con sus investigaciones. Un buen grupo de niños ya se había desnudado y estaba a punto de entrar en las cámaras cuando de repente Mengele hizo a un lado a doce pares de mellizos. Los niños se reunieron felizmente entorno suyo, pues creían que había llegado su salvador. Con su tiza especial azul les dibujó las mayúsculas «ZS» sobre los pechos desnudos. Su mal alemán los llevó a pensar que estaban siendo marcados como *Zwillings*, mellizos, pero en verdad estaban

siéndolo para ser diseccionados —*Zur Sektion*—. Luego, los envió de nuevo a la habitación. Las puertas se cerraron de golpe. Mientras los gránulos de Zyklon B se dispersaban, Mengele se dirigió al *Sonderkommando* y les ordenó que tuvieran mucho cuidado de no quemar a quienes había marcado con letras azules y que luego los llevaran de inmediato al laboratorio de patología ubicado en el mismo edificio.

«Dentro de esta colección de cuerpos había mellizos de todas las edades, que iban desde los recién nacidos hasta jóvenes de dieciséis años», recuerda el patólogo y también preso, doctor Miklós Nyiszli.

Por el momento los doce pares de cuerpos fueron extendidos sobre el piso de concreto de la «morgue». Cuerpos de niños de pelo negro y tez oscura. El trabajo de clasificarlos en pares fue extenuante. Fui cuidadoso de no mezclarlos, pues sabía que si entregaba estos raros y preciosos especímenes en mal estado o inutilizables, el doctor Mengele lo cobraría con mi vida.

Durante varios días seguidos y con el mayor cuidado posible, el doctor Nyiszli llevó a cabo sus estudios de patología en los mellizos gitanos. Preparó meticulosamente el reporte de disección que debía ser presentado como documento definitivo en la historia clínica de cada niño. Una larga tarde Mengele y él se trabaron en una discusión sobre algunas preguntas de patología que quedaban sin resolver. Nyiszli no dudó en contradecir a Mengele: «como si esta fuera una conferencia médica de la que yo fuera un miembro activo». Al parecer, Mengele estaba dispuesto a tolerar las firmes aseveraciones del preso que lo contradecía: cuando fue el tiempo de irse, le regaló un cigarrillo.

Una semana más tarde, Irene Mengele decidió visitar a su marido. Él no había estado en casa durante meses; ni siquiera había encontrado tiempo para ir después del nacimiento de su primogénito, Rolf, en marzo de 1944. Ella dejó al bebé al cuidado de los padres de Mengele y tomó el tren a Auschwitz. Era una doble celebración: su cumpleaños número veintisiete y el quinto aniversario de su matrimonio. En sus diarios, que nunca fueron publicados pero que fueron utilizados por los biógrafos Gerald Posner y John Ware, ella describe los días felices en las barracas de la SS. Cómo nadaron juntos en el cercano río Sola y recogieron moras con las que hizo mermelada en la cocineta. El placer de su «segunda luna de miel» fue aumentado por un reporte oficial muy favorable sobre Mengele escrito por el comandante de su guarnición, el *SS Standortarzt*, doctor Eduard Wirths:

Durante su estadía como médico en el campo de concentración de Auschwitz ha puesto su conocimiento al servicio de asuntos tanto prácticos como teóricos, al tiempo que batalla contra epidemias muy serias. Con prudencia, perseverancia y energía, ha completado todas las tareas que se le han asignado, a menudo bajo condiciones muy difíciles, para la total satisfacción de sus superiores, y se ha mostrado digno de lidiar con cualquier situación. Más aún, como antropólogo, ha utilizado con mucho celo el poco tiempo libre que le queda para continuar con su educación: gracias a su posición oficial

ha utilizado el material científico a su disposición, y con su trabajo ha hecho contribuciones valiosas a la ciencia de la Antropología.

Wirths le añade a esto la alabanza de Mengele por su «tacto y reserva», a la vez que celebra su «popularidad» entre los subordinados y el «respeto» que le tienen. Tras el reporte, a Mengele se le fue otorgada la Cruz de guerra al Mérito, Segunda clase con espadas. Tras la aniquilación del campamento gitano fue nombrado médico en jefe del campo de Auschwitz-Birkenau y trasladó su oficina a la enfermería de hombres. Continuó orquestando e incluso intensificando la miríada de exámenes médicos practicados sobre sus 350 víctimas judías, 250 de las cuales eran mellizos y enanos.

A los Ovitz nunca se les dijo qué exámenes se les iban a hacer en un día particular, pero aprendieron a adivinarlo con mucha precisión por la ruta que tomaba la ambulancia. Se encontrarían acostados desnudos y boca abajo sobre las mesas de examinación, y el bullicio de la actividad médica alrededor de ellos solo intensificaría su ansiedad mientras aventuraban en qué lugar preciso de sus cuerpos serían pinchados o agujereados o hurgados, y con qué violento y devastador efecto.

Sería algo bastante difícil en sí mismo si uno fuera el sujeto de una larga serie de exámenes médicos que supiera estaban diseñados para alcanzar algún remedio, pero los Ovitz sentían que estaban siendo continuamente violados para obtener muestras sin sentido, innecesarias e interminables, solo por ser pinchados y medidos. Veían cómo sus historiales médicos engordaban cada vez más, documento a documento, Y, sin embargo, no podían ver ningún propósito médico que fuera constructivo o benéfico detrás de todo esto. Además, parecía que los exámenes no fueran a terminar nunca. Y a pesar de ello, tras su separación, eran los exámenes en la clínica lo que permitía que los hombres y las mujeres de la familia se reunieran una vez más. Fue así que el dolor y la aprehensión causados por los exámenes fueron atemperados por la esperanza de ver a sus seres queridos que estaban en el otro campo. Durante estas raras ocasiones, los guardias se daban la vuelta y les permitían intercambiar noticias, chismes y palabras de aliento.

Solomon Malik tenía trece años y medio cuando llegó a Birkenau con sus padres y cinco hermanos. Su padre y dos de los niños fueron gaseados de inmediato, pero fue la obsesión de Mengele por los mellizos la que salvó a Solomon y a su hermana, al igual que a los dos mellizos menores, los de tres años. Su madre fue dejada con vida para que cuidara a los pequeños. Habían vivido en Moisei, la aldea vecina de Rozavlea, y Solomon había tenido la oportunidad de colarse en algunas ocasiones durante las actuaciones de los Lilliput. Entonces se encontraba en una barraca con ellos y con frecuencia eran llevados juntos a la clínica. Cuando llamaban sus números se montaban en silencio a la ambulancia que los conducía al bloque médico:

Esperábamos afuera de la puerta como extraños y si bien pasábamos por los mismos exámenes, no compartíamos ni comparábamos nuestras experiencias cuando regresábamos a la barraca. En Auschwitz nadie se quejaba de sus dificultades, pues todos sufríamos en igual medida. Cada quien se preocupaba por lo suyo. Solo te interesabas si tu vecino de litera tenía un trozo de pan que pudieras robarle. Me sentía como un gallo degollado que continúa corriendo durante unos segundos, ignorante de

su garganta tajada, hasta que cae muerto. Todos sabíamos que terminaríamos en las chimeneas, luego no tenía mucho sentido hacer amigos en el escaso tiempo que nos quedaba.

Las últimas dos semanas de agosto fueron particularmente terribles. Los registros médicos que sobreviven en los archivos del Museo estatal de Auschwitz muestran que, al comienzo de la segunda mitad del mes, el grupo de Lilliput tuvo que soportar un número creciente de exámenes. El 16 de agosto Simon Slomowitz y sus tres hijos fueron llevados a la clínica junto con Avram y Micki Ovitz. Les sacaron sangre para una variedad de pruebas, incluyendo la de sífilis. El 21 de agosto, Batia Ovitz, de ocho años, fue llevada sola al laboratorio de rayos-X de Auschwitz. Al día siguiente le hicieron exámenes de sífilis a las dos chicas Slomowitz, a su madre, y a Leah y a Dora, todas ellas con estatura promedio. Dos días después le tocó el turno al bebé Shimshon y a Batia, al igual que a Elizabeth y Sarah. El 29 de agosto, las cuatro enanas, excluyendo a Perla, fueron llamadas de nuevo.

Con tantos exámenes temían estar entrando en una nueva fase de la investigación, mucho más brutal y agonizante. O peor, que Mengele estuviera finalizando su proyecto y que pronto fueran asesinados. Un día, a finales de agosto, Mengele le trajo a Dina Gottliebová un inmenso rollo de papel. Era tan largo que no podía abrirlo por completo dentro de la clínica. Lo sacó y lo estiró sobre el suelo, sosteniendo las esquinas con piedras. Luego, mientras gateaba sobre él, amplió varios cuadros y mapeó un árbol familiar de extremada complejidad. Llenó los cuadrados con nombres, años y género, al igual que con símbolos —algunos grandes, otros pequeños— dibujados junto a cada nombre. No tenía la menor idea de qué se trataba todo esto, pero Mengele le pareció estar particularmente tenso durante esos días.

ONCE

Auschwitz-Birkenau, septiembre de 1944

Era casi el atardecer cuando Mengele entró en el cuarto de las Lilliput en el campamento de mujeres. Sostenía un pequeño paquete debajo del brazo. «Buenas tardes, *Herr Hauptsturmführer*», dijeron mientras saltaban a sus pies ante la inesperada visita. Les señaló que se sentaran y descansó su bota sobre una silla. Entonces, torciendo la cadera, les anunció que al día siguiente las llevaría en un viaje especial a un hermoso lugar que nunca habían visto. Tienen que prepararse, les dijo.

Sus rostros palidieron. Mengele lanzó una mueca con la intención, al parecer, de tranquilizarlas. Les dijo que debían vestirse con sus mejores ropas y que su pelo debía estar perfectamente peinados y sus caras maquilladas —pues iban a aparecer en el escenario ante gente muy importante—. Antes de irse dejó su regalo sobre la baja mesa de madera. Las hermanas Ovitz miraron durante un largo rato el paquete, demasiado asustadas como para moverse y tocarlo. Finalmente, con mucha sospecha, lo des envolvieron y descubrieron que, para su deleite, contenía una cajita con polvos para la cara, *rouge* carmesí y unas sombras para los ojos en turquesa brillante y verde. Un pintalabios rojo brillante estaba atado junto con un frasco a juego de esmalte para las uñas. Y había un regalo extra: una botella con agua de colonia.

Emocionadas con el obsequio de Mengele, las hermanas analizaron el maquillaje. Olieron el perfume y se acariciaron sus pieles con él. Tenían su propio espejo y un pequeño kit de maquillaje —algo inexplicable en Auschwitz—, pero los objetos en el paquete de Mengele, lo tenían que admitir, eran de una calidad muchísimo mejor. Repasaron sus pocos vestidos. Cada hermana seleccionó el más presentable; luego intentaron hacer juego con los colores de las otras. Sentadas sobre la litera baja reforzaron las costuras y con el canto de las manos alisaron las arrugas de la tela. Mientras discutían qué cantar al día siguiente se preguntaban cómo iban a arreglárselas sin sus dos hermanos, solo con voces femeninas. En el pasado, en ocasiones se habían dividido en dúos y tríos, por lo que decidieron confiar en sus quince años de experiencia artística y simplemente improvisar. No pegaron el ojo esa noche. Permanecieron despiertas esperando que la actuación del día siguiente transformara su destino.

Al amanecer, el viernes 1 de septiembre de 1944, Sarah y Leah salieron a buscar un balde de agua para ayudar a sus hermanas a lavarse. Se vistieron y se peinaron el pelo negro y grueso. Por

turnos, sostuvieron el pequeño espejo para que cada una pudiera empolvarse la cara. Aplicaron una pesada y teatral capa de maquillaje sobre sus labios, ojos y mejillas. Con su *glamour* restaurado se sintieron llenas de júbilo.

Mengele había ordenado que las cinco integrantes de La *troupe* de Lilliput fueran acompañadas por otro contingente, que incluía a sus dos hermanas de tamaño normal, Sarah y Leah, el bebé Shimshon, la cuñada Dora y su hija Batia, y Haia Slomowitz junto con sus tres hijas. Regina Ovitz, Bassie Fischman y su madre Gitel Leah, fueron las únicas excluidas. Con una mezcla de envidia y preocupación las miraron hacer los preparativos y no pudieron evitar preguntarse lo que esta separación significaría para ellas.

Un camión se detuvo cerca de la barraca y Perla se quedó petrificada de la alegría: sus hermanos, vestidos con sus mejores trajes, estaban sentados dentro, al igual que Slomowitz y sus hijos.

Indiferentes a la exaltación del convoy, los prisioneros del patio simplemente asintieron al espectáculo. En el código de Auschwitz-Birkenau, cualquier gesto particular —la promesa de un viaje o de comida abundante— era visto como un presagio mortal.

El camión atravesó la puerta de Birkenau, pero en vez de dirigirse a la entrada principal de Auschwitz, se enfiló hacia un campamento cercano que siempre habían pasado de largo antes. Era el campamento residencial de la SS y el centro administrativo. Bien protegido y fuera de los límites, allí no había barracas en mal estado; no había presos calvos ni demacrados que a duras penas podían arrastrarse. En cambio, edificios de ladrillo sin mancha se enfrentaban a prados de un verde voluptuoso, iluminados por coloridas camas de flores.

El grupo conformado por veinte mujeres y hombres judíos fue escoltado hasta una esquina a la sombra de un edificio grande y nuevo. Varios automóviles se detuvieron a la entrada y de ellos se bajaron decenas de oficiales uniformados de la SS.

Se sorprendieron cuando vajillas de porcelana y cubiertos de plata fueron puestos sobre el césped enfrente de ellos. Por primera vez en cinco meses desde que dejaron su hogar tuvieron una comida decente. Balancearon los platos llenos de comida sobre sus regazos y lucharon por no regar nada sobre sus ropas. Deleite e indignación acompañaron cada bocado. Los oficiales que entraban al edificio miraban con ojos incrédulos el pícnic de los enanos y se reían entre dientes.

Después de un rato un sargento vino a recogerlos. Caminaban en una columna: adelante los siete Lilliputs seguidos por su familia; los Slomowitz terminaban la procesión.

Entramos de puntillas en el edificio mientras escuchábamos sonidos apagados amplificados por altoparlantes. Parecía un discurso o algo así. Nos dirigíamos a los camerinos cuando nos pasaron dos hombres que cargaban una camilla con un cuerpo envuelto en negro. Quedamos pasmados. ¿Dónde estaba el doctor Mengele? No lo habíamos visto en todo el día. ¿A dónde nos había traído? ¿Este iría a ser también nuestro fin?

Y, sin embargo, entusiasmados por estar de nuevo bajo los reflectores, consiguieron ahogar su aprehensión. Sí se preguntaron por qué sus hermanas altas, los Slomowitz y los niños, quienes no

tenían ninguna experiencia teatral, habían sido llevados con ellos al escenario.

«Adelante», les susurró el sargento. Marchando en una larga fila se montaron al escenario. Para su alivio vieron a Mengele enfrente de ellos. Siendo un maestro de ceremonias muy solemne esperó a que tomaran sus puestos en la hilera que se extendía de una esquina del escenario a la otra.

El auditorio estaba a reventar: nunca habían visto tantas medallas y condecoraciones. Un murmullo llenaba el salón. La audiencia miraba perpleja al grupo de hombres, mujeres y niños que había sobre las tablas. Los Lilliputs sonreían confundidos pues no sabían muy bien por dónde empezar. Miraron a Mengele a la espera de alguna señal.

Se dirigió a ellos y les ordenó cortante: «¡Desnúdense!».

Atónitos y con las manos temblando, buscaron a tientas los botones. Los Lilliputs se encogieron sobre sí y desearon poder desaparecer del todo y de una buena vez. Inclinaron los hombros hacia delante en un intento por cubrirse los genitales con las manos. «¡Derechos!», ladró Mengele. Parados en firmes como soldados en una parada militar, fijaron sus ojos en puntos imaginarios al final del salón para evitar ver a sus parientes desnudos.

No era la primera vez que Mengele actuaba como si fuera un empresario de un *show* de fenómenos, ni que exhibía a los Lilliputs y a su grupo. «Ese entusiasmo le había ganado grandes alabanzas», recuerda la sobreviviente de Auschwitz, Ella Lingens-Reiner. Pero en el pasado el espectáculo había tenido lugar en la privacidad de su habitación o en la clínica.

Siempre teníamos que estar listas y maquilladas para el doctor Mengele, pues nos había dicho: «Ustedes son especiales, no como el resto, y quiero que mis compañeros oficiales y profesores las vean». Los traía a nuestra habitación y nos quedábamos paradas en firmes hasta que nos dejaba sentar. Le gustaba alardear ante sus visitantes: «Tengo una familia entera, son como muñecos, solo que reales». En algunas ocasiones estábamos con ropa, en otras desnudas. Los invitados nos tocaban los cuerpos y nos medían y no paraban de preguntarnos por nuestros padres. Una vez el doctor Mengele nos pidió que cantáramos; cantamos algo en alemán y todos aplaudieron. El doctor Mengele estaba tan complacido que nos dio la mano a cada uno.

Desde 1938 Mengele había estado en una carrera contra el doctor Hans Grebe. Tres años menor que él, Grebe también era asistente del profesor Von Verschuer y especialista en enanismo. La rivalidad entre los dos hombres aumentó y para 1944 Grebe ya había publicado dos artículos sobre el tema, en parte porque podía pasar su tiempo investigando en Berlín. Estaba a punto de convertirse en el profesor más joven de toda Alemania. En Auschwitz-Birkenau Mengele se comportaba como si hubiera fundado su propio instituto de investigaciones, un modesto rival para el Instituto Kaiser Wilhelm. Para perseguir su objetivo, Mengele había reclutado a varios y distinguidos doctores-presos a quienes puso a trabajar en sus bien equipados laboratorios. Cada tanto organizaba coloquios en sus instalaciones de Birkenau y dirigía discusiones entorno a casos de estudio.

Pero el 1º de septiembre de 1944 fue una ocasión muy especial: era la inauguración del nuevo

Lazarett (hospital) del campamento de la SS en Birkenau. Muchos invitados de alto rango venían de Berlín y Mengele era el conferencista principal. Después de todos los años de Mengele con uniforme, lejos de los podios, la conferencia de Auschwitz era su oportunidad para recuperar su lugar bajo las luces de la Academia. Su esposa, Irene, estaba sentada orgullosa en medio del público y anotó el título de la charla en su diario: «Ejemplos del trabajo en biología hereditaria y antropológica dentro del campo de concentración». Por primera vez, Mengele estaba haciéndose público con su trabajo. Hasta ese momento había sido muy reservado, temeroso de la competencia y del sabotaje. Tras la guerra, su asistente personal, la prisionera-antropóloga, doctora Martina Puzyna, testificó ante el fiscal general de Frankfurt que, incluso a ella, no le revelaba «a lo que le estaba apuntando con sus análisis finales y las evaluaciones de medidas que llevábamos a cabo para él». Mengele mantenía todo bajo llave en sus armarios. La doctora Lingens-Reiner no olvidaría su sorpresa cuando un día la invitó orgulloso a que le diera un vistazo a algunos de sus archivos. Hojeó las páginas que estaban llenas de cuadros y medidas de cabezas y cuerpos de mellizos y enanos. «¿No es interesante? Sería una verdadera lástima si esto cayera en las manos de los bolcheviques», dijo. Lingens-Reiner continuaría estando sorprendida por este asombroso momento de indiscreción.

En el *Lazarett* de la SS Mengele dio un paso atrás de su temblorosa exhibición humana. Se paró cerca del gran mapa con el árbol familiar de los enanos que Dina Gottliebóvá había dibujado.

El doctor Mengele comenzó a dar su conferencia al tiempo que yo no paraba de pensar en el largo taco de billar que sostenía en la mano. Sabía mucho de nuestra historia, incluso de las dos esposas de nuestro padre. Cada vez que mencionaba el nombre de alguno de nosotros apuntaba al mapa y nos tocaba con el taco. «Esta es Rozika, hija de la primera esposa; esta es su hermana; este es Avram, el primer hijo de la segunda esposa; estas son su esposa y su hija, de tamaño normal». Entonces se pasaba al podio y con sus notas describía los exámenes que nos había realizado a cada uno. Cada tanto se giraba hacia nosotros y nos tocaba varios de nuestros órganos con su taco de billar. Duró eternidades, casi nos desmayamos de la fatiga. Hacía mucho calor y goteábamos sudor y vergüenza, pero nadie nos ofreció un vaso con agua.

* * *

Desde inicios del siglo XX la genética ha estado al frente de la ciencia y ha sido percibida como el vehículo que puede promulgar los rasgos positivos y erradicar los negativos. Algunos genetistas han intentado desarrollar exámenes de sangre con los que puedan establecer las bases fisiológicas del enanismo. También había una teoría popular que decía que esta condición podía provenir de deficiencias hormonales. De esta manera la glándula tiroides se puso bajo la lupa,

pues se sabía que algunos tipos de enanismo eran resultado de una carencia en una hormona específica. Otras especulaciones se centraban en accidentes al nacer o en la falta de vitaminas. Por su parte, los genetistas que iban a la vanguardia en Alemania, construían complejos árboles familiares para rastrear el progreso de la malformación. Cuando todavía era un estudiante universitario, Mengele leyó la *Human Heredity*, un libro escrito por los renombrados científicos alemanes Baur, Fischer y Lenz. El trabajo describía varios tipos de crecimiento restringido y, para clasificar el enanismo de los Ovitz, Mengele adoptó la definición de los autores de una condición conocida como «acondroplasia», en la cual «los miembros son cortos mientras que la cabeza y el tronco presentan un tamaño normal aproximado».

La herencia recesiva del enanismo es mucho más común que la herencia dominante, y la familia Ovitz ofrecía un ejemplo excelente en el que los rasgos negativos habían sido heredados a través del gen dominante, no en una ocasión sino en siete, y en siete instancias de diez. Una verdadera rareza. Sin embargo, de acuerdo con el patólogo-preso Nyiszli, Mengele le estaba apuntando no solo «al descubrimiento de las causas biológicas y patológicas del nacimiento de enanos y gigantes» sino a demostrar que «en el transcurso de su larga historia, la raza judía había degenerado en un pueblo de enanos y de lisiados».

Dentro de las muchas culturas e ideologías, el término «enano» tiene de hecho una connotación peyorativa e incluso degradante. Una de las imágenes favoritas de la propaganda nazi en contra de los judíos era la de un enano calvo, gordo y jorobado. Por ejemplo, una caricatura publicada en la primera página de *Der Stürmer* en julio de 1939, mostraba a un enano que luchaba contra un ario rubio, atlético y semidesnudo. El ario está desenvainando su espada y el encabezado lee: «Aquel que se subordina a los judíos es solo un enano y jamás será un héroe». A pesar de sus convicciones profundamente arraigadas en la degeneración racial de los judíos, tras tres meses y medio con los Lilliputs, Mengele tenía muy pocos hallazgos que mostrar. Ese día de septiembre sabía que el impacto más grande que podía tener sobre sus pares era mostrarles la simple presencia de los Ovitz sobre el escenario. Bombardeó a su audiencia con cifras y detalles acerca de la compleja familia y fue tan lejos como incluir a los ocho Slomowitz, quienes por supuesto no estaban emparentados con los Lilliputs.

Perla Ovitz recuerda que un oficial en la primera fila los filmaba con su cámara cinematográfica. Cincuenta años después, Hannelore Witkofski, una historiadora y abogada en Alemania por los derechos de la gente pequeña, y Shahar Rosen, un director de cine israelí, buscaron por petición de Perla en varios archivos de Alemania y Polonia, pero no pudieron encontrar la película.

Aún hoy me molesta que nuestra desnuda humillación fuera preservada para los ojos del mundo. Tal vez el doctor Mengele se llevó la película con él cuando se escapó a Suramérica y está escondida en algún lugar. Tal vez su esposa o su hijo la tengan. No me sentiré tranquila con esto hasta que sea encontrada y destruida.

Esta búsqueda fue documentada en una película titulada *Liebe Perla*.

* * *

Colegas, doctores-prisioneros e historiadores han expresado sus varias opiniones sobre el desempeño profesional de Mengele y de su capacidad científica. «Era la compañía más agradable. Solo tengo la mejor opinión de él», comentó el doctor de la SS, Hans Münch, un colega de Mengele en la Waffen-SS y en el Instituto de higiene de Auschwitz. Münch también describió la elegancia y la inteligencia de Mengele que calificó de sobresalientes en medio del «desierto intelectual» que era Auschwitz. Por otro lado, algunos de los doctores-presos han caracterizado a Mengele en términos menos aduladores y señalan su laboriosidad, su pedantería y devoción fanática y entusiasta por su concepto de la genética. De acuerdo con la antropóloga Martina Puzyna, «no se puede decir que la investigación con mellizos sea una idea exclusivamente nazi. Siempre ha jugado un papel muy importante dentro de la antropología». La investigación de Mengele sobre la herencia en mellizos y enanos estaba entonces en línea con los métodos antropológicos aceptados de su tiempo. Para Puzyna lo que le dio una ventaja científica única fue el ilimitado caldo de cultivo humano que tuvo a su disposición en Auschwitz. Fue gracias a ello que pudo dirigir sus investigaciones «a gran escala y alcanzar resultados mediante métodos estadísticos, con valores aceptables», atestiguó. Si bien «Mengele era claramente capaz de matar gente para obtener ciertos resultados para sus investigaciones», estaba «en ocasiones genuinamente interesado en el trabajo científico serio y factual. Al yo haber trabajado como su asistente científica puedo decir que él era capaz de realizar trabajo serio».

Otros que trabajaron con Mengele son mucho menos generosos con sus asertos: «¡Cómo odiábamos a ese charlatán! ¡Profanaba la misma palabra “ciencia”!», escribe Olga Lengyel, quien era parte del equipo médico de Mengele. «Sus experimentos carecían de valor científico; no eran más que escarceos idiotas». Mientras que el patólogo, doctor Nyiszli, concuerda con la doctora Puzyna en el punto de que la investigación médica era «la cosa más importante en la agenda de Mengele», también desacredita su investigación y la califica como «nada más que pseudociencia. Era tan falsa como su teoría sobre la degeneración de los enanos y los lisiados, enviados al carnicero para demostrar la inferioridad de la raza judía». Por último, gracias a la sobriedad que viene con la distancia histórica, Robert Lifton observa en su libro *The Nazi Doctors* que «el método de Mengele era el producto de su entrenamiento científico y de su experiencia temprana, de su ideología nazi y de las peculiaridades de las instalaciones de Auschwitz».

* * *

Cuando Mengele terminó su conferencia, la audiencia se levantó a aplaudirlo. Algunos oficiales de la SS se fueron a comer, pero muchos otros se lanzaron al escenario. El enjambre de hombres uniformados pronto se tragó al grupo de los Lilliput. Estaban de pie, estáticos, desnudos, a la espera del permiso para vestirse. Shimshon Ovitz, con solo dieciocho meses de edad en ese entonces, no tiene recuerdos de la humillación que tuvieron, pero anota que a lo largo de los años sus tíos y tías harían alusiones constantes o recordarían «la actuación».

«Los oficiales de la SS querían vernos de cerca. Miraban fijamente a esas figuras que les parecían muñecos y nos atacaban con preguntas invasivas. Uno de ellos se acercó a mi madre —quien me cargaba en sus brazos— y tocó su seno desnudo. Me dicen que lancé la mano y le jalé su esvástica con todas mis fuerzas. Se cayó al suelo por lo que mi madre entró en pánico y comenzó a llorar, segura de que sacaría su pistola y nos mataría en el acto. Ella se agachó a recoger la esvástica pero el oficial la calmó diciéndole, “*keine Angst, keine Angst*; no te preocupes, es solo un bebé y no sabe lo que está haciendo”. La recogió él mismo, pero solo nos relajamos cuando abandonó el salón».

Una vez que la presentación de Mengele terminó le ofrecieron refrescos al grupo de los Lilliput, pero estaban demasiado devastados como para aceptar algo. El camión los llevó de regreso al campo y las familias se separaron de nuevo. Cuando entraron a la barraca en silencio, las mujeres y las chicas fueron saludadas con sorpresa, como si hubieran vuelto de entre los muertos. De vuelta en el campamento de la SS, los Mengele miraban con emoción otra semana de vacaciones antes de que la relajada y alegre Irene tuviera que regresar a casa. Pero en la víspera de su partida contrajo difteria, que pronto degeneró en un músculo cardíaco inflamado. Fue hospitalizada con una fiebre muy alta y su devoto esposo la visitaba tres veces al día.

En realidad el pequeño imperio que dirigía Mengele en Auschwitz era una espina en el costado de sus colegas doctores de la SS. Envidiaban su estrellato; estaban resentidos con que se robara el *show* en el evento de inauguración del *Lazarett*; codiciaban el aplauso que había ganado por sus investigaciones. Esto último no solo le había ganado una medalla, sino también una recomendación para un ascenso por fuera de Auschwitz. Algunos de sus colegas de la SS intentaron emularlo al conducir investigaciones y al emplear doctores-prisioneros para que trabajaran para ellos. Otros, como el doctor de la SS Heinz Thilo, intentaron sabotear de frente las investigaciones de Mengele. Thilo —quien en parte debe su notoriedad por su epíteto para Auschwitz: *Anus Mundi* (el ano del mundo)— era conocido por silbar arias de ópera mientras hacía sus selecciones, al igual que Mengele. Tenían la misma edad y Thilo había estado durante más tiempo en el campo, sin embargo, Mengele ya era un *Hauptsturmführer*, mientras que Thilo era solo un *Obersturmführer*. Thilo estaba a la espera del momento indicado, que pronto se topó con él.

Para divertirse en los últimos días del verano, una tarde se organizó un partido de fútbol en la enfermería de hombres. Dos equipos de mellizos pateaban la bola, para los vítores de la multitud. Judah y Joseph Slomowitz se encontraban entre los jugadores, y su padre y hermano los animaban desde la línea del campo. Avram y Micki Ovitz miraban el juego sentados en sus banquitos. De repente la gran silueta de Thilo oscureció el patio. «¿Por qué están ociosos?!», espetó, y exigió un *Appell* inmediato. Todos se pararon en fila. Luego marcharon en frente de Thilo.

«¡Número!», le ladraba a quienes seleccionaba, y el *kapo* (un prisionero asignado para vigilar a otros prisioneros) lo anotaba. Fue ordenado un toque de queda, la barraca fue sellada y las puertas claveteadas con maderos. Como nos lo dijo Mordechai Slomowitz,

el doctor Thilo seleccionó docenas de niños mellizos, entre quienes se encontraban Avram y Micki Ovitz y mis dos hermanos pequeños, con once y trece años. A todos los separaron en la barraca. La doble porción de comida que trajeron esa tarde era un signo claro de que estaban condenados. Los nazis querían que ganáramos peso para que ardiéramos más fácil. Mi padre y yo decidimos que cuando llegara el camión del crematorio también nos montaríamos en él. A los SS no les importaría matar a otros dos.

«Oremos», dijo Avram Ovitz, y todos lloraron y suplicaron.

Zvi Spiegel era un mellizo de veintinueve a quien Mengele había puesto a cargo de los niños mellizos; era conocido como el *Zwillingsvater* de Auschwitz. Spiegel, él mismo una víctima de los experimentos de Mengele, no solo actuaba como un padre para todos los mellizos, confortándolos y alentándolos, sino que también era los ojos y los oídos de Mengele dentro de la barraca.

Mengele con frecuencia me advertía que si algo le pasaba a los mellizos me ahorcarían. De alguna manera logré abrir la puerta claveteada de la barraca. No tengo la menor idea de cómo me atreví, pero salí corriendo en dirección a la oficina de Mengele. Era peligroso, pues los SS apostados en las torretas le disparaban a cualquiera que corriera por el campo, sin embargo yo sabía que el tiempo era lo esencial. Los guardias de la SS en la clínica de Mengele me conocían. Les dije: «¡Tengo que hablar con el doctor Mengele!». Imaginen a un judío que quería hablar con Mengele. Era casi como decir que quería hablar con Dios. Solo que en este caso sería más fácil hablar con Dios. Incluso hoy no sé por qué no me dispararon cuando les dije lo que quería.

El guardia tomó el teléfono y marcó. «¡El *Zwillingsvater* está aquí, dice que el doctor Thilo estuvo en la enfermería esta tarde y seleccionó algunos de sus mellizos y enanos!». Si Thilo había contado con que la enfermedad de *Frau* Mengele le iba a dar la oportunidad para hacerle daño a su rival, estaba muy equivocado. La reacción de Mengele fue muy rápida. No solo canceló la selección, sino que envió a uno de sus subordinados para asegurarse que no se le hiciera ningún daño a los sujetos de su investigación.

Irene Mengele sufría más complicaciones con la difteria y necesitaba mucho de la atención de su marido, Y, sin embargo, él continuó cumpliendo con todos sus deberes, incluyendo las selecciones en las rampas. El 29 de septiembre recibió a 2.499 judíos del gueto de Theresienstadt. Envío a 1.900 a la muerte. Admitió a los demás en el campo. Entre ellos había tres pares de adolescentes mellizos.

Septiembre, la temporada de las festividades judías más importantes, fue elegida por los nazis para aumentar sus masacres. En la orden de captura y la acusación expedida en Frankfurt am Main en enero de 1981 por la vigesimosegunda división criminal de la *Landgericht* de Frankfurt, a Mengele se le acusó *in absentia* por haber enviado a 328 niños a las cámaras de gas durante el Rosh Hashanah —el festival judío del año nuevo— de 1944. Sumado a esto, decían los cargos,

durante el ayuno del Yom Kippur, una semana más tarde, «colgó un listón entre los postes de las porterías de un campo de fútbol» y «aproximadamente mil niños bajo la altura requerida» fueron enviados a sus muertes.

DOCE

Auschwitz-Birkenau, octubre de 1944

Durante un buen tiempo *La troupe* de Lilliput había estado viviendo no solo en una casa del terror, sino en un ambiente horriblemente inapropiado para su tamaño, en el que cada objeto representaba un obstáculo monstruoso. Incluso las distancias cortas parecían vastas y arduas para sus piernas pequeñas y encorvadas, y para sus pies cansados. Su situación se hizo un poco más soportable gracias a Mengele: hizo que les construyeran unos banquitos de madera en la carpintería del campo, que estaba ubicada en el primer piso del crematorio II. A cualquier lugar al que iban llevaban con ellos sus banquitos como si fueran miembros artificiales y así encontraban la manera de descansar en un trayecto que pronto los agotaría. A los Lilliputs siempre les había desagradado que los alzarán como a bebés, en parte por el temor de que los dejaran caer, o que los pusieran sobre sillas muy altas para ellos y después no pudieran bajarse. Estos banquitos se convirtieron entonces en sus improvisadas escaleras a la independencia.

Cuando hacía buen tiempo y no estaban en las clínicas, las damas Ovitz salían al patio que quedaba enfrente de su barraca, ponían los banquitos y miraban al mundo pasar, tal y como lo habían hecho en Rozavlea. Es de anotar que a pesar de los horrorosos eventos que tenían lugar a diario en el campo —o quizás debido a ellos— la magnética *troupe* de Lilliput continuó atrayendo la atención pública. El campo siempre estaba lleno de chismorreos y rumores: pronto se regó el cuento de enanos que tomaban el sol y que daban paseos en grupo. Incluso los presos de barracas distantes encontraban la manera de pasar y echar una mirada. Algunos de los antiguos fans de los Lilliputs estaban sorprendidos por descubrirlos detrás de alambres de púas, pues no sabían que los enanos eran judíos. Otros estaban sorprendidos y se deleitaban con que estas estrellas de la actuación no hubieran cambiado drásticamente en el campo, pues allí estaban, todavía con todo su refinamiento; como si el mundo no estuviera del revés.

Auschwitz era una Babel de lenguas y nacionalidades, desde el italiano al francés pasando por el griego y el polaco. Al haber perdido a sus familias, los prisioneros gravitaban naturalmente entorno a cualquier vecino sobreviviente o a cualquiera que hablara su idioma. Así fue que incluso extraños del condado de Maramureş fueron a conversar con los Lilliputs para preguntarles quién había muerto, quién sobrevivía. Ibbby Mann, cuyo padre, amante del teatro, había invitado a cenar a su casa a *La troupe* de Lilliput tras una de sus actuaciones en los felices

días antes de la deportación, recuerda:

Madre sabía que eran sastres expertos y al final de la velada les regaló una tela colorida para que la utilizaran en sus vestidos para los espectáculos. Solo mi hermana melliza Sarah y yo sobrevivimos a la selección, por lo que cuando oí que los Lilliputs estaban en el campo corrí a verlos. No solo recordaban su visita, sino que nos habían estado buscando dentro del campo. Una de ellas entró a su barraca y cuando regresó portaba un vestido hecho con la tela que madre les había regalado. Acaricié ese vestido como de muñeca y lloré. Un chal a juego acompañaba el vestido y me lo regalaron; es el único recuerdo que guardo de mi mamá.

Los Lilliputs disfrutaban a las claras con esas peregrinaciones de los otros prisioneros. Siempre habían amado ser el centro de atención y le daban la bienvenida a este alivio del anonimato desolado de Auschwitz. También agradecían su relativa suerte por lo que siempre estaban alegres y eran pacientes con sus visitantes menos afortunados. Los Lilliputs también causaron una impresión en los presos de Auschwitz que nunca antes habían escuchado hablar de ellos. Cuando testificaron sobre las atrocidades de Mengele ante el fiscal de Frankfurt, unos veinticinco años después, un buen número de sobrevivientes recordaba haber visto a los enanos en el campo. La enfermera Regina Teresa Kryzanowska se acordaba de las «liliputienses que estaban en el bloque 23 y que habían llegado al campo desde Hungría. Familias enteras. Eran artistas de circo que intentaron montar unos cuantos espectáculos». En sus memorias *Sursis pour l'Orchestre*, Fania Fenélon, una cantante en la orquesta para mujeres de Auschwitz, habla de unos «(enanos) que saltaban, hacían acrobacias y gritaban hasta que las voces no les daban más; había una escena banal de payasos, con manitos regordetas que aplaudían ridículamente: qué visión más patética». La noción recurrente y equivocada de que los Ovitz eran artistas de circo puede haber nacido de la tradición que encaja a los artistas enanos en papeles de payasos y bufones. El estilo de actuación de *La troupe* de Lilliput estaba, por necesidad al igual que por elección, lejos de la payasada: sus piernas curvas y cortas y sus brazos débiles les impedían hacer acrobacias de cualquier tipo.

Con vestidos de colores brillantes, caras pintadas y peinados elaborados, las enanas eran una presencia surreal, casi un espejismo, dentro de Auschwitz. Por ejemplo, la testigo Elzbieth Piekut recuerda haber visto «algún tipo de campo familiar liliputiense a través del alambre de púas; los hombres paseaban por ahí con sombreros de copa y levitas, las mujeres con vestidos de crinolina». Fania Fenélon describe de manera similar la escena con hombres de Lilliput ataviados con levitas y corbatines, y a las mujeres con vestidos de gala confeccionados con magníficas telas.

Todas se hundían bajo el peso de las joyas y los collares que les colgaban hasta el ombligo, brazaletes dobles en las muñecas, los pendientes tocaban ligeramente los hombros, enmarcando sus rostros pintados, diamantes brillaban sobre sus bien peinados cabellos. Lo genuino mezclado con lo falso, qué inmensa riqueza, ¡increíble!

Los niños, al haber crecido con cuentos de hadas en los que aparecían enanos, también se sentían atraídos a la barraca de las Lilliput. Hambrientos de diversión, con frecuencia visitaban el patio de las Lilliputs. Leah Nishri anota que

alguien que no haya estado preso en Auschwitz-Birkenau encontrará imposible entender lo que significaba ver enanos allí dentro. La selección en la rampa era tan severa que solo los más fuertes pasaban, e incluso muchos de ellos no sobrevivían a las terribles con-diciones. Yo era una niña huérfana y desolada de catorce años y medio, y recuperé mi corazón y mi fortaleza gracias a estas pequeñas personas discapacitadas que sobrevivían intactas contra viento y marea.

La adolescente saboreó la presencia de las enanas durante unas horas y se sorprendió mucho cuando una mujer alta y robusta del grupo tomó la mano de su hija y dijo: «Vamos a buscar a papá». Era Dora Ovitz y su hija Batia, de ocho años.

Estas palabras por completo ordinarias la golpearon como el rayo. Como si estuviera hipnotizada, Leah siguió a Dora y a Batia hasta la reja electrificada y con alambre de púas, donde Avram Ovitz las esperaba del otro lado, junto con Mordechai Slomowitz, quien le llevaba su banquito.

Miré con dolor la reunión desde la distancia, sin poder creer ese destello de normalidad. No había familias dentro del campo y si una mujer tenía un niño ambos eran automáticamente sentenciados a morir. Por cuenta de mi curiosidad las seguí de vuelta a su barraca, donde tenían una habitación propia, privada y muy espaciosa. Otra dama enana apareció; décadas después la reconocí en televisión y supe que su nombre era Perla Ovitz. Tenía un abrigo de cuero entre rojizo y marrón, acolchado con piel. Una mujer alta caminaba detrás de ella llevando un balde lleno de papas. Una papa era un sueño inalcanzable para nosotras, pero ¿un balde entero? En el campo jamás había visto tal cantidad. Perla caminaba con orgullo, como una dama elegante que regresa con su sirviente de hacer la compra. Ningún otro judío en el campo caminaba con tanta seguridad. Parecía que estas personas podían conseguir lo que desearan.

La pintora de Mengele, Dina Gottliebová, tuvo una impresión similar:

No se veían atrapados como nos veíamos nosotros. Ellos parecían llenos de esperanza y eran alegres a diferencia del resto, quienes estábamos asustados y éramos pesimistas. Parecía como si ellos no creyeran que iban a ser asesinados. Habían tenido una muy buena vida antes de la guerra, eran gente muy importante, y se continuaban viendo a sí mismos como especiales y privilegiados.

Sara Nomberg-Przytyk, quien vivió en la misma barraca que las enanas, era menos que admiradora. En sus memorias *Auschwitz: True Tales from a Grottesque Land*, los ridiculiza por su cháchara inagotable sobre Mengele:

«Cuán guapo es, cuán amable», repetían a cada segundo. «Cuán afortunadas somos de que es nuestro protector. Cuán bondadoso es al preguntarnos si tenemos de todo». Casi se derretían de la adoración. Estaban acostumbradas a exponerse en público, y esto era como otro espectáculo para ellas.

Una tarde, continúa Nomberg-Przytyk, Mengele entró a la barraca y

todas nos pusimos en firmes de pie, incluyendo las enanas. A su lado parecíamos gigantes. Las miró muy detenidamente. Una de ellas se salió de la fila y le cayó sobre sus botas. Era casi tan alta como esas botas. Las abrazó con sentimiento y las empezó a besar. «Eres tan bueno, tan maravilloso. Dios debería premiarte», susurró, como en un raptó. Él no se movió un ápice y simplemente se la sacudió de encima. Ella se cayó. Permaneció allí, diminuta, explayada sobre el suelo.

Perla Ovitz niega con firmeza que tal evento haya tenido lugar.

El doctor Mengele nunca nos gritó ni nos insultó y, gracias a Dios, nunca nos golpeó. Todos sabemos que era despiadado y que era capaz de las peores formas de comportamiento sádico; que cuando estaba enfurecido se ponía histérico y literalmente convulsionaba de la rabia. Pero incluso cuando estaba de mal humor, en el momento en el que entraba en nuestra habitación, se calmaba de inmediato y se convertía en un joven bien educado. Cuando estaba de buen humor la gente decía: «Seguro que acaba de visitar a las pequeñas».

La doctora-prisionera Katarzyna Łaniewska parece confirmar esto: «Mengele venía con frecuencia a la barraca 23 donde vivían las enanas, para conversar con ellas e incluso contar chistes».

La visión de las Ovitz de Sara Nomberg-Przytyk —su tamaño de bota y gestos teatrales— puede haber sido distorsionada tanto por la envidia como por su perspectiva. Desde su ángulo elevado, cada reverencia o señal de asentimiento por parte de una enana podía ser interpretado como servil; incluso lamebotas. Por supuesto que puede haber habido otras causas para la envidia aparte de que las Ovitz hayan sido los sujetos preciados de Mengele para sus investigaciones. De hecho tenían muchas cosas a su favor. Por dar un ejemplo, y a diferencia de las demás prisioneras, hablaban un alemán fluido y se podían comunicar con Mengele y con los demás oficiales de la SS. Otro sería que pudieron permanecer unidas como una familia intacta. Otro ejemplo es que,

como grupo, lograron mantener algo del *glamour* que viene unido a su identidad como personas del espectáculo. El poder vestirse con sus máscaras artísticas les permitió desapegarse de la miseria diaria del campo y poner una fachada. En sus caras bonitas y en sus adornos perfumados yacía mucho de su atractivo para Mengele. Él mismo siempre iba impecable, immaculado. Sus manos siempre tenían manicure; su fusta siempre estaba brillante; su uniforme se acoplaba a la perfección a su cuerpo, siempre recto y militar; sus pantalones pulcramente planchados y bien apretados se insertaban dentro de unas relucientes botas negras. Encontraba en las exquisitas enanas, con sus naturalezas alegres y maneras teatrales, una compañía inusualmente agradable.

El doctor Mengele era como una estrella de cine, solo que más guapo. Podrían haberle dado premios por su buena apariencia. Cualquiera podría haberse enamorado de él. Nadie que lo viera podría imaginarse que detrás de esa cara hermosa se escondía una bestia. Era una bestia hermosa. Entre nosotras siempre nos preguntábamos cómo un hombre como ese podía haberse convertido en nazi.

A cambio, Mengele alababa la apariencia de las Lilliputs. Perla recuerda el tipo de cumplidos que le ofrecía a Frieda —la más bonita de todas— y lo que ella respondía:

«¡Cómo estás de bonita hoy!», le decía Mengele.

«Yo sabía que *Herr Hauptsturmführer* vendría, así que me esmeré en arreglarme en su honor».

«Si en verdad fue por mí, por favor continúa haciéndolo. Pero dime, antes de llegar a Birkenau, ¿también te maquillabas todos los días?».

«¡Por supuesto, soy una actriz!».

Si el doctor Mengele no estaba satisfecho con el maquillaje de Frieda, le preguntaba: «¿Estás de mal humor hoy? ¿Por qué no te pusiste tu hermoso pintalabios rojo?». En una ocasión le dijo a mi hermana Elizabeth: «Has perdido peso. ¡Eso no está bien!». Cuando escuché esto entré en pánico y empecé a llorar, a sabiendas de que cuando él decía «Eso no está bien», solo podía significar una cosa: «¡A los hornos!». «¿Por qué lloras?», me preguntó. Le dije: «Porque *Herr Hauptsturmführer* dijo “Eso no está bien”». El doctor Mengele levantó su mano. «No te preocupes».

A pesar de la aparente naturaleza íntima de este diálogo, siempre tenían cuidado de dirigirse a él por su rango completo de la SS y su título médico, y luego lo completaban con «Su Excelencia». «Nos acercábamos a él de la manera en que uno lo hace ante un rey, pues él era el Rey de Birkenau».

Si bien el objetivo principal de Auschwitz-Birkenau era erradicar la identidad de sus prisioneros, algunas profesiones —en especial las relacionadas con la música y la medicina— ofrecían mejores prospectos para la supervivencia. Los médicos eran empleados en las clínicas del campo y en los laboratorios; los músicos tocaban en alguna de las tres orquestas del campo —

todos aplaudidos por Mengele, el amante de la música que silbaba y tarareaba arias de Verdi y de Wagner mientras llevaba a cabo sus selecciones. Compuso para los Lilliputs unos versos especiales que a menudo les cantaba:

*Auf den sieben Bergen
Habe ich sieben Zwergen.*

De las siete montañas
Tengo siete enanos.

En el mundo de los cuentos de hadas los enanos siempre han vivido en *sieben Bergen* —siete montañas—, pero Mengele también hacía aquí un juego de palabras con el nombre propio *Siebenbürgen*, la palabra alemana para Transilvania, la región de la que venían los Ovitz. Ya que los enanos se esforzaban por complacerlo, les compuso otros versos:

*Die ungarischen jüdischen Zwerge
geschützte Häftlinge.*

Los enanos húngaros judíos
son excelentes prisioneros.

Eran renuentes cuando les decía que cantaran para él, pues temían lo que podrían pensar los otros prisioneros. «No tenemos nuestra orquesta completa», protestaban. «Si yo puedo cantar *a capella*, también pueden ustedes», les respondía Mengele, y para comprobarlo tarareaba un verso de una canción húngara gitana que había estado de moda en los restaurantes de Europa central: «Solo hay una chica en el mundo para mí». De alguna manera su jovialidad les inyectaba confianza, por un momento se sentían en manos seguras, y como prenda le cantaban una de sus favoritas: «Ven y hazme feliz».

Un día mientras conversaba con los enanos, a Mengele se le soltó que desde la infancia había adorado a los hermanos Grimm y su *Blancanieves y los siete enanitos*. Nunca, sin embargo, había imaginado un encuentro tal en la vida real. La similitud entre la realidad y la ficción lo intrigaba: en ambos casos el simbólico número siete; el grupo de felices y diligentes enanos que viven y trabajan juntos y que nunca se separan. *Blancanieves* de Disney había sido un gran éxito en la Alemania de Hitler, al igual que en el resto de Europa. En la película animada de Disney, los enanos tenían su propia banda y tocaban instrumentos parecidos a los de los Ovitz: guitarra y acordeón, bajo y batería. El público amaba la moraleja de la historia en la que los enanos legendarios que vivían separados de la sociedad en lo más profundo del bosque, habían descubierto —junto con Blancanieves— los beneficios de la ayuda mutua. Los enanos de Disney protegían a su princesa y le aseguraban un futuro, mientras que ella atendía sus necesidades diarias.

Históricamente, en su papel tradicional de bufones de la corte, los enanos eran los únicos súbditos que se atrevían a hablar lo que pensaban enfrente del rey sin temer por sus vidas. De la misma manera, los Ovitz jugaban a los bufones con el rey Mengele y se atrevían a alzar sus quejas.

«Perdóneme por preguntar, Su Excelencia, ¿pero cuando todo esto termine podremos volver a casa?», le preguntaba Frieda, con todo el encanto que podía conjurar.

«¿Qué quieres decir, *meine Liebe*? ¿No tengo yo también una familia que quiero ver? ¡Yo tampoco puedo ir a casa!», decía Mengele subiendo la voz. «Yo no estoy aquí por placer sino que sigo órdenes. ¡No deberías quejarte! ¡Mientras estén aquí conmigo les irá mejor!».

Debilitado por el hambre y sufriendo el estrés de innumerables exámenes, el pequeño y enjuto Shimshon Ovitz de dieciocho meses prefería gatear a caminar. Mengele no podía saber si el niño tenía un desarrollo tardío o si ya presentaba señales tempranas de enanismo. El niño de pelo largo y rubio nunca lloraba y no había comenzado a hablar. Y, sin embargo, emulando a su madre y a sus tías, Shimshon intentaba pararse en firmes cada vez que Mengele entraba a la habitación de las Lilliputs. Nunca conoció a su padre, Azriel, a quien se habían llevado a trabajos forzados antes de que él naciera:

 Mi madre me contó que cada vez que escuchaba el nombre «doc-tor Mengele» yo decía «*tatti*», y que esa palabra era la única que conocía. Cuando venía a vernos yo gateaba hasta él farfullando «*tatti, tatti*». Madre se disculpaba ante el doctor Mengele: «Cree que *Herr Hauptsturmführer* es su padre». En verdad él estaba muy contento con el asunto y sonriendo me decía: «No, yo no soy tu padre, solo soy el tío Mengele». Era afectuoso, jugaba conmigo y me daba dulces y juguetes que le habían pertenecido a los niños que había asesinado: «Mira lo que te trajo el tío Mengele». Di mis primeros pasos sobre el suelo maldito de Auschwitz y el doctor Mengele fue el hombre hacia el que yo corría diciendo «Papá». Eso arruinó mi vida.

Los miembros del zoológico humano de Mengele no eran reconocidos oficialmente por la administración del campo y no recibían ningún estatus o privilegios especiales. Solo los niños mellizos y sus madres estaban exentos de trabajar; a los demás sujetos experimentales se les asignaban trabajos forzados. Sin embargo, y debido a su deformidad, a los siete enanos se les permitió permanecer en su barraca y más aún, también a su séquito. Pero un día de octubre los golpeó un nuevo decreto: todos los adultos de tamaño normal en su grupo debían iniciar trabajos forzados.

Con una molestia profunda y temerosos por las vidas de sus seres queridos, las cinco enanas decidieron apelar. Esta vez fue Elizabeth quien intentó suavizar el corazón de Mengele. Al principio la despachó: «En tiempos como este, todo el mundo debe participar de los esfuerzos de guerra. ¡Yo trabajo, mi esposa trabaja y también lo hará tu familia!». Pero Elizabeth fue persistente:

 Apelo a Su Excelencia como una niña desesperada que le ruega a su padre

benévolo. Dependemos de Sarah, Leah y el resto para nuestra existencia, para subirnos a nuestras camas o para conseguir algo de agua. Estamos perdidos sin ellos: no podremos sobrevivir un solo día. Si *Herr Hauptsturmführer* los envía a trabajar, es mejor que nos envíe a nosotros también.

Frenética no paraba de llorar, las palabras que corrían de su boca se ahogaban entre sollozos. No alcanzó a ver la sonrisa de Mengele. «Ven con Mengele, Elizabeth. Está bien, los dejaré quedarse contigo».

Y a pesar de esto, unas pocas semanas después, los esfuerzos de las enanas por proteger a los miembros físicamente sanos de su familia, probaron ser fútiles. El fiero inicio del invierno había matado a mucha gente en el campo y con los hornos crematorios inservibles —uno de ellos había sido estallado por prisioneros rebeldes y los otros habían sido cerrados—, las manos extra eran necesarias para quemar a los muertos en los pozos a cielo abierto. Sarah Ovitz estaba entre las mujeres a quienes forzaron a cargar los cuerpos demacrados de otras mujeres en las carretas y a vaciarlas en los pozos boquiabiertos. Simon Slomowitz y sus hijos, incluyendo a Judah de once años y a Joseph de trece, tuvieron que hacer la misma tarea en el campo de hombres.

* * *

Los sobrevivientes de los campos de la muerte tenían la impresión de que los Lilliput no tenían miedo de Mengele, pero la familia Ovitz cuenta una historia diferente.

En su presencia nos escudábamos con sonrisas, pero por dentro temblábamos como hojas al viento. Nunca nos dejamos engañar por su amabilidad. Cuando el doctor Mengele dijo que mientras estuviéramos con él no estaríamos «por ahí», no nos hizo sentir más seguros, todo lo contrario. A menudo decía: «Con ustedes tengo trabajo suficiente para veinte años», lo cual no era tampoco un alivio; no era garantía de que nos mantendría con vida todos esos años. Podía terminar los exámenes en un periodo corto, arrojarnos a las llamas y trabajar con sus descubrimientos durante todo el tiempo que quisiera.

TRECE

Auschwitz-Birkenau, noviembre de 1944

La recuperación de Irene Mengele avanzaba con lentitud. Tras cinco semanas en el hospital del campo, finalmente pudo mudarse al nuevo apartamento de su marido en la barraca de los médicos. En otras dos semanas estuvo lo suficientemente repuesta como para viajar con él a Friburgo, donde, por primera vez, Mengele conoció a su hijo Rolf de ocho meses. La ausencia de Mengele le dio a los Ovitz un alivio momentáneo de los interminables exámenes, pero también les generó una ansiedad considerable. «Estábamos acostumbradas a ver al doctor Mengele casi todos los días. Tanto como lo temíamos, nos sentíamos el doble de petrificadas sin su presencia. Nuestros corazones se detuvieron. Dependíamos por completo de él y éramos conscientes de que cualquiera podía matarnos en la ausencia de nuestro salvador». Una semana después estaba de regreso en Auschwitz. «Adivina dónde he estado», le preguntó bromeando a Dina Gottliebová, bronceado y sonriente, mientras entraba a su lugar de trabajo que quedaba junto a su oficina. No esperaba ninguna respuesta. «En Argentina», dijo. «No tengo la menor idea de por qué escogió Argentina», comenta Dina Gottliebová. «Me entregó una bolsa con galletas y dos cajetillas de finos cigarrillos ingleses. Dijo: “Estoy haciendo una celebración tardía del nacimiento de mi hijo”».

Dos orquestas operaban en Birkenau, una en el campamento de hombres y otra en el de mujeres. Sus melodías podían ser oídas dos veces al día. Mantenían la paz y el orden mientras los prisioneros marchaban a sus labores al amanecer y cuando regresaban de ellas en la tarde. La música también ofrecía un interludio artístico durante los discursos del comandante del campo y se tocaba en ceremonias oficiales; y en los ahorcamientos a cielo abierto. Los domingos de verano había conciertos de música clásica al aire libre para el personal del campo, pero el huracán Mengele, si bien un amante de la música, se negaba a asistir. Las canciones viajaban por las barracas vecinas: los prisioneros se aventuraban a la reja electrificada más cercana para atrapar el sonido de otro mundo.

Los cuarteles en los que vivían los miembros de la orquesta eran un centro de atracción y los oficiales de la SS y los funcionarios-prisioneros iban allí de noche en busca de entretenimiento. Los músicos, por supuesto, no tenían más opción que tolerar sus caprichos y deseos. Las agrupaciones más pequeñas eran llamadas a menudo para tocar en las fiestas privadas y los

cumpleaños del personal. En su libro *People and Ashes*, el profesor Israel Gutman, un sobreviviente de Auschwitz e historiador prominente, recuerda que

Las fiestas y las orgías eran celebradas en los cuarteles del *kapo* y de los ancianos del bloque. El programa artístico consistía de obscenidades y chistes verdes. En ocasiones un prisionero con una voz dulce cantaba en varios idiomas éxitos de los tiempos anteriores a la guerra. A los *kapos* les gustaban particularmente las tonadas melancólicas. Los «cantantes» eran en su mayoría judíos, quienes prestaban sus servicios a cambio de una ración de pan. Las estrellas famosas eran muy populares entre los *kapos* y disfrutaban de un ingreso especial, gracias a su arte.

Los prisioneros de Birkenau intentaban mejorar sus condiciones con cualquier talento que pudieran tener. Un barbero esperaba afeitar a un *kapo* por un trozo de pan o dos cigarrillos; una costurera podía zurcir la ropa de la anciana del bloque. Los guardias de la SS ponían a Dina Gottliebová a que les pintara retratos tamaño afiche de sus esposas, prometidas y novias, que luego colgaban sobre sus camas. Una vez le dieron una postal con una ninfa de pelo rojo, desnuda y sentada al lado de una cascada, y le ordenaron que tenía que hacer una copia de tamaño real para la mañana siguiente. Trabajó con frenesí durante toda la noche. «Un día después, el hombre la devolvió con reparos, había huecos desgarrados en las partes estratégicas del cuerpo», recuerda Dina.

Cuando Mengele supo que un campeón de ajedrez se encontraba entre los prisioneros, organizó un juego contra él. Tarde una noche llegó a la *Schreibstube*, la secretaría, donde lo esperaba el ajedrecista. Mengele se quitó su sombrero y lo puso sobre una silla. Dedo a dedo se quitó los guantes blancos y los metió dentro del sombrero. Luego apoyó su bastón sobre el sombrero bocarriba. La primera ronda duró unas pocas horas, pero el torneo continuó durante las semanas siguientes. Al prisionero lo apodaban «El conejo» —un nombre adecuado para una de las mascotas de Mengele—. A las claras seguía con vida solo para el entretenimiento del médico nazi. «El conejo» se encontraba en una situación complicada: si jugaba bien y vencía a Mengele, podía pagar por esta victoria con su vida. Por otro lado, si jugaba mal y dejaba que Mengele ganara, podrían matarlo por su engaño. «El conejo» jugaba con un miedo constante.

Abraham Cykiert, de dieciocho años, se encontraba entre los pocos a quienes se les permitía mirar las partidas. Había sido un *wunderkind* en su hogar natal de Łódź y había sido aceptado en la Asociación local de escritores yidis a la edad de catorce, tras publicar tres poemas. En el gueto había vendido sus poemas a los funcionarios para ayudar a sostener a sus padres y siete hermanos. Un poema le podía conseguir unas cuantas papas, un par de zapatos o una camisa. «Escribir poemas en Auschwitz era diferente», recuerda Cykiert.

No era tanto por un trozo de pan adicional, sino que era algo vital para mi existencia. Continuar haciendo algo tan esencial para mí me ayudó a mantener la cordura y a preservar mi identidad. Regué la voz de que yo era un poeta yidis, una profesión no muy práctica dentro de un campo de concentración. Pero en Birkenau

nunca se sabía.

Esperó un día fuera del *Schreibstube* y emboscó a uno de los oficinistas: «Soy un poeta, ¿puedes prestarme papel y lápiz?». Asombrado por la inocente imprudencia del joven, el empleado se los entregó furtivamente y para su sorpresa. Esa noche las palabras corrieron de la mente de Cykiert al papel y en la mañana buscó a su benefactor. La cara del oficinista parecía una máscara mientras leía el poema: Cykiert no pudo saber si había entendido algo. «¿También puedes escribir poesía común?», le preguntó el empleado, para incomprensión del joven. Entonces sacó una hoja de papel llena con anotaciones y garabatos y se la entregó a Cykiert. El joven poeta se sonrojó mientras leía esas rimas de alcantarilla, obscenidades y abominaciones. «Inténtalo», le dijo el oficinista.

Al día siguiente Cykiert le mostró su última creación. El empleado estaba tan complacido que le pagó al adolescente con una taza de sopa caliente. «¿Puedes recitar tan bien como escribes?», le preguntó. Cykiert asintió.

La noche siguiente me llevó a la juerga semanal de todos los prisioneros importantes del campo: presos veteranos que ayudaban a la SS con el funcionamiento del lugar. Estaban sentados alrededor de una mesa repleta de delicadezas: quesos, sardinas, salchichas, fruta. El alcohol fluía con libertad. Había otros prisioneros artistas conmigo: cantantes, actores, músicos. Actuábamos en la parte trasera de la habitación mientras los otros devoraban la comida. No se nos permitía tocar nada, pero cuando la fiesta terminaba podíamos compartir las sobras. Leí mis frases pornográficas y se desternillaron de la risa. De ahí en adelante fui aceptado como el bufón residente del grupo. Cada semana, cada uno de nosotros tenía que llegar con material nuevo — incluso hoy siento vergüenza de los poemas que meforcé a escribir—. Varias décadas pasaron antes de que pudiera escribir de nuevo.

Perla Ovitiz insiste en que ella y su familia nunca participaron de la «vida nocturna» del campo de la muerte: nunca actuaron en esas jaranas alcoholizadas, ni cantaron en público, ni entretuvieron en privado las fiestas de los *kapos* ni de los hombres de la SS. Y, sin embargo, casi todos los testigos —antiguos fans, conocidos y vecinos de Rozavlea que estuvieron en el campo con ellos, al igual que otros prisioneros que compartieron con ellos sus barracas— recuerdan vívidamente a los enanos actuar para la SS. Una de esos testigos fue Eta Tessler:

Conocía a los Ovitiz de Maramureş, pues era de Viseu, una aldea cercana. En Auschwitz yo era parte del *Scheisskommando*. Teníamos que recoger de las letrinas los excrementos diarios de treinta y dos mil mujeres, tamizarlos en barriles y llevarlos fuera del campo. Todo el día caminábamos en zigzag por el campo, sucias y hediondas, empujando la pesada carreta cargada con barriles de mierda. Un día me topé con dos de las damas enanas. Hacía muchísimo frío y les envidié sus abrigos y sus bolsillos

calientes. Les pregunté que a dónde iban y me respondieron: «A cantar». Me crucé con ellas otras cuantas veces, caminando en la misma dirección, pero no podía saber si era siempre el mismo dúo o si se turnaban.

* * *

El domingo 30 de julio fue el ayuno de Tisha B'av, que conmemora la destrucción del templo sagrado de Jerusalén. En este día los judíos dejan de trabajar y se reúnen en las sinagogas para lamentar la catástrofe que los llevó al amargo exilio. Al estar familiarizado con el calendario judío, Mengele le ordenó perversamente a la líder de la orquesta femenina que preparara un concierto especial. Él mismo seleccionó el programa: marchas militares, música de circo, vals y foxtrot. El concierto venidero causó mucha excitación. La orquesta organizó ensayos extra, no solo para dominar el excepcional programa, sino para que fuera interpretado de manera tan brillante que complaciera al inusual invitado de honor. Hileras de bancas de madera ocupaban todo el patio de la enfermería. Opuesta al escenario de la orquesta se erigió una plataforma especial para recibir al personal de la SS y a los asistentes-prisioneros, doctores, enfermeras y funcionarios del campo. En el centro del palco de dignidades se sentó el mismo Mengele, el emperador de la arena.

Mientras la orquesta hacía sonar los primeros acordes, Fania Fenélon, una de las músicas, advirtió a un grupo de enanos que cruzaban el escenario en línea recta. «Es un circo muy famoso de enanos de Hungría», susurró una de sus colegas. Fenélon describió lo que ocurrió a continuación en su libro:

Empezamos con un foxtrot, Mengele saluda con la mano, los enanos llenan el escenario, algunas parejas bailan, otros participantes solo logran contonearse de una manera depresiva y grotesca. Los hombres se inclinan con un toque de servilismo; las mujeres los siguen. Sus joyas, sedas y ornamentos brillan al sol, encendiendo miles de chispas que bailan, se balancean y se mezclan. Estas criaturas emiten sonidos alegres, tratan de cantar conmigo y Clara y Lotte. Tienen voces muy agudas y chillonas. La orquesta toca una marcha y ellas la acompañan con aplausos y pisotones. Hay algo irreal y horrible acerca de esas cincuenta manos minúsculas cubiertas con anillos, los brazaletes que tintinean en sus pequeños brazos, las piernitas que pisotean... El circo está al pie de nuestro escenario, un círculo con criaturas distorsionadas que se mueven por ahí, aplaudiendo como niños, algunas de ellas con cincuenta años. Los hombres de la SS estallan de la risa. Las muchachas arriba del escenario empiezan a temblar con temor por el bullicio, la música, los enanos, la mascarada.

Si bien Fenélon se equivoca acerca de su número —eran siete, no veinticinco— y a pesar de su tono negativo, parece ofrecer un registro bastante realista de todo el asunto. Por su parte, Perla

Ovitz recuerda un programa musical completamente distinto: canciones alemanas románticas y melancólicas que la llevaron a ella y a sus hermanas a las lágrimas. Se mantiene firme en su punto de que tanto ella como sus hermanas no aparecieron ni actuaron sobre ningún escenario, ni ese día ni cualquier otro, e insiste que vieron el espectáculo desde sus banquetas en medio de la audiencia.

Esa tarde fue tan vívida tras el sombrío telón de fondo de Auschwitz-Birkenau, que se grabó de manera indeleble en la memoria de muchos de los sobrevivientes. Isaac Taub estaba presente esa tarde. Era parte del grupo de niños mellizos a quienes habían puesto a llevar sillas y bancas para ponerlas en hileras. A los niños se les permitía estar de pie atrás durante el espectáculo; después desmantelaron el escenario y las sillas, y las llevaron de regreso al depósito.

Habría unos doscientos espectadores, era un espectáculo completo y muy profesional, con música y reflectores. Recuerdo que los enanos y las enanas estaban sobre el escenario. Si no me equivoco repitieron este concierto más de una vez. Todos sabíamos que los enanos actuaban para los nazis, pero eso no era algo por lo que debían avergonzarse.

Después de dos horas, Mengele levantó la mano y declaró terminado el concierto. Fania Fenélon recuerda que «Mengele se paró en medio de los enanos elegantemente vestidos, con sus trajes grotescos y joyas. Se giró a mirarnos y nos dijo con su tono irónico: “*Sie haben ein gutes Publikum*” (Tienen un buen público)».

Durante todo el trayecto hasta Auschwitz-Birkenau los Lilliputs protegieron sus instrumentos musicales. A todo el mundo en el gueto se le había dicho que la deportación sería el inicio de una nueva vida, por lo tanto los artesanos y los profesionales habían llevado consigo sus herramientas de trabajo. Pero durante los estragos de la rampa les habían dicho que dejaran sus pertenencias en el tren. Los Ovitz no fueron la excepción. «Los recuperarán luego», les prometieron. «Siempre estaban refunfuñando por los pequeños instrumentos musicales que les habían quitado», recuerda Dina Gottliebová. «Me preguntaron si yo podía ayudarles a recuperarlos, pues eran animadores y necesitaban sus herramientas».

Muchos sobrevivientes cuentan una historia surreal en la que un enano toca el violín en un patio entre barracas. Gitta Drettler, quien había vivido al lado de la familia Ovitz en la calle principal de Rozavlea, recuerda estar

feliz de verlos una vez más en el campo. Los nazis los forzaron a tocar en las barracas de la SS y yo podía oír la música desde afuera. Tenían sus pequeños instrumentos musicales y cuando me los encontré tras la guerra en Rumania y los fui a escuchar tocar, me dijeron: «Estos son los instrumentos que teníamos en Auschwitz».

De igual manera, Maria Halina Zombirt, quien había trabajado en la enfermería, testificó ante el fiscal general de Frankfurt que había escuchado a la familia de los diez enanos húngaros

«tocar con instrumentos musicales; una pieza muy particular». Kalman Bar On, quien vivió en la misma barraca que Avram y Micki Ovitz, recuerda que

los llamaba «los dos Toulouse-Lautrecs». Siempre se ufanaban: «¡Somos una compañía de artistas!». Nos dijeron que habían llegado con todo su equipo, subrayando cuán importante había sido para ellos traer sus instrumentos musicales, aún a expensas de sus ropas y utensilios del hogar, pues todo su futuro dependía de ellos.

Y Regina Teresa Krzyzanowska, quien trabajó como enfermera en Auschwitz, testificó que los «liliputienses intentaron complacer a Mengele» al organizarle «un par de espectáculos», que, como es natural, habrían sido imposibles sin instrumentos musicales.

Ya que tantos sobrevivientes han comentado acerca de los diminutos y glamurosos vestidos teatrales de las damas de los Lilliput, parecería que al menos una parte de su equipaje debió ser localizado y devuelto. No es claro si los instrumentos también les fueron regresados: habría sido sencillo reemplazarlos con violines y guitarras para niños. El depósito *Kanada* guardaba el botín de cientos de miles de niños asesinados, muchos de ellos con grandes talentos musicales.

Desde ese momento en mayo en que *La troupe* de Lilliput puso su pie sobre la rampa y Micki Ovitz comenzó a entregar postales de presentación a cualquiera que quisiera recibirlas, los enanos no habían parado de promocionar sus talentos artísticos. Las noticias fueron recibidas con entusiasmo por los criminales alemanes que habían sido transferidos de cárceles en Alemania para servir en Auschwitz como jefes de barracas o supervisores en los campos de trabajo. Al haber estado encerrados durante años y hambrientos de diversión, se aprovechaban de cualquier oportunidad para explotar a los prisioneros que tuvieran algún talento para entretener. Una vez que se les ordenaba actuar, los Lilliputs no tenían más elección.

Sin embargo, Perla Ovitz insistió durante toda su vida que ni ella ni sus hermanas y hermanos actuaron alguna vez en Auschwitz.

Solo cantábamos entre nosotras en nuestro cuarto para recordar los días buenos, llorar con ganas e intentar olvidar por un momento el lugar en el que nos encontrábamos. Todo el mundo en el campo sabía que éramos artistas y no podíamos escapar de eso. Había ocasiones en las que una de nosotras, por temor a ser asesinada o por no tener otra elección, sucumbía a las exigencias de un supervisor de cocina o de un oficial de la SS y le cantaba por un dulce o por un poco de margarina. Pero nunca montamos un espectáculo; en cualquier caso no teníamos nuestros instrumentos musicales.

¿Por qué, a pesar de los testimonios de un considerable número de testigos que dicen lo contrario, continuaron con esa negación tozuda y persistente? Los Ovitz siempre tuvieron un sentido muy afinado respecto de sus propios estándares artísticos. Antes de la guerra sopesaban con mucho cuidado cada invitación a actuar y solo aceptaban aquellas que consideraban vitrinas

apropiadas para su talento. Al ser judíos piadosos y temerosos de Dios, habrían considerado una actuación pública en Auschwitz como una abominación, algo así como festejar en un cementerio. Tampoco una actuación coaccionada habría reducido la vergüenza; no sin la conciencia dolorosa de que mientras entretenían a los nazis en esas notorias fiestas de la SS, las chimeneas nunca dejaban de fumar.

Todo sea dicho, no sería extraño que los Ovitz se hayan afanado por borrar su experiencia de los registros. Y de sus mentes.

CATORCE

Auschwitz-Birkenau, diciembre de 1944

A mediados de diciembre y sin previo aviso, los camiones dejaron de llevar al grupo de los Lilliput a las clínicas. Siempre energético, Mengele todavía corría ocupado por todas partes, pero parecía haber perdido interés en su familia de enanos y ellos temían acercársele. El campo estaba cubierto con nieve y se encerraron en su barraca. Aterrorizados discutían una y otra vez el cambio súbito en la conducta de Mengele hacia ellos, pero no podían encontrar la razón por la cual parecía no necesitarlos ya más. A pesar de todo lo que le temían a las nuevas aplicaciones de instrumentos malignos, a pesar de lo que temblaban al escuchar el chirriar de las ruedas de los camiones que aminoraban la marcha afuera de sus barracas o al sonido de una hoja que le entregaban al *kapo*, la ausencia de Mengele se les aparecía como un terror aún mayor.

«¿Estará pensando estirarnos?», dijo Perla rompiendo el tenso silencio de la tarde. Ese no era el peor escenario que perseguía sus mentes: había otros horrores que imaginaban y de los que no se atrevían a hablar. «Putas sucias» es como se refería Mengele a las mujeres judías, de acuerdo con la doctora Gisella Perl, una ginecóloga judía que había forzado a trabajar con él. En su libro *Five Chimneys*, Olga Lengyel, otra médica-prisionera, recuerda cómo Mengele

no perdía oportunidad para hacerle a las mujeres preguntas impropias e indiscretas. No era ningún secreto que se divertía cuando se enteraba que alguna de sus deportadas embarazadas no había visto a su esposo soldado durante muchos meses; en otra ocasión se obsesionó con una chica de quince años cuyo embarazo era claro desde su llegada al campo. Le preguntaba con saña e insistía en los detalles más íntimos. Cuando sació su curiosidad, la envió con la siguiente horda de seleccionados. El campo no era una sala de maternidad, era solo la antecámara del infierno.

«Ahora dime, ¿cómo vivías con tu enano?». En sus memorias de Auschwitz, Sara Nomberg-Przytyk recuerda que Mengele le hizo esta pregunta a Dora, la alta y sana esposa de Avram Ovitz. Mengele subrayaba el estereotipo del enano como un subhumano caracterizado por una potencia sexual inusitada, un ser cargado con deseos salvajes e innaturales. Dora Ovitz se

sonrojó, estupefacta, con la sangre palpitándole en las sienes. «¡Habla!», le gritó Mengele, y luego procedió a interrogarla, vulgar, en frente de su hija menor, sus cuñadas y de toda la barraca. ¿Había concebido a su hija con ese esposo enano, le inquirió, o era el padre algún otro? Mientras Dora respondía alabando la inteligencia de su esposo y su laboriosidad, escribe Nombreg-Przytyk,

todos nos quedamos como si fuéramos bloques de piedra.

«No me cuentes eso, solo me interesa saber cómo te acostaste con él».

Mengele salivaba. El sudor caía de la cara de Dora en grandes goterones sobre su ropa. Ella respondía y él le hacía más preguntas. No puedo repetir la conversación. Era una tortura grotesca e inhumana.

Hubo ocasiones en las que la curiosidad sexual de Mengele lo llevó más allá de los interrogantes. Dos parejas de gemelas idénticas adolescentes testimoniaron para el fiscal de Frankfurt que Mengele las forzó a tener sexo con otros gemelos para ver si las chicas también tendrían gemelos. El grupo de los Lilliput temía correr con el mismo destino. «Éramos tres mujeres jóvenes en nuestro grupo», recuerda Regina Ovitz:

Fanny Slomowitz, quien tenía diecisiete, Bassie Fischman, de veinte, y yo, de veinticuatro años. Todas habíamos crecido en casas estrictamente ortodoxas y nunca nos habían dejado estar solas con un hombre. Desde la infancia sabíamos que nuestros matrimonios serían arreglados por nuestros padres y que nuestros maridos serían los únicos hombres en nuestras vidas. Todas sabíamos que Mengele tenía ideas extrañas; nos aterrorizaba que intentara emparejarnos con otros enanos solo para ver el resultado. Estábamos seguras de que esa iba a ser su siguiente jugada, la única razón por la que nos mantenía con vida.

Cada vez que Mengele visitaba su habitación, las chicas deseaban ser invisibles, pero solo se quedaban de pie en la esquina, reconcentrándose en sus propios cuerpos y evitando su mirada. Habiendo sido criadas en una comunidad que ordenaba a las mujeres permanecer vírgenes hasta el matrimonio, las jóvenes se enfrentaban al abismo. Temían que sus vientres se convirtieran en laboratorios y que las forzaran a producir una descendencia que, fuera alta o no, estaría condenada a servir de conejillos de indias humanas; la pesadilla se repetiría una y otra vez a discreción de Mengele. Hace mucho tiempo habían abandonado la esperanza de salir de Auschwitz con vida, pero los desdichados prospectos a los que se enfrentaban en ese entonces — ser inseminadas por un par de enanos más viejos, uno de cuarenta y un años, casado, y el otro un soltero de treinta y cinco— aumentaban la sensación de desesperanza y de pérdida absoluta.

«Entre nosotros, en la barraca experimental para mellizos y enanos, se encontraba un gnomo malforme y jorobado, de un poco más de un metro con veinte centímetros», recuerda Efraim Reichenberg.

Tenía cuarenta años, una fisura en el cráneo y solo podía caminar con la ayuda de muletas. Había sido relojero en Budapest y llegamos juntos en el mismo transporte. Cada uno de nosotros soportaba su infierno personal, pero cuando nos dejó saber por lo que estaba pasando, supimos que todavía nos quedaba espacio para la compasión. Casi todos los días lo metían en una habitación y lo desnudaban. La SS le traía mujeres gitanas infectadas con sífilis y lo forzaban a tener relaciones sexuales con ellas. Los médicos de la SS lo miraban. Cada mañana cuando llegaba y al final del día cuando se iba, lo examinaban meticulosamente para ver si ya había contraído la enfermedad. La primera vez que me lo contó no quería creerle, pero un día lo vi a través de una grieta en la puerta. Un enfermero lo sostenía y lo forzaba a estar debajo de una mujer. El desgraciado no duró mucho; murió poco tiempo después, no de sífilis, sino de agotamiento.

Con los resultados de los exámenes que se apilaban en el verano, los ayudantes de Mengele no tenían ni un respiro. Hora tras hora, día tras día, llenaban formas con el encabezado *Klinische Diagnose – Zwerge*, a las que les habían puesto apéndices con listas de nombres. Ludovit Feld aparece en una de esas listas, junto con los hermanos Ovitz y el relojero de Budapest; su nombre permanecerá aquí ausente. Señalando la espantosa ironía de su estatus dentro del campo, Feld anota que

si bien nuestras condiciones de vida eran muchísimo mejores que las de los otros prisioneros, sufríamos terriblemente por saber que tarde o temprano seríamos asesinados y que nuestros esqueletos serían exhibidos en museos de biología. Lo escuchamos de los médicos-prisioneros y de otros prisioneros. La voz se regó de que cerca de los hornos crematorios de Mengele había una *Sezierraum* (una sala de autopsias).

El patólogo Miklós Nyiszli ha dado una descripción. La sala de autopsias

estaba localizada en el crematorio II, a la izquierda de la entrada. Las paredes estaban pintadas de verde pálido, el piso de rojo. En el centro de la sala, montada sobre una base de concreto, había una mesa de disecciones hecha de mármol pulido, equipada con varios canales de drenaje. En el borde de la mesa habían instalado una palangana con grifos de níquel.

Al igual que otros médicos de la SS dentro del campo, Mengele enviaba por rutina a sus patólogos los cuerpos de los prisioneros que habían muerto por enfermedad o por privaciones; o el de quien había sido expresamente asesinado para que le hicieran una autopsia. Los reportes de las autopsias daban las conclusiones esenciales de las investigaciones acerca de cada sujeto. Los esqueletos y los órganos eran por lo general enviados al Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín y a

las escuelas médicas de todo el Reich. En junio de 1943, por ejemplo, fueron transportados 115 prisioneros desde Auschwitz hasta el campo de concentración de Natzweiler-Struthof cerca de Estrasburgo. Allí fueron asesinados y sus cuerpos, todavía tibios, fueron enviados al profesor y doctor SS-*Hauptsturmführer* August Hirt. Estaba armando una colección de cráneos en el Instituto de anatomía de la universidad del Reich en Estrasburgo, y buscaba «sujetos tipo comisario judío-bolchevique», como ejemplos de «una repugnante pero típica especie de subhumano».

En Leeuwarden, al norte de Holanda, Alexander y Julia Katan habían sido apodados «Los liliputienses». «En un pueblo pequeño, la gente es muy directa cuando alguien es diferente», explica su único hijo, Alphons. «La pelvis y las piernas de padre estaban muy mal formadas debido a una enfermedad en la infancia, y madre también era muy pequeña». Katan —la palabra en hebreo para «pequeño»— era el único enano de ocho hermanos; en 1930, él y Julia se alegraron de que Alphons hubiera llegado y esperaban que creciera sano y de tamaño promedio.

Alexander Katan era un hombre extremadamente energético y activo, un economista y contador que hablaba siete idiomas. No era un judío practicante y, en 1940, cuando Alemania ocupó Holanda, él y su esposa se rehusaron a coser la estrella amarilla en sus ropas. Katan, quien solo podía moverse fuera de casa con la ayuda de un carrito especial, fue llamado a comparecer a los cuarteles del *Sicherheitsdienst*, el servicio de seguridad. «Padre tenía dificultades para subir las escaleras por lo que yo lo acompañé. Los nazis lo llamaron una y otra vez, solo por jugar con él y reírse de su deformidad». En julio de 1942, Alexander fue arrestado en la *Strafgevangenis* (la prisión para criminales peligrosos) de su ciudad natal. A principios de septiembre fue llevado al campo de concentración de Amersfoort, y en octubre fue deportado al campo de concentración austríaco de Mauthausen. En agosto, su esposa Julia fue arrestada y el 29 de noviembre fue enviada a Auschwitz. Debido a su corta estatura no tenía ninguna oportunidad de ser elegida para los trabajos; Mengele todavía no estaba destinado al campo y no había investigaciones con enanos. Julia fue asesinada apenas llegó.

«Yo tenía doce años», recuerda Alphons Katan, «y mi tía se las arregló para convencer a las autoridades alemanas de que yo no era el hijo de mi padre, sino el hijo ilegítimo de un amigo católico de mi familia. Esto me salvó la vida. Encontré refugio donde uno de los amigos no judíos de mi tía».

Mauthausen era más pequeño que Auschwitz, pero no menos brutal. El bloque 27 ahora alberga un museo patológico que exhibe 286 especímenes de órganos humanos cosechados por los doctores del campo: caras, cráneos, esqueletos, corazones, pulmones, riñones. Los prisioneros con tatuajes estupendos habían sido entregados a la muerte y luego les habían quitado su piel: un álbum muestra las pieles tatuadas con los diseños más impresionantes. Los médicos del Instituto para la Raza y la Higiene del campo rastreaban continuamente las barracas en busca de prisioneros con anormalidades para sumar a sus colecciones de patologías. Con sus miembros desfigurados, Alexander Katan —prisionero de Mauthausen número 13992—, atrapó su atención. Durante varios meses soportó los mismos exámenes que sufrieron en Auschwitz los integrantes del grupo de los Lilliput.

Hans Maršálek, entonces un prisionero que trabajaba en el departamento administrativo del campo, recuerda una ocasión en la que un grupo de civiles distinguidos, guiados por el comandante Franz Ziereis, visitaron la colección de especímenes de Mauthausen. Uno de los

momentos estelares del *tour* fue la exhibición del Alto y el Bajo: el primero, Paul Liese, un fornido delincuente de Hamburgo de un metro noventa; y el segundo, Alexander Katan. «Uno es un judío, el otro un alemán, un criminal. Observen la diferencia entre los dos», le indicó el comandante Ziereis a sus visitantes. Maršálek recuerda que «tras esta comparación entre judío y ario, Liese tomó a Katan en sus brazos y lo sacó arrastrado de la barraca... Utilizaban a Katan como un ejemplo de la degeneración de la raza judía». Esta presentación se repetía con cada visita oficial al campo.

Joseph Herzler, un prisionero que sobrevivió a los experimentos, era conocido en la unidad de patología de Gusen, un subcampo de Mauthausen:

Recuerdo en particular a un profesor holandés. Lastimosamente no me acuerdo de su nombre. Era un tipo único. Si se me pidiera describir su apariencia, diría que tenía la típica apariencia del enano. Su estatura no llegaba al metro de altura. En su exterior: una cabeza normal de forma alargada, una barba completa y el cuerpo del tamaño de un niño. Era inteligente en extremo, con un conocimiento muy amplio, profesor universitario y hablaba siete idiomas con fluidez. Lo mantenían amarrado en una esquina de la habitación durante todo el día y era examinado por varios médicos de la SS y visitantes de otros campos. Por supuesto que no se libraba de recibir comentarios maliciosos —«este es el tamaño de una existencia judía»— y cosas por el estilo. Alguna vez alguien dijo con falsa simpatía: «Bueno, al menos pronto estará muerto ya que su suerte fue sellada».

El 27 de enero de 1943, el doctor y *Sturmbannführer* de la SS, Karl-Joseph Gross, ordenó que a Katan, de cuarenta y tres años, se le suministrara una dosis letal de fenol. Fue inyectada directamente en el corazón de Katan: murió de inmediato. De su cuerpo fue removido el esqueleto y cada paso de este procedimiento fue documentado por un fotógrafo. Una ambulancia especial recorrió 290 kilómetros para entregar sus huesos a la Academia médica de la SS ubicada cerca de la Universidad de Graz. Después de la guerra todo lo que el hijo supo de su padre fue que murió en Mauthausen. A Alphons Katan le tomó cincuenta años reunir el valor para ir allí. Lo recibieron al llegar al museo del bloque 27 cuatro fotos tamaño afiche de su padre: una en la que tenía el uniforme a rayas de los prisioneros; dos fotos en las que aparecía desnudo, de frente y de espaldas, tomadas justo antes de recibir la inyección letal; y la cuarta era del esqueleto de Katan.

Tras una larga y humillante guerra librada por Alphons Katan y una intervención hecha en su nombre por el gobierno holandés, el Ministro del Interior austríaco le dio instrucciones a las autoridades del museo para que bajaran las fotografías. La lucha de Alphons Katan por restaurar la dignidad de su padre todavía continúa. Las fotos de su padre siguen circulando por varios museos del Holocausto para que todo el mundo las vea y las compre. Están impresas en libros y se muestran en convenciones médicas; pueden descargarse por internet. Los historiadores arguyen que tales fotos tienen que ser mostradas porque documentan las atrocidades nazis y sirven como herramientas de vital importancia contra las personas que niegan el Holocausto, los

neonazis y los antisemitas. «Pero es una humillación sin fin para mi padre», alega Alphons Katan, quien dice que el reclamo de la verdad histórica no pesa más que la dignidad de un individuo o de una familia. Katan también le ha exigido a la escuela médica de la Universidad de Graz que le devuelva el esqueleto de su padre para poderlo enterrar como es debido. La universidad alega que han sido incapaces de encontrar el esqueleto y que no pueden dar ninguna información sobre su paradero.

Los médicos de la SS tenían tal certeza acerca de la necesidad científica de sus actividades que no se preocupaban por esconderlas. Con el trabajo sucio separado para los médicos-prisioneros judíos, la información acerca de las atrocidades médicas se regó rápidamente entre los presos. Mordechai Slomowitz recuerda que «vivíamos bajo el miedo constante de que nuestro destino fuera igual al de los dos enanos que llegaron a Auschwitz: asesinados, con sus cuerpos puestos a hervir en agua y cocinados hasta que la carne se separara de los huesos».

Este evento tuvo lugar en agosto de 1944. Durante una selección de judíos transportados desde el gueto de Łódź, Mengele advirtió a un jorobado de unos cincuenta años. A su lado se encontraba su hijo, un joven guapo de quince con el pie derecho deforme, razón por la que portaba un aparato hecho de placas de metal. Mengele le hizo señas a los dos para que se hicieran a un lado. Cuando todo el transporte había sido enviado a las cámaras de gas y la rampa estaba vacía, le indicó al padre y al hijo que se acercaran. Los inspeccionó brevemente, les hizo unas cuantas preguntas y luego sacó su cuaderno en el que escribió un mensaje al doctor Nyiszli: «Estos dos hombres deben ser examinados desde el punto de vista clínico, se les deban tomar sus medidas exactas y escribir sus historias médicas, en las que se deben incluir todos los detalles interesantes, en particular aquellos relacionados con las causas que provocaron las deformidades físicas». Mengele arrancó la hoja y la dobló. Luego se la entregó a uno de los guardias de la SS y le dio instrucciones para que le entregara los dos hombres al doctor Nyiszli.

El patólogo judío-húngaro examinó con cierto detenimiento al jorobado y a su hijo, al tiempo que les conversaba para aliviar la tensión. Se enteró de que el padre devoto, un exitoso comerciante de ropa al por mayor, había aprovechado sus viajes de negocios a Viena para visitar especialistas que pudieran examinar y tratar el pie de su hijo. La madre había muerto en el gueto. Nyiszli intentó consolarlos; era muy probable que los enviaran a los campos de trabajo. Al ver que estaban hambrientos del viaje también se encargó de que fueran alimentados.

El padre y el hijo estaban acabando de comer cuando Muhsfeld, el *Oberscharführer* de la SS, acompañado por cuatro miembros del *Sonderkommando*, llegaron y se los llevaron a un cuarto cercano. Muhsfeld les ordenó que se desnudaran. Sonaron dos disparos. Le regresaron de inmediato los cuerpos a Nyiszli, quien quedó tan enfermo con todo el asunto que no pudo llevar a cabo la autopsia. Le encargó la disección a otro de los médicos-prisioneros. No es muy claro por qué Mengele no quiso añadir al hombrecito de Łódź y a su hijo lisiado a su colección de enanos vivos. Quizás se dio cuenta de que la deformidad del padre provenía del raquitismo, una condición que no es hereditaria y por lo tanto de ningún interés para sus investigaciones genéticas.

Un poco después, durante esa misma tarde, Mengele llegó al lugar de trabajo de Nyiszli. Leyó el reporte de patología con creciente excitación y declaró que «esos cuerpos no deben ser cremados», tal y como lo cuenta Nyiszli en sus memorias, *Auschwitz: a Doctor's Eyewitness Account*. «Tienen que prepararlos y los esqueletos deben ser enviados al museo de antropología de Berlín.

¿Qué métodos conoce para la preservación de esqueletos?», le preguntó con urgencia al doctor Nyiszli. Los dos discutieron los pros y los contras de los distintos métodos hasta que Mengele escogió el más rápido: cocinarlos.

Se dejaban unos ladrillos en el patio, un fuego se encendía y «dos toneles que contenían los cuerpos se ponían sobre él. Dos hombres del *Sonderkommando* se encargaban de recoger la madera y de mantener vivo el fuego. Tras cinco horas examiné los cuerpos y vi entonces que era muy fácil separar las partes blandas de los huesos». Cuando el agua se enfriaba los esqueletos se metían en un baño de gasolina para ser limpiados y pulidos. Ya secos, el asistente de Nyiszli los ponía de nuevo en orden. Mengele, quien había llegado con otros oficiales, estaba muy complacido. El grupo examinó los esqueletos y Mengele ordenó que los envolvieran y fueran llevados por dos soldados a Berlín.

Esta fue la primera vez que le ordenaron al doctor Nyiszli llevar a cabo esta horrenda tarea, pero no sería la última. Una de las visiones que persiguió hasta la tumba al *Zwillingsvater* Zvi Spiegel fue la de un enano que era torturado hasta la muerte por Mengele. Tras esto, la miserable víctima era metida en un baño de ácido hasta que la piel era removida de los huesos.

Nos habíamos reconciliado con el pensamiento de que no podríamos escapar del campo y de que no tendríamos una tumba, al igual que el resto de los asesinados en Auschwitz. Pero la idea de que nuestros esqueletos fueran exhibidos en Berlín, incluso un siglo después, con gente que nos miraría fija y bobamente, era aterradora más allá de las palabras. Nunca habíamos sido parte de un *show* de fenómenos o vivido en una *Lilliputstadt*, y no habíamos mostrado nuestros cuerpos en público, pues lo considerábamos denigrante. Éramos músicos profesionales y así era como nos veía el mundo. Si había algún alivio en la idea de la muerte, había tormento en la idea de ser exhibidos en un museo.

Parafraseando un verso del poeta Paul Celan, la muerte era en verdad la señora de Auschwitz. Podía golpear en cualquier momento, elegir a cualquiera como su presa. Su tributo era apilado todas las noches a la vista de todos, como basura esperando a ser recogida. Un espacio que de repente quedaba vacío en una litera no era algo que conmoviera a nadie. Quienes sobrevivían otra noche caminaban por ahí como si estuvieran recubiertos por una coraza invisible, orando por vivir otro día más. Pero *La troupe* de Lilliput sacaba a los presos de sus conchas, hacía que se preocuparan por su destino y que estuvieran al tanto de su paradero.

«Un día las enanas del bloque 23 fueron sacadas», recuerda la doctora Katarzyna Lanieweska. «No sé qué habrán hecho con ellas». Su colega Ella Lingens-Reiner confirma que «después de tres semanas, la familia desapareció de repente. Estábamos convencidas de que las habían gaseado». Otro doctor, Sigmond Hirsch, un radiólogo judío-francés y miembro de la Resistencia, recuerda que los experimentos habían concluido y que los enanos fueron enviados a las cámaras de gas. Ciertos presos por completo extraños para los enanos y que solo los vieron brevemente cómo Maria Gasirowska, una anciana del bloque en el campamento de mujeres, se dio cuenta de que «habían desaparecido tras un periodo corto de tiempo, como de dos meses. Tras su

desaparición, que atrajo la atención de todos, corrió la noticia en el campo de que habían sido gaseados. La noticia venía de los trabajadores del crematorio».

Uno de ellos era el *Sonderkommando* Philip Müller: «Lo único que vi de los enanos fue cómo los ejecutaban. Él (Mengele) mató a la mayoría, o los hizo matar, para realizar las autopsias de sus cuerpos». Maria Halina Zombirt, quien había sido la trabajadora encargada del registro de enfermos, testificó para la fiscalía de Frankfurt que ella se «había encontrado con un grupo de diez enanos húngaros, quienes me dijeron que eran una familia que actuaba en un restaurante. Cuando uno de ellos murió, su esqueleto fue preparado y removido y enviado a un museo en Berlín».

Dos sobrevivientes llegaron lejos y describieron la muerte de los enanos con gran y espantoso detalle. Sara Nomberg-Przytyk recuerda a Mengele dando la orden para que el pequeño Shimshon fuera llevado a su gabinete médico. Cuando Mengele terminó con el bebé cerró con llave la puerta tras de sí y se marchó. Después, como lo cuenta Nomberg-Przytyk, llegó Leah Ovitz y descubrió la terrible escena: ella

tomó al niño medio muerto y entró en un loco frenesí de dolor. No había quedado ni una gota de sangre en su carita. «Morirá. Tiene que morir», dijo, ahogada en lágrimas. Por la noche el pequeño murió. No había vuelto a estar consciente. En la pequeña habitación, sobre la mesita, yacía el niño. A su alrededor, como pilares de piedra, permanecían paradas una mujer grande y la madre del niño, delgada y frágil; las tres enanas sentadas sobre sillas miniatura. No lloraron. Todas estaban aterradas de la tortuosa muerte que les esperaba.

Por la tarde, continúa el testimonio, el niño muerto fue puesto fuera del bloque junto con los otros cuerpos que serían llevados al crematorio. Nomberg-Przytyk también dice haber sido testigo de la terrible muerte de Avram Ovitz: «El viejo enano quería a su mujer», e intentó escabullirse por entre el alambrado; un guardia lo divisó y cuando Avram estuvo a tiro, le disparó. «Nunca llegó a ver su esposa».

Pero el pequeño Shimshon no murió sobre la mesa de operaciones de Mengele, pues sobrevivió a Birkenau. De igual manera a su tío Avram no le dispararon y vivió para ver el día de la liberación. ¿Qué causó entonces que Nomberg-Przytyk cometiera esos errores tan básicos? Es muy probable que ella estuviera uniendo varios eventos al tiempo y le atribuyera a los enanos dos realidades comunes que pasaban a diario dentro del campo: la muerte de un niño en los brazos de su madre y el fusilamiento de presos que se acercaban a la cerca electrificada.

De manera parecida, la cantante Fania Fenélon sostiene en *Playing for Time*, que justo después del concierto, «el guapo doctor fue visto cruzando el campo, seguido por su alegre y chillón ejército de enanos». Ella describe a Mengele como un flautista de Hamelín que marcha orgulloso al frente, con los enanos —felices, seguros y en apariencia despreocupados— caminando detrás de él. «¿Quién podría soñar con exterminar a esas criaturitas, siempre alegres y festivas? Mengele se ríe con ellos, parece muy divertido, él —tan enorme, dirigiendo a los pequeños». Fenélon entonces reporta que Mengele regresó luego solo, con las manos en los

bolsillos. Cierra su relato con las palabras con las que finaliza la ópera *Pagliacci* de Leoncavallo: «*La Commedia e Finita!*».

Un recuerdo similar fue expuesto por Renee Firestone, una sobreviviente de Auschwitz-Birkenau: «Los alemanes encontraron una comunidad de enanos, los transportaron a Auschwitz, los fusilaron en masa y luego los dejaron en una pila durante tres días hasta que se los llevaron a los crematorios». De todas formas, el asesinato masivo de enanos no solo fue registrado en la memoria de los sobrevivientes del campo. Ciertos documentos en los archivos de Auschwitz han llevado a los investigadores a concluir que Mengele mató a once enanas el 7 de diciembre de 1944.

En la «Lista de mano de obra» del 5 de diciembre de 1944, bajo el encabezado «Enfermos e incapacitados para el trabajo», aparece por primera vez una nueva categoría: *Zwerge*. Indica que dieciséis enanas fueron transferidas al campamento de mujeres de BIIe. Antes había sido el campamento de los gitanos, pero estaba vacío desde la exterminación de todos sus inquilinos en agosto. El traslado fue parte de la reacomodación de Birkenau. Las prisioneras estaban siendo trasladadas a menos barracas, pues el campamento de mujeres había sido liquidado. Las prisioneras sanas eran transferidas a BIIb, mientras que las enfermas, las mellizas y las enanas, eran enviadas a BIIe. Tres días después, el número de enanas que aparecían en la lista cayó de dieciséis a cinco; la lista no indica el destino de las once que faltan.

Muchos investigadores han intentado descifrar los horrores detrás de los números. «Es probable que hayan muerto el día anterior como resultado de los experimentos que realizó sobre ellos el doctor Mengele de la SS», concluye Danuta Czech, en su extenso estudio sobre Auschwitz. Si bien cualquier tipo de muerte era posible en el macabro mundo de Auschwitz-Birkenau, era también muy improbable que Mengele eliminara arbitrariamente y de un tajo a once de sus cuidadas y protegidas enanas antes de terminar su trabajo con ellas. Aún más, consideraba a la autopsia de vital importancia para sus investigaciones y habría estado muy al tanto si el doctor Nyiszli no se las hubiera podido arreglar con once cuerpos en cualquier forma rigurosa o productiva.

Había dieciséis mujeres dentro del grupo de los Lilliput: las cinco hermanas enanas Ovitz; sus dos hermanas de tamaño promedio; la esposa de Avram y su hija de ocho años; la prima Regina; Haia Slomowitz y sus tres hijas; Bassie Fischman y su madre. Mengele las consideraba parte de una extensa familia y por eso las mudó a todas a nuevas habitaciones en Birkenau.

Como es evidente, y contrario a las conclusiones a las que llegaron los historiadores del campo, las once mujeres no murieron. Las dieciséis sobrevivieron para ver el fin de la guerra y emigraron a Israel o a los Estados Unidos.

De hecho, parecería que la desaparición de las once fue solo un error burocrático. Cuando las dieciséis mujeres del grupo de los Lilliput llegaron a su nueva barraca, fueron debidamente registradas en los registros del campo como enanas, de acuerdo con la nota de transferencia de Mengele. Pero durante un recuento que hubo tres días después, los oficiales de la BIIe se dieron cuenta de que solo cinco de las mujeres eran enanas, por lo que las otras once mujeres de tamaño normal y las jóvenes fueron eliminadas de la categoría de *Zwerge*. A pesar de que ya no aparecían en la misma columna dentro de la lista, siguieron viviendo en la misma habitación que las enanas.

Siendo este el caso, ¿por qué existen tantos testimonios que hablan sobre sus brutales

asesinatos colectivos? Una respuesta plausible podría ser que los sobrevivientes de Birkenau, quienes veían su propia liberación como milagrosa, encontrarán muy improbable la posibilidad de que alguien tan indefenso como un enano pudiera sobrevivir. Sumado a eso está el hecho de que los Lilliput fueron transferidos en numerosas ocasiones de un lado a otro del campo, lo que hacía que sus compañeros de prisión dejaran de estar en contacto con ellos, y en Auschwitz, dejar de ver a alguien, solo podía significar una cosa.

* * *

La nueva barraca del grupo de mujeres estaba mucho más cerca de la enfermería de hombres, donde estaban ubicados sus seres queridos.

A pesar de que las festividades judías eran reservadas para las matanzas masivas, la víspera de la Navidad de 1944 fue relativamente pacífica; un respiro momentáneo en medio del horror. Elizabeth Ovitz, escoltada por su hermana alta Sarah, fueron a desearle una felices navidades a los trabajadores de la cocina. A su regreso las detuvieron dos oficiales de la SS, quienes se llevaron a un cuarto a Elizabeth mientras Sarah, en pánico, esperaba afuera. Los oficiales subieron a Elizabeth sobre una silla y le exigieron que los entretuviera. Las canciones de Elizabeth le ganaron una lluvia de dulces envueltos en celofán, un trozo de salami y un poco de margarina, que llevó para compartir con su familia. Las festividades navideñas tenían lugar en varias partes del campo. La doctora Lucy Adelsberger recuerda haber visto desde atrás de las rejas una fiesta en la enfermería de hombres:

A los médicos y a las enfermeras se les permitió pegarse unos bailes al ritmo de un grupo de *jazz*. Era una interpretación al aire libre sobre el área con hierba cerca de los alambrados. Las mujeres se apretujaban al otro lado de la reja mientras gritaban «¡Bravo!» y aplaudían hasta romperse las palmas. El programa era bueno, nada estaba prohibido y ningún centinela le disparó a la multitud.

La experiencia de Salomon Malik, en ese entonces un mellizo de catorce años, fue incluso más extravagante:

Fui a una fiesta de Navidad en un amplio salón del campamento *Kanada*, cerca de los crematorios. Era solo para los funcionarios del campo, pero nuestra *kapo*, *Frau Schmidt*, me llevó con ella. Había comida en abundancia, bebida, música y baile. Era un espectáculo completo: alguien levantaba una mesa con los dientes, los payasos divertían al público con sus trucos. Recuerdo que uno de ellos cabalgaba un palo de escoba y ponía huevos, para los vítores de los espectadores. Los Lilliputs eran parte del programa. No recuerdo cuántos de ellos había, pero cantaron y tocaron con sus instrumentos diminutos.

Para los juerguistas, todos ellos «arios», el futuro era poco prometedor. Los rusos se acercaban y el ejército alemán estaba trabado en batallas desesperadas. Pero en el campo, la orquesta seguía tocando.

QUINCE

Auschwitz-Birkenau, enero de 1945

Para el verano de 1944 el ejército rojo ya se encontraba a casi doscientos kilómetros de Auschwitz. Solo cuatro meses después —y decenas de miles de víctimas más— los rusos se convirtieron en una amenaza real para la SS dentro del campo de la muerte. Cuando el tronar de los cañones se hizo cada vez más audible, la intranquilidad de los presos aumentó. «Siempre estábamos temerosos de que los nazis nos mataran, a los prisioneros viejos, tan pronto el frente oriental se acercara a Birkenau, pues habíamos sido testigos de todos sus crímenes», comenta en su libro *The Death Factory*, Erich Kulka, un sobreviviente e historiador. El avance sostenido de las fuerzas aliadas aceleró la supresión de los campos de concentración y los centros de exterminio por parte del Tercer Reich. Uno a uno fueron demolidos. Auschwitz-Birkenau, la fábrica de la muerte más grande de todas, fue la última de la fila. Para cubrir sus crímenes inimaginables, los crematorios fueron dinamitados. Los pozos, en los que incontables cuerpos habían sido incinerados, fueron rellenados y cubiertos con tierra. Los edificios y oficinas fueron borrados, las barracas de madera desmanteladas; los materiales de construcción y el mobiliario fueron enviados al corazón de Alemania.

En enero todos los miembros capacitados del grupo de los Lilliput fueron reclutados para la tarea. Sarah Ovitz, quien había estado alimentando los pozos con los cuerpos al lado del *Leichenkommando*, fue asignada para ayudar en el desmantelamiento de las barracas. Si su antiguo trabajo había sido emocionalmente extenuante —seguía visualizando su propio cuerpo que colgaba inerte de la carreta de la muerte que ella misma tiraba—, por lo menos en su nueva tarea podía fantasear con la idea de poder atravesar el infierno en el que vivía. Slomowitz y sus tres hijos habían sido transferidos en el ínterin al depósito *Kanada*, donde empacaban frenéticamente zapatos, gafas, ropa, juguetes e innumerables tesoros familiares que debían ser enviados a Alemania.

La máquina de guerra nazi se sentía reacia a perder la enorme fuerza de esclavos que había reunido en Auschwitz. Para seguir explotándola, la SS implementó una evacuación masiva. En un periodo de cinco días, 58.000 prisioneros fueron puestos en marcha, a pie, bajo la densa nieve, rumbo a la estación de tren ubicada a unos veinticinco kilómetros. De allí eran transportados en vagones abiertos a los campos de concentración de la alta y la baja Silesia.

En dos ocasiones Mengele había salvado a Dina Gottliebová de las selecciones, pues requería de sus habilidades como ilustradora. Con los experimentos llegando a su fin la necesitaba cada vez menos, por lo que la dejó a su suerte. Dina y su madre se encontraban entre aquellas destinadas a la que era llamada con propiedad «la marcha de la muerte», pues su destino era incierto y aquellos que no podían sostener el paso eran simplemente asesinados por la SS al instante. Así de simple. Madre e hija saciaban su sed chupando pedazos de nieve, hasta que lograron llegar a Ravensbrück.

Mordechai Slomowitz recuerda la marcha de la muerte:

Todos estábamos de pie para el *Appell* cuando un oficial gritó: «¡Todos los que puedan marchar cincuenta kilómetros den un paso al frente! Varios hombres y muchachos lo hicieron, formando un grupo. “¿Quién puede marchar cuarenta? ¿Treinta? ¿Veinte?”. Así fue que uno a uno, hasta completar la barraca, incluyendo los frágiles y adoloridos, fueron separados en grupos que comenzaron a caminar hacia lo desconocido. Físicamente nuestra familia podía llevar a cabo el viaje, pero padre no quiso abandonar a los enanos.

»¿Pueden marchar cinco kilómetros?» preguntó el oficial. Simon Slomowitz miró a los dos enanos Ovitz. Los hermanos intercambiaron miradas y Avram, el mayor, asintió. «Podemos hacerlo», dijo Slomowitz. Era evidente que los enanos no podían siquiera caminar cien metros, en particular sobre la nieve espesa. Igual de obvio era el deseo urgente por salir de Birkenau a toda prisa. Cinco kilómetros era la distancia que había desde Birkenau hasta el campamento principal de Auschwitz. Los hombres conjeturaban que si todo Birkenau estaba siendo liquidado, Auschwitz debería ser el punto de encuentro con sus mujeres.

Simon y su hijo comenzaron a buscar un medio para transportar a los enanos. Junto a la barraca de la cocina encontraron una carreta que había sido utilizada para distribuir el pan y para disponer de los muertos. Subieron a Avram y a Micki a la carreta y los envolvieron con mantas. Entonces Slomowitz y sus tres hijos comenzaron a empujarla fuera del campo. Los campos estaban enterrados en la nieve y un denso manto de niebla les impedía ver más allá de sus manos. Para marcar el camino solo tenían las huellas de los rebaños de prisioneros que se habían aventurado antes que ellos, junto con algunos cadáveres dispersos. No habían avanzado trecientos metros cuando la pesada carreta de madera se volcó. No podían continuar. «No tiene sentido. Nos vamos a congelar hasta la muerte aquí», dijo Simon Slomowitz. «Si vamos a morir, muramos en nuestra literas, no como perros en los campos». Arrancaron la carreta de la nieve y regresaron. En medio del desorden que prevalecía en Birkenau, donde la disciplina entre los guardias de la SS se había vuelto laxa, lograron acomodarse de nuevo en paz en su barraca. Se preguntaron dónde estaría Mengele y si podría ayudarlos. A diferencia de otros médicos de la SS, había continuado con sus investigaciones hasta el último momento, pero no lo habían visto desde hacía varios días.

Hasta la evacuación Martina Puzyna trabajó principalmente en una barraca especial dentro del antiguo campamento gitano. «La información escrita sobre las mediciones se guardaba allí.

Recuerdo bien que el doctor Mengele apareció en enero de 1945, varios días antes de la evacuación, y en silencio y como si fuera un salvaje empacó sus registros y los preparó para ser transportados». Ella estuvo de pie al lado, observando, pues no permitía que nadie le ayudara. Rojo por el esfuerzo, llenó dos baúles con instrumentos, diapositivas y especímenes. Extrajo los documentos esenciales mientras hojeaba con frenesí los archivos de un gabinete inmenso. Luego embutió todo dentro de su automóvil y partió. Era el 17 de enero de 1945.

A medianoche los oficiales de la SS le ordenaron a todos los médicos-prisioneros que habían trabajado con Mengele que recogieran los documentos que quedaban. «En menos de una hora reunieron los documentos enfrente de las oficinas del cuartel. Fueron amontonados sobre la tierra y alcanzaron a convertirse en un montículo considerable. Un guardia de la SS les prendió fuego», recuerda Olga Lengyel en sus memorias. Perla completa ese recuerdo:

Nadie sabía que el doctor Mengele se había ido para siempre, nos tomó varios días darnos cuenta de que no le veríamos más. A lo largo de los meses que le conocimos siempre nos prometió: «Cuando me vaya a otro sitio los llevaré conmigo». Cuando el campo fue derribado esperamos en nuestra habitación a que llegara, pero no mantuvo su palabra. Cuando huyó lo único que se llevó consigo fueron nuestros papeles, que eran más importantes que nosotros para él.

El 18 de enero de 1945 la SS evacuó de Auschwitz-Birkenau a 5.300 mujeres y niños, entre quienes se encontraban docenas de mellizos guiados por Zvi Spiegel. Sin embargo, los Lilliputs se quedaron atrás junto con los pocos miles de presos que, demasiado enfermos para moverse, permanecieron en las entonces desoladas barracas. «Un número de fuentes indican que la SS planeó liquidarlos, no solo por ser testigos de sus crímenes, sino por ser una carga indeseada», concluye el investigador polaco Andrzej Strzelecki. En resumen, el campo había dejado de funcionar. No había comida de ningún tipo. Los prisioneros estaban entonces a la merced y al capricho de un pequeño y nervioso grupo de la SS que pasaba la mayor parte de su tiempo saqueando los depósitos y disparándole por placer a la gente. Setecientos prisioneros fueron asesinados durante los días finales del campo. Más de doscientos de ellos fueron encerrados en una barraca y quemados vivos.

Una noche durante la conmoción, Avram y Micki, junto con Simon y sus tres hijos, salieron furtivamente de la enfermería de hombres y se metieron en el campamento de mujeres, donde encontraron a sus familias. En los días siguientes, cada vez que se acercaba alguno de los guardias de la SS que aún quedaban, los seis hombres corrían a esconderse. Pasaron la mayor parte del tiempo orando, recitando salmos e implorándole a Dios que los liberara. Al igual que otros prisioneros dentro del entonces desierto campo, saquearon la cocina y las despensas, y por primera vez en muchos meses satisficieron su hambre con una comida caliente preparada por las mujeres Lilliput.

La «atmósfera misteriosa» de los últimos días de Auschwitz está grabada en la memoria de Kalman Bar On.

El activo y densamente poblado campo quedó desolado, en medio de un silencio sospechoso. Grandes hogueras consumían lo que quedaba en el depósito *Kanada*. Se podían oír explosiones al igual que edificios colapsando. Estábamos en tierra de nadie; sin guardias de la SS en la mayoría de las torretas, pero el alambre de púas de la cerca exterior todavía estaba electrificado y no podíamos escapar. De tiempo en tiempo, y de la nada, entraban como una tromba a la barraca los soldados que ordenaban a todo el mundo salir para luego dispararles. Un día hicieron un *Appell* en el que nos anunciaban que a la mañana siguiente, a las diez, nos llevarían fuera del campo. Pude oler la trampa y supe que su intención era dispararnos en el momento que cruzáramos las puertas. Incluso si nos dejaran marchar, sería muy difícil que sobreviviéramos. Me quedé al lado de mi tío Ludovit Feld, pues sabía que él no lo lograría con sus piernas diminutas y su cuerpo débil. No quería dejarlo y no sabía qué hacer.

«Hijo, no nos vamos a ninguna parte», dijo Feld, convenciendo no solo a Kalman sino a otros catorce mellizos adolescentes que aún quedaban en la barraca. Se cubrieron con mantas y durante diez días se quedaron inmóviles, sobre el suelo congelado, debajo de la litera más baja. Solo tenían migajas para comer y no podían salir para hacer sus necesidades por temor a la SS.

«Por primera vez en mi vida me atreví a desobedecer una orden de la SS», anota Kalman Bar On.

Era una sensación extraña. Temía sus represalias si nos encontraban, pero estaba feliz de estar tomando mi destino en mis propias manos. Aquellos que salieron del campo creían que se estaban salvando. Pero muchos de ellos, incluida mi pobre madre, caminaron a su muerte. Nos salvamos quienes decidimos seguir el consejo de un sabio e ingenioso enano que no podía moverse y no quería quedarse solo.

Durante los últimos días de enero en Auschwitz los cañones rusos tronaban cada vez más cerca, los aeroplanos estadounidenses zumbaban sobre las cabezas y los guardias alemanes entraron en pánico. La libertad se sentía en el aire. Los Lilliputs rezaban con fervor para no morir por cuenta del fuego enemigo o amigo en el último momento. Por la noche dormían con sus ropas puestas; uno de ellos siempre hacía guardia.

El sábado 27 de enero, alrededor de las tres de la tarde, las primeras tropas de reconocimiento del ejército rojo entraron en Birkenau. Los 5.800 prisioneros que quedaban estaban muy exhaustos como para saludarlas. De acuerdo con el calendario judío era el Shabbat Shira, el día de la lectura anual de la «Canción del mar» del libro del Éxodo —la elegía en la que Moisés y los hijos de Israel le agradecen a Dios por haber ahogado al faraón y su ejército en el mar Rojo—. «Todos sentíamos la mano de Dios que nos redimía en el sábado que conmemoraba el milagro de la liberación de nuestros ancestros de una muerte segura. Pero no fuimos tan afortunados como para ser liberados por los americanos. En cambio nos tocaron los rusos».

La *troupe* de Lilliput había actuado ante soldados húngaros y alemanes; entonces tenían una nueva audiencia, los jubilados soldados rusos que se reunían en la barraca y miraban embobados a

los siete enanos. Los rusos traían vodka y no tuvieron que hacerse rogar, los Ovitz estaban felices de tomarlo. Utilizaron algunas ollas de la cocina como tambores, sobre las que Micki y Elizabeth tocaron sus ritmos con cucharas de palo. La fiesta duró toda la noche y los Lilliputs cantaron una y otra vez las pocas canciones rusas que tenían en su repertorio. «En medio de la celebración estaba llena de miedo», recuerda Regina Ovitz.

Los soldados rusos entraban todo el tiempo en nuestra habitación, siempre borrachos, y no me gustaba la manera en que se nos quedaban mirando. Cada vez que sus pisadas sonaban más duro, nosotras, las tres chicas, nos trepábamos a la litera más alta. Nos quedábamos quietas como ratones hasta que se iban. No confiaba en ellos; me hacían sentir amenazada.

Los veintitrés miembros del grupo de Lilliput fueron examinados por los médicos rusos, quienes los encontraron en un mejor estado de salud que el resto de los sobrevivientes; ninguno de ellos necesitaba ir a un hospital.

«¿Cuántos enanos como ustedes había en el campo?», le preguntó a Ludovit Feld el teniente Misivrov de la oficina del fiscal militar del ejército rojo, quien estaba allí para reunir evidencias. «Donde yo estaba en Birkenau había diez liliputienses. Cinco hombres y cinco mujeres». «¿Cómo los trataban los médicos y la SS?». «Los doctores nos trataban bien pero los SS se reían de nosotros, aunque nunca nos pegaron. Cada vez que hacían selecciones nos dejaban con vida».

Este testimonio de marzo de 1945 es la evidencia más temprana registrada con relación a las investigaciones de Mengele con enanos. También establece su número preciso: diez. Sin embargo, esta no es una cifra con la que están de acuerdo los investigadores y los sobrevivientes. La doctora Gisella Perl, por ejemplo, indica en su libro que «una de esas barracas albergaba a las mascotas del doctor Mengele, enanos judíos polacos y húngaros, unos cuarenta de ellos, algunos solos, otros con todas sus familias». Algunos estudios ponen esa cifra por encima de cien. De todas maneras solo había siete enanos en el grupo de los Lilliputs y los Ovitz insisten en que solamente había otros tres enanos además de ellos.

Este número de diez es respaldado por los archivos que sobrevivieron de Auschwitz: entre mayo de 1944 y enero de 1945, listados bajo la categoría de *Zwerge* están los nombres y los números del campo de los Ovitz, Ludovit Feld, Arthur Seligsohn y el relojero de Budapest.

Arthur Seligsohn, de Breslavia, fue transportado primero a Theresienstadt y luego, en mayo de 1944, a Auschwitz-Birkenau. Fue el prisionero A-1199. Debido a su discapacidad, Mengele transfirió al enano de cincuenta y seis años del campo familiar checo a la clínica de hombres, donde vivió con los enanos. Así se salvó del destino que les esperaba a los otros judíos checos cuando su campo fue liquidado. De acuerdo con la Cruz Roja, Arthur Seligsohn estaba vivo y coleando en Grüssau, Polonia, en julio de 1948.

Nadie sabe el número de enanos quienes, al igual que Lya Graf y Julia Katan, llegaron a Auschwitz-Birkenau antes de que estuviera allí Mengele y que fueron enviados a una muerte inmediata. Es también difícil determinar cuántos enanos llegaron al campo y no lograron atrapar la atención de Mengele, por lo que fueron sistemáticamente exterminados.

El escrutinio cerrado de 159 fotografías tomadas por los hombres de la SS Ernst Hofmann y Bernhard Walter durante las selecciones de los judíos-húngaros en mayo y junio de 1944 —una colección conocida como el «álbum de Auschwitz»— muestra al menos otros tres enanos sobre la rampa: dos de ellos viejos, uno un adolescente. El adolescente, a las claras deforme y demasiado débil como para pararse sobre sus pies, está reclinado sobre una silla de mimbre que trajo de casa. Estos tres enanos sin nombre fueron asesinados unas pocas horas después de ser fotografiados; sin duda Mengele no los encontró del todo interesantes para sus investigaciones.

Cuando los decretos antijudíos fueron impuestos sobre Hungría en 1940, el famoso enano de cincuenta y nueve años Zoltan Hirsch, fue expulsado del circo. Poco después fue arrestado por portar una estrella amarilla que no cumplía con los requerimientos de los nazis: era muy pequeña. Su defensa —que el distintivo era proporcional a su tamaño—, no convenció a las autoridades. Fue encarcelado y luego enviado a Auschwitz con los judíos de Budapest. De acuerdo con Gjorgi Szilagyi, quien había dirigido una aldea de enanos en Budapest, el célebre Zoli fue convertido en el portero del campo. Este enano extraordinario, quien había recorrido el mundo como el favorito de reyes y hombres de Estado, fue reducido a ser el hazmerreír de la SS. Día tras día, disfrazado con uniformes espectaculares, se paraba a las puertas del campo y saludaba a los nazis mientras iban y venían. Este servicio no lo salvó de las cámaras de gas. Conmovedora y extrañamente, Zoltan Hirsch ha sido inmortalizado como un objeto de coleccionista: el Roli Zoli, un payaso de cuerda y de hojalata que monta un monopatín.

* * *

Cuando escapó de Birkenau, Mengele viajó a Berlín para un breve encuentro con el profesor Von Verschuer en el Instituto Kaiser Wilhelm. Al parecer quería discutir la posibilidad de regresar al instituto para continuar con su trabajo sobre el material que había recolectado en Auschwitz. Mientras tanto, tenía que reportarse al campo de concentración Gross-Rosen de Silesia. Siempre había querido ser famoso y estaba determinado a pasar a las páginas de la historia como un pionero y un innovador. Sus investigaciones con los enanos no eran un tema marginal de curiosidad científica.

Mengele perdió en su competencia con Hans Grebe. Para la década de 1950 los científicos habían comenzado a hacer taxonomías de los diferentes tipos de enanismo. En 1952 Hans Grebe, entonces un científico celebrado y distinguido, publicó sus artículos sobre una rara forma de enanismo de miembros muy cortos, para el que prestó su nombre: el término diagnóstico «síndrome de Grebe» se utiliza todavía en la actualidad. Grebe identificó el síndrome tras estudiar un par de hermanas brasileñas, de siete y once años. Mengele tenía a su disposición una familia entera, siete de ellos enanos. Si hubiera tenido el tiempo para continuar con sus investigaciones, habría podido también identificar el tipo de enanismo de los Ovitz, que llevaría su nombre en su honor. Pero no lo hizo y el crédito se lo llevaron Maroteaux y Lamy, dos médicos franceses que lo definieron en 1959. Lo llamaron «pseudocondroplasia».

Los médicos-prisioneros que trabajaron con Mengele conjeturaban que él aspiraba a descubrir algo parecido a un «código genético» para el enanismo. Pero esa fue su ilusión. Pasarían

décadas antes de que la ciencia alcanzara el conocimiento necesario para ello. Lo que Mengele buscaba brutal y fútilmente en 1944 fue encontrado en 1995 por una científica judía, la profesora Jacqueline Hecht de la Universidad de Texas.

DIECISÉIS

En el camino, 1945

Bajo la «Solución final», comunidades enteras de judíos, amplias familias con cuarenta o cincuenta miembros, fueron embutidas en vagones de ganado para ser transportadas a los campos de la muerte nazis. Nueve de cada diez personas que llegaban a Auschwitz-Birkenau fueron enviadas directamente a las cámaras de gas. Algunas mujeres y hombres con cuerpos sanos, por lo general entre las edades de quince y treinta y cinco, servían de esclavos, un intervalo tortuoso antes de la muerte. Era raro que una persona de una familia sobreviviera, por no decir dos. Los Ovitz y los Slomowitz fueron las únicas familias deportadas que llegaron a Auschwitz y salieron de allí con todos sus miembros ilesos, tanto el más joven, de solo dieciocho meses, como el más viejo, de cincuenta y ocho años.

Los Ovitz habían sido doblemente malditos por las políticas raciales nazis: considerados indignos de vivir por cuenta de ser judíos y por sus discapacidades. Fueron deportados a los campos de la muerte por ser judíos, pero ser enanos les salvó la vida. En una ideología que alababa la supervivencia del más apto, ellos probaron lo contrario.

El día que siguió a la liberación, un equipo de cine del ejército ruso llegó al campo. Se habían perdido el momento histórico y por eso habían decidido ponerlo en escena. Los niños siempre intensifican lo conmovedor en una historia de guerra, por lo que el capitán Alexander Vorontsov, también camarógrafo, detuvo a un grupo de los mellizos de Mengele que abandonaban el campo. Poco satisfecho con sus ropas improvisadas y al azar, los hizo cambiarse y les puso los uniformes rayados de prisionero.

En su búsqueda por una locación dramática, Vorontsov encontró un camino estrecho que corría entre dos cercas con alambre de púas. Hizo que otro camarógrafo se trepara a una torreta para tener la visión de un pájaro. A lo largo del camino, acompañados por monjas y enfermeras, los niños con sus uniformes a rayas desfilaban una y otra vez; a una señal del director se detenían y se remangaban para mostrarle sus antebrazos tatuados con números a la cámara. Extractos de esta película son proyectados cada media hora en el museo estatal de Auschwitz. A primera vista es difícil ver la cara con gafas y la pequeña figura de Ludovit Feld, de cuarenta años, entre los niños que marchan.

Al desamparo de Feld no le había quedado otra opción más que quedarse con los mellizos de

Mengele, con quienes estuvo preso durante los ochos meses anteriores. «Cuando llegaron los rusos», recuerda Kalman Bar On,

le di mi mano al tío Ludovit y caminamos hasta Auschwitz atravesando la densa nieve. Lo dejé solo en uno de los edificios y comencé a buscar comida. Había un gran almacén con fideos y azúcar. Encontré una lata vacía, hice un fuego y cociné nuestra primera comida en libertad.

Pero los comandantes del 60º ejército del Primer frente ucraniano se anticiparon a la ofensiva de la Wehrmacht y le advirtieron a todos los que podían salir que no se quedaran atrás. Demasiado débil como para emprender el largo camino, Feld tuvo que permanecer en Auschwitz. Su sobrino Kalman se dirigió hacia Palestina.

Los veintitrés miembros del grupo de los Lilliput se habían finalmente reunido. Encontraron fuerza y seguridad en su número mientras se preparaban para el viaje de regreso a la aldea. Allí esperaban encontrarse con los esposos de Frieda, Elizabeth y Leah, quienes habían sido llevados dos años antes a campos de trabajo en Hungría. Regresarían a su hogar, encontrarían el dinero escondido y reanudarían sus vidas y carreras.

Simon y Mordechai Slomowitz corrieron a la cocina del campo; la carreta del pan todavía estaba donde la habían dejado. Los enanos y los niños pequeños, junto con las pocas pertenencias del grupo, fueron subidos a ella. Simon y su hijo desgarraron sábanas e hicieron tiras, las anudaron y amarraron una de las puntas a la carreta de cuatro ruedas. Atravesando la improvisada cuerda sobre sus espaldas y sosteniendo la otra punta, empezaron a jalarla fuera del campo. Sarah y Leah se turnaban para ayudar adelante, mientras que las otras mujeres empujaban la carreta por detrás. Para aligerar la carga, los niños luchaban al lado con la nieve resbalosa.

«Yo iba sentado entre mis tías y tíos, mirando cómo mi pobre madre iba enganchada a la carreta como si fuera un caballo humano», recuerda Shimshon Ovitz. Tras unos pocos kilómetros de tirar y empujar se detuvieron en un puente en ruinas. La Wehrmacht lo había volado para retrasar la ofensiva rusa. «No había manera de que pudiéramos deslizar la carreta con los enanos para cruzar el río congelado», explica la prima Regina Ovitz.

Los bajamos y Simon Slomowitz alzó a Avram, el más pesado de todos. Simon caminaba cautelosamente mientras nosotros mirábamos ansiosos cada paso dudoso que daba hasta que logró llevar a Avram a la otra orilla. Regresó por otro. Sarah cargó a una de sus hermanas y puesto que Micki era el más liviano, yo lo acuné en mis brazos y lo llevé como a un bebé hasta el otro lado. Yo tenía veinticuatro años, él era un hombre de treinta y cinco con menos de un metro de estatura, pero en ese momento no me sentí avergonzada. Era lo menos que podía hacer para corresponder a los enanos por haberme salvado la vida.

Este incidente tomaría un viso ambivalente para ella meses después, cuando los Ovitz expresaran la esperanza de que ella se convirtiera en la esposa de Micki.

Cuando todos estuvieron a salvo en la otra orilla, Slomowitz y su hijo regresaron y cruzaron de nuevo el río para recuperar la carreta. Entonces el grupo reanudó el viaje. Prosiguieron a la velocidad de un caracol, luchando contra los caminos embarrados y su propia desorientación. No tenían la menor idea de si viajaban por una zona liberada por los rusos o si se habían perdido detrás de las líneas alemanas. En cada encrucijada se detenían a descansar y a sostener unos largos y acalorados debates sobre hacia dónde debían girar a continuación. Cada vehículo del ejército rojo que pasaba representaba una amenaza de robo, de humillación, de abuso o de ridículo, pues los caballos humanos que tiraban de la carreta cargada con enanos divertía a los rusos. Los conductores tocaban sus bocinas con alegría y los soldados, levantándose de sus puestos, los saludaban y les arrojaban pan y vodka.

Conmovido por la difícil situación de los refugiados, un oficial les dio un caballo para que tirase de la carreta. También los dirigió hacia el sureste, hacia Cracovia, la ciudad más grande de la zona, donde esperaban encontrar un tren e iniciar el largo camino a casa, a Rumania. Cuando la carreta comenzó a zigzaguear errática, descubrieron que el caballo regalado era ciego de un ojo. Y mientras cruzaban las ruinas de esos pueblos polacos demolidos se dieron cuenta de que no podían esperar que sus propias casas estuviesen intactas.

Ya era oscuro cuando llegaron a la desolada aldea de Zator. Cada sombra parecía amenazadora. Temían que los campesinos, por pura hostilidad contra los judíos que regresaban, pudieran matarlos; o que los degollaran mientras dormían y les robaran sus escasas pertenencias. Decidieron no entrar en la aldea y pasaron su primera noche en libertad en una granja desierta de las afueras. Al día siguiente se toparon con un soldado ruso que les sugirió que se dirigieran al norte, a la aldea de Babice y que de allí continuaran a Cracovia. Les tomó un día entero recorrer los diez kilómetros que los separaban de Babice. Regina Ovitz recuerda:

Los soldados rusos sobrepasaban en número a los campesinos polacos. Nos invitaron a su campamento y nos prometieron comida. Teniendo en cuenta que yo había estado en Auschwitz, todavía era guapa y atractiva y ellos eran notorios por su comportamiento hacia las mujeres, evadí su oferta y sus súplicas, y Bassie y Elizabeth fueron a conseguir comida para todos. Por primera vez en mi vida comí de un plato plástico.

Las noticias de que una compañía de enanos estaba en la aldea volaron como reguero de pólvora. Pronto fueron llamados a los cuarteles locales del ejército ruso. Les sirvieron montañas de comida. Tras meses de casi morir de inanición tenían que resistirse a devorar la comida para no sobrecargar sus encogidos estómagos y así poner en peligro sus vidas.

En la mañana se despidieron de su caballo medio ciego y se montaron en un camión militar. Cuando llegaron a Kraków los rusos los ubicaron en un hotel cercano a la plaza central, Rynek Glowny, que previamente había sido confiscado por la SS.

Los rusos nos trataron bien y atendieron todas nuestras necesidades. Organizaron un baile en honor de la victoria y nos invitaron a cantar y a actuar. Había transcurrido un año desde nuestro último concierto, pero no habíamos perdido el estilo y nos aplaudieron con fervor. De ahí en adelante y durante nuestra estadía en Cracovia, actuamos para ellos en cada cumpleaños o día feriado. Uno de los oficiales intentó tentarnos con una oferta para hacer un *tour* por Rusia con un amigo suyo, un empresario de Moscú. La declinamos con amabilidad, pues nuestros corazones añoraban el hogar.

Relajaron los rigurosos instintos de supervivencia que los habían sostenido en Auschwitz y se rindieron a las alegrías de Cracovia. La ciudad se había escapado de ser destruida y guardaba su esplendor. Disfrutaban de la hospitalidad rusa y se sintieron alagados de que los buscaran de nuevo. La ciudad restauró sus espíritus y su cordura, por lo que retrasaron su partida, inconscientes de que mientras las semanas pasaban perdían su libertad de movimiento e independencia a la misma velocidad que el ejército ruso cerraba su influencia sobre la región.

Y entonces, varados en el hotel por días sin fin y sin nada que hacer, finalmente se quebraron. «Los horripilantes recuerdos que habíamos suprimido salieron a flote y nos golpearon», dice Mordechai Slomowitz.

Hablábamos sin freno y sin parar sobre el infierno que había sido Auschwitz. Allí nos acostumbramos a ver gente arder y nos enconchamos para no ver lo que nos rodeaba. No habíamos compartido nuestra conmoción ni nuestros temores; no habíamos llorado nunca, pues eso nos habría debilitado aún más. En ese momento, en la seguridad de Cracovia, hablamos compulsivamente, sin omitir ninguno de los terribles detalles. Lloramos a menudo, lo que nos dejó con una sensación de agotamiento.

Cuando el grupo estuvo al fin listo para continuar, se dio cuenta de su considerable número, una ventaja dentro del campo, pero entonces una carga. Encontrar transporte para veintitrés personas, por no hablar de comida o techo, complicaba cada movimiento. Los caminos ya estaban atestados con refugiados, algunos perdidos y vagando sin rumbo, otros luchando por encontrar su camino a casa. Para rematar, a los Ovitz les dieron un mal consejo: que fueran hacia el oeste, a Katowice, y que de allí tomaran un tren que los llevara a Rumania.

Era la Pascua de abril de 1945 cuando Solomon Malik, el mellizo de catorce años que había vivido con los Lilliput en la barraca experimental, volvió a ver a los enanos. Durante la liberación había estado enfermo con tifus y durante dos meses permaneció hospitalizado en Auschwitz. Una vez que se recuperó, caminó e hizo autoestop por más de cuarenta kilómetros hasta el campo de refugiados de Katowice, donde se llenó de alegría al descubrir a su hermana gemela y a sus dos hermanos mellizos de cuatro años. Los Ovitz estaban con ellos. Sin embargo, pronto el campo comenzó a moverse: «Los rusos sospechaban que muchos soldados alemanes se estuvieran librando de sus uniformes, adoptando una identidad judía y escondiendo entre los refugiados»,

recuerda Malik. «Era difícil determinar al instante quién era kosher y quién era un asesino. Entonces decidieron llevarnos a todos a Rusia para hacer allá la selección». Todo el campo fue llevado a la estación de trenes. Los Lilliputs estaban espantados de encontrarse de nuevo con vagones para ganado que los esperaban una vez más. Esta vez, empero, dejaron las puertas abiertas, se podía ver el paisaje y el aire fresco corría libre durante el largo viaje. Hubo paradas frecuentes para comer, al igual que para aliviarse en los bosques.

Viajaban con dirección este y, mientras pasaban las horas, los Ovitz comenzaron a encontrar el paisaje cada vez más y más familiar. El tren entró en la estación de Chernivsti y casi no pudieron contener la dicha. A solo unas pocas horas en auto de su amada aldea, Chernivsti siempre había sido una de las paradas favoritas cuando estaban de gira. Se habían presentado con frecuencia en la espléndida sala de conciertos *Fekete Sas* (El águila negra). Solo que entonces su destino era la escuela primaria de la ciudad, que se convertiría en su vivienda provisional. Podían caminar por la ciudad a su antojo, pero bajo ninguna circunstancia se les permitía ir a casa. Era el fin de la guerra, el 9 de mayo de 1945, y se encontraban en una situación extraña: en manos de los rusos, no estaban cautivos pero tampoco eran libres.

«Sabemos que buscan soldados de la SS. Ustedes no sospechan que seamos parte de eso, luego ¿por qué no nos dejan partir?». Los enanos le rogaban a todos los oficiales que se cruzaban por su camino. Los oficiales entendían, pero solo se encogían de hombros. «Los rusos nos dieron comida y todo lo que necesitábamos», recuerda Mordechai Slomowitz. «Pero después de todo estábamos viviendo en una ciudad y necesitábamos dinero. Micki y Elizabeth sugirieron que fuéramos al centro e hiciéramos un espectáculo al aire libre. Tomé un carro, los monté en él y los empujé por las calles como si fuera un cochecito de bebé».

Después de dos semanas todos los refugiados fueron enviados a la estación de trenes.

«Se van a casa», les dijeron. Avram Ovitz estaba escéptico: «Confíen en mí. Conozco el sitio como la palma de mi mano. Si el tren se detiene en la plataforma correcta, pronto veremos Rozavlea. Pero si se detiene en la izquierda, nos llevarán a Rusia». El tren estaba en la plataforma izquierda. Cuatro días después se encontraban en Slutsk, Bielorrusia.

El campamento era mucho más grande que el anterior y estaba dividido por nacionalidades. De acuerdo con Solomon Malik,

Había judíos y no judíos, rumanos, húngaros, polacos y gente de Francia. Incluso había un equipo de fútbol italiano completo que había venido a entretener a los soldados italianos en el frente hasta que se encontraron convertidos en prisioneros de guerra. Fui puesto a cargo de las despensas de la cocina de donde robaba botellas de licor, las diluía bastante con agua y hacía una fortuna vendiéndoselas a los italianos. Nuestro condado, Maramureş, había cambiado tan a menudo de manos, de Hungría a Rumania y de vuelta, que no sabíamos a quién le pertenecíamos ahora. Entonces Stalin tuvo un gesto de buena voluntad con el rey Michael de Rumania y le permitió a todos los soldados rumanos capturados regresar a casa. Corrimos a buscar al comandante del campo y le dijimos: «También nosotros somos rumanos». Era un tipo amable y nos dejó partir con los soldados.

Mientras el tren se acercaba a Sighet, el pueblo más cercano a su aldea, el grupo de los Lilliputs recogió sus maletas y se apuró a las puertas. El tren se detuvo, pero no se le permitió desembarcar a nadie. Todos tenían que continuar hasta la última parada, Arad, a 400 kilómetros de distancia, en los límites de Rumania. Incluso allí, los rusos, sospechosos de la presencia de hombres de la SS entre las víctimas, se rehusaron a dejar bajar a los pasajeros del tren.

Esa noche todos los sospechosos fueron reunidos y se les ordenó levantar el brazo izquierdo; la SS había tatuado el grupo sanguíneo de sus soldados debajo de la axila izquierda. Varios hombres fueron arrestados y enviados a Rusia. Fue solo a finales de agosto de 1945, siete meses después de la liberación de Auschwitz, que el grupo de los Lilliput quedó finalmente libre.

Cuando los veintitrés llegaron a Rozavlea, los Slomowitz regresaron a su casa y lo mismo hicieron Bassie Fischman y su madre.

Regina Ovitz, quien perdió a toda su familia en Auschwitz, no tenía adónde ir: se mudó a vivir con sus primos enanos.

La maleza entonces cubría las eras de flores y vegetales, las gallinas y los gansos ya no corrían por el patio, y las vacas habían desaparecido del establo. La casa, al menos desde afuera, parecía intacta. Pero la puerta había sido forzada y adentro solo quedaban los muebles diminutos, útiles solamente para los enanos. Los gruesos tapetes, las cortinas delgadas, los tapices hechos a mano, todo se había ido. Otros objetos habían sido cortados o destrozados. Todas las tablas del piso habían sido levantadas, quizás buscando oro y riquezas. Avram y Micki corrieron afuera, al patio, donde se encontraba el auto cubierto por el polvo. Algunas partes estaban dañadas y la pintura había sido raspada por los niños de la aldea quienes, al parecer, lo habían utilizado como patio de juegos. Parecía que nadie había intentado moverlo de lugar. Esperaron ansiosos hasta la medianoche para investigar el suelo debajo de él. Avram y Micki se arrastraron debajo del chasis y tantearon el piso hasta que encontraron un pequeño hueco. La jarra estaba allí, justo como la habían dejado, llena hasta el tope con sus joyas y monedas de oro.

Pronto llegaron malas noticias. Por unos refugiados judíos que regresaban de los campos, los Ovitz se enteraron de que su hermano Arie, junto con ocho de sus amigos, habían logrado escapar del campo de trabajo húngaro. Se escondieron en una granja desierta, pero una campesina los delató. A los nueve les dispararon en el acto. Devastados, los Ovitz luego se enteraron de la terrible suerte de la esposa de Arie, Magda, de su bebecita de cuatro meses y de los padres de ella, quienes fueron gaseados en Auschwitz. Más noticias funestas llegaron con un grupo de hombres que habían estado en un campo de esclavos en los Urales: Izo Edenburg, el marido de Frieda, había muerto de hambre. Y todavía no tenían noticias de los esposos de Elizabeth y de Leah.

DIECISIETE

Sighet-Amberes, 1945-1949

Seiscientos cincuenta judíos fueron arrebatados de Rozavlea en la primavera de 1944. Un año después solo cincuenta lograron regresar a su aldea natal.

Ojos llenos de resentimiento seguían a los sobrevivientes mientras recuperaban los muebles de las casas de los familiares muertos para volver a hacer habitables sus también saqueados hogares. En el año de su ausencia algunas casas fueron ocupadas por otros inquilinos rumanos y las autoridades parecían no tener la menor intención de sacarlos para beneficiar a sus dueños legales.

Simon Slomowitz volvió a clavar en su lugar las tablas del suelo; Sarah recogió las ollas y las sartenes esenciales; y todos estuvieron de acuerdo en que por un tiempo podían arreglárselas sin cortinas. Las noches cada vez eran más frías, sintieron gratitud al ver que la chimenea no había sufrido ningún daño. Prendieron una hoguera en el patio trasero y cada uno esperó con una pila de las ropas que habían llevado en Auschwitz. Primero Avram arrojó su abrigo y todos miraron cómo las llamas lo chamuscaban y lo devoraban. Luego fue Rozika y una vez que sus vestidos se disolvieron por completo, Franziska lanzó los suyos al fuego. Como si estuvieran participando de un antiguo ritual, los Ovitz permanecieron en silencio haciendo un círculo hasta que el último rastro —cada arruga, cada pluma, cada botón y cada parche— se transformaron en cenizas.

Al poco tiempo de regresar a Rozavlea, Bassie Fischman encontró un nuevo amor, Abe Glazer, quien también acababa de volver de Auschwitz. Junto con su madre aplicaron a visados para irse a Estados Unidos, donde el hermano de Bassie estaba viviendo. Mientras tanto los Ovitz ampliaron su hogar. Habían visto llorar a la hija huérfana de sus vecinos, Gitta, en las escaleras de la desierta casa de sus padres, y la adoptaron. «No había suficientes camas por lo que compartía una, a veces con Perla, a veces con Sarah», recuerda Gitta Drettler-Budimsky.

Hicieron todo lo posible por alegrarme y me enseñaron algunas canciones. Yo era una chica tímida de catorce años, judía ortodoxa, y no me sabía ningún baile. Entonces las enanas empezaron a tocar unos tangos y unos valeses, y Micki me guio por la sala y me enseñó los pasos. Era un profesor tan hábil que apenas advertí que era la mitad de mi tamaño. Quería colaborar con mi parte del trabajo de la casa, pero ellos no querían

oír nada de eso.

Los Lilliputs veían su ausencia de diecisiete meses de las tablas como un intermedio forzado que podía solucionarse con facilidad. Tenían la intensión de reanudar sus vidas desde el punto de quiebre. Rozavlea sería de nuevo el puerto seguro, el hogar al que regresarían tras sus excursiones. Pero Rozavlea había cambiado.

Cuando preguntamos por nuestras pertenencias los vecinos se negaron a regresarlas. Nos dijeron: «Ustedes sufrieron en Polonia, pero nosotros sufrimos aquí». No quisieron disimular su evidente hostilidad: «Estábamos tan bien sin ustedes, ¿por qué regresaron?». Les dije de vuelta: «Era la voluntad de Dios que sobreviviéramos». Pero estaba aterrada por esa bienvenida.

Rozavlea se había transformado en un cementerio. La quietud de las casas vacías, la sinagoga apagada y en ruinas, los rostros que faltaban de las calles. Rozavlea se volvía a cada instante más insoportable.

Decidieron mudarse a Sighet, entonces un puerto seguro para los refugiados judíos que habían sido desplazados de sus pueblos. En el 40 Bogdan Voda —sobre la calle principal y tan solo a unos pasos de la única sinagoga todavía en pie— los Ovitz encontraron un apartamento: todo el primer piso de una gran casa que había sido propiedad de una rica familia judía exterminada en Auschwitz. La familia Slomowitz los siguió y ocupó otro apartamento cerca de los Ovitz.

De nuevo los Lilliput armaron su orquesta. Reemplazaron los instrumentos que faltaban y ensayaron un repertorio. Los fines de semana convertían su espaciosa sala en un salón de baile. El precio de entrada era asequible. «Solo los jóvenes regresamos de los campos. Estábamos por nuestra cuenta, jóvenes sin autoridad ni responsabilidades y no tan piadosos como antes de la guerra», recuerda Shoshana Glazer, quien había perdido a sus padres, abuelos, y a sus seis hermanos y hermanas en Auschwitz. «Tan solo un año y medio antes a los adolescentes judíos como yo no se nos permitía mezclarnos y nunca pensamos siquiera en bailar juntos. Entonces la pista siempre estaba a reventar con parejas bailando».

Y, sin embargo, su clientela judía era limitada: la activa comunidad de la región que contaba con 154.000 judíos en vísperas de la guerra, se había visto reducida a unos cuantos miles que intentaban desesperadamente reconstruir sus vidas. Los sobrevivientes no solo eran muy pobres y muy pocos como para ser una audiencia, sino que los pueblos rumanos y aldeas habían quedado en la indigencia. Los Lilliputs pronto se dieron cuenta de que no podían ganarse la vida en esa región, pero también sabían que no podían partir; Leah y Elizabeth todavía no habían tenido noticias de sus maridos.

A solo diez días de su matrimonio en noviembre de 1942, Elizabeth fue separada de su esposo. En la primavera de 1945, liberado de la esclavitud de los campos de trabajo, Moshe Moskowitz corrió a casa a encontrarse con ella. La casa había sido saqueada y estaba vacía, sin señal alguna de que los Ovitz hubieran sobrevivido. En ese entonces todavía se encontraban bajo

el control de los rusos. Moskowitz perdió toda esperanza de volver a ver a su esposa. Como un último recuerdo guardó una fotografía que había encontrado en un cajón. En la foto, como en todas partes, Elizabeth es abrazada por su familia, dándole seguridad.

Tomada en 1927, esa foto ovalada constituye uno de los pocos remanentes de la vida del clan Ovitz anteriores a la guerra. Muestra a Batia Ovitz rodeada por sus hijos: Avram de veinticuatro años, sentado con autoridad a su lado, con las piernas colgando encima del suelo; Elizabeth, con solo trece, está acostada sobre la alfombra, con su cabeza descansando sobre su hermana de seis años, Perla. Todos los niños enanos están reclinados, como si no quisieran forzar sus débiles columnas mientras el fotógrafo se toma su tiempo y ajusta la cámara. Los hombres llevan sombreros de copa y corbatines; tienen pañuelos del color de la nieve doblados con pulcritud dentro de los bolsillos superiores de las chaquetas. Al parecer a esa temprana edad ya Avram necesitaba de un bastón, mientras que Micki, con dieciocho y todavía avergonzado por su discapacidad, utiliza un paraguas de muleta, aunque era un día caluroso. El vestido oscuro de la madre tenía mangas largas y un cuello alto; un modesto chal esconde su pelo. Su hija Frieda, sin embargo, está vestida con un *décolletage* bajo y largos pendientes se asoman por entre los negros y espesos rizos. Poco después de ese dichoso verano su madre se enfermaría y terminaría postrada en la cama hasta el día de su muerte.

Moskowitz guardó la foto en su maleta y se dirigió al sur, hacia Bucarest, la capital rumana, donde esperaba encontrar alguna información sobre el destino de la familia Ovitz. Tuvo suerte. En la oficina de la comunidad judía, muy por azar, se topó con su cuñado Azriel Ovitz, el primo y marido de Leah, quien también había estado recientemente en Rozavlea. Al igual que Moskowitz no encontró evidencias que confirmaran que sus seres queridos habían sobrevivido. Durante días los dos hombres se adentraron en las listas de sobrevivientes, pero no encontraron nada. Entonces Moskowitz recibió noticias de que su hermana estaba viva y bien en Roma. Viajó hasta allá para encontrarse con ella mientras que Azriel decidió volver a probar su suerte y regresó a Sighet. El bedel de la sinagoga le dio las direcciones del nuevo apartamento de los Ovitz. Allí, por primera vez, Azriel vio a su hijo de tres años, Shimshon. Un año después Leah tuvo una hija. La llamaron Batia.

En enero de 1946 Moskowitz, todavía en Roma, se encontró por accidente con un familiar de los Ovitz que estaba a punto de partir para Sighet. Sobre una hoja Moskowitz garabateó algunas palabras de amor y esperanza, junto con su dirección y adjuntó una fotografía. No sabía si Elizabeth y su familia estaban con vida, pero aprovechaba cada oportunidad que tenía para buscarla.

A través de la comunidad judía en Sighet el mensajero encontró a los Ovitz y Elizabeth le mandó de inmediato un cable a su marido. Cuando este llegó a Sighet los Ovitz pudieron partir finalmente.

El único país que les dio visas de entrada fue Bélgica. Si bien nunca habían actuado allí y no sabían ninguno de los idiomas del país, sintieron alivio al saber que muchos compatriotas ya habían empezado nuevas vidas al lado de los comerciantes de diamantes en la comunidad yidis parlante de Amberes. También pensaron que en Bélgica estarían más cerca de América.

La prima Regina, reticente a unírseles en esta nueva odisea, prefirió iniciar una nueva vida sola en Rumania. Los Ovitz la dejaron usar su casa derruida de Rozavlea, que puso tan habitable como pudo. Siempre agradecería las encomiendas con comida que le enviaban de Amberes. En

cuanto a Simon Slomowitz, quien había estado siempre al lado de los Lilliputs durante las últimas tres décadas, era obvio que seguiría a la compañía a donde esta decidiera ir. Su esposa no estaba muy contenta con el prospecto de Amberes, en especial porque sus hijos ya grandes, Mordechai y Fanny, no iban a ir con ellos: los hermanos habían decidido quedarse en Rumania, pues no querían que sus destinos estuvieran por siempre unidos a los de los enanos. Años después emigrarían a Israel.

Tomamos un taxi para mirar por última vez nuestra aldea. En el cementerio nos despedimos de nuestros padres. Lloramos en sus tumbas y les pedimos perdón por partir y dejarlos atrás para siempre. Sabíamos que no regresaríamos nunca a ese país.

Para la primavera de 1947 había un cuarto de millón de judíos desplazados por toda Europa. La mayoría estaban varados en tiendas de campaña y en barracas en los campos de refugiados, bajo la administración de organizaciones de beneficencia. Los Ovitz, con su familia intacta, habían escapado de ese amargo destino. En Amberes, donde la mitad de la comunidad judía había perecido, los Ovitz encontraron con facilidad un apartamento vacante y amueblado sobre la calle María Magdalena. Los Slomowitz alquilaron otro justo al frente.

Los campos de la muerte habían dejado exhaustos a los sobrevivientes: lo único que querían era paz y tranquilidad. La plácida Bélgica le ofrecía a los Ovitz placeres simples. Disfrutaban de la vida de la comunidad judía de Amberes, que, si bien había quedado reducida a la mitad, mantenía una asombrosa prosperidad. Todos los hombres encontraron trabajo —en el mercado de diamantes, en los talleres de pieles o en los almacenes del ejército americano— mientras que los siete enanos preparaban su regreso. Se dieron cuenta de que en su actual país de residencia tenían que modernizar su repertorio para acomodarse a las nuevas audiencias. Por primera vez en sus carreras contrataron un director profesional, Jakob Cyterman. Sumaron algunas canciones francesas («*Je suis seul ce soir*») y una comedia de un acto, *Die False Liebe*, El falso amor. Uno de los nuevos *sketches* satíricos era «En la sastrería». Perla, Micki y Elizabeth eran los sastres que intentaban, impotentes, satisfacer las exigencias de su cliente, un hombre excepcionalmente alto. Era la primera vez que *La troupe* de Lilliput estaba dispuesta a burlarse de su propio tamaño y las audiencias se reventaban de la risa.

Fueron acogidos por sus vecinos de la puerta de al lado, una pareja católica sin hijos, dueña de una tienda de frutas y vegetales. En particular Perla era la niña de sus ojos. Cada vez que pasaba, el tendero la levantaba como una muñeca y le pedía que tomara lo que quisiera: «Ya has sufrido bastante», le decía. Perla tenía veintiocho años en ese entonces, pero le gustaba que la trataran como a una niña. El hombre, rogándole que se cubriera el brazo tatuado, le decía: «No quiero que me recuerden lo que te hicieron».

* * *

Para este entonces Dina Gottliebová y su madre vivían en París. Habían sobrevivido a la marcha de la muerte y la liberación las había encontrado en los campos de concentración de Neustadt-Glewe. Una vez libres, madre e hija se dirigieron de inmediato a su tierra natal de Brno, donde Dina esperaba encontrarse con su novio, Karel Klinger. No lo había visto en dos años. En Brno, un amigo mutuo que había estado preso con Karel en Dachau, le entregó una nota: «Declaro a Dina Gottliebová legalmente mi esposa». Estaba fechada unos días antes de que Karel muriera, en vísperas de la liberación. Él siguió siendo el gran amor de su vida.

No teniendo ninguna razón para permanecer en Brno se mudaron a París, donde vivía un tío de Dina. Aplicó a un trabajo como animadora para la oficina de París de la Warner Bros. El hombre que la entrevistó para el trabajo era Arthur Babbitt, uno de los animadores sénior de *Blancanieves y los siete enanitos* de Disney. La conquistó. Eventualmente se casaron y se asentaron en Hollywood, donde Dina se convirtió en ama de casa y tuvo dos hijas. Regresó al arte de la animación tras su divorcio, después de catorce años de casada. A pesar de su fascinación de vieja data por los clásicos de Disney, no logró volver a pintar enanos.

«Un día», recuerda Dina,

conocí a un hombre que se ofreció a quitarme el tatuaje con el número de Birkenau por cincuenta dólares. No lo pensé mucho y dejé que lo hiciera. Ahora cada vez que veo esa delgada cicatriz blanca sobre mi antebrazo me arrepiento. Me di cuenta de que era mi número de la suerte y de que no debía intentar huir del pasado. Cuando juego la lotería utilizo mi número del campo, 61016, que también he convertido en mi dirección de correo electrónico.

En 1973 Dina se enteró de que siete de los retratos de gitanos que había pintado para Mengele, incluyendo el de Celine, habían sobrevivido de milagro y estaban siendo expuestos en el museo estatal de Auschwitz. Desde ese momento Dina Gottliebová-Babbitt ha estado luchando contra las autoridades del museo para que se los devuelvan.

El caso de Dina encarna el conflicto entre dos principios opuestos. Por un lado está la fe estadounidense en el valor supremo de los derechos individuales; por el otro está la fuerte convicción —una muy arraigada durante la era comunista en Polonia— del valor supremo del bien común. El resultado es un nudo de conflictos morales enredado con derechos legales que el rey Salomón habría encontrado difícil de resolver. El museo reclama que todo lo que se encontró y fue hecho dentro del campo de la muerte debe permanecer allí por siempre, como evidencia de las atrocidades de los nazis y como un monumento a las víctimas. El museo sostiene que ya que los retratos no fueron hechos por iniciativa de Dina sino por pedido de Mengele, no son obras de arte comunes y corrientes; por el contrario, son ilustraciones médicas que constituyen las pruebas de un crimen.

Cuando terminó su primer retrato, Mengele se dio cuenta de que no había firmado su trabajo. «¿Quiere decir con mi nombre o con mi número?», le preguntó. A lo que él respondió: «Con tu nombre». Ella entonces comenzó a escribir «Dina 1944» en todos los cuadros que pintó para él. «Mis pinturas me salvaron la vida, y gracias a ellas viví para criar una familia», argumenta

Gottliebová-Babbitt. «Son parte de mi alma y no estaría completa sin ellas. Mientras estén allí seguiré siendo una prisionera de Auschwitz». Murió en julio de 2009 con ochenta y seis años. Sus pinturas permanecen en el museo estatal de Auschwitz.

Tras la liberación, Ludovit Feld, uno de los diez enanos de la colección de Mengele, regresó a su pueblo natal de Košice en Checoslovaquia. Reanudó su carrera artística y se convirtió en uno de los pintores y profesores de arte más reconocidos de su país. A pesar de que hacía mucho tiempo se había convertido al cristianismo, esto no impidió que lo deportaran. Sin embargo, la experiencia en Auschwitz no lo llevó de nuevo a su antigua fe. Al no poder encontrar una paz verdadera dentro de la Iglesia buscó varios grupos marxistas y leninistas, que también le fallaron. Desilusionado y frustrado, gradualmente volvió a abrazar su judaísmo nativo y empezó a atender con regularidad los servicios en la sinagoga.

Encontrar a Feld les tomó cuarenta y cuatro años a Kalman Bar On y a Peter Grünfeld, sus jóvenes compañeros presos en el bloque experimental. En el otoño de 1989 viajaron de Israel a Checoslovaquia para encontrarse con él. Tenía ochenta y cinco años, nunca se había casado y continuaba viviendo solo, casi ciego, postrado en una cama. En su mesa de noche guardaba un álbum con sus dibujos, titulado *Children are Also Led to Death*.

«A lo largo de todos estos años los he estado esperando», le dijo Feld a sus visitantes. «Ya casi no puedo ver, pero cada una de las caras de los mellizos que pinté en Birkenau están grabadas profundo en mi interior. Recuerdo el bello rostro de un niño con una agudeza especial, Pepicheck, que no se podía quedar quieto cuando lo pintaba. ¿Qué pasó con él? ¿Sobrevivió?». Peter Grünfeld se arrodilló junto a la cama de Feld y dejó que el ciego sintiera las mejillas mojadas de Pepicheck. Ludovit Feld murió en mayo de 1991. Una tumba de mármol negro en el cementerio judío de Košice porta su nombre hebreo completo, escrito con letras hebreas.

* * *

Regresemos a Josef Mengele y sus socios. El doctor de la SS y *Obersturmführer*, Heinz Thilo, el rival de Mengele en Auschwitz, fue transferido al campo de concentración de Gross-Rosen a finales de 1944. Su destino permanece desconocido: al parecer fue asesinado en mayo de 1945 en Hohenelbe, o en Berlín en octubre de 1947. El profesor Otmar von Verschuer, el mentor profesional de Mengele y jefe del programa de genética e investigación de la herencia del Instituto Kaiser Wilhelm, fue declarado simpatizante nazi por una corte de desnazificación de Frankfurt en 1946; le dieron una multa de 600 marcos. En 1951 fue nombrado profesor de genética humana en la Universidad de Munster; tres años más tarde fue promovido a la posición de decano de la Facultad de medicina. En su cumpleaños número sesenta, en 1956, fue elogiado como «maestro y profesor» por el distinguido eugenista italiano Luigi Gedda en la revista italiana de eugenesia, *Acta Genet*. Murió en 1969; sus actos perversos fueron ignorados hasta el fin.

El rival académico de Mengele, profesor Hans Grebe, obtuvo un puesto de profesor en el departamento de genética humana de la Universidad de Marburg en 1952; en 1957 fue nombrado presidente de la Asociación Alemana de Médicos Deportivos. Grebe, al igual que Von Verschuer, negó con vigor haber colaborado con Mengele en Auschwitz. También destruyó

todos los documentos que lo incriminaban. Los registros médicos guardados por Von Verschuer en el Instituto Kaiser Wilhelm no están a la disposición de los investigadores: por una extraña ironía y muchas décadas después de ser asesinadas, las víctimas judías de los médicos nazis han sido transformadas por los oficiales alemanes en pacientes valorados cuyo derecho a la privacidad debe ser firmemente guardado.

En 1948 el Instituto Kaiser Wilhelm fue rebautizado «Instituto Max Planck». Medio siglo después, en junio de 2001, el presidente de la sociedad, profesor Hubert Markl, emitió la siguiente declaración, en la que admitía que: «Hay evidencia científica que prueba más allá de cualquier duda que los directores y los empleados del Instituto Kaiser Wilhelm fueron todos responsables intelectuales, y en algunos casos colaboradores activos, de los crímenes del régimen nazi». Esta no fue ninguna novedad para Efraim Reichenberg, un sobreviviente de los experimentos de Mengele. «Todos estos años he sido consciente de que Mengele fue un simple engranaje dentro de la maquinaria de los asesinatos masivos. El crimen más grande de la historia fue llevado a cabo bajo la dirección de líderes científicos y de instituciones distinguidas». Reichenberg y otras seis víctimas volaron a Berlín para escuchar a Markl expresar su formal «disculpa y profundo arrepentimiento... en lo personal y por parte del Instituto Max Planck... [que] estos crímenes fueron cometidos, promovidos y jamás prevenidos dentro de las filas de los científicos alemanes».

El 17 de enero de 1945 Mengele dejó Auschwitz, hizo una breve parada en el Instituto Kaiser Wilhelm de Berlín, y luego viajó a Gross-Rose, donde se despojó de su uniforme de la SS. Entonces, vestido con un uniforme de la Wehrmacht, continuó hacia Saaz en la Sudetenland para trabajar en un hospital de campo. Llevaba consigo dos maletas llenas con los datos de sus investigaciones. Es muy probable que esta información incluyera reportes de los experimentos llevados a cabo sobre el grupo de los Lilliput; también es posible que Mengele viera estos datos como una soga potencial de la que podría colgar —como prueba de sus crímenes—, pero también como un posible trampolín que lo impulsaría a una nueva carrera académica. En la noche del 8 de mayo de 1945, fecha de la capitulación incondicional de Alemania, Mengele dejó sus maletas con una enfermera que había trabajado con él en Saaz. Luego, voló a Sajonia, donde fue capturado por los estadounidenses a finales de junio de 1945. Se registró con su nombre verdadero en un campamento estadounidense de prisioneros de guerra. La Comisión de crímenes de guerra de las Naciones Unidas ya lo había declarado como un importante criminal de guerra, pero la lista de los «más buscados» nunca llegó al campo y fue puesto en libertad dos meses después.

Mengele no regresó de inmediato a casa, con su esposa e hijo, ni tampoco visitó a sus padres. Por el contrario y arriesgando a ser capturado por los rusos, inició un largo viaje a la ciudad turingia de Gera, donde la enfermera le guardaba sus maletas. Con los preciosos documentos de Auschwitz se refugió en una granja aislada cerca de la aldea bávara de Mangolding. Su esposa, Irene, temerosa de ser seguida por los soldados estadounidenses, se atrevió a hacerle una sola visita en el verano de 1946. Los biógrafos Posner y Ware sugieren que por esta época el matrimonio estaba llegando a su fin; el doctor fugitivo ya no guardaba la promesa de ese futuro glorioso en el que Irene había puesto todas sus esperanzas.

Mengele debió seguir con algún grado de aprehensión los juicios de Núremberg de sus antiguos amigos y colegas nazis en diciembre de 1946. Siete de ellos fueron colgados; cinco

recibieron cadena perpetua. Por otro lado, la aparente rehabilitación social y profesional de sus superiores —el inicio de su aceptación por parte de la comunidad académica de la Alemania de la posguerra— debió hacerlo retorcerse con una envidia considerable. Mengele había decidido permanecer lejos de Europa hasta que se cansaran de perseguir a los criminales de guerra nazis. Llegó a Buenos Aires a finales de agosto de 1949 y pasó por la aduana con su maleta de datos experimentales. Un mes más tarde, la misma comisión especial académica alemana que había restablecido a Von Verschuer le lanzó también a Mengele una cuerda salvavidas que anunciaba que «de toda la evidencia disponible, no es claro cuánto sabía el doctor Mengele acerca de las atrocidades y asesinatos que ocurrían en Auschwitz durante la época en cuestión». Por supuesto que Mengele no consideró que esa cuerda fuera lo suficientemente confiable y decidió permanecer en Suramérica.

* * *

En 1949 los Lilliputs estaban también decidiendo si quedarse en Europa o irse de una buena vez. Tras dos años muy tranquilos en Bélgica se sentían sin raíces. «Fuimos expulsados de la casa de nuestros padres, de un país en el que fuimos famosos. Logramos sobrevivir a Hitler, pero ¿quién nos promete otro milagro?», diría Perla Ovitz a sus hermanos durante los debates familiares. El recuerdo de Auschwitz colgaba de todos ellos y América parecía ser un lugar más seguro. Su carrera no despegaba y con gusto aceptaban la invitación ocasional para cantar en las beneficencias del recién establecido Estado de Israel. Cada Pascua anunciaban su tradicional «el siguiente año en Jerusalén», pero en verdad nunca habían considerado seriamente convertir esa oración en un plan concreto.

Antes de la guerra, la inmigración a Palestina había sido controlada por los gobernantes británicos, quienes expedían un número limitado de visas de entrada que eran distribuidas por la Agencia judía. La visión sionista favorecía a los jóvenes y sanos. La imagen de ese Nuevo judío —con amplios hombros, trabajador esforzado, un pionero bronceado dorado por el sol— entraba en serio conflicto con la deformidad de los Ovitz. En cualquier caso, solo un puñado de sus vecinos de tamaño promedio de Rozavlea había emigrado a Palestina antes de la guerra. Como judíos ortodoxos, los Ovitz no tenían entusiasmo por seguirlos, pues no les agradaba la nueva sociedad que se formaba por esos lares, una que le daba la espalda a la religión. Para La *troupe* de Lilliput una vida nueva en una tierra en la que el yidis era mal visto, donde la antigua cultura era objeto de burla y las tradiciones habían desaparecido, representaba un suicidio artístico.

Después de la guerra, Palestina se convirtió en un puerto deseable para los refugiados que habían sobrevivido a la «Solución final». Y, sin embargo, los obstáculos que cubrían el camino a esa Tierra Prometida parecían infranqueables para los Lilliputs. Las autoridades británicas solo expedían 1.500 visas al mes, por lo que las posibilidades de conseguir así fuera una eran prácticamente nulas. Tampoco eran capaces de ingresar ilegalmente, de abordar un barco carguero viejo y sobrecargado que los entraría furtivamente a Palestina, a la caída de la noche, y los dejaría en una de sus playas desiertas. Decenas de miles de judíos ya habían resuelto seguir esa estrategia: saltar fuera de borda a los brazos de los miembros de la clandestinidad judía,

quienes les ayudarían a cruzar del agua hasta la orilla, para luego vivir escondidos, con el miedo constante de ser arrestados por la policía británica. Esos eran los afortunados: la mayoría sería atrapada y enviada a campos de prisioneros en Chipre. Era obvio que los Ovitz se rehusaran a seguir tamaña ordalía. Y la Guerra de independencia marcó el inicio de, incluso, una peor época para que ellos emigraran. Así, Israel fue relegado al último lugar dentro de una lista de prioridades.

Los Lilliputs echaban de menos los escenarios. La oferta para actuar en Rusia todavía seguía en pie y había una aldea liliputiense en Budapest. Pero ellos eran muy independientes —había quien los encontraba demasiado— como para continuar con esa empresa, pues deploraban cualquier explotación vulgar de su discapacidad. Se habían reconciliado con la idea de un retiro final, si bien temprano, del negocio del espectáculo, cuando de repente recibieron una invitación soñada: el empresario Irving Jacobson les ofrecía un contrato a término indefinido para actuar en uno de los teatros yidis de New York. Sonaba muy entusiasta y los arreglos financieros eran especialmente tentadores. Y luego, también de la nada, se les presentó otra opción. Emisarios de la inmigración israelí, enviados por toda Europa, habían estado canalizando a los sobrevivientes del Holocausto hacia el nuevo estado judío. Cuando la facción belga se enteró de que los Lilliputs se dirigían al nuevo mundo, golpearon a su puerta. La Guerra de independencia había terminado, les dijeron los emisarios, y les prometieron beneficios económicos que igualaban la oferta estadounidense.

La opción israelita se había vuelto atractiva. Si bien el hebreo había sido la lengua dominante para el arte y la cultura en la Palestina judía, las decenas de miles de europeos refugiados que entonces ampliaban la población del nuevo estado de Israel representaban una nueva audiencia para el yidis. La *troupe* de Lilliput tenía una nueva opción.

Cuando nuestros vecinos de la puerta de al lado de Amberes escucharon que planeábamos irnos, nos rogaron que nos quedáramos y nos prometieron que nos nombrarían sus únicos herederos. Divididos entre América e Israel, sí estábamos de acuerdo en una cosa: no queríamos quedarnos en Europa. En las discusiones familiares yo favorecía a América. Decía que Israel era como un pollito que acababa de salir del cascarón, decía: vamos a América, hagamos dinero y luego nos establecemos cómodamente en Israel con los bolsillos llenos. Los que preferían ir a Israel de una vez señalaban que nuestros antiguos seguidores partían en esa dirección a diario, mientras que en América no nos conocía nadie. Nos asustaba lo que la gente decía de América, que era una sociedad cruel y competitiva, y que no pudiéramos seguirle el ritmo. Cuando estuviéramos muy débiles como para actuar nos lanzarían a los perros.

El cabeza de familia, Avram Ovitz, tuvo la última palabra: «Ya estuvo bien de deambular por ahí. Es tiempo de asentarnos y vivir entre los nuestros». Entonces cambiaron las etiquetas de las cajas embaladas de «New York» a «Haifa». El 4 de mayo de 1949, el *Atzmaut* («Independencia») levó anclas desde el puerto de Marsella. Los Lilliputs y otros 2.150 pasajeros celebraron el primer día de independencia de Israel en medio del Mediterráneo.

DIECIOCHO

Haifa, 1949-1954

El lunes 9 de mayo de 1949, Leah Ginzburg-Fried, la corresponsal en Haifa para el diario *Maariv*, tomó el bus con dirección al puerto. Era una parada de rutina dentro de sus rondas matinales, pues miles de inmigrantes desembarcaban todos los días allí, donde las historias se encontraban como frutos maduros. Se ubicaba al final de la pasarela y mientras tanto charlaba con sus colegas, al tiempo que lanzaba un vistazo ocasional a los pasajeros que descendían. Un hombre de edad mediana y vestido con elegancia caminaba indiferente por dicha pasarela. Los periodistas reconocieron de inmediato la cara de Sidney Stanley y fueron tras él. Había estado involucrado en un escándalo financiero del gobierno británico y escapó de Londres en medio del juicio. Parecía sentirse seguro en su nuevo puerto y respondía a las preguntas con una considerable arrogancia.

Stanley atrapaba la atención, sin duda, pero por el rabillo del ojo Ginzburg-Fried alcanzó a ver algo muy peculiar. Siete enanos negociaban con mucha precaución con la pasarela: cada uno se aferraba de la baranda con una mano para equilibrarse, al tiempo que estiraba una pierna para alcanzar el siguiente escalón; su extraño desfile se movía hacia delante con lentitud. Ginzburg-Fried fluctuaba entre las dos atracciones. A la carrera garabateó las declaraciones del fugitivo Stanley mientras que con el otro ojo vigilaba esa otra pesca de interés periodístico. Perdió a los enanos de vista por un momento cuando se disiparon en medio de la conmoción general del muelle, pero a la primera oportunidad se arrojó sobre ellos.

«El fenómeno inusual de ver siete enanos llamó mucho la atención y los caminantes se quedaban embobados mirándolos», reportó más tarde en el *Maariv*. «Alguien trató de alejar a los intrusos. Otro bajó su voz y le reprochó a los mirones: “Son seres humanos como nosotros, solo que pequeños. De todas las personas, los judíos deberíamos ser los menos prejuiciosos y no ofender a las personas discapacitadas con nuestras miradas intrusivas”». Cuando la multitud comenzó a dispersarse, Perla Ovitz, cubierta con un vestido largo y negro y una flor roja escondida en el pelo, dio un paso adelante con una sonrisa alegre. «No nos intimidan los ojos inquisitivos», citan que dijo. «Millones de personas nos han visto a lo largo de nuestras vidas. Por supuesto que no nos gustaría ser distintos a ustedes, pero esta es la forma que Dios escogió para nosotros y no tenemos ninguna queja contra Él».

Leah Ginzburg-Fried se inclinó. Su falda plisada tocaba el suelo y un cuaderno de notas descansaba sobre su rodilla: entonces comenzó a escribir la historia de los Lilliputs, desde las luces de candilejas de la preguerra en Rumania hasta la cloaca de Auschwitz. No se ahorraron ningún detalle y con sinceridad discutieron un evento en particular: la humillante presentación en la convención médica de la SS, cuando Mengele les ordenó desnudarse. Los enanos fueron inusualmente francos a este respecto. Por ese entonces muchos sobrevivientes del Holocausto, perseguidos por la culpa de su propia liberación azarosa, habían sido extremadamente renuentes a explorar sus propios recuerdos traumáticos, por no decir divulgar en público los horrores por los que pasaron.

La troupe de Lilliput había planeado su gran entrada. Los enanos rechazaron cualquier ayuda y no dejaron que nadie los cargara por la pasarela del muelle. Manejaron con gran habilidad la entrevista, siempre conscientes de qué esconder y qué revelar, y de cuál sería una buena frase para luego ser citada. Se mostraron en buena forma y con muy buen ánimo, pues sabían que regodearse en la lástima o desplegar sus debilidades dañaría las oportunidades de un regreso. Rozika Ovitz, de sesenta y tres años, dijo tener cuarenta y cinco; Perla, de veintiocho, declaró con recato tener diecinueve. Shimshon de seis años, inconsciente de la consternación que causaba, corría por todas partes mostrando con orgullo su tatuaje. No le iban a pedir ningún favor especial al Estado, apuntó en su cuaderno Ginzburg-Fried. Por el contrario, traían un mensaje: «Nuestro único deseo es traer algo de risa y de alegría a los nuestros en este nuevo hogar».

Entonces entraron los fotógrafos. Habían pasado exactamente cinco años desde que la prensa húngara había documentado la expulsión de los enanos y su partida a Auschwitz. En ese día caluroso de mayo en el gueto de Dragomirești se habían vestido con capas y capas de ropas de invierno, mientras viajaban hacia un futuro incierto. Para su recepción en Haifa habían escogido una vestimenta más ligera: Franziska y Rozika llevaban vestidos idénticos y largos de algodón con flores estampadas; Elizabeth iba vestida con un elegante traje de verano de dos piezas.

También en esta ocasión le pidieron a un policía en uniforme que se parara al lado de una de las damas enanas; como antes, el contraste entre lo pequeño y lo grande sirvió de imagen sugestiva. El fotógrafo de la United Press International (UPI) le pidió a los siete enanos que hicieran un semicírculo. Para esta foto Micki y Avram se quitaron sus chaquetas de verano y se remangaron las camisas blancas; sus bastones grabados y con empuñaduras de plata permanecieron a un lado, y ellos estuvieron parados enérgicamente rectos. Con sus vestidos impecables y a la moda, el maquillaje y sus peinados, las enanas hicieron que todo el mundo alrededor se viera zarrapastroso. Le sonríen a la cámara como si estuvieran a punto de hacer una venia ante una audiencia que aplaude. Hasta hoy esa fotografía de la UPI aparece en un libro universitario de genética para ilustrar «el fenotipo humano de la pseudocondroplasia determinado por un alelo dominante que interfiere con el crecimiento óseo durante el crecimiento».

Ginzburg-Fried siguió a *La troupe* de Lilliput hasta el campo de inmigrantes de Bat Galim. En el primer año de la independencia de Israel, la nación de 650.000 tuvo que absorber doscientos mil inmigrantes nuevos. Dado que el alojamiento para el flujo de recién llegados era casi inexistente, hogares temporales fueron construidos en los baldíos campamentos del ejército británico, en las casas abandonadas de los árabes y en las improvisadas ciudadelas de tiendas de campaña. Los Ovitz no habían acabado de desempacar cuando comenzaron a cortejarlos agentes

y productores. Si bien los Lilliputs disfrutaban, como si tomaran el sol, con su renovada celebridad, de todas formas fueron cautelosos y con diplomacia pospusieron cualquier decisión. «Primero queremos conocer el país, luego encontraremos un lugar donde vivir. Solo después de actuar ante los soldados israelíes y de hacerlos felices, hablaremos de negocios».

Comenzar una nueva vida en Israel puso fin a los treinta años de amistad de los Ovitz con los Slomowitz. Las dos familias habían luchado codo a codo y a diario en contra de las condiciones más difíciles imaginables para la supervivencia humana. Fue gracias a la voluntad de los enanos y a riesgo de sus propias vidas que los Slomowitz no perecieron: le presentaron a Mengele a sus vecinos como miembros de su familia. Pero con este peligro lejano, la carga de deudas y créditos ya no les servía de unión, por el contrario maltrataba la relación

«Madre exigió que no les viéramos más cuando llegáramos a Israel», recuerda Judah Slomowitz.

Siempre estaba regañando a Padre: «Tienes una esposa e hijos que desatiendes todo el tiempo para servir a esos enanos». Padre estaba deshecho: «¡Nos salvaron la vida! Les debemos todo». Pero Madre siempre tenía la última palabra: «Nos estás convirtiendo en sus esclavos y ya tuve suficiente». Entonces zarpamos en barcos diferentes y mientras ellos se asentaron en Haifa nosotros nos fuimos al sur, a Ramla.

Sus destinos compartidos habían inoculado en las dos familias una sensación mutua de resentimiento acerca de la falta de aprecio y de gratitud por parte de los otros. Al deberles la vida a los Lilliput, los Slomowitz sentían que, en últimas, no podían hacer nada para agradecer lo suficiente a sus salvadores. Regina, al igual que Bassie Fischman y su madre, compartían el sentimiento.

«No hay duda alguna de que les debemos la vida, pero al mismo tiempo, no habrían sobrevivido Birkenau si nosotros no hubiéramos cuidado de ellos», dice Bassie Fischman, ahora Glazer, quien vive en New York. «Los cargábamos en nuestros brazos, hacíamos las filas para traerles comida, los ayudábamos a vestirse y a bañarse. Éramos sus caballos humanos y sin nosotros jamás habrían podido regresar a casa. Quedamos en tablas: ellos nos salvaron y nosotros los salvamos».

La ruptura también estuvo favorecida por los Ovitz, quienes sentían que habían sido explotados por sus deudores. Mientras que el resto del grupo cortó con gusto todo contacto con los Ovitz, Simon Slomowitz no pudo alejarse. Hasta sus últimos días, en 1977, viajaría discretamente a Haifa para pasar algunas horas alegres con los enanos y para ayudarles en la casa; también continuaría, como siempre, disfrutando de la presencia de su Frieda.

Todos los quince miembros de la familia Ovitz se establecieron en una larga barraca de madera junto al mar. Cada uno tenía una cama de hierro, un colchón de paja, una cobija de lana, dos sábanas y un estipendio máximo de cuarenta dólares. Sábanas que colgaban dividían la barraca en pequeñas unidades familiares, lo que les permitía algo de intimidad.

Faltaba una parte de la pared exterior y la sábana que colgamos en su lugar no

ayudaba mucho para protegernos del viento y del frío. No podíamos escapar del sonido constante de las olas, en particular de noche, y me quedaba despierta durante horas. Nos volvimos amargados: ¿era esta la mansión que nos habían prometido cuando nos convencieron de no aceptar el contrato americano? El doctor Mengele al menos nos había dado una habitación con baño; aquí, en nuestra nueva patria, no querían gastar en alojamientos adecuados para nosotros, pues éramos enanos.

Y, sin embargo, pronto se convirtieron en magnetos para la prensa. Un semanario israelí le ofrecía a sus lectores cinco fotos de los Lilliputs ocupados en varias tareas: en una los enanos están siendo entrevistados por reporteros de rodillas; en otra, Micki y Avram están envueltos con sus mantos de oración; una tercera muestra a Rozika y Franziska con sus pequeños violines; en la cuarta, Frieda abraza a su sobrina y a su sobrino, a la pequeña Batia y a Shimshon. La quinta — una foto de las hermanas mayores empolvándose la nariz— lleva el encabezado «una mujer es una mujer, y el maquillaje es esencial, independiente de la edad y del tamaño».

También se les acercó Kalman Ginzburg, el empresario israelí, quien los persuadió de unirse a su lista de celebridades entre las que se encontraban Jascha Heifetz, Isaac Stern, Yehudi Menuhin y Leonard Bernstein. Bombardeó a las oficinas municipales y gubernamentales con cartas en las que escribía que *La troupe* de Lilliput debería quedar exenta de pagar los altos impuestos del entretenimiento. Para reforzar las cartas hizo que los siete enanos fueran a las oficinas.

La burocracia israelí no actuó de inmediato ante las peticiones de Ginzburg, por lo que para añadir más presión, organizó una conferencia de prensa en su distinguido club comercial de Tel Aviv. La invitación también era para comer, una manera de asegurar la presencia de todos los periodistas en tiempos de escasez; las mesas estaban realmente servidas con generosidad. Ginzburg comenzó hablando sobre la carrera en Europa de *La troupe* de Lilliput y de su amplia popularidad. Señaló que los enanos habían recibido ofertas tentadoras tanto de Moscú como de New York, pero que habían decidido permanecer en Israel, a pesar de los sacrificios financieros. Alabó el estilo único de sus actuaciones, que preservaban una herencia judía que durante la década pasada había estado a punto de extinguirse.

Entonces Avram Ovitz se levantó y ni una sola persona dejó de ver el número tatuado en su brazo. Describió con brevedad las experiencias de *La troupe* en Auschwitz antes de responder preguntas de la audiencia. Le explicó a un reportero: «Nuestras primeras actuaciones serán en yidis, pero estamos haciendo un esfuerzo enorme por aprender hebreo lo más pronto posible y así utilizarlo sobre el escenario».

Fue vago sobre el repertorio: «Primero que todo, queremos mostrarle a los israelitas lo que una familia enana puede hacer». Poco después de la conferencia de prensa —y antes de que la compañía interpretara en público una canción— el ministerio de finanzas les concedió sus demandas. Recibirían el mismo estatus de exención de impuestos que se le daba a instituciones tan célebres como la orquesta filarmónica de Israel y el teatro Habima. Si bien el ministerio no mencionó el enanismo de los Lilliput, sin duda esto influyó en la decisión; pues si la compañía en algún momento era incapaz de actuar o de ganarse la vida con la música, los quince Ovitz sumarían una carga nada pequeña a los ya excedidos servicios sociales del Estado.

Algunos periodistas no estuvieron de acuerdo. «Una estatura pequeña no es garantía de estándares altos», escribió Alexander Tauber en un tabloide. «Las únicas bases para el juicio deben ser la excelencia artística y esto también se aplica para los enanos. Dejen que actúen primero y si los críticos declaran que ellos han elevado los estándares artísticos de Israel, entonces sí tienen derecho a aplicar para la exención de impuestos».

Incluso antes de la decisión del ministerio, los Lilliputs, seguros de que recibirían la exención, habían alquilado para todo el mes de agosto las salas más prestigiosas de Israel. Su campaña publicitaria fue intensa y costosa. Inmensos anuncios en diez periódicos y en vallas publicitarias de todo el país anunciaban: «La *troupe* de Lilliput: primeras actuaciones en Israel. Música y canciones, folclor, comedia y drama». Yendo a contrarreloj para no perder la temporada de verano, tuvieron que contratar carpinteros extra que trabajaron noche y día en la construcción del escenario y la utilería. Con la asistencia de una costurera profesional nacida en Egipto, Elizabeth y Perla confeccionaron nuevos y rutilantes vestidos para todo el reparto.

La carrera de los Lilliput fue lanzada de nuevo el 4 de agosto de 1949, exactamente cinco años después, según el calendario judío, de haber sido ordenados por Mengele, de manera perversa, a actuar en Auschwitz durante el día del ayuno de Tisha B'av. Los Lilliputs no comieron nada durante ese día, guardando la tradición; oraron y se lamentaron por la destrucción del Templo. Tres horas después de finalizar el ayuno estaban sobre el escenario en *Armon* (el Palacio) en su ciudad de Haifa. Ese mes tuvieron una feroz competencia por las audiencias. La ópera de Israel presentaba *La Bohème* y *El barbero de Sevilla*; el mimo Marcel Marceau llevaba su espectáculo desde París; el teatro Habima actuaba su gran éxito *En las praderas de Negev*, una obra controversial sobre el sacrificio de jóvenes muchachos durante la guerra de independencia.

La competencia no disminuyó el éxito de *La troupe* de Lilliput. Su espectáculo probó ser una hazaña; estuvo en cartelera durante más de seis semanas y se agotaron las entradas de las cuarenta y un actuaciones. Salían al escenario dos veces al día y la matiné estaba diseñada especialmente para los niños en vacaciones de colegio. Uno de los actos favoritos consistía en subir al escenario seis hombres altos de la audiencia y así ofrecer un contraste cómico con las estrellas.

A menudo las salas estaban repletas de inmigrantes que no los habían visto actuar en años. Y, sin embargo, el espectáculo no era simplemente un paseo por la carretera del recuerdo, bañado en la nostalgia de ese mundo devastado por la guerra y habitado por los seres queridos que se habían perdido para siempre. En el vestíbulo, gente que se pensaba muerta, era reconocida por parientes y vecinos que caían llorando en sus brazos. Un sentimiento de triunfo cargaba el lugar: cinco años después de Auschwitz el espectáculo continuaba. La audiencia estalló en ovaciones y aplaudió a los Lilliputs, por supuesto, pero también estaba celebrando su propia resurrección.

Los sobrevivientes de Rozavlea eran admitidos gratis a los espectáculos. Un día, la recién casada Gitta Drettler-Budimsky, leyó un aviso sobre las actuaciones. La última vez que había visto a los Ovitz había sido en el verano de 1945, cuando la habían cobijado en su casa de Rozavlea. Un año después, la huérfana de quince años emigró con otro grupo de niños y adolescentes a Israel, y este anuncio era la primera señal de vida de sus antiguos benefactores.

Lloré y me reí a lo largo del espectáculo. No podía esperar a que cayera el último

telón para ir a verlos. Corrí tras bambalinas y me uní a la fila de gente que ya los estaba esperando. Cuando entré en su camerino me alegró que me reconocieran de inmediato. Nos abrazamos y me regalaron una foto como souvenir, que atesoro hasta el día de hoy.

Después de que los Lilliputs cerraron su primera temporada empezaron a preparar un nuevo espectáculo, pues se dieron cuenta de que no podían ganarse al público hebreoparlante con los materiales viejos. En el pasado siempre habían actuado ante audiencias homogéneas y así habían confeccionado sus espectáculos para cada grupo, fuera rumano, húngaro o checo. En Israel, con su Babel de lenguajes y culturas numerosas, esa estrategia no parecía ser suficiente. Necesitaban construir un repertorio con un atractivo mayor y más amplio.

Una regulación del gobierno prohibía que los artistas residentes actuaran utilizando exclusivamente idiomas extranjeros, incluido el yidis. Entonces los Ovitz tuvieron que añadir a sus espectáculos contenidos en hebreo. Se habían dado cuenta de que los israelitas respondían con mayor entusiasmo a las piezas tragicómicas que a las canciones, por lo que Avram se sentó a escribir algunas. Las relaciones domésticas eran una fuente inagotable de ideas para las escenas maritales, que además tenían una ventaja escondida para los enanos: se podían sentar en una silla o en un sofá sobre el escenario, un alivio muy bienvenido cuando hacían la segunda representación del día.

Hicieron el punto de compartir su estrellato al repartir en partes iguales las escenas en solitario y los papeles principales entre todos los miembros de la compañía. Continuaron empleando al director Jacob Cyterman, y constituyeron una compañía, la «Lilliput Entertainment Ltd».

Tras nueve meses de ensayos en su endeble barraca de madera al lado del mar, estaban preparados de nuevo para la batalla con un espectáculo nuevo. El programa estaba dividido en dos actos: «Importación-Exportación», en hebreo y, tras el intermedio, «Un ángel entre los hombres», en yidis. En el último, Perla actuaba el papel de un pacífico ángel que le disparaba flechas de cupido a una pareja de esposos que peleaban. Durante toda su vida guardó su adorado vestido blanco con alas en su guardarropa a reventar.

Con el paso del tiempo, los Lilliputs enriquecieron su repertorio:

En una de nuestras obras más populares, *El matrimonio doble*, mi hermano Micki era mi prometido y Elizabeth era la prometida de Avram. Nunca llegamos a la ceremonia del matrimonio porque en la religión judía cuando un hombre dice «con este anillo te desposo», eso constituye un lazo legal, así sea dicho en broma o en el escenario. Tras el espectáculo los hombres iban a mi camerino y me preguntaban tímidamente: «¿Estás en verdad prometida con ese hombre?». Yo me reía y les aseguraba: «No, solo soy su hermana».

De hecho, Perla tenía una gama completa de papeles nuevos. Su experiencia durante los días de escuela con el puntero y el mapa de geografía inspiró a su hermano a escribir un *sketch* en el que ella, la pupila, impresiona al supervisor de la escuela con sus conocimientos. En otra pieza

ella actúa como una secretaria torpe en una entrevista de trabajo. Si bien era la menor de la compañía, Avram decidió que quedaría perfecta en el papel de anciana. Se pintó profundas arrugas en el rostro, y ya que los Lilliputs nunca usaban pelucas, se espolvoreó el pelo con talcos. Era tan convincente con su voz temblorosa que los fans que visitaban los camerinos para felicitar a la abuelita se quedaban absortos cuando las hermanas de Perla la señalaban. Elizabeth cautivaba a las audiencias con el papel de una querida infiel que bailaba sensualmente un tango, hasta que es descubierta por su amante celoso, Micki, quien la apuñala con un cuchillo. Su prolongada y melodramática escena de la muerte en «El tango de la muerte», siempre lograba que la ovacionaran de pie.

Ese verano de 1950 trajo de nuevo un éxito rotundo que agotó la boletería, por lo que extendieron la temporada hasta el invierno. Cada noche, tras los aplausos y los telones, doblaban sus extravagantes vestidos y tomaban un taxi que los llevaba de regreso a su barraca abierta a corrientes de aire en el campamento de inmigrantes. A pesar de las incómodas condiciones y la falta de privacidad, eran reacios a mudarse. No habían encontrado todavía una casa que los pudiera acomodar a todos y, más que nada, temían la separación. Además, su barraca se había convertido en un punto de encuentro para las personas que los habían conocido en sus muchas circunstancias.

«Cuando traje las herramientas de mi taller de joyería a Israel, muy amablemente aceptaron guardármelas. Yo era todavía un soldado y no tenía hogar», recuerda Herman Szabo, el hijo de sus vecinos de al lado en Rozavlea. Zvi Klein —el mellizo de trece años que había vivido con ellos en la barraca de Auschwitz— recuerda que la experiencia

nos volvió una familia. No tenía a nadie más en el mundo por lo que me hice a la mar. Durante quince años, cada vez que regresaba al puerto de Haifa, rezaba con preocupación y pedía porque estuvieran vivos y con salud, y solo respiraba aliviado cuando los veía con su belleza de muñecos. Cada año que pasaba veía su presencia como una pequeña victoria sobre los nazis.

Y Arie Tessler anota que

eran muy alegres y hospitalarios y el tiempo volaba cuando los visitábamos. Si se hacía tarde me sentía incómodo y quería irme, pero mi hermano siempre quería quedarse. Parecía estar fascinado por el contraste entre Avram y su esposa enorme; en verdad estaba interesado en espiar su habitación improvisada. En una ocasión la división se movió un poco y pudo ver a Avram acurrucado abrazando las piernas de su esposa.

Shimshon Ovitz resultó tener crecimiento tardío, por lo que sus padres temieron que manifestara la propensión genética de los Ovitz. Pensando en el futuro, la familia decidió prepararlo para unirse a *La troupe* de Lilliput. Compraron un piano de segunda y contrataron un

profesor de música. Para ayudar a que Shimshon superara el pánico escénico, Avram le escribió una pequeña parte para que la representara. Después de las vacaciones escolares, el chico actuó sobre las tablas con sus tías y tíos, pero no logró mucho entusiasmo, por lo que el plan pronto se desvaneció.

En 1951 la compañía se preparaba para su tercera temporada y para extender sus alcances al extranjero. Sin embargo, en medio de los preparativos para su retorno europeo, sufrieron un golpe inesperado. Su nuevo empresario, Isidor Gruenberg, había malversado sus ganancias. Lleno de mentiras dijo haber gastado el dinero en el alquiler de salas para sus actuaciones y en visas alemanas. Los enanos lo demandaron y el 6 de mayo de 1953 los siete comparecieron ante una corte. Los medios de comunicación llegaron al galope.

Avram Ovitz era la cabeza de la familia y el administrador de la Lilliput Entertainment Ltd. y Elizabeth Ovitz-Moskowitz era la embajadora de la compañía. Ella asumió la responsabilidad de presentar el caso de los Ovitz. Cuando entró al tribunal, sus abogados se dieron cuenta de que si ella testificaba desde el estrado de los testigos, el magistrado no podría verla. Por lo tanto se le permitió dar su testimonio desde la banca de los consejeros pero, de todas maneras, necesitó de una banquita adicional. «Durante dos horas fue cuestionada en yidis por el fiscal, y sus respuestas seguras y confiadas comprobaron que conocía bien los caminos del mundo», reportó el influyente diario *Haaretz*. «La aparición de los enanos en la corte atrajo mucha atención. Sus cabezas eran como las de la gente normal, pero sus cuerpos y piernas eran cortos. Iban bellamente vestidos, la dama adornada con anillos tachonados con diamantes, brazaletes de oro y otras joyas costosas». Gruenberg fue encontrado culpable y enviado a la cárcel.

La decepción de los Ovitz con Gruenberg representó la gota que colmó la copa. Habían estado actuando durante cuatro años en Israel y sentían que ya habían agotado el pequeño mercado de ese país: el truco de los siete enanos parecía no estar funcionando más. El país estaba rebosante de espectáculos en yidis y la competencia era pesada. En cualquier caso, la vida había dejado una marca sobre ellos. Habían soportado la tenaz ordalía de Auschwitz y sus secuelas, y habían estado actuando durante más de veinticinco años. Rozika tenía sesenta y ocho, Franziska sesenta y cinco, Avram cincuenta y uno. Con excepción de Perla, los otros no se quedaban muy atrás. Y por encima de todo, las exigencias de la vida teatral se habían vuelto muy agotadoras para ellos: dejar la barraca antes del mediodía sin haber comido (para no sobrecargar sus cuerpos); viajar dos horas hasta el teatro y luego actuar durante otras dos; una corta pausa tras la matiné, luego otro espectáculo, y tras este el largo regreso a casa; llegar a la barraca bien pasada la medianoche. La rutina era demoleadora y en un consejo familiar discutieron sus opciones y decidieron cambiar el rumbo: se retirarían de las tablas y buscarían otra ocupación, una que les proveyera un estipendio sin forzarlos a separarse.

Nunca abandonaron las promesas financieras que recibieron de las autoridades israelíes en Amberes, y ahora querían pasar la factura. La Agencia judía les respondió con una oferta para arrendar un cine y una lavandería en el resort de playa de Netanya, a menos de una hora en auto de Haifa. Pero los Ovitz no encontraron adecuados los términos. Su paciencia se agotó en noviembre de 1954, tras meses de correspondencias infructuosas. Viajaron a Jerusalén y alertaron a la prensa de que no abandonarían la oficina central de la Agencia judía hasta que les respondieran sus demandas. Para evitar la mala publicidad, se les instruyó a los guardias que no sacaran por la fuerza a los enanos. Por el contrario, el corredor que estaban ocupando fue sellado

del mundo exterior.

En el tercer día de la ocupación, Elizabeth se desmayó y fue llevada a un hospital. Esa tarde, un vocero anunció que un comité especial había sido conformado para considerar las exigencias de los Ovitz. Solo entonces estuvieron de acuerdo en regresar a su barraca en Haifa.

DIECINUEVE

Haifa, 1955-1979

El 30 de octubre de 1868, Christoph Hoffmann y Georg David Hardegg, de la sociedad del Temple de Württemberg, llegaron a Tierra Santa. Creían en la inminente segunda llegada del Mesías, por lo que quisieron reconstruir el *Tempel Gottes* (el templo de Dios). En las faldas del monte Carmelo pusieron la piedra angular de su hogar en Haifa. Para finales de la década de 1930, seiscientos cincuenta templarios se habían asentado en la floreciente colonia alemana de Haifa; mil más vivían en otros seis asentamientos alrededor del país. Los templarios se ganaban la vida con la agricultura, la industria ligera y la hostelería. Tenían sus propios clubes deportivos, una asociación de ciclistas, un equipo de fútbol, cafés y restaurantes. De los siete cines que había en Haifa por ese entonces, dos estaban ubicados en la colonia alemana. Uno de ellos, el Stadtgarten —un cine al aire libre con ochocientas sillas en la esquina de la calle Jaffa con el bulevar Carmel— fue construido en un lugar que pertenecía a Hermann Keller. Con el tiempo, un segundo cine con techo, el Carmel, fue sumado a la misma locación.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, todos los hombres templarios elegibles para ser conscriptos fueron llamados a regresar a Alemania para unirse a la Wehrmacht. En el transcurso de la guerra, cualquier hombre que viviese todavía en los asentamientos de los templarios era primero retenido en campamentos por las autoridades británicas como residente enemigo de Palestina y luego era deportado con su familia a Australia. Docenas de mujeres con niños, al igual que ancianos, fueron dejados a su suerte en Haifa; en el entretanto, los socios árabes de los templarios y sus empleados llevaban los negocios en su lugar. Cuando terminó la guerra, esos templarios que habían sido dejados atrás gradualmente regresaron a Alemania. El último de ellos salió cuando el Estado de Israel fue establecido, momento en el que sus casas fueron confiscadas como «propiedad del enemigo» para el uso de los sobrevivientes del Holocausto. Así fue que el Carmel y el Stadtgarten —entonces llamados Ganim (jardines)— fueron ofrecidos para que los Ovitz los arrendaran. El vasto lote también tenía un taller de mecánica, una cerrajería, una carpintería, una tapicería y una pequeña panadería; los Ovitz recibirían las rentas de estos negocios como parte del trato. Lo que les pareció más atractivo de todo el asunto fueron los apartamentos residenciales que también se encontraban en el perímetro, y no dudaron en firmar el contrato.

Después de permanecer seis años en la barraca a punto de derrumbarse del campamento de inmigrantes, *La troupe* de Lilliput finalmente se mudó a un lugar adecuado en la colonia alemana. Cada familia tenía un espacio propio en el complejo de los cines. Avram y su esposa vivían en el piso de arriba en un apartamento (al haberse casado joven, su hija Batia vivía en otra parte con su marido). Elizabeth y Moshe Moskowitz tenían un apartamento más pequeño para ellos en el edificio, al igual que Sarah y su esposo, Erno Deutsch. También Frieda, quien se había casado por segunda vez con Sami Melamed. En la puerta vecina vivían Leah y Azriel con sus dos hijos. En otro piso, Rozika y Franziska compartían una habitación, y Perla y Micki compartían otra (cuando ella se cambiaba de ropa, él se giraba para no mirar). Por primera vez cada una de las familias de los Ovitz podía dirigir sus propios asuntos; sin embargo, todos continuaron compartiendo el Sabbath y las comidas de los días festivos reunidos ante una gran mesa.

En 1955, *La troupe* de Lilliput marcó su retiro de las tablas con una semana de actuaciones de despedida que culminaron en un baile espléndido. Tras esto, la Lilliput Entertainment Ltd. se dedicó a promover películas y no a representaciones teatrales.

Resultaba muy conveniente vivir en las premisas, tan solo a unos cuantos pasos del lugar de trabajo. Había cambiado las luces del escenario por la estrecha caja de un cubículo de oficina. No era algo humillante, pues todavía estaba dentro del negocio del espectáculo. Como cajera necesitaba saber de qué se trataba la película para presentarle la historia a los clientes de una forma atractiva. Siempre tenía el cuidado de ir muy bien vestida y maquillada como en los viejos tiempos.

Perla no era una cajera ordinaria. Era en sí misma una atracción y la mejor publicidad para el cine. Los clientes disfrutaban charlar con ella y, para mostrarle su aprecio, con frecuencia le traían regalos.

Como lo habían hecho siempre, los Ovitz continuaban dividiéndose el trabajo entre ellos. Avram mantenía su trabajo de administrador, Elizabeth escogía las películas y Micki estaba a cargo de las traducciones. Las hermanas altas, Leah y Sarah, trabajaban en el bufet y café del cine. Cuando las cosas se ponían movidas todos aparecían, con excepción de Rozika y Franziska, por entonces ya cerca de los setenta años, y Frieda, quien había desarrollado un problema de los riñones. Los porteros y los acomodadores eran árabes locales.

Al igual que en los días teatrales de los Lilliputs, el verano seguía siendo la estación más activa, pues operaban los dos cines que ofrecían 1.200 sillas para cada uno de los tres *shows* diarios. Ya que no podían permitirse alquilar las costosas películas de Hollywood y su vecindario era habitado principalmente por árabes y judíos recién llegados de otros países árabes, la mayoría del repertorio consistía en películas en árabe, turco, griego e hindi, idiomas que los Ovitz no comprendían. «Igual me gustaban las películas. Eran tan sentimentales esas historias de amor en diferentes lenguas. Los actores eran tan guapos y las serenatas conmovían mi corazón».

Con treinta y cinco años, Perla todavía esperaba encontrar su príncipe de cuento y portar el velo nupcial. «Había un carnicero que me quería, un tipo muy guapo. Pero tenía barba y eso no

me gustaba. Siempre llevo maquillaje por lo que los hombres con barba no son lo mío». Un día apareció un pretendiente del pasado, a pesar de haberlo rechazado antes en Transilvania, pues no quería abandonar a su familia. «Me dijo: estoy soltero, tú estás soltera, ambos sobrevivimos a los campos, vámonos juntos. Pero yo no lo quería porque era comunista y yo no quería nada de eso. Ya había sufrido lo suficiente con los rusos y no los quería en mi casa».

Y, sin embargo, otro pretendiente, un camarero de nombre Jonel, logró romper las murallas de su resistencia. Perla se sobrepuso a sus temores, se concertó una fecha, se enviaron las invitaciones y se decidió el menú para la celebración. Pero entonces, y a solo doce días de la boda, se enteró de que el futuro esposo había estado fanfarroneando de que la inmensa fortuna de los Lilliputs pronto sería suya. Se canceló el matrimonio y el vestido de novia fue guardado en silencio.

A diferencia de la mayoría de enanos que dependen para cualquier tipo de sustento de la misericordia de los demás, *La troupe* de Lilliput siempre había conseguido a lo largo de sus vidas encontrar los medios para subsistir y siempre habían estado al comando de sus destinos. En sus carreras teatrales, los enanos eran el centro de atracción y de los escenarios, mientras que los otros miembros de la familia, los de tamaño regular, les guardaban las espaldas. El mismo patrón se siguió repitiendo en la nueva carrera. Los enanos Ovitz eran los empleadores y quienes hacían las negociaciones importantes. Para un espectador cualquiera los Ovitz podían verse como los proverbiales enanos alegres que actúan un utópico cuento de hadas de asistencia mutua y de camaradería dentro de una comunidad juguetona. La verdad es que eran mucho más dominantes y exigentes que eso.

Trabajar y vivir bajo el mismo techo comenzaba a pasar la factura. Los deseos individuales, las acciones, los planes y los hábitos estaban por lo general sujetos a los comentarios y a las críticas de cualquiera —o de todos los miembros de la familia—. Los anhelos o los sueños individuales prendían el fuego de acalorados debates familiares que inevitablemente los terminaban dividiendo en equipos. Los Ovitz funcionaban en verdad como un Parlamento en miniatura, con coaliciones y oposiciones, pactos y convenios. Sin embargo, las necesidades y las opiniones siempre se quedaban atrás, pues prevalecían los lazos familiares por encima de los matrimoniales.

«Yo no crecí en una casa normal», dice Shimshon Ovitz.

De hecho el sitio era una mezcla infernal entre hospital, hogar geriátrico e institución para inválidos. Las hermanas altas, Sarah y mi madre Leah, se sacrificaron por el bienestar de los enanos. Eran tan inútiles físicamente que si olvidabas dejarles un vaso con agua se deshidrataban. El marido de Sarah la dejó porque no pudo lidiar con todo eso y ella abandonó la idea de tener una familia propia. Mis padres no tuvieron ningún tipo de vida matrimonial. Cuando yo necesitaba algo mi madre me decía: «Háztelo tú mismo, tienes manos y pies, ellos no». Entonces, desde los diez años me lavé mi ropa y me preparé mis comidas. Nunca me enfadé con ella, pues entendía sus obligaciones. En cualquier caso, madre no pudo criarme como hubiese querido, pues todas sus hermanas sin hijos se entrometían y me trataban como propio. Yo tenía siete madres, estaba ahogado en atenciones, pero carecía de un momento íntimo con mi

propia mamá.

Desde la infancia y en adelante tuvo que cargar a sus tíos por las escaleras hasta las sillas de ruedas que los esperaban y que luego él empujaba por las calles. Los chicos del barrio imitaban el paso tembleque de los enanos y sus manos cortas y en forma de pala. Atormentaban a Shimshon gritándole: «¡Enano! ¡Enano!», pues era el más bajo de la clase. En ocasiones les respondía: «Tan alto como eres serás tan bajito como mis tíos, solo espera que un auto te atropelle y te corte las piernas». Cuando esa táctica fallaba se metía en peleas callejeras. Pronto se ganó la reputación de ser la amenaza local.

Shimshon era tan bajo que durante toda su infancia estuvo convencido de que también era un enano. Sintió un alivio cuando, a los trece, comenzó a crecer de nuevo. «Comencé a comer en exceso, me rellenaba con comida y me transformé en una montaña humana. Si hubiera seguido siendo enano me habría matado. Es un sufrimiento terrible. Sin manos ni piernas dependes por completo de los demás para todas tus necesidades». Después de prestar su servicio militar a mediados de la década de 1960, Shimshon se convirtió en marino, para escapar de su familia; y de sí mismo. Quería decorar su cuerpo con tatuajes como todos los marinos, pero en sus cartas su madre le imploraba que no lo hiciera: «Ya los nazis nos tatuaron», le escribió. En muchas ocasiones, y con la seguridad del borracho, tras haber pagado y seleccionado el diseño, se sentó descamisado en la silla del tatuador. Pero entonces veía la cara de su madre en las sombras de la pared o de la ventana y salía corriendo.

Cuando finalmente abandonó el mar, Shimshon fue a la deriva en trabajos varios, se metió en peleas y tuvo más de un par de encuentros con la ley. «Yo era el terror de Haifa. Estos puños enviaron a muchos al hospital», asegura con algo de orgullo. Y a pesar de eso, era sobre todo un joven agradable, si bien uno reticente a casarse, pues temía que su genética pudiera castigar también a su descendencia. El hecho de que su prima Batia, la hija de Avram, hubiera parido hijos saludables, no alcanzaba para tranquilizar su mente. Volvió un hábito presentarle a sus novias su familia enana para ver las reacciones; la visita terminó con muchas de sus relaciones. Entre todas, Miriam Shosani se quedó con Shimshon y en 1970 se casaron. «Cuando estaba en la escuela le decía a los chicos que el tatuaje en mi brazo era mi número de identificación alemán», dice. «Miriam es de Marruecos, donde los judíos escaparon al Holocausto, y no tenía idea de lo que ese número significaba. Alguna vez tomó una esponjilla e intentó limpiármelo de la piel».

Hubo otros cambios en la familia Ovitz. Frieda y Sarah se divorciaron de sus maridos; Dora, la mujer de Avram, murió; él se volvió a casar, se divorció y se casó una tercera vez —con otra sobreviviente del Holocausto— y volvió a enviudar unos años después. El clan celebró el nacimiento de la primera hija de Shimshon y de Miriam, Ariella —bautizada en honor de su tío muerto Arie. Para su alivio, el crecimiento de la niña fue normal. «Cada embarazo Miriam y yo estábamos aterrorizados», explica Shimshon Ovitz. «En dos o tres casos, cuando el doctor decía: “Quiero hacerles otro examen”, con prontitud arreglábamos un aborto, pues no queríamos correr el mínimo riesgo».

* * *

El tipo de enanismo de los Ovitz, la pseudocondroplasia, es un síndrome raro. Se hereda a través de un gen dominante autosomal y ocurre aproximadamente una vez cada sesenta mil nacimientos. La cabeza y la cara son de tamaño normal, al igual que los órganos internos, pero los brazos y las piernas son cortos. La altura total de un adulto con pseudocondroplasia fluctúa entre los setenta centímetros y el metro veinte.

El gen defectuoso fue identificado en 1995 por la profesora Jacqueline Hecht del Centro de ciencias de la salud de la Universidad de Texas, en Houston. Ella y su grupo lo descubrieron en el gen de la proteína oligomérica de la matriz del cartílago (COMP, por sus siglas en inglés), ubicada en el cromosoma 19. La deformación en la proteína que produce el cartílago restringe el crecimiento de la médula y de los huesos. «En este momento no existe cura, y la terapia es principalmente sintomática para el progresivo deterioro y cambio de las articulaciones que se debilitan», escriben los médicos e investigadores estadounidenses Muensterer, Berdon, Lachman y Done, en el número de marzo de 2012 de *Radiología pediátrica*. Los investigadores buscan en la actualidad una sustancia que sea capaz de debilitar los efectos dañinos de este gen defectuoso.

En el ochenta por ciento de los casos, la aflicción es resultado de mutaciones genéticas espontáneas, no hereditarias. Sin embargo, una persona con pseudocondroplasia y una pareja de tamaño normal, tienen un cincuenta por ciento de posibilidades de tener un enano. El enanismo de Shimshon Eizik Ovitz, el patriarca familiar, fue espontáneo, pues nació de padres de tamaño promedio. Su gen anormal fue dominante y se lo pasó a siete de sus diez hijos. Leah, como sus dos hermanos de tamaño normal, no heredaron el gen anormal. Su hijo, Shimshon, y su hija, Batia, podían esperar que sus hijos y nietos tuviesen las mismas probabilidades de tener una descendencia de tamaño promedio como el resto de la población.

«La lógica y las estadísticas no pueden tranquilizar el corazón», dice Shimshon Ovitz. «No tenemos paz y tememos no salvarnos. Por fortuna nuestros tres hijos son todos sanos, pero cada embarazo en la familia —ahora que vienen los nietos— es siempre un motivo de tensión. Tenemos cinco nietos y se desarrollan normalmente».

* * *

En agosto de 1972 el clan Ovitz se conmovió cuando el hermano Micki murió de un ataque al corazón a la edad de sesenta y tres años. Los obituarios lo describieron como «actor y dueño de dos cines». Su cuerpo fue ubicado para ser visto en frente de los cines de los Ovitz y que así sus muchos fans y clientes pudieran presentarle sus respetos. Fue enterrado en el recién comprado terreno familiar del cementerio de Haifa. Cuatro meses después recibieron otro golpe cuando Avram Ovitz, la cabeza de la familia, murió a los sesenta y nueve. Poco después, Leah sufrió un derrame cerebrovascular grave que la dejó parálitica, sin poder hablar y en una silla de ruedas

durante los siguientes catorce años. Frieda murió en 1975. «Fue horrible, agonía tras agonía, el dolor y el duelo acumulándose y multiplicándose». Cada vez fue más difícil para los hermanos que quedaban seguirse haciendo cargo de los cines. En 1979 vendieron todo el complejo y compraron un apartamento enorme para los seis integrantes que permanecían: Rozika y Franziska, Elizabeth y su marido, la hermana alta Sarah, y Perla.

* * *

Cuando se retiraron de las tablas, *La troupe* de Lilliput almacenó sus instrumentos musicales: los enanos nunca volvieron a tocarlos. Al dejar vacante el complejo de los cines, Shimshon malvendió los instrumentos a un anticuario local. La colección desapareció. A finales de 1997, los que se suponían eran los instrumentos de *La troupe* de Lilliput, resurgieron como propiedad de un comerciante que inició negociaciones para vendérselos al Museo judío de Berlín. Las noticias del prospecto de venta llegaron a Yad Vashem, el Centro mundial para la investigación y conmemoración del Holocausto en Jerusalén, que expresó de inmediato su interés en comprar la colección. Incapaz de pagar el precio de US ochenta mil que pedían, Yad Vashem hizo una petición a sus donantes. Finalmente compraron, a un precio reducido, dos violines para niño sin cuerdas, un chelo sin arco, un címbalo dañado y un juego de tambores. De la colección faltaban un acordeón y una guitarra rosa en la que tocaba Perla. La venta fue llevada a cabo sin el aval de un experto y sin ninguna prueba de autenticidad.

Amnon Weinstein, lutier de violines y reconocido experto de fama mundial en instrumentos de cuerda antiguos, tenía una experiencia considerable en la identificación de instrumentos musicales sobrevivientes a la Segunda Guerra Mundial. Llevó a cabo sus inspecciones de la supuesta colección de los Ovitz en presencia nuestra y de Haviva Peled-Carmely de Yad Vashem, quien estaba a cargo de comprar las piezas para la colección del museo.

Weinstein reconoció de inmediato algunos de los instrumentos como parte de una colección que ya le habían ofrecido en Haifa en la década de 1970. «La historia que decían estaba detrás de estos instrumentos era muy conmovedora», recuerda, «pero había algo sospechoso acerca de toda la venta, los instrumentos y el comerciante, por lo que me eché para atrás y nunca me arrepentí. En cualquier caso, tengo una excelente memoria y algunos de los instrumentos que ahora están en Yad Vashem no son los que vi en ese entonces».

Cuando se los vendieron a Yad Vashem, los delicados instrumentos de cuerda venían sin estuches y ni siquiera estaban envueltos en tela, de la manera en la que los artistas profesionales como los Ovitz habrían tenido el cuidado de hacer.

Los exámenes del tamaño del chelo y su diseño revelaron que claramente no era el mismo chelo que aparece en las fotos publicitarias de *La troupe* de Lilliput. El chelo en Yad Vashem, si bien bellamente tallado, es viejo y está muy dañado; Weinstein estimó que una fractura en su caja de resonancia data de al menos un siglo atrás. Por lo tanto no puede haber sido utilizado por *La troupe* de Lilliput antes o después de la guerra, cuando reanudaron su carrera.

«Encima de todo», añade Weinstein, «el chelo es muy grande como para que lo toque un enano».

Portando unos guantes de algodón especiales, blancos y muy suaves, Weinstein levanta uno de los violines, lo observa de un lado a otro y lo olfatea con el cuidado de un detective.

Es un violín de un cuarto, para niños, y tiene el olor y las marcas del maquillaje para la cara de una mujer. Los niños por lo general tocan un instrumento así durante dos o tres años y luego pasan a uno más grande cuando crecen. El violín es pasado de un niño a otro de tal manera que no se desgasta en los mismos lugares. Pero este violín gastado fue utilizado por el mismo músico durante muchos años; la barbilla y los dedos tienen marcas de fricción en los mismos sitios.

Es probable que este violín haya pertenecido entonces a Rozika o a Franziska.

El segundo violín es de muy mala calidad y viene de un fabricante diferente; no tiene marcas distintivas o rastros identificables de maquillaje y no tiene nada que lo conecte con los Ovitz. Por otro lado, el címbalo, un instrumento folclórico construido por el artesano de la aldea, y el intrincado juego de tambores, tal vez sí hayan pertenecido a *La troupe* de Lilliput. Una de las baquetas que acompañan a los tambores es un mallet de madera, del tipo utilizado para ablandar la carne y las chuletas; es improbable que haya estado alguna vez en el escenario, aunque una fisura sí atestigua de su uso prolongado en la cocina de alguien. Las diferencias en la calidad de los varios instrumentos —algunos muy bien fabricados, como los tambores; otros baratijas como el violín inclasificable— hacen dudoso su uso por el mismo grupo de músicos.

Para determinar si los instrumentos fueron tocados en Auschwitz, Weinstein inserta con gentileza un tubo fino y flexible dentro de la caja de resonancia de uno de los violines y lo remueve, mientras mira a través del ojo del periscopio.

Si estos son en verdad los instrumentos que estuvieron con ellos allí, tal vez tengan rastros de cenizas humanas dentro, pues el humo negro llenaba el aire. La ausencia de cenizas dentro puede significar que los violines no fueron tocados al aire libre, pero sí en cuartos cerrados.

La impresión general es que la colección original fue separada deliberadamente: los instrumentos valiosos pudieron ser vendidos por separado y reemplazados para completar el conjunto con otros escogidos por el comerciante en algún mercado de pulgas. El destino de la colección de los Lilliput perpetúa la explotación de las víctimas del Holocausto: objetos que les pertenecieron, reales o falsificados, vendidos a compradores dispuestos a precios exorbitantes.

VEINTE

Haifa, 1980-1992

El encuentro íntimo con Mengele cuando era su «modelo de pintura» había perseguido a Dina Gottliebová-Babbitt desde entonces. Años después, en una estación de autobuses de Hollywood Boulevard, entró en pánico ante la visión de un hombre que se le parecía. «Pensé, oh, Dios mío, me persigue. Estaba segura de que él sabía que yo era la única persona en el mundo que podía identificarlo claramente, y él o sus mensajeros vendrían a silenciarme». A lo largo de su vida jamás puso su teléfono ni su dirección en la guía telefónica ni los dejó consignados en ninguna otra parte. Y, sin embargo, su actitud hacia el doctor nazi inquieta por lo ambivalente:

Todo el mundo lo perseguía, pero yo decidí que si algún día lo atrapaban no testificaría en su contra. No porque sintiera gratitud, a él no le importaba si yo vivía o moría y no hizo nada por salvarme. Pero por ese momento fugaz que me dio, en el que me dejó esperar por un instante y recuperarme.

A principios de diciembre de 1968 un policía llamó al cine Carmel-Ganim. Perla acababa de abrir la taquilla. Se presentó como el inspector Kolar y justo cuando empezaba a decir que estaba recogiendo evidencias en contra de Josef Mengele ella lo interrumpió: «¿Ya lo atraparon?», preguntó.

«Lo haremos, lo haremos», le aseguró avergonzado. «Pero antes le estamos ayudando a los fiscales alemanes a preparar un dossier en su contra».

Yo no buscaba venganza, pero para todos era claro que cuando un inspector viniera a investigar los crímenes de los nazis nosotros cooperaríamos con esa persona. Aunque tengo que admitir que yo nunca odié al doctor Mengele. Debería haberlo odiado, lo sé, pues era un asesino, pero nos dejó vivir. No era que nos tuviera aprecio ni nada por el estilo, solo nos utilizó para conjurar su sueño de convertirse en un científico famoso. Pero gracias a él tuvimos algo de libertad dentro del campo.

En la reunión familiar de esa tarde, los Ovitz decidieron que Elizabeth debía ser quien narrara la historia de su ordalía. Los recuerdos se agolparon unos encima de otros y rápidamente Kolar llenó cuatro páginas con el testimonio.

No sé qué experimentos en concreto llevaba a cabo Mengele sobre mí. Estaba interesado en todo: así que a menudo nos vertían un líquido en los ojos que nos dejaba casi ciegos durante todo el día. Nos inyectaban en los oídos y en casi todos los órganos. Con frecuencia nos sentíamos enfermas y miserables y de todas maneras teníamos que ponernos en sus manos.

Era la primera vez en veinte años que a los Ovitz les pedían contar su historia. A su llegada a Israel habían hablado abiertamente sobre los tormentos que Mengele les había infringido. Al igual que muchos sobrevivientes, sin embargo, pronto se dieron cuenta de que sus dolorosos recuerdos caían en oídos sordos. Por lo que prefirieron guardar silencio.

Durante la Segunda Guerra Mundial los judíos de Palestina fueron separados de sus familias y de los amigos que habían sido atrapados en la Europa ocupada por los nazis. Tras la liberación, oleadas sucesivas de nuevos inmigrantes trajeron con ellas las aterradoras confirmaciones de que padres, hermanos, hermanas, primos, tíos y tías, habían dejado de existir. El horror por los incomprensibles tormentos que habían padecido los suyos y la culpa por haber fallado en ir a su rescate cerraron los corazones de los israelitas ante los interminables cuentos de sufrimiento de los sobrevivientes. También por este tiempo Israel estaba de luto por las tremendas pérdidas que había tenido durante la guerra de independencia: un dolor tan inmenso e inmediato que dejaba muy poco espacio emocional para lamentarse por quienes habían sido asesinados en tiempos y lugares diferentes o para compadecerse de los sobrevivientes. En ese choque de catástrofes, el dolor por la muerte de seis millones de judíos en Europa quedaba en segundo lugar ante la pérdida de seis mil soldados jóvenes en los campos de batalla israelíes.

«Los chicos en las escuelas hacían eco del estado de ánimo generalizado en el país: “¿Por qué fueron como vacas al matadero? ¿Por qué no se defendieron?”», recuerda Shimshon Ovitz con algo de amargura. «Tenía tanta rabia hacia ellos. Yo había sido un bebé de solo un año en ese entonces, e incluso si les hubiera lanzado una roca, ¿qué daño les habría hecho? Estábamos tan débiles y hambrientos y los nazis eran unos sádicos bien armados. Cualquiera habría respondido de la misma manera que nosotros hicimos». Agobiados con recuerdos agónicos y agotadores, los sobrevivientes se plegaron sobre sí mismos. Con el tiempo aprendieron a dejar el pasado atrás mientras construían nuevas vidas en una tierra difícil. Pero los Ovitz, quienes habían atravesado juntos todo el asunto y habían sobrevivido intactos, parecían ser capaces de vivir simultáneamente en el pasado y en el presente.

«Al haber invadido nuestras venas, Mengele fue uno de los nombres de nuestra casa», dice Shimshon Ovitz.

El doctor Mengele quería esto, hizo eso otro. Me desayunaba a Mengele, era mi cuento de antes de dormir, y no podía dormir de noche porque oía a mis tías y tíos

gritar en sueños. Respirábamos Auschwitz durante todo el día como si todavía estuviéramos allí. Cada evento insignificante del día le recordaba a mi familia algo relacionado con el campo. Crecí con estas historias y se las pasé a mis hijos. Somos vasos rotos que aún cuando nos peguen, jamás estaremos completos de nuevo. No pueden esperar que la gente como nosotros sea normal.

Siete décadas después la nevera de Shimshon Ovitz siempre está repleta de comida, como si esperara una guerra. Su esposa, Miriam, no puede cerrar las puertas de las alacenas de la cocina, que siempre están a reventar con comida en paquetes, botellas, latas y jarras. Con una obesidad que representa una amenaza para su vida, Shimshon no puede saciar nunca su hambre. No puede parar de comer.

* * *

Tras llegar a la Argentina en 1949 con documentos falsos, Mengele trabajó como el agente en Suramérica para la firma de equipos para agricultura de su familia. En su libro, *Mengele: el ángel de la muerte en Suramérica*, publicado en 2009, el historiador argentino Jorge Camarasa dice que Mengele continuó allí sus experimentos genéticos con mellizos. A principios de la década de 1960 iba con frecuencia a Cândido Godói, donde ofrecía tratamientos médicos para el ganado y para las mujeres de este pequeño pueblo del Brasil. Como resultado, uno de cada cinco embarazos terminaba en gemelos; la tasa usual es de uno en ochenta. «Creo que Cândido Godói pudo haber sido el laboratorio de Mengele, donde finalmente cumplió su sueño de crear una raza superior de arios rubios y con ojos azules», dijo Camarasa.

En marzo de 1954 Mengele se divorció de su primera esposa, Irene. Dos años después se casó con la viuda de su hermano, Martha, quien había volado con su hijo desde Alemania a Argentina para estar con él. En 1956, al parecer se sentía lo suficientemente seguro como para cambiar de manera oficial su nombre falso, Helmut Gregor, por su antiguo y real nombre en la embajada de Alemania occidental en Buenos Aires. En 1959, cuando una corte de Friburgo expidió su primera orden de arresto, se mudó a Paraguay; un lugar más seguro para que un criminal de guerra pudiera esconderse de los servicios de inteligencia estadounidenses, alemanes e israelíes, al igual que de los grupos de periodistas y cazadores privados de nazis que intentaban rastrearlo. De todas maneras continuó conmutando entre Paraguay y Argentina.

En abril de 1960 once agentes del Mossad llegaron a Buenos Aires para secuestrar al SS-*Obersturmbannführer* Adolf Eichmann y llevarlo a juicio en Jerusalén. Mientras un grupo espía los movimientos de Eichmann, otro se las ingeniaba para localizar el apartamento de Mengele y se enteró de que estaba en casa. Eichmann, quien implementó la Solución final de Adolf Hitler, era considerado un blanco más importante: el Mossad lo atrapó primero y lo retuvo en una casa segura mientras esperaba sacarlo de Argentina. Entretanto, Mengele dejó su casa, pero los agentes creyeron que era una ausencia temporal. Rafi Eitan, quien era el jefe de la operación, temía que si esperaban por el regreso de Mengele podían poner en riesgo la Operación

Eichmann. «Cuando tengo un pájaro en mi mano, no empiezo a buscar otro entre los arbustos. Tomo el pájaro en mi mano, lo meto en una jaula y luego me encargo del otro en el arbusto», le dijo a *Der Spiegel* en 2008. Tras nueve días en la casa segura, Eichmann fue sacado de contrabando en un vuelo de El Al. Unas semanas después un equipo del Mossad regresó a Buenos Aires, pero dado que el secuestro fue publicitado con amplitud, Mengele ya había desaparecido.

Con el inicio del juicio de Eichmann en Jerusalén el 11 de abril de 1961, la actitud de los israelíes hacia el Holocausto cambió dramáticamente. El juicio público, llevado a cabo en el recién inaugurado teatro de la ciudad, fue transmitido en vivo a diario por la radio (el país todavía no tenía servicio de televisión). La gente se reunía en las calles, clavada a las palabras que salían de los altoparlantes, mientras seguían el proceso. Los testimonios de 110 testigos, cada uno representando a una comunidad arrasada, revelaron por primera vez al público israelita la dimensión completa de la Solución final. Entonces el Holocausto comenzó a ubicarse de manera aterradora dentro de la lista de calamidades nacionales de los israelitas. También por vez primera los sobrevivientes pudieron llorar sus corazones y el país lloró con ellos.

Mengele se mudó a Brasil donde, utilizando identidades falsas, se escondió en granjas aisladas y luego en una choza de una habitación en un tugurio de São Paulo. La vida del que se esconde y escapa no parecía acomodarse a Martha Mengele y pronto la pareja se separó. En 1962 el Mossad descubrió su paradero, pero la organización tenía otras «prioridades operacionales» y de nuevo se escapó de la justicia.

Mientras tanto, en 1959, en la arena judicial, el fiscal de Friburgo Freiherr von Schowingen, anticipándose al arresto de Mengele, reunió algunos testimonios de sus víctimas. En 1964 la corte administrativa de Hesse y las universidades de Frankfurt y de Múnich anularon los títulos de médico y antropólogo de Mengele, por cuenta de «los crímenes que cometió como doctor en el campo de concentración de Auschwitz». Sin embargo, sus investigaciones tempranas continuaron siendo citadas en libros y artículos de medicina de todo el mundo hasta bien entrada la década de 1970.

En 1969 el caso de Mengele fue transferido al sistema criminal y judicial de Frankfurt, en el que el juez investigador, Horst von Glasenapp, había recogido treientos testimonios más de todos los rincones del mundo. Si bien no tenía autoridad alguna para buscar a Mengele, Von Glasenapp tuvo varios intentos fallidos de rastrearlo. De todas maneras ninguno de los servicios secretos estaba en verdad esforzándose por encontrar al otrora doctor Mengele.

* * *

Pasaron los años y también las décadas, y los sobrevivientes de los experimentos de Mengele solo lograron indignarse cada vez más ante la falta de cualquier tipo de esfuerzo sostenido por atraparlos. Intentando transmitir su mensaje más allá de Israel y hacia un público internacional más amplio, un grupo llamado Los niños sobrevivientes de los letales experimentos de laboratorio de los nazis en Auschwitz (CANDLES, por sus siglas en inglés), organizó un juicio *in absentia* en Yad Vashem en Jerusalén. El 5 de febrero de 1985, Shimshon Ovitz empujó la silla

de ruedas de su tía Elizabeth bajo una lluvia torrencial hasta el auditorio del museo, al tiempo que Sarah empujaba a su hermana Perla.

Ese día el cielo también lloraba. Sentía mucho que el doctor Mengele no estuviera en el juicio. La única razón por la que quería que lo atraparan era para que se sentara a escuchar días y noches lo que nos había hecho. Le habría mostrado las cicatrices y las dolencias, le contaría de mi débil corazón y de las piernas que ya no pueden sostenerme. No creo que hubiera pedido perdón, pero si los jueces me hubiesen preguntado si debía ser colgado, les habría dicho que lo dejaran irse. Fui salvada por la gracia del Diablo; y Dios se encargará de darle lo que se merece.

Ya que las hermanas enanas portaban sombreros, abrigos, vestidos y bolsos muy parecidos, la prensa las describió erróneamente como gemelas de cincuenta y nueve años. De hecho Elizabeth tenía setenta y uno y Perla sesenta y cuatro. Para evitarles el esfuerzo de subirse al estrado, el fiscal Zvi Terlow se ubicó en la primera fila para conducir el interrogatorio. Como siempre Elizabeth habló más que su hermana, pero tanto ella como Perla cautivaron la imaginación de la prensa mundial. Por ejemplo, *Newsweek* describió cómo los Lilliputs «entretuvieron a sus captos. En una noche infernal toda la familia fue desnudada y llevada al escenario para actuar ante el jefe de la SS Heinrich Himmler». No fue él; lo confundieron allí con un oficial menor nazi que se parecía mucho a Himmler, «y ante otros dos mil oficiales y soldados nazis. Mengele fungió como maestro de ceremonias mientras Himmler, sentado en primera fila, grababa la diversión con su cámara cinematográfica».

El impacto emocional de los 106 testigos empujó a los gobiernos de Israel, Estados Unidos y de Alemania a reanudar los esfuerzos para la captura de Mengele. Además de ofrecer nuevas y mayores recompensas de millones de dólares y de marcos, oficiales de los tres países se encontraron en Frankfurt el 10 de mayo de 1985 para coordinar esos esfuerzos. Expedieron una orden para buscar la casa de Günzburg de Hans Sedlmeier, un ejecutivo retirado de la firma de la familia Mengele, quien era sospechoso de volar con frecuencia a Suramérica para entregarle dinero al fugitivo. Un cuaderno con direcciones encontrado en el apartamento de Sedlmeier llevó a los investigadores a Brasil.

El 7 de junio patrullas de policía y grupos de periodistas se reunieron en el cementerio de Nuestra Señora del Rosario, en una colina de Embu, a dieciséis kilómetros de São Paulo. Una incrédula Dina Gottliebová-Babbitt miraba la televisión mientras el asistente forense de São Paulo, el doctor José Antonio de Mello, parado sobre un pozo abierto, mostraba un cráneo ante los encguecedores *flashes* de las cámaras. «Pinté el retrato de Mengele y sé bien el tamaño de su cráneo», dice Dina. «No era como el que mostraban. Su cara era mucho más amplia. Lo que yo sentía es que era una fachada que habían montado su familia y socios para ganarle algo de tiempo».

Un equipo internacional de expertos forenses examinaron los restos. Basados en el espacio que se encontraba entre los dientes del cráneo —un tema que el mismo Mengele había estudiado cuando era un joven médico— declararon que «es nuestra opinión... que este esqueleto es el de

Josef Mengele, y lo decimos dentro de una certeza científica razonable».

Pero muchas de las víctimas de Mengele y otros más eran escépticos y creían que él vivía como un hombre libre de edad madura y avanzada. En un intento por acallar esos rumores, Rolf, el hijo de Mengele, escribió una declaración en la que decía que el 7 de febrero de 1979 su padre había sufrido un infarto mientras nadaba y se había ahogado. Explicaba que los siguientes seis años de silencio de su familia respondían a una medida de precaución que habían tomado para garantizar la seguridad de aquellos que ayudaron al médico de Auschwitz a esconderse durante treinta años.

Lloré toda la noche cuando oí que el doctor Mengele había muerto. Siempre insistió en que solo seguía órdenes y yo le creí. Los ríos de sangre que nos sacó y que en ocasiones se derramaban sobre el suelo pasaban frente a mis ojos, pero no podía parar de llorar. El corazón es el órgano humano más estúpido. El doctor Mengele tenía un corazón de piedra, pero el mío es humano, de carne y sangre.

Las dudas acerca de los restos de Mengele continuaron hasta 1992, cuando Rolf y su madre Irene dieron muestras de sangre y se hizo una comparación de ADN con uno de los huesos de Mengele. La muestra de hueso era correcta. El dossier de Mengele fue cerrado.

Los diarios de Mengele fueron vendidos en julio de 2011 por Alexander Autographs, una casa de subastas de Stamford, Connecticut. Los treinta y un cuadernos tenían unas tres mil páginas que incluían poemas, cuentos, reflexiones y dibujos. Por desgracia no contaban con ningún documento que hiciera referencia a los experimentos que realizó sobre el grupo de los Lilliput.

* * *

Durante un tiempo, el juicio *in absentia* de Mengele le trajo de nuevo notoriedad a los Lilliputs. Por meses, fotógrafos y periodistas cortejaron a Perla y Elizabeth, pero eventualmente el alboroto se calmó y regresaron al anonimato.

Ya en julio de 1951, el gobierno de Alemania occidental aprobó una subvención única para las víctimas de los experimentos médicos de los nazis. Tales subvenciones, insistía el gobierno, no debían ser interpretadas como compensaciones basadas en reclamos legales, sino como donaciones para ayudar en la recuperación de las víctimas. El dinero fue en su mayoría distribuido entre residentes de Hungría y de Polonia. Ningún dinero llegó a las víctimas de Mengele en Israel.

En 1985, un grupo de «mellizos de Mengele» demandaron al gobierno de Alemania occidental con base en la decisión de 1951. Uno de los ochenta y tres reclamantes fue Efraim Reichenberg, quien había compartido barraca con los enanos. Había llegado a Auschwitz con siete hermanos: todos fueron asesinados con excepción de László, quien pensaron era el gemelo

de Efraim.

László tenía una resonante voz de barítono y con frecuencia entretenía a los SS, mientras que Efraim a duras penas podía balbucir una tonada. La diferencia entre sus cuerdas vocales intrigaba a Mengele, quien a menudo les inyectaba sustancias en la garganta. László empezó a tener dificultades respiratorias e hinchazones en la laringe. Sus pulmones quedaron estropeados y murió un año después de la liberación con diecinueve años.

Efraim tampoco se salvó. Con los años su voz disminuyó hasta que finalmente desapareció. Eventualmente no pudo respirar ni tragar alimentos. Soportó veintidós operaciones agotadoras para removerle las mutiladas cuerdas vocales, laringe y parte del esófago. Al final quedó mudo hasta que en 1984 le implantaron un micrófono especial en la garganta. Su dicción es lenta, con sonido metálico y una pausa sigue a cada palabra emitida por un mecanismo de voz.

Los alemanes me quitaron la voz en el campo y me la regresaron cuarenta años después en forma de un equipo instalado: «Hecho en Alemania». Mi caso es todo menos especial, no soy único. Muchos de nosotros sufrimos deficiencias renales, de distintos tipos de cáncer y problemas cardíacos. Tras el juicio de Mengele en Jerusalén exigimos que encontraran nuestras historias clínicas para que pudiéramos saber con exactitud lo que nos había hecho y así buscar el tratamiento adecuado. Recurrimos a los americanos, a los rusos, a los alemanes, incluso a la familia Mengele, pero nos quedamos con las manos vacías, muriendo con dolor.

Para evitar un debate político y jurídico vergonzoso, Alemania occidental hizo un trato con las víctimas israelitas de Mengele: cada una de ellas se conformaría con veinte mil marcos alemanes. «En la oferta inicial de 1951, la subvención mínima era de veinticinco mil marcos y la máxima de cuarenta mil, para los casos en los que “la vida de las víctimas” hubiera quedado arruinada por experimentos pseudo-médicos». La familia Ovitz no quedó agrupada con los mellizos ni recibió la compensación atrasada.

Durante dos minutos se hace sonar una sirena por toda Israel en cada día de conmemoración del Holocausto; durante dos minutos el tráfico se detiene y todo el mundo queda congelado en su lugar. Shimshon Ovitz tiembla, pues la sirena lo devuelve a su infancia en Auschwitz. Luego llega la rabia.

Nos silban en la cara. Me enfurece que los billones de marcos alemanes que Israel recibió como reparación hayan sido derrochados en proyectos públicos extravagantes como la compra de una flota de cincuenta barcos, trenes y equipo industrial, todo hecho en Alemania, mientras que nosotros estábamos atrapados en una barraca con goteras. Israel se declara como el único heredero de los seis millones y exige que el dinero que una vez le perteneció sea canalizado al Estado. A nadie le importan los viejos y adoloridos sobrevivientes. Solo nos necesitan como herramienta para extraer más dinero para sus proyectos.

Sumado al dinero que se le pagó al estado de Israel, los sobrevivientes podían aplicar a compensaciones personales en Alemania. Cada miembro de la familia Ovitz tuvo que entregarle a la burocracia alemana evidencias que comprobaran que en verdad habían estado internos en Auschwitz, que habían sido asignados a la barraca de experimentaciones y que su salud había quedado arruinada. «Estoy más enfermo que la mayoría de gente de mi edad, todo por los ocho meses cruciales de mi infancia cuando fui la rata de laboratorio de Mengele», dice Shimshon Ovitz. «Luego vendí ropa en un puesto callejero para mantener a mi familia, pero ahora estoy muy enfermo como para continuar. Alemania no puede comprarnos ni escaparse con los ochocientos marcos mensuales que me da, ni siquiera con los mil que le paga a mi desvalida tía Perla».

VEINTIUNO

Haifa, 1993-2001

«Juré en Auschwitz que si Dios me permitía seguir con vida contaría mi historia una y otra vez hasta quedarme sin aliento, para que nadie pudiera decir que esto no ocurrió». Perla siempre está dispuesta a dar entrevistas, a compartir su experiencia con niños que escriben ensayos sobre el Holocausto o a dar charlas sobre la historia de su familia.

El día de conmemoración del Holocausto cierran por ley todos los restaurantes, cines y teatros de Israel. Se llevan a cabo ceremonias oficiales en cada pueblo y las escuelas dedican el día a recordar a las víctimas y a encontrarse con los sobrevivientes. Cuando llegamos a llevarnos a Perla para una reunión con niños de colegio en mayo de 2000, la encontramos perfectamente vestida y sentada en el borde de la cama. En el diminuto bolso negro lleva sus pastillas para el corazón, unas galletitas y un pintalabios. Incluye una foto de Mengele. «Quiero que los niños conozcan su cara», nos dice.

La cargamos en nuestros brazos y bajamos las escaleras antes de entrar al auto. Es tan ligera como una pluma. En un pueblito a unos treinta minutos de Haifa, la empujamos hasta el gimnasio de la escuela. Los niños se ponen de pie en silencio para saludarla. Seis altas velas de vidrio y una estrella amarilla gigante con la frase «Recordar y nunca olvidar» ocultan a duras penas los anuncios de los salones de peluquería y los talleres de mecánica locales. Un chico de diez años vestido con los colores de la bandera israelí —camisa blanca, pantalones azules— se sube al micrófono. Su voz no tiembla mientras lee la oración especial en honor de los niños asesinados:

Deja que la nación recuerde a sus adorados niños, inocentes y puros, rapados de los brazos de sus padres por bestias humanas. Torturados, descabezados, gaseados, asfixiados, quemados vivos. Bebés y niños reventados contra paredes, arrojados desde altos techos, sofocados en sacos, ahogados en ríos.

La lista de torturas bárbaras y de métodos perversos para matar es repetida una y otra vez por los niños en sus representaciones dramatizadas de lecturas, cantos y bailes. El nivel de horror que

genera el programa es tan intenso que podría llevar la advertencia de las películas de «No apta para niños». La ceremonia termina con escenas de rebelión contra fuerzas oscuras, diseñadas para grabar en las imaginaciones de los niños la necesidad de resistirse en caso de otro Holocausto: «¡Nunca más seremos llevados como corderos al matadero!», canta el coro. «¡Han llegado los alemanes! ¡Judíos, tomen sus armas! ¡Mejor morir con las espadas desnudas; defendámonos hasta el último aliento! ¡Muerte a los asesinos!».

Perla Ovitz llora en silencio; se limpia las lágrimas con un pañuelo ajedrezado. Una clase de niños de nueve años se reúne a su alrededor.

«Yo no tenía un nombre, solo este número». Se alza la manga de su vestido. Todos los ojos se pegan a su brazo.

«¿Cómo te tatuaron?», le pregunta un niño con corte de pelo a lo punk. «¿Te dolió?», le pregunta una niña muy delgada.

«Me desmayé dos veces, pero esa fue la parte fácil». Perla no se ahorra los detalles sangrientos.

«El doctor Mengele era mi jefe, ¿quieren verlo?». Sin esperar respuesta saca la foto de su bolso y la rota.

Los niños lo miran con una mezcla de asombro y repulsión.

«¿Él te convirtió en enana?», pregunta uno de ellos que se llama Alvin.

«No, el doctor Mengele era un hombre muy poderoso, pero incluso él no podía convertir a nadie en gigante o en enano». Y entonces les cuenta la historia de Shimshon Eizik y sus dos esposas.

Al final del encuentro los niños sacan cámaras de sus bolsillos y se toman fotos con ella. Perla muestra la sonrisa radiante de una estrella de cine. Firma autógrafos en páginas que los niños arrancan de sus cuadernos. Antes de irse todos pasan en fila frente a la silla de ruedas de Perla; uno a uno se arrodillan para darle la mano.

Dos semanas después el cartero llega con un gran sobre café lleno de cartas. Una de ellas dice:

«Querida Perla: quedé muy conmovida con tu charla. Eres tan hermosa y en verdad te amo. Si necesitas algo no dudes en llamarme y de inmediato iré en tu ayuda». La niña había escrito el número de teléfono de su casa en la carta y la había decorado con flores y dos corazones entrelazados: llevan su nombre y el de Perla.

* * *

El cuento de hadas de los siete enanos que permanecieron juntos como guisantes dentro de su vaina estaba llegando a su fin. En 1979 cinco de los hermanos sobrevivientes y el esposo de Elizabeth se mudaron a una casa de piedra en la esquina de una calle tranquila en las afueras de la colonia alemana. Quedaba a solo tres cuadras del complejo de los cines que permanecería desierto y desmoronándose durante casi veinte años. Con el tiempo un centro comercial de vidrio y mármol se erigiría entre sus ruinas.

Al igual que en su antigua casa de Rozavlea, todos vivían de nuevo bajo el mismo techo.

Elizabeth y su marido tomaron la habitación más grande, la del balcón en la esquina con forma de cuarto creciente. Rozika y Franziska, inseparables como siempre, se quedaron con la segunda habitación, mientras que Perla y su alta hermana Sarah compartieron la pequeña que quedaba entre la cocina y el baño. «Por la noche nos íbamos de puntitas hasta la habitación de nuestras hermanas mayores para ver si todavía respiraban». Su recién encontrada dicha comprobó ser de corta duración. Una a una fueron arrancadas como pétalos y con cada muerte las Lilliputs que permanecían se retraían cada vez más dentro de sí mismas, como caracoles dentro de sus conchas. Franziska murió en 1980 con noventa y un años. Un año después, Elizabeth perdió a su querido Moshe Moskowitz.

Las cuatro hermanas, en un intento por llenar el vacío que cada pérdida creaba, se cambiaron de cama. «La vida ya era lo suficientemente aterradora, por lo que me pasé con Elizabeth a su cama doble para que no se sintiera sola después de cuarenta años de matrimonio», dice Perla. Sarah se fue a vivir con la inconsolable Rozika y cerraron el cuarto pequeño.

Rozika murió en 1984; tenía noventa y ocho años. No muchos enanos alcanzan una edad tan avanzada. De acuerdo con el *Libro de los récords Guinness*, quien guarda la marca es también una celebridad húngara del mundo del entretenimiento, Susanne Bokoyini, cuyo nombre teatral era «Princesa Susanna». Murió ese mismo año en Estados Unidos a la edad de 105 años.

Ya que solo tres de ellas quedaban con vida, Sarah llevó un sofá a la habitación de Elizabeth y Perla, y la puerta de la segunda habitación permaneció también cerrada. Poco después quedaron devastadas por la muerte a destiempo de Ariella, la hija de quince años de Shimshon, tras una larga lucha contra el cáncer. La siguieron sus abuelos con el corazón roto, Leah y Azriel. En 1992 Elizabeth murió de una falla cardíaca y, un año después, Sarah.

Perla, entonces con setenta y dos años, quedó sola. Desde el día en que nació siempre había estado rodeada por su familia. Se sintió tan abandonada sin sus hermanas y hermanos que se unió a ellos en la tumba familiar:

AQUÍ YACE LA ÚLTIMA DE LA FAMILIA DE
ENANOS, LA SEÑORITA PERLA OVITZ, HIJA DE
SHIMSHON EIZIK Y BATIA. SUFRIÓ CADA DÍA DE
SU VIDA.

El epitafio en la tumba de Perla, que ve cada vez que visita el cementerio, no le parece extraño ni macabro; tampoco piensa que esté en conflicto con su abandonada *joie de vivre*. «El cantero me lo sugirió cuando le conté mi historia, y yo pensé que era un resumen apropiado de mi vida. Fuimos felices cuando estuvimos juntos e incluso el doctor Mengele no pudo separarnos. Allí, en el cementerio, estaremos juntos por siempre».

En la ciudad de los muertos habitan los Lilliputs como si todavía estuviesen alrededor de la mesa festiva del Sabbath: Perla está en la extrema derecha, con Frieda a su izquierda, y ella está enfrente de su hermana Elizabeth y de su cuñado Moshe.

En el inmenso y casi vacío apartamento su presencia parece inminente. Fotografías de familia y pinturas al óleo de tamaño real de ella y Elizabeth, adornadas con racimos de joyas y portando largos vestidos para actuar, hacen que Perla se sienta menos sola, como si todavía le hablaran.

Los viernes en la tarde, a la caída del sol, cuando enciende el par de velas para el Sabbath, Perla también prende las velas de sus hermanas muertas. Unas barandillas especialmente bajas en las escaleras hablan de los tiempos en los que ella se podía valer por sí misma. Ahora solo sale en raras ocasiones, para ir al doctor o al banco. Un taxista leal la alza en sus brazos, la baja por las escaleras y la pone en el asiento trasero; su silla de ruedas plegable va en el maletero. Sus brazos se han vuelto muy débiles como para operar la silla de ruedas, por lo que debe ser llevada a todas partes. No visita a otras personas porque siempre es tragada por los muebles de tamaño normal.

Perla sufre de terribles dolores en la columna por cuenta de la típica formación anormal de huesos y cartílagos que es parte de su clase de enanismo; su peso corporal presiona sobre sus piernas cortas, torcidas y cascorvas. Al tener un pecho muy estrecho sufre de problemas cardíacos y respiratorios. Pero a pesar de estas dolencias es por lo general amable y alegre. «El corazón llora, pero los labios sonríen», es el lema declarado de Perla. Siempre ha amado a la gente y desde la infancia «cada vez que escuchaba una voz en el cuarto de al lado corría a ver quién era el invitado. Y no he cambiado desde entonces».

Nunca se ofendía cuando la gente la llamaba «enana». «¿De qué otra manera podían llamarme? Me veo en el espejo y es un hecho». Y, sin embargo, evita utilizar el término. En cambio divide al mundo entre la «gente grande» y «nosotros, los pequeños». Por lo general se refiere a sí misma como una niña («Soy una niña que...») a pesar de su avanzada edad. «¿Podría casarme hoy si lo quisiera!», exclama como si en verdad fuese una niña.

Pero no creo que uno deba casarse a cualquier precio y no me arrepiento de no haber tenido nunca un hombre. Conozco el amor; estuve enamorada muchas veces, pero no lo suficiente como para casarme. No me apresuré. Mis hermanos y hermanas fueron mejores conmigo que cualquier esposo. Con el tiempo me di cuenta de que el matrimonio convierte a la mujer en la esclava de un hombre y yo no quería ser una esclava. No necesitaba que nadie me estuviera dando órdenes. Cuando un hombre se enfada siempre culpa a su esposa. Sería una mujer excelente para cualquier hombre, pero no hay nada que un hombre pueda darme que yo ya no tenga.

Perla cumple con un horario muy estricto: se levanta todas las mañanas a las seis, vierte un poco de agua de un termo que tiene cerca de su cama y se toma una pastilla para el corazón. Luego recita tres salmos diarios que un rabino local le ha recomendado y espera en la cama. A las ocho llega una asistente que envían los servicios sociales.

«Mírame. Tengo ochenta y todavía me tienen que bañar como a un bebé», observa Perla. Ya bañada y con el desayuno en camino, Perla saca un espejo de un cajón de su mesita de noche. Lo balancea sobre un taburete —«me senté sobre este en Auschwitz»— y, como una actriz que se apresta a enfrentarse a su audiencia, se aplica el maquillaje, frotando los colores con suavidad con sus dedos. Una vez al mes se tiñe el pelo negro como la noche.

Su ropero está a reventar de filas de vestidos idénticos con colores vibrantes. «De inmediato siento cuando la empleada me entrega por error uno de Elizabeth, pero nunca le digo que lo regrese porque me gusta estar cerca de mi hermana». Se enorgullece de ser una costurera muy profesional y todavía cose vestidos, al igual que ropa de cama y lencería, con su máquina de coser

Singer. «Éramos como los enanos de los cuentos de hadas, siempre diligentes y trabajadores, mejores artesanos que la gente alta». Perla observa con ojos de halcón mientras la empleada limpia la casa y no queda satisfecha hasta que cada mantelito de crochet y cada cojín satinado quedan puestos en su ángulo preciso. La empleada toma el lugar de sus piernas y hace la compra por ella. Antes de marcharse a la una le sirve la comida a Perla y pone la cena cubierta por una servilleta en la mesa baja junto a la ventana.

«Mantengo una dieta muy rígida, como muy poco, porque nosotros los pequeños corremos el riesgo de ser muy pesados para nuestras piernas y pulmones». Ella misma lava los platos en el fregadero como de juguete que está en la esquina. Desde el mediodía queda por su cuenta. La mayoría del tiempo lo pasa en su habitación donde todo lo que necesita está a su alcance: comida, agua, el teléfono, un timbre que abre la puerta de entrada. Tras una cortina colorida hay un baño pequeño.

Confiada y segura de sí por naturaleza, Perla intenta ser tan independiente como puede. Nunca le pide a un huésped que le alcance algo de la cocina. El primer instinto de un invitado es sentarse en un taburete a su lado, para no opacarla. Pero ella siempre insiste en que los invitados deben tomar un asiento más cómodo, uno que sea más de su tamaño. Si no está muy frío ni muy caliente, Perla se arrastra hasta el balcón del cuarto adyacente para tomar algo de aire fresco y para escapar momentáneamente de su prisión. Desliza la persiana abierta como si fuera la cortina de un escenario y ubica su diminuta silla con reposabrazos.

Este es su último podio.

Su salida regia al balcón del primer piso, con su vestido teatral y su maquillaje meticuloso, pronto atraen la atención. Los caminantes se detienen a mirarla: levantan la mirada para saludarla e intercambiar algunas palabras amigables.

«¡Yo fui una actriz!» declara con emoción. De manera implícita atribuye cada aspecto de su vida a su profesión, pero los recuerdos del teatro son dolorosos. «Fue la mejor parte de mi vida, todos nos divertíamos y ahora ya nada de eso existe. Se ha ido. Cuando pienso en esos tiempos me doy cuenta de cuán sola estoy y pierdo las ganas de vivir. Estar solo es peor que estar en un campo de concentración».

Ya no puede ir al cine o al teatro y desde la muerte de su última hermana no le quedan ganas de ver televisión. Su compañero más fiel es un viejo y diminuto radio transistor rojo con el que se acompaña para cantar. Cuando está en un estado de ánimo particularmente malo solo tararea para sí. «Las canciones románticas húngaras son mejores que las pastillas para el corazón», advierte. Lloro cuando canta su canción favorita:

*Voy al cementerio a hablar con madre.
El bosque está triste y las ramas lloran.
Te diré, madre, lo que atribula mi corazón,
Cuán amarga es mi vida sin ti.*

En ocasiones se queda dormida con la radio prendida y algunas noches se despierta gritando. «En mis sueños estoy de vuelta en Auschwitz aunque casi nunca veo al doctor Mengele. Con

frecuencia estoy en medio de un *Appell*, rezando para que no falte nadie en el conteo, en caso contrario todos seríamos asesinados».

Si bien muchos sobrevivientes del Holocausto boicotean productos alemanes y objetan que las orquestas israelíes interpreten a Wagner, Perla Ovitiz se esfuerza por distinguir el pasado del presente. Hannelore Witkofski es la historiadora que aboga por los derechos de la gente pequeña: contactó a Perla en la década de 1990 tras leer sobre ella y pronto iniciaron una correspondencia. «Hannelore se duele cuando la gente la mira como si fuera un monstruo y le deja en claro que debería evaporarse», explica Perla indignada. «Me dijo que incluso hoy en Alemania mucha gente cree que la vida de los enanos y de la gente como ella o como yo con discapacidades no tiene el menor valor y de que la idea nazi de la eutanasia no era del todo mala. Es aterrador».

Acompañada por colegas activistas, Witkofski ha volado varias veces a Israel para encontrarse con Perla. Una vez la sorprendió con una nueva y muy sofisticada silla de ruedas.

Le pregunté a Hannelore cuánto le debía. Me respondió: «¿Tú?! ¡Somos nosotros quienes te lo debemos todo!». Siempre se pone pantalones y estaba intrigada por usar uno de mis vestidos. Se le veía tan bien que utilicé el mismo patrón para coserle un vestido rojo de verano sin mangas.

* * *

Es el 10 de enero de 2001, el cumpleaños número ochenta de Perla.

En las escaleras, antes de tocar el timbre, encendemos ochenta velas e inflamamos globos de colores. Perla está sorprendida de vernos con Hannelore y otros amigos. Nuestros regalos de cumpleaños simbolizan los temas de su vida: pequeños pendientes con diamantes, una torta de chocolate con la forma de una guitarra, una botella de champaña, perfume francés, un reproductor de CD, un caminador para niños. Perla está de buen humor y canta de su repertorio ante la pequeña audiencia que se reúne en su habitación. Retiene el brillo de la niña, de la *chanteuse*, de la querida, del ángel, cuando Rumania y Hungría eran sus escenarios.

O quizás es el brillo de su fe. Perla es muy disciplinada con sus rutinas religiosas. Sigue el kosher, observa el Sabbath y, durante los días sagrados, se cocina los platos tradicionales de su infancia, porta trajes festivos y se sienta sola a celebrar.

Auschwitz sacudió la fe de muchos sobrevivientes, pero no la de ella.

Me supera intentar comprender cómo aquel que vela por el mundo entero pudo mirar las llamas que salían de las chimeneas, que devoraban a sus hijos, y no hacer nada. Hay rabinos que dicen que los judíos murieron en el Holocausto por sus pecados. Aunque soy ortodoxa y tengo el mayor respeto por los rabinos, aborrezco esa

explicación. Nuestros amigos y familiares eran muy religiosos y no hicieron nada que les mereciera ningún tipo de castigo. Somos demasiado pequeños y humildes como para comprender las razones de Dios. El fuego fue su voluntad, como también lo fue que toda nuestra familia sobreviviera.

Si hubiera sido una niña judía sana, de un metro setenta, habría sido gaseada al igual que los cientos de miles de judíos de mi país. Por lo que cada vez que me pregunto por qué nací enana mi respuesta es que mi discapacidad, mi deformidad, fueron las maneras que Dios encontró para mantenerme con vida.

EPÍLOGO

Rozavlea-Auschwitz, septiembre de 2000

Nuestro viaje al interior de la verdadera historia de los siete enanos que no fueron vasallos de ninguna Blancanieves benévola sino de una bestia sin corazón, comenzó en 1994, cuando nos topamos con este breve comentario en un libro de historia: «En 1949, una compañía llamada “Los siete enanos de Auschwitz”, hizo una gira por las ciudades de Israel con un espectáculo de canto y baile». No había nombres individuales ni familiares, ningún detalle que los identificara más allá de eso. Pero todos quedamos intrigados. Nunca habíamos escuchado acerca de esta extraña amalgama entre muerte y entretenimiento. No era de extrañar que incluso nosotros, periodistas curtidos, nos hubiéramos saltado ese episodio histórico. Después de todo, medio millón de sobrevivientes del Holocausto, cada uno con una historia aterradora y sorprendente, se habían asentado en Israel tras la guerra.

Una breve investigación nos llevó al apellido «Ovitz» y al hogar de la familia en Haifa. No esperábamos encontrar vivo a ninguno tras tantos años, aunque sí encontramos a diecinueve Ovitz en la guía telefónica de Haifa. Cada llamada que hacíamos parecía confirmar la futilidad de nuestra misión. Y entonces nos topamos con Perla.

Sonaba sospechosa al teléfono, pero una mujer de edad que vive sola en una ciudad tiene todas las razones para estarlo. Sin embargo, se nos abrió de inmediato cuando escuchó que queríamos conocer más sobre *La troupe* de Lilliput y sus trabajosas dificultades en Auschwitz.

Desde entonces cada dos semanas hemos viajado desde Jerusalén para visitar a Perla. Siempre con una sonrisa verdadera y un beso en ambas mejillas nos dice: «Oh, te manché de nuevo con pintalabios. No te preocupes, es una muestra de amor». Le ofrecemos una caja de trufas de chocolate, en ocasiones una botella de vino tinto: «Muchas gracias, el doctor me dijo que era bueno para mi corazón».

Tan solo una pregunta es suficiente para ponerla a navegar por el río de sus recuerdos. Describe su aldea, la calle principal, las casas que pasaba camino de la escuela, el patio donde los gansos y gallinas corrían libres. Nos guía por las habitaciones de su infancia. Su voz acaricia los muebles y las cortinas y así no solo conocemos la casa, sino la textura de su felicidad; como si también nosotros hubiéramos vivido allí. Su memoria es sorprendentemente vívida, como si hubiera estado allí el año pasado y no hace cincuenta años.

También recuerda con doloroso detalle cada una de las barracas que los Lilliputs habitaron en Auschwitz, y su mímica de la voz y los gestos de Mengele traen su incómoda y perturbadora presencia a la habitación. Sin embargo, queríamos ver esos lugares con nuestros propios ojos; queríamos saber si Rozavlea y Auschwitz recordaban a los Lilliputs.

Entonces volamos a Bucarest, de allí tomamos un vuelo de una hora hacia el norte, a Baia Mare, y de allí tuvimos un viaje de dos horas en taxi hasta Sighet, el pueblo más cercano a Rozavlea. Como Perla había afirmado que los Lilliputs «siempre habían actuado en las salas más grandes y lujosas», recorrimos el pueblo en busca de los escenarios en los que se habían presentado. La sala más grande del pueblo es el «Teatrul Popular Sighetu Marmathei Sala de Spectacole Studio», cruzando la Piata Libertatii. El imponente nombre cuelga sobre una realidad lamentable. La entrada ha caído evidentemente en desuso: está bloqueada por seis pesadas puertas cafés de hierro, del tipo que por lo general se utilizan en los depósitos.

En la pared, un afiche desgarrado de hace ocho meses anuncia un par de comediantes tipo Laurel y Hardy y a una compañía de *ballet*, la versión rumana de un acto de club nocturno de Pigalle. El aviso iluminado del segundo piso dice «Discoteca No Comment».

«No hay nada más para hacer aquí. No hay más espectáculos de teatro, solo de vez en cuando viene una compañía itinerante por aquí», dice Ramona, de veinte años, una guía del museo étnico local; tiene pantalones apretados y habla en el inglés de MTV. Nos lleva a la única otra sala de Sighet, un cine en estado generalizado de deterioro. Las sillas están rotas y sucias; la programación es en su mayoría películas basura estadounidenses. Sesenta años después el pueblo ha perdido casi por completo cualquier atisbo de su pasada gloria. Sin embargo, los nombres de las calles no han cambiado y Bogdan Voda sigue siendo la calle principal. Buscamos la casa de la familia Ovitz, número 40: vivieron allí durante dos años después de la guerra. La fachada revela pretensiones parisinas, pero por dentro las escaleras son tristes y hediondas.

Antes de la guerra, Sighet había tenido una comunidad floreciente de diez mil judíos. Hoy solo permanecen unas pocas docenas, en su mayoría viejos. La mitad de las catorce sinagogas del pueblo fueron destruidas por el régimen fascista húngaro de Horthy, la otra mitad por los comunistas. Solo una queda en pie: la gran sinagoga sefardí. El escritor estadounidense Elie Wiesel es el hijo famoso del pueblo y, debido a que sus padres atendían a esta sinagoga, ha sido lujosamente reconstruida con las generosas donaciones de los estadounidenses. Y, sin embargo, no es un lugar activo de oración: es más bien un monumento a una comunidad muerta. El pueblo convirtió la casa de infancia de Elie Wiesel en un museo judío y en un memorial para el primer hombre de Sighet que recibió el premio Nobel de la paz, como lo declara el folleto para turistas. Wiesel es el lugareño al que le fue bien y que alcanzó fama internacional. Pero el folleto no habla de las circunstancias que llevaron a que Wiesel partiera: haber sido llevado de adolescente a Auschwitz junto con los otros judíos del pueblo.

Sighet, el pueblo más septentrional de Rumania, queda cerca de la frontera con Ucrania. Tiene cincuenta mil habitantes y ninguna agencia de alquiler de automóviles. Y todavía no hay, medio siglo después de los días de los Ovitz, conexión alguna de trenes hacia Rozavlea.

Hacemos una parada en el centro comunitario judío. No hablamos rumano y el empleado de la oficina no entiende inglés. Intentamos con el hebreo, pero el idioma de los libros de oraciones no ofrece tampoco ningún puente. Por fortuna para nosotros entra un hombre redondo, bajito, con cara roja, abrigo para la lluvia y maletín de cuero. Todo el mundo le dice a Josef

Tennenbaum «profesor», pues en algún momento enseñó ruso en la escuela, pero en los once años desde la caída de Ceaușescu y de su régimen, el ruso ha pasado de moda en Rumania. Razón por la cual Tennenbaum tiene mucho tiempo libre en sus manos. Está de acuerdo en ser nuestro traductor —con su maña para los idiomas ha adquirido una modesta fluidez con el inglés— y guía.

Tennenbaum no tiene auto. No muchos lo tienen en un país en el que el 40 por ciento de la población gana menos de un dólar al día y donde una libra de carne vale 1.25 dólares y un paquete de Marlboro un dólar.

Lleno de entusiasmo sale a toda prisa y regresa media hora después con Berciu Petru, un técnico desempleado cuyo anciano Delta —la versión rumana del Renault 12— se encuentra en óptimas condiciones.

A la mañana siguiente los cuatro que conformamos nuestro grupo viajamos a Rozavlea, a unos treinta y dos kilómetros de distancia. «Fueron dueños del primer auto de la aldea», es la primera respuesta de Ivan Petrovan, de setenta y seis años, cuando le preguntamos por la familia de enanos. Recuerda haber ido a la escuela con una niña enana. Era Perla.

Tenían buena ropa, pero todos los judíos se vestían mucho mejor que el resto. Los judíos hicieron más dinero que nosotros; la mejor tierra de la aldea le pertenecía a los enanos. Eran particularmente ricos porque también hacían dinero con sus espectáculos. Pero ahora no hay judíos por aquí.

Petrovan parece incómodo con esa revelación. «No somos los culpables», añade con rapidez.

Los húngaros y los alemanes nos forzaron a expulsar a los judíos de sus hogares con armas. Yo tenía un caballo y una carreta y los militares me dieron el nombre de una familia judía para que la sacara de la aldea. La mayoría tenía que caminar y era un paisaje triste verlos arrastrarse con sus sábanas y almohadas sobre las cabezas.

Cuando le mencionamos que los judíos dicen que sus casas fueron saqueadas, Petrovan se pone a la defensiva.

No fuimos nosotros. Fueron los gitanos quienes lo hicieron. Yo no cogí nada, ni siquiera una cuchara. Sí tengo algunas cosas judías en casa, es verdad, pero las compré con dinero bueno. Un judío regresó de la guerra y me vendió la propiedad de su familia antes de partir hacia Israel. Estábamos en muy buenos términos con los judíos. Tenía muchos amigos entre ellos y me gustaban las tortas especiales que hacían para la Pascua.

Visovan Gheorghe, un ingeniero agrícola que se cambió a la política, sirve ahora su segundo

gobierno como *primar* de Rozavlea: el alcalde de la aldea. Su oficina está ubicada en una casa de tamaño considerable que alguna vez perteneció a una de las familias judías más ricas de Rozavlea; es la única casa judía que no fue demolida. «Cuando yo nací los Lilliputs ya se habían ido hacía muchos años, pero mi tía me contaba sus historias. No queda nada de ellos con la excepción de los recuerdos que pasan de generación en generación». El *primar* tiene un computador, una impresora, un fax y un teléfono móvil. Y tiene su propio baño privado, del que guarda la llave. Es un cobertizo de madera en el patio, sin electricidad: uno se acucilla sobre un hueco profundo y fétido en el suelo. Los Ovitz tuvieron el mismo tipo de baño sesenta años atrás. Sin cañerías ni alcantarillado, la secretaria del *primar* espera paciente afuera con un vaso de agua y una toalla.

Los 7.200 habitantes de Rozavlea han tenido electricidad desde la década de 1960 y marcación automática desde 1994; pero en 2000 solo la mitad de la población tenía agua corriente. La otra mitad la sigue sacando de pozos de piedra cavados en sus patios. Como en los viejos tiempos, las limpias aguas del río Iza son las preferidas para lavar la ropa. La vida diaria en Rozavlea es dura según estándares modernos y las condiciones económicas son difíciles —tan difíciles que han provocado una gran caída en los índices de nacimientos—. En la época de los Ovitz cada familia tenía entre ocho y diez hijos; ahora la mayoría de las familias tienen dos o tres. «No podemos darnos el lujo de tener grandes familias; simplemente no podemos alimentarlas», dice el *primar*, padre de dos.

La gente joven no encuentra trabajo en Rozavlea: su mayor sueño es irse del país. Veinte habitantes de Rozavlea que han sido «trabajadores invitados» en Israel son la envidia de toda la aldea. Tras solo dos años bajo andamios achicharrados por el sol regresaron a construir las casas más hermosas de la aldea; para ellos. Visovan Gheorghe goza de un salario extremadamente alto para los estándares rumanos, 150 dólares al mes, pero está preparado para dejarlo todo si le conseguimos un permiso de trabajo como obrero en Israel, donde, nos dice, puede ganar 600 dólares al mes. ¿Y podemos decirle también a los antiguos habitantes de Rozavlea que viven en Israel que están invitados al Roza Rozalina, el Festival de los Gigantes, que se celebra cada agosto?

La mayoría de las casas de Rozavlea han sido construidas a lo largo de la calle principal. Las precisas descripciones de Perla nos llevan al lugar donde alguna vez estuvo en pie la gran casa de madera de los Ovitz. Todavía no existen aceras y los peatones comparten la calle con el tráfico: autos ocasionales y más a menudo, caballos y carretas. Cercas de madera protegen las casas de la calle y —como en los viejos tiempos— cada familia tiene una banca afuera, en la que se sienta a ver el mundo pasar.

La casa de los Ovitz fue demolida en 1969: algunas de sus tablas fueron utilizadas para construir un nuevo cobertizo donde alguna vez estuvo su patio. Incluso la sinagoga vecina, que había sido remodelada con el dinero de los Lilliputs, fue arrasada y en el lugar sagrado construyeron dos casas construidas con madera extraída de ella. Ion y María Timis saben que su casa se levanta sobre los cimientos de la casa de los Ovitz. Timis es un antiguo *primar*. Nos lleva a ver una hilera de ciruelos en el patio y señala los dos más viejos; fueron plantados por los Ovitz. Su esposa nos da un frasco con su mermelada especial de ciruelas, un regalo para Perla.

«Recuerdo su auto», dice Timis, mientras lo seguimos al lugar en el que alguna vez estuvo el garaje. «Yo era un niño cuando ellos se fueron y durante años su auto abandonado fue nuestra

Disneylandia. Con el tiempo fue desmantelado pieza por pieza». No mucho ha cambiado en el transcurso de los años: el pozo de piedra todavía está en la entrada; camas de flores perfumadas todavía iluminan el pórtico; aún hay vegetales que crecen en el patio trasero, dos filas de colmenas, vacas en el establo.

Una puerta con vides trepadoras nos abre el camino a la nueva casa. El interior no solo se parece a la descripción de Perla de la vieja casa, ¡sino que virtualmente es un espejo de su actual casa en Haifa! Los Ovitz y los Timis son extraños entre sí, pero como si fueran mellizos que hubieran sido separados por un giro del destino, comparten un extraño gusto similar por las flores de plástico, las tazas decoradas exhibidas en vitrinas, pequeños animales y muñecas de porcelana, inmensas fotos familiares que cuelgan de las paredes y paños de mesa rojos y bordados. Solo las sillas y bancos diminutos de Perla en su apartamento de Haifa hacen la diferencia.

De las cien familias judías que vivían en Rozavlea en vísperas de la guerra, solo cinco regresaron, y la última de ellas partió en 1964. La mayoría de los sobrevivientes judíos de Rozavlea viven ahora en Israel. Algunos de ellos, aquellos que quieren olvidar el dolor y poner a un lado su ira por la expulsión de su lugar de nacimiento, siguen en contacto con un antiguo vecino o un compañero de escuela. En lo económico, a los rozavleños de Israel les va incomparablemente mejor que a sus contrapartes rumanas. Antes de dejar Rumania nos dieron cajas con café instantáneo, chicles, cigarrillos, medias y dulces para que los distribuyéramos de parte suya.

El cementerio es el único lugar de la aldea que marca una antigua presencia judía. Giramos a la derecha en una iglesia de madera de inicios del siglo XVIII; el orgullo de la aldea. Tras cruzar con mucho cuidado las tablas endebles, estrechas y bamboleantes de un puente de madera que cuelga sobre el río Iza, atravesamos un campo de maíz y luego un huerto de manzanas. El suelo es resbaladizo y fangoso.

Entonces vemos unas piedras que se levantan en las faldas de una verde colina. El campo del cementerio es contenido por una cerca de alambre y Rozka Gamber, quien vive cerca, tiene la llave de entrada. Nuestro conductor y guía se quedan muy felices con ella llenando sacos con maduras manzanas rojas para llevarle a sus esposas. Hay alrededor de cien lápidas. Las tumbas de los rabinos prominentes y de los líderes de la comunidad están enmarcadas por sólidos monumentos de mármol blanco, que han aguantado bastante bien las inclemencias del clima. Muchas de las piedras más modestas simplemente se han desmoronado, sus inscripciones ahora irreconocibles. Intentamos concentrarnos en nuestra búsqueda del apellido Ovitz, pero nos descubrimos analizando cada lápida. Leemos en voz alta los nombres hebreos y sus epitafios, como si lleváramos a cabo un oficio privado en honor de los muertos. Han pasado décadas desde que estas tumbas fueron visitadas por última vez y pueden pasar otras más antes de que el silencio sea roto de nuevo. Llegamos al límite de lo que queda del cementerio. Entre las abundantes hierbas y las marchitas losas que se hunden en la blanda tierra ubicamos las lápidas cubiertas de musgo de los padres de los Lilliputs.

La comunidad judía de Rozavlea era tan beata que enterraba en hileras separadas a los hombres y a las mujeres. Incluso las parejas casadas no están enterradas juntas. Pero los Ovitz lograron comprar un espacio para su madre en la fila de las mujeres justo detrás de su padre (que en ese entonces había muerto hacía siete años) en la fila de los hombres. Las inscripciones en hebreo: «Un hombre honesto y decente» y «Una mujer decente», hablan de un código secreto

que solo nos aventuramos a descifrar. De la parte de atrás de las tumbas sacamos con cuidado unas astillas de piedra para llevarle a Perla: el oscuro granito de la de Shimshon Eizik; el gris pálido de la de Batia.

Lo que permanece en Rozavlea de los conmovedores ochenta años de la familia Ovitz son estas dos tumbas, dos ciruelos y una sonrisa en las caras de los viejos con la sola mención de los otrora famosos Lilliputs.

Es solo un corto trayecto de diez minutos a la pastoral Dragomirești en el Berciu Petrus Delta pero, seis décadas atrás, le tomó medio día al convoy de los agotados judíos de Rozavlea, cargados con sus pertenencias, caminar los más de doce kilómetros que los separaban del gueto. Hoy, el sonido de un violín solitario de una clase de música al final de la tarde, se vierte desde una ventana mientras caminamos a través del inmenso y vacío patio de la escuela; sonido que logra conjurar la presencia fantasmal de esas 3.500 personas aterrorizadas que se aferraban a la vida y a sus pertenencias.

* * *

Continuamos siguiendo la ruta que tomaron los deportados hacia la remota Polonia. El Iza corre calmo a lo largo del camino mientras atravesamos el terreno montañoso. Pasamos al lado de carretas que se esfuerzan bajo montañas de heno. Campesinas vestidas de negro nos observan desde sus patios, tal y como debieron hacerlo con ese convoy andrajoso que pasó un caluroso día de mayo de 1944. Atardece, igual que en ese entonces. Llegamos a la estación de trenes de Vișeu de Sus donde unas escaleras llevan a una gran sala de espera con bancas de madera; las paredes están pintadas de *beige* con un patrón de flores. La fila para los boletos está a la izquierda. Pero esta no fue la manera como entraron los deportados. Fueron llevados a la parte trasera del edificio y empujados en dirección a las vías del tren. No había plataforma.

Nos detenemos afuera. El en apariencia infinito tren de carga que está parado en la estación parece escalofriantemente irreal, como una pesadilla, una alucinación. Medimos nuestra altura con la del vagón de ganado: el piso está a un poco más de un metro. Para nosotros, una trepada ardua; para los enanos, una imposible.

No se puede cruzar la frontera desde esta estación. Si se quiere ir a Auschwitz hay un tren a Cluj que tarda seis horas eternas, dos veces al día. Allí cambiamos a Oradea para un viaje aún más largo y con más baches. Un tercer tren nos lleva a Budapest, y de allí tomamos el tren nocturno a Cracovia. Nos quedamos confinados durante diez horas en un compartimiento litera cómodo y acolchado, quejándonos acerca del incesante chirriar de las ruedas, el café insípido y el mal olor que sale de nuestro baño privado. Es imposible imaginar las condiciones del asfixiante vagón de ganado. Las blandas camas del tren nocturno a Cracovia nos hacen sentir culpables por la comodidad y nos dormimos bajo el peso de la historia.

Hay interminables controles de la policía y de la aduana a lo largo del camino. Decidimos dejar de intentar diferenciar un guardia uniformado de otro; se hacen sentir con sus órdenes

enérgicas y los perros que ladran. En repetidas ocasiones nos despiertan golpeando a nuestra puerta y cada pequeña demora en regresarnos nuestros pasaportes acelera los latidos de nuestros corazones.

* * *

El tren que va de Budapest a Cracovia pasa a través de Auschwitz. Un hostel más bien agradable se eleva en el lugar sobre el que estaba el campo de la muerte, pero a pesar de su aparente practicidad, nos parece horripilante siquiera considerar dormir sobre ese mismo cielo que alguna vez estuvo en llamas. Sentimos que sería un sacrilegio decir: «Nos quedamos una semana en Auschwitz». También descartamos varios hoteles del pueblo. La cámara de turismo de Auschwitz jamás podrá tentar a los visitantes con frases como «Vengan y disfruten de nuestras instalaciones» o «Pase los mejores momentos en Auschwitz». Por más que lo intente la ciudad no puede borrar su ignominiosa historia: su nombre está contaminado para siempre. La «Dyskoteka System», con sus actuaciones de fin de semana de porno moderado a solo dos kilómetros del antiguo campo de la muerte, disparó denuncias internacionales: «Tan cerca... tan pronto». En Auschwitz el tiempo y la distancia siempre serán medidos de manera pedante, austera y moral.

Decidimos quedarnos en Cracovia. El recepcionista del Europejski Hotel nos recomienda tomar el conveniente tren de una hora a Auschwitz, pero reclusamos ante la idea de llegar por tren y decidimos alquilar un auto. Durante una semana conmutamos entre Cracovia y Auschwitz, pero por alguna razón siempre nos toma el doble de tiempo llegar allí que el viaje de regreso.

Es gratis pasar bajo el letrero que dice *Arbeit macht frei* (El trabajo libera) pero se nos cobra en el estacionamiento. El centro de visitantes es similar a cualquier centro de este tipo en el mundo: una recepcionista sonriente en el punto de información, un auditorio, tiendas de suvenires y de libros, teléfonos públicos, cambios de divisas, máquinas automáticas con bebidas y un Bar Smak: una cafetería de autoservicio. Cada día llegamos temprano en la mañana y nos vamos cuando atardece. Nos saltamos la cafetería que siempre está llena con grupos de turistas hambrientos. No podemos siquiera soportar la idea de hacer fila por una taza de sopa en Auschwitz; tememos que incluso la encontremos de nuestro gusto.

Entre el medio millón de visitantes anuales a Auschwitz siempre hay un flujo constante de estudiantes de bachillerato polacos. No esconden su alegría por tener un día libre. Su pubertad exuberante es subrayada de manera incongruente cuando hacen cabriolas junto a los alambres de púas. Sobre una pantalla en el auditorio, en una proyección que se repite sin parar cada treinta minutos, aparecen exhaustos el pequeño Ludovit Feld y los mellizos de Mengele, inmortalizados fuera de las puertas del campo en el día de la liberación.

Cuando entramos al área de las barracas la ambigüedad nos asedia. Varios grupos de turistas se mueven al mismo tiempo por el campo; los idiomas —polaco, alemán, inglés— se disuelven al mezclarse entre sí. Para no perder el grupo correspondiente se entrega una insignia de colores —la nuestra es naranja— para pegarla sobre la ropa; un perturbador eco de las leyes nazis de clasificación de las personas.

Auschwitz, y no Birkenau, fue el lugar donde los Lilliputs sufrieron los exámenes médicos especiales. En 1942 fueron instaladas persianas de madera en las ventanas del infame bloque 10 para prevenir que los experimentos criminales, en particular las castraciones y las esterilizaciones, fueran observados. Las persianas permanecen cerradas aún hoy, y el bloque 10 está fuera del alcance de los visitantes.

El bloque 24 ahora alberga los archivos del campo. En el primer piso las tarjetas de los prisioneros se encuentran en cajas de madera, preparadas como para un *Appell*. Estas tarjetas representan a los afortunados, pues el 90 por ciento de quienes llegaban a Auschwitz eran exterminados de inmediato: sus nombres sin registrar, sus antebrazos sin tatuar. Para los muchos que fueron admitidos y luego enviados a las cámaras de gas, estas tarjetas representan sus únicas lápidas.

En un austero cuarto de lectura en el segundo piso, el archivista nos permite manipular los documentos médicos originales concernientes a la familia Ovitz. La información que vemos en esos pequeños trozos de papel está pulcramente mecanografiada o escrita con gracia a mano y en tinta por los prisioneros que esperaban que sus habilidades clericales les salvaran la vida.

Cada vez que aparece un nuevo estilo de caligrafía no podemos evitar preguntarnos por qué el anterior prisionero-empleado fue reemplazado y qué pasó con él. Las formas llevan la extravagante firma de Mengele. La banalidad del papeleo clínico reproduce a nuestra Perla como una prisionera-paciente permanente de Auschwitz.

Muchas de las salas de archivos están decoradas con reproducciones de los retratos de gitanos de Dina Gottliebová-Babbitt, y en el bloque 12 están exhibidas cuatro de sus pinturas originales. Hay siete tiendas de suvenires en el lugar, pero ninguna vende impresiones de sus obras que fueron removidas cuando ella inició el proceso legal en contra del museo.

Es un viaje corto el que separa Auschwitz de Birkenau, donde más de un millón de judíos fueron asesinados y el grupo de Lilliput fue confinado. Entramos por las mismas puertas por las que pasaron cientos de trenes provenientes de toda Europa con su cargamento humano. El aire fresco es la primera cosa que nos golpea. Perla y los demás sobrevivientes que entrevistamos hablan del olor —siempre presente, ahumado, nauseabundo— de la carne quemada. La segunda cosa que advertimos es la verde extensión del terreno —las briznas de hierba y las pequeñas flores que ahora cobijan los otrora fangosos pantanos que cubrían el campo.

La naturaleza se ha encargado de curarse o de regresar su inocencia a la tierra. Nos sorprende lo vacío del lugar. De las 198 barracas que alguna vez se erigieron sobre Birkenau BII, solo permanecen veinte. El resto fueron demolidas. El único rastro que queda de ellas son los cimientos y el bosque de chimeneas que se elevan como lápidas siniestras en un cementerio del terror.

Nos asomamos a una de las barracas que todavía están en pie. Frases en la pared, escritas en letras alemanas góticas, ponen: «¡La limpieza es su deber!»; «¡Silencio en la barraca!»; «Prohibido beber de esta agua. Peligrosa para la salud». Estos avisos pudieron haber sido pintados por Dina Gottliebová, pues tales trabajos eran parte de sus encargos artísticos en Auschwitz.

Dentro de la barraca verificamos los detalles de las descripciones de Perla: la pequeña habitación, parecida a la que compartía el grupo de los Ovitz a la entrada de la barraca; las literas de madera con tres niveles; la oscuridad enmohecida. Lo vemos todo, pero aún así no logramos entender mejor cómo lograron pasar por todo eso.

Una guía se detiene con su grupo. «La litera más baja es la peor debido a las ratas del tamaño de un gato que infectaban el suelo», explica, pero su parlamento suena más como un consejo para víctimas potenciales que un hecho histórico. La enorme barraca-baño no tiene divisiones; consta de tres largas bancas de concreto con 174 letrinas tan pegadas entre sí que los ocupantes se veían forzados a sentarse uno al lado del otro, trasero con trasero, espalda contra espalda.

En la rampa uno se puede parar en el sitio exacto en el que Mengele se paraba y, con un chasquear de dedos, determinar los destinos. Al lado de la rampa, para quienes no lo pueden visualizar con facilidad, el museo ha puesto impresiones ampliadas en blanco y negro de fotos que fueron tomadas en el verano de 1944: columnas de camiones para ganado, hileras de seres humanos aturdidos, filas de guardias impávidos. Una de las fotografías concentra el horror y la miseria de todo el asunto. Muestra a una mujer vieja y desesperada, la cara arrugada, el cuerpo encorvado, mientras se apresura a las cámaras de gas con sus tres nietos. Aterrada de perderlos, tiene apretados muy de cerca a los dos más jóvenes, mientras que la tercera nieta, una niña de no más de ocho años, camina detrás con la cabeza gacha.

Lo vemos todo y no entendemos nada.

* * *

Navegamos con un mapa del campo que compramos en la tienda de libros. Como carteros devotos visitamos cada dirección que ocupó el grupo de los Ovitz: la barraca 30 en el «campamento familiar» checoslovaco, la barraca 14 en el hospital para prisioneros hombres, la barraca 9 en el campamento de mujeres, luego el patio en el que tuvo lugar el concierto. Cerca de la cocina está estacionada una carreta para el pan, similar a la que utilizaron los Ovitz y los Slomowitz para encontrar la libertad. Medimos con nuestras piernas la larga y, para los Lilliputs, ardua distancia que separaba su barraca de la clínica de Mengele; con nuestros ojos evaluamos la altura de la cerca electrificada con alambre de púas y la torre de vigilancia. Nos deslizamos por las profundas y fangosas zanjas que fueron cavadas para separar las secciones del campo. Es sorprendente el grado de precauciones de seguridad que tomaron los nazis para protegerse de gente tan débil e indefensa.

Lo vemos todo y no entendemos nada.

Como si fuéramos arqueólogos que exploran una excavación, buscamos el lugar del bloque en el que Perla alguna vez vivió. Entre los escombros encontramos un oxidado y agujereado tazón para la sopa de esmalte blanco y una taza de hojalata sin el asa. Nos agachamos a examinar los artefactos con más detenimiento, pero nos abstenemos de tocar esos esqueletos de la memoria.

Entonces, de repente, lo vemos. Algo familiar: un gran botón de abrigo marrón.

Recordamos que el abrigo de piel de oveja de Perla tenía botones como este, y nos permitimos recogerlo. Le quitamos el polvo con ternura.

Por un momento consideramos llevárnoslo y devolvérselo a Perla.

Por un momento. Luego lo regresamos al suelo, para que permanezca por siempre en el sitio al que pertenece.

* * *

Perla Ovitz, la última integrante de La *troupe* de Lilliput, murió en paz en Haifa el 9 de septiembre de 2001.

Fuentes

Archivos

Museo conmemorativo del Holocausto Yad Vashem, Jerusalén, Israel.
Museo estatal de Auschwitz-Birkenau, Polonia.
Bundesarchiv, Ludwigsburg, Alemania.
Servicio internacional de rastreo de la Cruz Roja, Bad Arolsen, Alemania.
La oficina pública del fiscal de Frankfurt am Main, Alemania.
Museo conmemorativo del Holocausto, Washington D. C., USA.

Libros

Adelsberger, Lucie, *Auschwitz: a Doctor's Story*, Northeastern UP, Boston, 1995.
Astor, Gerald, *Mengele, el último nazi*, Ediciones B, España, 2006.
Braham, Randolph L., *Genocide and Retribution*, Martinus Nijhoff Publishing, Boston, 1983.
Czech, Danuta, (ed.) *Auschwitz Chronicle 1939-1945*, Henry Holt, New York, 1990.
Enderle, Alfred, Meyerhofer, Dietrich y Unverfehrt, Gerard (eds.), *Small People, Great Art: Restricted Growth from an Artistic and Medical Viewpoint*, Artcolour Verlag, Hamburgo, 1994.
Fenelon, Fania, *Playing for Time*, Atheneum, New York, 1977.
Gutman, Israel, y Michael Berenbaum, (eds.), *Anatomy of Auschwitz Death Camp*, Indiana UP, Bloomington, 1994.
Hoedeman, Paul, *Hitler o Hipócrates: Medical Experiments and Euthenasia in the Third Reich*, Book Guild, Sussex, 1991.
Klee, Ernst, *Auschwitz, Die NS-Medizin und ihre Opfer*, Fisher, Frankfurt, 1997.
Kraus, Ota y Kulka, Erich, *The Death Factory: Documents on Auschwitz*, Franklin Books co., New York, 1966.

- Lifton, Robert J. *The Nazi Doctors: Medical Killing and the Psychology of Genocide*, Basic Books, New York, 1986.
- Lengyel, Olga, *Five Chimneys: a Woman Survivor's True Story of Auschwitz*, Academy Chicago Publishers, Chicago, 1995.
- Lingens-Reiner, Ella, *Prisoners of fear*, Victor Gollanz, Londres, 1948.
- Mannix, Daniel P., *Freaks, We Who Are Not as Others*, Pocket Books, New York, 1976.
- Matalon-Lagnado, Lucette y Cohn-Dekel, Sheila, *Children of the flames: Dr Joseph Mengele and the untold story of the twins of Auschwitz*, William Morrow, New York, 1991.
- Moskowitz, Elizabeth, *By grace of the Satan: the story of the dwarves family in Aushwitz and Dr. Mengele's experiments*, Rotem Publications, Ramat-Gan, Israel, 1987.
- Muller-Hill, Benno, *La ciencia del exterminio: psiquiatria y antropologia nazis (1933-1945)*, Autor-Editor, 2016.
- Nomberg-Przytyk, Sara, *Auschwitz: True Tales From a Grottesque Land*, The University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 1985.
- Nyiszli, Miklós, *Auschwitz: A Doctor's Eyewitness Account*, Fawcett Crest, New York, 1961.
- Perl, Gisella, *I Was a Doctor in Aushchwitz*, Ayer Co. Publishers, North Stratford, NH, 1948.
- Piper, Franciszek y Swiebocka, Teresa, (eds.), *Death Camp, Auschwitz, campo de la muerte nazi*, museo estatal de Auschwitz, Polonia, 1996.
- Posner, Gerald y Ware, John, *Mengele, El médico de los experimentos*, Ragtime libros, Madrid, España, 2001.
- Samuelson, Benjamin, *Abiding Hope: Bearing Witness to the Holocaust*, Ulyssian Publications, Los Ángeles, 2003.

Artículos seleccionados

- Enderle, Alfred y Unverfehrt, Gerd, «Die historische Bildpostkarte als Zeugnis menschlicher Wachstumsstörungen», *Osteologie*, 1999.
- Koren, Yehuda, «Salvada por el demonio: Una entrevista con Perla Ovitiz», *Daily Telegraph*, febrero 27 de 1999.
- Muller-Hill, Benno, «La sangre de Auschwitz y el silencio de los académicos», *Historia y filosofía de las ciencias vivas* 21, págs. 331-65 (1999).
- Negev, Eilat: «Dicen que yo le decía "Papi" a Mengele: Una entrevista con Shimshon Ovitiz», *Yedioth Ahronot*, 28 de abril de 2000.
- Seidelman, William, «Los orígenes profesionales del doctor Mengele», *Canadian Medical Association Journal*, vol. 133, págs. 1169-71, 1 de diciembre de 1985.
- Sinonius, L., «De parte de las víctimas de los experimentos pseudo-médicos», *International Review of the Red Cross*, No. 142, págs. 3-21, enero de 1973.

Entrevistas con testigos oculares

Estamos muy agradecidos con Perla Ovitz, Shimshon Ovitz, Batia (Ovitz) Ben Shitrit, Mordechai, Joseph y Judah Slomowitz, Regina Ovitz y Bassie Fischman-Glazer, quienes accedieron a acompañarnos en el agitado viaje por su terrible pasado.

También estamos en deuda con otros sobrevivientes de Auschwitz, quienes desinteresadamente pusieron de lado sus propias experiencias tormentosas para contar la historia de los enanos, sus compañeros de prisión: Dina Gottliebová-Babbitt, Kalman Bar On, Peter Grunfeld, Efraim Reichenberg, Solomon Malik, Abraham Cykiert, Gitta Drettler-Budimsky, Isaac Taub, Eta Tessler, Zvi Klein, Leah Nishri, Ibbi Mann, Arie Rubin, Zipora Schaps, Moshe Offer, Sarah Wirzberger, Yona Lachs y Sarah Angel.

Muchos antiguos habitantes de Rozavlea y de Transilvania nos enriquecieron con sus reminiscencias de la vida en la aldea antes de la guerra, y sus coloridos recuerdos fueron vitales para reconstruir la historia: Haim Perl, Abe Glazer, Arie Tessler, Roza Stauber, Shoshana Glazer, Herman Szabo, Efraim Topel, David Giladi, Hanan Akavia, Ben-Zion Tessler, Israel Popowitz, Eliezer Stauber, Malka Solomonowitz, Dvora Pach-Kahana y Miriam Sheinberger.

Y le agradecemos a Alphons Katan por compartirnos la historia de sus padres.

Entrevistas con expertos y consejeros

Estamos agradecidos con los historiadores: profesor Israel Gutman, profesor William Seidelman, doctor Daniel Nadav, profesor Isaac Peri, doctor Gideon Greif, Helena Kubica, profesor Bezalel Narkiss, profesor Alex Carmel, profesor Michael Har Segor, Amnon Weinstein y Tuvia Friedman.

Los genetistas: profesor Benno Muller-Hill, profesor Raphael Falk, profesor Zvi Borochovit, profesor Avner Yayon y al bioquímico Alexander Sharon.

Investigadores y traductores

Nuestros investigadores, el profesor Ladisau Gyemant y Maria Ujvari en Rumania, Gjorgi Szilagyi en Hungría, y Joseph Rosen, Miriam Shkedi e Inbal Berner en Israel, nos apertrecharon con descubrimientos invaluable.

No habríamos podido encontrar nuestro camino en la Babel de lenguas sin nuestro pequeño ejército de traductores dedicados. Del rumano: Yehuda Gur-Arie y Joseph Tennenbaum. Del

alemán: Miriam Ron, Michael S. Englard y Nurit Carmel. Del holandés: Effie Weiss. Del polaco: Michael Ben Avraham. Del húngaro: Judith Berner. Del ruso: Haim Dobolpolsky.

Disfrutamos de los buenos consejos y la asistencia de Hannelore Witkofski, Moritz Terfloth, Mihai Armenia, Hari Markus, Eva Kor, Sylvain Brachfeld, Haviva Peled-Carmeli, Ferenc Katona, Shahar Rosen, Benoit Massin, doctor Ute Deichmann, John Dollar, Debbie Perman-Brukman y del profesor Gustav Spann.

Películas

Dood Spoor? –Alexander Katan, (Callejón sin salida), un film de Van Gennepe, Roest y Scheren, Holanda, 2001.

Liebe Perla (Querida Perla), director: Shahar Rozen, Israel, 1999.

Standing Tall at Auschwitz (Con la frente en alto en Auschwitz), un film de Bill Brummell, Los Ángeles, 2006.



Perla Ovitz 1921-2001

Perla Ovitz, la menor de los enanos, murió en 2001, luego de contar a dos periodistas judíos cómo ella y su familia sobrevivieron a los campos de concentración nazi en Auschwitz. Durante más de un año fueron el centro de diversión de altos mandatarios de la SS, quienes reían y celebraban fiestas con los *shows* que los siete enanos Ovitz protagonizaban, y también conejillos de indias del científico alemán Josef Mengele, quien los mantuvo con vida para llevar a cabo sus experimentos médicos. Como dijo Perla «A mí me salvó el diablo y que Dios se haga cargo de él».

Para la investigación de este libro los autores Yehuda Koren y Eilat Negev recorrieron los pasos de los siete enanos: el campo de concentración de Auschwitz; Rozália, un pueblo de Maramures, al norte de Transilvania, donde nacieron y crecieron, y Haifa, Israel, donde finalmente vivieron cuando los rusos los liberaron. Allí murió Perla, la última enana de La troupe de Lilliput.



YEHUDA KOREN/EILAT NEGEV: La obra de Yehuda Koren y Eilat Negev, periodistas y escritores, cuenta con un amplio reconocimiento crítico. Entre sus títulos están *The First Lady of Fleet Street* (2011) y *Giants. The Seven Dwarfs of Auschwitz* (2013).